HISTORIA GENERAL

De las Cosas de

Nueva España

por el M.R.P.

FR. Bernardino de Sahagún

Espasa-Calpe, Arg. S.A.

HISTORIA GENERAL
De las cosas de
Nueva España

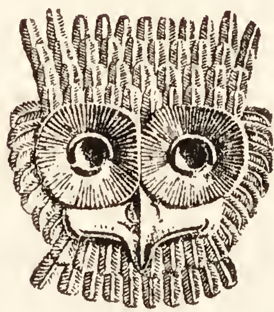
por el M. R. P.

FR. BERNARDINO DE SAHAGUN

De la Orden de los Frayles
Menores de la Observancia

TOMO IV

Libro XII.=La Conquista de México.



EDITORIAL PEDRO ROBREDO
Calle de Justo Sierra No. 41
México, D. F.
1 9 3 8

ADVERTENCIA.

En la advertencia que se puso al principio del tomo primero de esta edición, pág. X, se dijo: "en tratándose del duodécimo libro es indispensable agregar algunas palabras. El manuscrito Panes no contiene este libro, y Bustamante publicó dos versiones que difieren bastante; la primera la dió a la estampa en 1829, con el título de *Historia de la Conquista de México, escrita por el R. P. Fr. Bernardino de Sahagún;* y la segunda con el largo y extraño título que dice: *La Aparición de Nuestra Señora de Guadalupe de México, comprobada con la refutación del argumento negativo que presenta D. Juan Bautista Muñoz, fundándose en el testimonio del P. Fr. Bernardino de Sahagún; O sea: Historia General de este escritor que altera la publicada en* 1829 *en el equivocado concepto de ser la única y original de dicho autor*...", edición del año de 1840. El mismo Sahagún nos explica el por qué de la versión segunda, (pág. 4 de la impresión de 840) con estas palabras: "En el libro nono donde se trata esta conquista, se hicieron varios defectos, y fué que algunas cosas se pusieron en la narración de esta conquista que fueron mal puestas, y otras se callaron que fueron mal calladas. Por esta causa, este año de mil quinientos ochenta y cinco enmendé este libro, y por eso va escripto en tres columnas..." y unas líneas antes asentó: "Cuando esta escriptura se escribió, (que hay ya más de treinta años) toda se escribió en lengua mexicana, y después se romanció toda". Y en cuanto al propósito que originalmente inspiró la redacción de esta

parte de la *Historia General,* lo explica así en la introducción "Al lector", de la versión primera (pág. 1 del impreso de 1829): "Quísela yo escribir en lengua mexicana, no tanto por sacar algunas verdades de la relación de los mismos indios que se hallaron en la conquista, cuanto por poner el lenguaje de las cosas de la guerra y de las armas que en ella usan los naturales", por mucho que en seguida insiste en que la escribieron algunos que se hallaron en esa conquista y que se tenía la certeza de que decían verdad; en cambio, en la segunda versión no dice palabra acerca de esa finalidad que perseguía, de conocer el lenguaje de las cosas de la guerra y de las armas que usaban los naturales. Parece que ya el intento se dirigía a otros fines.

Hicimos notar asimismo en aquellas iniciales páginas del tomo primero que, a nuestro juicio, estas dos versiones castellanas de que disponíamos no son traducción simple y fiel del texto náhuatl, ya que las diferencias de la una a la otra lo expresan así con suficiente fuerza, y, en consecuencia justifican el programa que anunciamos, de publicar una de aquellas y hacerla seguir de la traducción literal e íntegra de la escritura en lengua mexicana, que encontrará el lector en las páginas de este volumen. El más ligero cotejo que se emprenda de los textos de las dos ediciones castellanas tantas veces citadas, convencerá que la primera es más sencilla, menos trabajada y más cercana de lo escrito en mexicano, al paso que la segunda muestra a las claras que el autor tuvo la preocupación de pulirla, de darle forma más literaria, aun con perjuicio de los datos consignados y de la ingenuidad o simplicidad que en su obra pusieron los indios redactores "que habían estado en la conquista", según el decir de Sahagún. No debe olvidarse que entre la redacción del primer texto y la redacción del segundo mediaron treinta años, tiempo más que sobrado para que hubiera alteraciones y cambios en el modo de pensar y de juzgar del autor.

Esto que asentamos ahora está realmente muy lejos de ser una suposición aventurada, puesto que tiene en su apoyo las propias palabras de Sahagún, cuando nos dice que "algunas

cosas se pusieron en la narración que fueron mal puestas, y otras se callaron, que fueron mal calladas". Cabría preguntar en este caso: ¿a cargo de quién la culpa de lo que fué mal callado? Porque lo mal puesto podría pensarse que lo fué por cuenta de los indios redactores, que al fin y al cabo habían estado presentes en las amargas jornadas de la conquista, defendiendo su ciudad de fijo, ya que según fray Bernardino, "allégase también a esto que los que fueron conquistados supieron y dieron relación de muchas cosas que pasaron entre ellos durante la guerra, las cuales ignoraron los que los conquistaron, por las cuales razones me parece que no ha sido trabajo superfluo el haber escrito esta historia, la cual se escribió en tiempo que eran vivos los que se hallaron en la misma conquista, y ellos dieron esta relación, y personas principales y de buen juicio, y que se tiene por cierto que dijeron verdad". Cuando se escribió en mexicano y en romance la relación de la conquista que después rehizo y modificó, no sólo vivían muchos indios testigos de la lucha sino también muchos de los conquistadores, mediando el siglo, con quienes pudo consultar Sahagún los puntos que ofrecieren duda, sin contar también con que él mismo debe haber estado familiarizado con los relatos de esos hechos, puesto que llegó a la Nueva España recién conquistada y vivió todos aquellos años en que se criaban intereses materiales, se forjaban renombres y se empeñaban tantas plumas obstinadamente en escribir relaciones de méritos y servicios, y solicitar premios y recompensas. Muchos de esos méritos y servicios que en los primeros días hayan sido o podido ser desmedrados y endebles, corriendo los años seguramente que irían cobrando fuerza y vigor, hasta persuadir y asombrar a los mismos que no los habían realizado en tan heróica y desatentada magnitud. Vendríamos así a convenir que la culpa de haberse entonces callado cosas que fueron mal calladas, no corresponde tampoco a Sahagún sino al proceso de desarrollo y a la vitalidad natural de esos intereses. Acaso algunas observaciones hechas por los frailes y personas que hayan tenido ocasión de conocer

variantes de mayor importancia, en la forma que se explica a continuación.

Todo el libro duodécimo que Bustamante editó en 1829 se reproduce textualmente, con su misma ortografía y en el tipo de letra que los impresores llaman "redondas" y las variantes de la versión publicada por el mismo autor en 1840 se anotan en la parte inferior de las páginas en letra cursiva. Para poderlo hacer así fué preciso que prescindiésemos de una de las dos series de notas que hizo Bustamante, las que colocó al pie de las páginas, con llamadas de letra; y conservamos sólo las que imprimió al fin del libro doce, poniéndoles llamadas en números arábigos. En realidad tanto éstas como aquéllas son frecuentemente ociosas, y a menudo equivocadas, de suerte que el lector no tiene porqué echar menos su falta; las últimas las hemos reproducido fielmente para comprobar la verdad de esta afirmación. Al final de cada uno de los capítulos, en su edición de 1840, Bustamante insertó largas tiradas de una especie de manualito de historia de la conquista, forjado a retazos y según la ocasión; de esto no hemos podido aprovechar nada. Las introducciones de Sahagún que intituló "Al lector" son distintas en los dos impresos y se reproducen en diferentes tipos de letra como se dice antes; y en cuanto a prólogo, el primer impreso no tiene ninguno y si precede uno al segundo impreso, por tanto, incluímos éste al principio de nuestra edición, con letras cursivas.

Dentro del programa bosquejado en la Advertencia del tomo primero de esta edición, en seguida del libro doce conocido desde 1829, se publica la traducción del texto náhuatl; permítasenos que acerca de él anticipemos igualmente algunas palabras. Para preparar esta parte de la magna historia sahaguntina, se han utilizado la edición con texto náhuatl y versión alemana que publicó el sabio Dr. Eduardo Seler y una copia en mexicano que perteneció a la señora Zelia Nutall, copia que bondadosamente nos facilitó el distinguido Prof. don Federico Gómez de

ejemplar del citado pequeño volúmen que perteneció a este sabio arqueólogo.

En la "advertencia" del primer tomo de esta edición se dijo que se reproducía el texto de Sahagún, sin quitar ni añadir palabra, y que cuando fuere preciso para aclarar el texto agregar alguna, se podría entre paréntesis, de manera que el lector pudiese distinguir fácilmente la parte original del autor. Pero, por lo que se refiere a este duodécimo libro no debe de entenderse así, puesto que no estuvo a nuestro alcance consultar ninguna copia manuscrita que nos inspirase confianza, y la reimpresión se llevó a cabo en la parte castellana con los impresos de Bustamante, respetando la grafía que éste usó; en consecuencia lo que va entre paréntesis en el texto del libro doce, pertenece a Sahagún, según su editor tantas veces nombrado.

LIBRO DOCENO

Que trata de la Conquista de México

PROLOGO DEL AUTOR.

Cuando estas tierras (que están debajo de la tórrida-zona y la línea equinoccial) se descubrieron, muchas verdades se descubrieron que antes estaban ocultas. La una de ellas fué que antes todos pensaban que era inhabitable toda esta tierra que está debajo de la tórrida-zona hasta el polo antártico, y ahora por nuestros ojos vemos que el norte-ártico sirve a los navegantes hasta la línea equinoccial y el norte-antártico sirve de allí adelante a los que navegan ácia él. Asimismo se afirmaba antes de agora, que el mar oceáno (que se estiende del poniente adelante en respecto a España) no tenía cabo ni fin, y agora vemos que partiendo de San Lucar hasta las Canarias, de allí se sigue un golfo de anchísimo mar que llega hasta las islas de Sto. Domingo, y desde esta Nueva-España se embarcan en el puerto de Acapulco donde hay otro golfo tan grande como el arriba dicho, por el cual van hasta las Filipinas, siguiéndose los que navegan la mitad de este camino por el norte-ártico, y desde la otra mitad se rigen por el norte-antártico. Hay otro mar y muchas islas caminando ácia al norte-antártico, del cual aun no se ha hallado cabo; y de esto hay mayor noticia por la parte del Perú y de las Charcas, según he oído. Háse también sabido de cierto, que la población del mundo comenzó de ácia aquellas partes donde está la gran Babilonia la vieja, y de allí se ha venido poblando el mundo hasta estas partes que se llama el nuevo órbe; y a la verdad, es la mitad del órbe que fué desde el principio criado. Parece también cosa

cierta, que el paraíso terrenal está entre la tórrida-zona y el norte-ártico, en el cual nuestro padre Adán y nuestra madre Eva moraron no sé cuantos días, y de aquellos dos se hinchió de gente todo el mundo, y en estas partes hubo gigantes de los de antes del diluvio, y han parecido acá huesos y toda la armazón de su grandeza, no solo en esta Nueva-España, pero también en las provincias y reinos circunstantes. Teníase asímismo por cierto, que ninguna navegación o flota había llegado a las partes de esta Nueva-España ni del Perú antes de este centenario que cumple mil y seiscientos años de la encarnación de Cristo Ntro. Redentor; y agora se dice por muy cierto que la flota del rey Salomón llegó al Perú. y también a la isla de Santo Domingo a tomar oro para el edificio del templo. Esto se ha sabido por la especulación del tercero libro de los reyes, donde se habla de la flota de Salomón que vino por oro a estas partes. También se ha sabido por muy cierto, que Ntro. Señor Dios (a propósito) ha tenido ocultada esta media parte del mundo hasta nuestros tiempos, que por su divina ordenación ha tenido por bien de manifestarla a la iglesia romana católica, no con propósito que fuesen destruidos y tiranizados sus naturales, sino con propósito que sean alumbrados de las tinieblas de la idolatría en que han vivido, y sean introducidos en la iglesia católica, e informados en la religión cristiana, y para que alcancen el reino de los cielos, muriendo en la fe de verdaderos cristianos. A este negocio muy grande y muy importante, tuvo nuestro Señor Dios por bien de que hiciese camino y derrocase el muro conque esta infidelidad estaba cercada y murada, el valentísimo capitán D. Hernando Cortés, en cuya presencia y por cuyos medios, hizo Dios nuestro señor muchos milagros en la conquista de esta tierra, donde se abrió la puerta para que los predicadores del Santo Evangelio entrasen a predicar la fe católica a esta gente miserabilísima, que tantos tiempos atrás estuvieron sujetos a la servidumbre de tan innumerables ritos idolátricos, y de tantos y tan grandes pecados en que estaban envueltos, por los cuales se condenaban, chicos grandes y medianos, para

que agora de esta tierra coja Dios nuestro Señor gran fruto de ánimas que se salvan (según su divina ordenación ab aeterno *señalada, afijada y determinada en su mente divina) como agora lo vemos por nuestros ojos, que por lo menos los niños bautizados que mueren en su inocencia cada día y se salvan, son casi innumerables: de los adultos son muchísimos los que se salvan, (conforme nuestra santa fe) y de cada día las cosas de nuestra santa fe católica van adelante. Los milagros que se hicieron en la conquista de esta tierra fueron muchos. El primero fué la victoria que nuestro Señor Dios dió a este valeroso capitán y a sus soldados en la primera batalla que tuvieron contra los otomíes tlascaltecas (que fué muy semejante al milagro que Nuestro Señor Dios hizo con Josué, capitán general de los hijos de Israel en la conquista de la tierra de promisión). Hizo Dios otro milagro por este valeroso capitán y sus soldados, que imprimió tan gran temor en todos los naturales de esta Nueva-España, después de esta primera victoria, y de otros estragos que se hicieron al principio de la conquista, que todos se hallaron cortados y desanimados que no sabían que se hacer, ni osaban acometer a los que venían. Tiénese por cosa muy cierta (considerados los principios, medios y fines de esta conquista) que nuestro Señor Dios regía a este gran varón y gran cristiano, y que él le señaló para que viniese, y que le enseñó lo que había de hacer para llegar con su flota a esta tierra, que le inspiró que hiciese una cosa de mas que animosidad humana, y fué, que todos los navíos en que vino él y toda su gente, los hizo barrenar y echar a fondo para que ninguno tuviese oportunidad de mirar atrás, habiendo comenzado aquel negocio que venía. En todo lo que adelante pasó, parece claramente que Dios le inspiraba en lo que había de obrar, así como hacía en los tiempos pasados el Cid Ruiz Díaz, nobilísimo y muy santo capitán español en tiempo del rey D. Alonso de la mano horadada, que fué rey de España, y emperador y capitán de la iglesia romana. Tuvo instinto divino este nobilísimo capitán D. Hernando Cortés, en no parar en lugar ninguno*

hasta venir a la ciudad de México, (que es metrópoli de todo este imperio) en la cual habiendo pasado muchas cosas después que comenzó la guerra (como adelante se dirá) milagrosamente le libró Dios a él y a muchos de los suyos de las manos de sus enemigos. Asimismo le libró milagrosamente de una batalla, donde él y todos los suyos estuvieron a pique de perderse. Milagrosamente nuestro Señor Dios envió gran pestilencia sobre todos los indios de esta Nueva-España, en castigo de la guerra que habían hecho a sus cristianos, por él enviados para hacer esta jornada. Milagrosamente le envió favor para volver a la conquista después de haber sido destrozado de sus enemigos, en la prosecución de la cual muchas veces milagrosamente le libró de las manos de sus enemigos que le tuvieron a punto de matarlo. Finalmente, habiendo salido con la victoria, hizo como cristianísimo varón y fidelísimo caballero a su rey, en que luego ofreció el precio de sus trabajos a su rey emperador D. Cárlos V, y escribió al Sumo Pontífice que enviase predicadores del santo Evangelio para la conversión de esta gente indiana; lo cual sumamente pretendia nuestro Señor Dios en haber comenzado este negocio, como adelante se contiene en esta abreviada historia que se sigue.

Fray Bernardino Sahagún.

AL LECTOR.

Aunque muchos han escrito en romance la conquista de esta Nueva España según la relación de los que la conquistaron, quísela yo escribir en lengua mexicana, no tanto por sacar algunas verdades de la relación de los mismos indios que se hallaron en la conquista, cuanto por poner el lenguaje de las cosas de la guerra y de las armas que en ella usan los naturales, para que de allí se puedan sacar vocablos y maneras de decir, propias para hablar en la lengua mexicana acerca de esta materia. Allégase también a esto que los que fueron conquistados supieron y dieron relación de muchas cosas que pasaron entre ellos durante la guerra, las cuales ignoraron los que los conquistaron, por las cuales razones me parece que no ha sido trabajo superfluo el haber escrito esta historia, la cual se escribió en tiempo que eran vivos los que se hallaron en la misma conquista, y ellos dieron esta relación, y personas principales y de buen juicio, y que se tiene por cierto que dijeron toda verdad.

AL LECTOR.

Cuando escribí en este pueblo del Tlatilulco los doce libros de la historia de esta Nueva España, (por los cuales envió nuestro señor rey D. Felipe, que los tiene allá), el nono libro fué de la conquista desta tierra. Cuando esta escriptura se escribió, (que ha ya mas de treinta años) toda se escribió en lengua mexicana, y después se romanció toda. Los que me ayudaron en

esta escriptura fueron viejos principales, y muy entendidos en todas las cosas así de la idolatría como de la república, y oficios della, y también que se hallaron presentes en la guerra cuando se conquistó esta ciudad.

En el libro nono donde se trata de esta conquista, se hicieron varios defectos, y fué que algunas cosas se pusieron en la narración de esta conquista que fueron mal puestas, y otras se callaron, que fueron mal calladas. Por esta causa, este año de mil quinientos ochenta y cinco enmendé este libro, y por eso va escripto en tres columnas. La primera es el lenguaje indiano ansí tosco como ellos lo pronunciaron, y se escribió entre los otros libros. La segunda columna es enmienda de la primera ansí en vocablos como en sentencias. La tercera columna está en romance, sacado según las enmiendas de la segunda columna. Los que tienen este tractado en la lengua mexicana tan solamente sepan que están enmendadas muchas cosas en este que va en tres columnas en cada plana. También me moví a enmendar este tractado porque tengo propósito que en acabando el arte y vocabulario de la lengua mexicana, (en que ahora voy entendiendo) leer a nuestros religiosos el arte de esta lengua mexicana, y también el vocabulario, y esta conquista, leyendo la lengua propia mexicana como allí está escrita, y las faltas que lleva aumentadas en la segunda columna.

CAPITULO I.

De las señales y pronósticos que aparecieron antes que los españoles viniesen a esta tierra, ni hubiese noticia de ellos.

Diez años (*a*) antes que viniesen los españoles a esta tierra pareció en el cielo una cosa maravillosa y espantosa, y es, que pareció una llama de fuego muy grande, y muy resplandeciente: parecía que estaba tendida en el mismo cielo, era ancha de la parte de abajo, y de la parte de arriba aguda, como cuando el fuego arde; parecía que la punta de ella llegaba hasta el medio del cielo, levantábase por la parte del oriente luego después de la media noche, y salía con tanto resplandor que parecía de día; llegaba hasta la mañana, entonces se perdía de vista; cuando salía el sol estaba la llama en el lugar que está el sol a medio día, esto duró por espacio de un año cada noche: comenzaba en las doce casas, y cuando aparecía a la media noche toda la gente gritaba y se espantaba: todos sospechaban que era señal de algún gran mal.

La segunda señal que aconteció fué, que el chapitel de un *cu* de Vitzilopuchtli, que se llamaba Tlacoteca, se encendió milagrosamente y se quemó: parecía que las llamas de fuego salían

(*a*).—*"Antes que llegasen los españoles... bien dos años... se vieron... muchas señales en el cielo, en la tierra y en el agua..."*

de dentro de los maderos de las columnas, y muy de presto se hizo ceniza: cuando ardía comenzaron los sátrapas a dar voces diciendo: ¡Oh mexicanos! venid presto a apagar el fuego con cántaros de agua, y venida el agua echábanla sobre el fuego y no se apagaba, sino antes más se encendía, y así se hizo todo brasa.

La tercera señal fue que cayó un rayo sobre el *cu* de Xiuhtecutli, dios del fuego, el cual estaba techado con paja, llamábase Tzumulco: espantáronse de esto porque no llovió sino agua menuda, que no suelen caer rayos cuando así llueve, ni hubo tronido, sino que no saben como se encendió. (*b*)

La cuarta señal, o pronóstico fue que de día haciendo sol cayó una cometa, parecían tres estrellas juntas que corrían a la par muy encendidas y llevaban muy grandes colas: partieron de ácia el occidente, y corrieron ácia el oriente, iban echando centellas de sí: de que la gente las vió comenzaron a dar grita, y sonó grandísimo ruido en toda la comarca.

La quinta señal fue que se levantó la mar, o laguna de México con grandes olas: parecía que hervía, sin hacer aire ninguno, la cual nunca se suele levantar sin gran viento: llegaron las olas muy lejos y entraron entre las casas, sacudían en los cimientos de las casas, algunas de estas cayeron: fue grande espanto de todos por ver que sin aire se había embravecido de tal manera el agua.

La sesta señal, o pronóstico fue, que se oyó de noche en el aire una voz de una mujer que decía: ¡Oh hijos míos, ya nos perdimos! algunas veces decía: ¡Oh hijos míos, adonde os llevaré!

La séptima señal fue que los cazadores de las aves del agua, cazaron una ave parda del tamaño de una grulla, y luego la fueron a mostrar a Mocthecuzoma, que estaba en una sala que llamaban Tlitlancalmecatl (*c*) era después de medio día; tenía

---

(b).—"y decíase: El sol ha encendido este templo, porque no hemos visto relámpago, ni tampoco trueno".

(c).—"la llevaron a la presencia de Moctheuzoma, el cual

esta ave en medio de la cabeza un espejo redondo, donde se parecía el cielo, y las estrellas, y especialmente los mastelejos que andan cerca de las cabrillas: como la vió Mocthecuzoma espantóse, y la segunda vez que miró en el espejo que tenía el ave: de ahí un poco vió muchedumbre de gente junta que venían todos armados encima de caballos, y luego Mocthecuzoma mandó llamar a los agoreros y adivinos y preguntolos, ¿no sabéis que es esto que he visto? que viene mucha gente junta, y antes que respondiesen los adivinos desapareció el ave, y no respondieron nada. (*d*)

La octava señal, o pronóstico fue, que aparecieron muchas veces monstruos en cuerpos monstruosos, llevábanlos a Mocthecuzoma, y en viéndolos luego desaparecían.

---

por entonces estaba en unos palacios que se llamaban Tlillancalmecatle *(quiere decir palacios teñidos de negro) y parece que como tenía otros palacios para alegrarse, ricamente edificados,* este Tlillancalmecatle *tenía para recogerse en el tiempo de adversidad y tristeza".*

(d).—"y cuando ellos (los adivinos) miraron y vieron lo que él vió, espantáronse, y cuando tornaron a mirar no vieron nada, y así no respondieron nada, porque el ave y todo lo demás había desaparecido".

CAPITULO II.

De los primeros navíos que aportaron a esta tierra, que según dicen fue Juan de Grijalva.

La primera vez que parecieron navíos en la costa de esta Nueva España, los capitanes de Mocthecuzoma que se llamaban *Calpixques* que estaban cerca de la costa, luego fueron a ver que era aquello que venía, que nunca habían visto navíos, uno de los cuales fue el Calpixque de Cuextecatl que se llamaba Pinotl: llevaba consigo otros *calpixques,* uno que se llamaba Yaotzin, que residía en el pueblo de Mictlanquauhtla, y otro que se llamaba Teozinzocatl, que residía en el pueblo de Teociniocan, y otro que se llamaba Cuitlalpitoc, este no era calpixque sino criado de uno de estos calpixques, y principalejo, y otro principalejo que se llamaba Tentlil (*c*). Estos se fueron a ver que cosa era aquella, y llevaban algunas cosas para venderlas, só color de ver que cosa era aquella: lleváronlos algunas mantas ricas que solo Mocthecuzoma y ninguno otro las usaba, ni tenía licencia para usarlas: entraron en unas canoas y fueron a los navíos, dijeron entre sí, estamos aquí en guarda de esta costa, conviene que sepamos de cierto que es esto, para que llevemos la nueva cierta a Mocthecuzoma: entraron luego en las canoas y comenzaron a remar hacia los navíos, y como llegaron junto a los navíos, y vieron los españoles, besaron todos las proas de las naos en señal de adoración, pensaron que era el dios *Quetzalcóatl* que volvía, al cual estaban ya esperando según parece en la Historia de este dios. Luego los españoles los hablaron, y dijeron: ¿Quien sois vosotros? ¿de dónde venis? ¿de dónde sois? Respondieron los que iban en las canoas: hemos venido de México: dijéronlos los españoles, si es verdad que sois me-

(c).—En la segunda versión no se citó ningún nombre propio. Además se dice que era la costa de "Zempoalla", para determinar el lugar donde aparecieron los navíos.

xicanos, decidnos ¿cómo se llama el señor de México? Ellos respondieron: señores nuestros, llámase Mocthecuzoma, y luego le presentaron todo lo que llevaban de aquellas mantas ricas, al que iba por general en aquellos navíos que según dicen era Grijalva, y los españoles dieron a los indios cuentas de vidrio, unas verdes y otras amarillas, y los indios como las vieron maravilláronse mucho, y tuviéronlas en mucho, y luego se despidieron de los indios diciendo, ya nos volvemos a Castilla, y presto volveremos, y iremos a México (*f*). Los indios se volvieron a tierra, y luego se partieron para México donde llegaron en un día y en una noche, a dar la nueva a Mocthecuzoma de lo que habían visto, y trajéronle las cuentas que les habían dado los españoles y dijéronle de esta manera: señor nuestro, dignos somos de muerte, oye lo que hemos visto y lo que hemos hecho. Tú nos pusiste en guarda de la orilla de la mar, hemos visto unos dioses dentro en la mar y fuimos a recibirlos, y dímosles varias mantas ricas, y veis aquí estas cuentas que nos dieron, y dijéronnos, si es verdad que sois mexicanos, veis aquí estas cuentas dadlas a Mocthecuzoma para que nos conozca, y dijéronle todo lo que había pasado cuando estuvieron con ellos en la mar en los navíos (*g*). Respondióles Mocthecuzoma y díjoles; venis cansados y fatigados, ídos a descansar, yo he recibido esto en secreto, y os mando que no digáis nada de lo que ha pasado.

(f).—El relato de este primer contacto entre españoles e indios náhuas es más extenso en la edición de 1840, *en este punto; pero sin añadir detalles de importancia.*

(g).—"hemos visto los que aquí venimos, dioses que han llegado a aquella costa en grandes navíos, y les hemos hablado y conversado y comido con ellos, y les dimos mantas ricas, y nos dieron en rescate de ellas estas piedras preciosas que aquí traemos..."

CAPITULO III.

De lo que Mocthecuzoma proveyó después que oyó las nuevas de los que vieron los primeros navíos.

Como hubo oído Mocthecuzoma las nuevas de los que vinieron de la mar, mandó luego llamar al más principal de ellos que se llamaba Cuextecatl, y los demás que habían venido con la mensajería, y mandólos que pusiesen guardas, y atalayas en todas las estancias de la ribera de la mar, la una se llamaba Naulitlantoztlan, otra Mictlanquactla, para que mirasen cuando volviesen aquellos navíos para que luego diesen relación. Con esto se partieron los Calpixques, y capitanes, y mandaron luego poner atalayas en las dichas estancias, y Mocthecuzoma juntó luego sus principales los más privados, y los comunicó las nuevas que habían llegado, (*h*) y mostrolos las cuentas de vidrio que habían traído los mensajeros y díjolos: paréceme que son piedras preciosas, guárdense mucho en la recámara, no se pierda ninguna, y si alguna se perdiere pagarla han los que tienen

---

(h).—"hizo junta de todos los senadores y principales de su reino y corte, y les comunicó la embajada que trujeron, y les mostró las piedras que habían traído. Como hubieron oído los cónsules y senadores y principales de su consejo aquella embajada, y visto aquellas piedras que nunca las habían visto semejantes en grandor y parecer, comenzaron a hablar en el negocio por su orden, comenzando de los mayores hasta los menores que allí estaban, y después de haber conferido el negocio con gran acuerdo, determinaron lo que convenía hacerse sobre ello, y fué, que fuesen señaladas personas hábiles y suficientes para que llevasen la determinación deste consejo a los calpixques y capitanes de la costa, para que con gran diligencia velasen de noche y de día puestos en sus atalayas por toda aquella costa..." No se cita ningún nombre propio de lugares de la costa.

cargo de guardar la recámara. Desde ahí a un año, en el año de trece conejos, vieron en la mar navíos los que estaban en las atalayas y luego vinieron a dar noticia a Mocthecuzoma con gran prisa. Como oyó la nueva Mocthecuzoma despachó gente para el recibimiento de *Quetzalcóatl,* porque pensó que era el que venía, porque cada día le estaban esperando, y como tenía relación que *Quetzalcóatl* había ido por la mar ácia el oriente, y los navíos venían de ácia el oriente, por esto pensaron que era él: envió cinco principales a que le recibiesen y le presentasen un gran presente que le envió. De los que fueron el más principal de ellos se llamaba *Yallizchan;* el segundo *Tepuztecatl,* el tercero *Tizaoa,* el cuarto *Vevetecatl,* el quinto *Veicaznecatlheca.* (*i*)

CAPITULO IV.

De lo que proveyó Mocthecuzoma cuando supo la segunda vez que los españoles habían vuelto, este fue D. Hernando Cortés.

A los sobredichos habló Mocthecuzoma y les dijo: mirad que han dicho que ha llegado nuestro señor *Quetzalcóatl,* id, y recibirle, y oíd lo que os dijere con mucha diligencia: mirad que no se os olvide nada de lo que os dijere, veis aquí estas joyas que le presenteis de mi parte, que son todos los atavíos sacerdotales que a él convienen: (*j*) primeramente una máscara labrada de musaico de turquesas, tenía esta máscara labrada de las mismas piedras una culebra doblada y retorcida cuyo doblez era el pico de la nariz, luego se dividia la cola de la cabeza,

---

(*i*).—*En la segunda versión se consignan sólo dos nombres de comisionados:* Joalliostha *como principal y* Tepuztecatl *como segundo.*

(*j*).—*Omite el inventario que aquí se consigna; tiene en cambio, como aclaración y entre paréntesis lo que sigue: "según es-*

y la cabeza con parte del cuerpo iba por sobre el un ojo de manera que hacía ceja, y la cola con parte del cuerpo iba por sobre otro ojo, y hacía otra ceja. Estaba esta máscara engerida en una corona alta y grande, llena de plumas ricas, largas y muy hermosas, de manera que poniéndose la corona sobre la cabeza se ponía la máscara en la cara: llevaba por joyel una medalla de oro redonda y ancha: estaba asida con nueve sartales de piedras preciosas, que echadas al cuello cubrían los hombros y todo el pecho; llevaban también una rodela grande bordada de piedras preciosas con unas bandas de oro, que llegaban de arriba a abajo por toda ella, y otras bandas de perlas atravezadas sobre las de oro de arriba abajo por toda ella, y los espacios que hacían estas bandas los cuales eran como mallas de red, iban puestos unos zapitos de oro. Tenía esta rodela unos rapacejos en lo bajo, iba asida en la misma rodela una bandera que salía desde la manija de la rodela, hecha de plumas ricas: llevaba también una medalla grande hecha de obra de musaico que la llevaba atada y ceñida sobre los lomos; llevaban también unos sartales de piedras preciosas con unos cascabeles de oro entre puestos a las piedras para atar a la garganta de los pies: llevaban también un *cetro de obispo* todo labrado de obra de musaico de turquesas, y la vuelta de arriba era una cabeza de una culebra revuelta o enroscada.

También llevaban unas cotaras como los grandes señores se las suelen poner: 2°. llevaron también los ornamentos o atavíos con que se ataviaba *Tezcatlipoca* que era una cabellera hecha de pluma rica, que colgaba por la parte de atras hasta cerca de la cintura y estaba sembrada toda de estrellas de oro: lle-

---

tán nombradas y contadas en la primera columna de esta plana". Esto hizo pensar a Bustamante que los ladrones, que supuso robaron el manuscrito, por no entender la parte en mexicano sólo se llevaron lo escrito en castellano; Parece asímismo que es ociosa su nota tercera, pues la palabra "cañas" tiene la apariencia de error de copia en lugar de "canoas".

vaban también unas orejeras de oro: llevaban colgados unos cascabelitos de oro, y sartales de caracolitos marinos blancos y hermosos. De estos sartales colgaba un cuero que era como peto, y llevábale ceñido de manera que cubría todo el pecho hasta la cintura. llevaba este peto, muchos caracolitos sembrados y colgados por todo él; llevaban también un coselete de tela blanca pintado, la orilla de abajo de este coselete iba bordada con plumas blancas en tres listas por todo el rededor: llevaban una manta rica, la tela de ella era un azul claro y toda labrada encima de muchas labores de un azul muy fino esta manta se ponía por la cintura atada por las esquinas al cuerpo, sobre esta manta iba una medalla de musaico atada al cuerpo sobre los lomos; también llevaban unos sartales de cascabeles de oro para atar a las gargantas de los pies, y también unas cotaras blancas como los señores las solían traer. Llevaron también los ornamentos y atavíos del dios que llamaban *Tlalocantecutli*, que era una máscara con su plumaje, y una bandera como la que se dijo arriba: también unas orejeras de *Chalchivitl* anchas que tenía dentro unas culebras de Chalchivites, y también un coselete pintado de labores verdes y unos sartales o collar de piedras preciosas, y también una medalla con que se ceñía los lomos, como la que arriba se dijo con una manta rica con que se ceñía como también arriba se dijo, y cascabeles de oro para poner a los pies, y su báculo (1) como el de arriba. Otros ornamentos también que llevaban eran del mismo *Quetzalcóatl* una mitra de cuero de tigre, y colgaba de la mitra una capilla grande hecha de plumas de cuervo: llevaba la mitra un *chalchivitl* grande y redondo en la punta, y también unas orejeras redondas de musaico de turquesas con un garabato de oro que llamaban *Ecacozcatl*, y una manta rica con que se ceñía, y unos cascabeles de oro para los pies, y una rodela que tenía en el medio una plancha de oro redonda, la cual rodela estaba bordada con plumas ricas. En lo bajo de la rodela salían una banda de plumas ricas en la forma que se dijo arriba: llevaba un báculo labrado de musaico de turquesas, y en la vuelta de arriba puestas

unas piedras ricas o perlas eminentes. En lo alto de arriba también llevaban unas cotaras como los señores solían traer: todas estas cosas llevaban los mensajeros y las presentaron según dicen a D. Hernando Cortés. Otras muchas cosas le presentaron que no se escriben, como fue una mitra de oro hecha a manera de caracol marisco con unos rapacejos de plumas ricas que colgaban ácia las espaldas, y otra mitra llana también de oro y otras joyas de oro que no se escriben (2). Todas estas cosas metieron en sus petacas y tomada la licencia de Mocthecuzoma díjoles: *"Id con prisa y no os detengais; id y adorad en mi nombre al dios que viene, y decidle, acá nos envía vuestro siervo Mocthecuzoma, estas cosas que aquí traemos os envía, pues habéis venido a vuestra casa que es México"*. Tomaron luego el camino los mensajeros y llegaron a la orilla de la mar y allí entraron en cañas (3), y llegaron a un lugar que se llama *Xicalanco*: de allí tornaron otra vez a entrar en otras cañas con todo su hato, y llegaron a los navíos, luego les preguntaron de los navíos: *¿Quién sois vosotros, de donde habéis venido?* dijeron los de la canoa: *venimos de México*, y dijeron los de la nao: *¿Por ventura no sois de México, sino que decis con falsedad que sois de México, y nos engañáis?* y sobre esto tomaron y dieron, y de que se satisfacieron los unos a los otros, juntaron la canoa con el navío y echáronles una escalera con que subieron al navío donde estaba D. Hernando Cortés. (4)

CAPITULO V.

De lo que pasó cuando los mensajeros de Mocthecuzoma entraron en el navío de D. Hernando Cortés.

Comenzaron a subir al navío por las escaleras, y llevaban el presente que Mocthecuzoma les mandó llevar. Como estuvieron delante del capitán D. Hernando Cortés besaron todos la tierra en su presencia, y habláronle de esta manera: 'Sepa

el dios a quien venimos a adorar en persona de su siervo Mocthecuzoma, el cual rige y gobierna la ciudad de México, y dice ha llegado con trabajo el dios" y luego sacaron los ornamentos que llevaban, y se los pusieron al capitán D. Hernando Cortés ataviándole con ellos: pusiéronle primeramente la corona y máscara que arriba se dijo, y todo lo demás: echáronle al cuello los collares de piedras que llevaban con los joyeles de oro, y pusiéronle en el brazo izquierdo la rodela que se dijo arriba y todas las demás cosas se las pusieron delante ordenadas como suelen poner sus presentes. El capitán dijo: ¿hay otra cosa más qué esto? (*k*) dijéronle, señor nuestro, no hemos traído más cosas que estas que aquí están. El capitán *mandólos luego atar,* (5) y mandó soltar tiros de artillería, y los mensajeros que estaban atados de pies y manos como oyeron los truenos de las bombardas cayeron en el suelo como muertos, y los españoles levantáronlos del suelo, y diéronlos a beber vino con que los esforzaron y tornaron en sí. Después de esto el capitán D. Hernando Cortés les dijo por su intérprete: oíd lo que os digo: hánme dicho que los mexicanos son valientes hombres, que son grandes conquistadores y grandes luchadores, y son muy diestros en las armas; dícenme que un sólo mexicano es bastante para vencer a diez y a veinte de sus enemigos, quiero

---

(k).—"Habiendo dicho esto, (los indios) comenzaron luego a vestirle (a Cortés) con aquellos ornamentos que llevaban. Pusiéronle en la cabeza una pieza hecha a manera de almete en que había mucho oro y piedras preciosas y plumajes, y pusiéronle un vestuario que se llama xiculli *que cubre desde la garganta hasta la cintura, y los medios brazos, de tela preciosa: pusiéronle luego un collar de piedras preciosas de mucho valor y hermosura: de esta manera lo fueron vistiendo desde la cabeza hasta los pies, de ornamentos sacerdotales de gran valor, y los otros ornamentos preciosos de Tezcatlipoca y Tlalocatecutli, pusiéronlos a sus pies ordenadamente, como hacen cuando dan algún presente a alguna persona constituida en dignidad".*

probaros si es esto verdadero, y si sois tan fuertes como me han dicho; luego les mandó dar espadas y rodelas para que peleasen con otros tantos españoles, para ver quien vencería a los otros, (*l*) y los mexicanos dijeron luego al capitán Cortés: oíganos vuestra merced nuestra escusa, porque no podemos hacer lo que nos manda, y es porque Mocthecuzoma nuestro señor no nos envió a otra cosa sino a saludaros, y daros este presente; no podemos hacer otra cosa, ni podemos hacer lo que nos mandáis, y si lo hiciésemos enojarse ha nuestro señor Mocthecuzoma, y mandarnos a matar, y el capitán respondióles: hase de hacer en todo caso lo que os digo, tengo de ver que hombres sois, que allá en nuestra tierra hemos oído que sois valientes hombres, aparejaos con esas armas, y disponeos para que mañana nos veamos en el campo.

CAPITULO VI.

De como los mensajeros de Mocthecuzoma volvieron a México con la relación de lo que habían visto.

Hecho lo que está dicho luego se despidieron del capitán y se bajaron a sus canoas, y comenzaron luego a irse ácia tie-

---

(l).—"Cortés habló a los suyos en lengua castellana, y mandó que les tratasen de una manera humana y les pusiesen en el castillo de proa donde reposasen, y les diesen de comer las cosas de Castilla con toda cortesía y benevolencia. Cuando estos fueron entrados en el navío, todos los otros españoles vinieron del navío a ver lo que pasaba, y vieron el presente, y miraron los atavíos y personajes que los trujeron. El día siguiente pusieron por obra los españoles de espantar a aquellos indios con aherrojarlos con grillos y cadenas y con soltar los tiros de la artillería, y con desafiarlos para que pelasen con ellos y así lo hicieron".

rra remando con gran prisa, y diciendo los unos a los otros: ea valientes hombres: esforzaos a remar antes que nos acontezca algo. Llegaron muy presto al pueblo de Xicalanco remando, allí comieron y descansaron bien poco, y luego entraron otra vez en las canoas, y remando con gran prisa llegaron al pueblo que se llama *Tecpantlayacac,* y de allí comenzaron a caminar por tierra corriendo con gran prisa, y llegaron al pueblo que se llama Cuetlaxtla, allí comieron y descansaron poco, y los del pueblo les rogaban que descansasen siquiera un día: ellos respondieron que no podían, porque iban con gran prisa a hacer saber a Mocthecuzoma lo que habían visto, cosas muy nuevas y nunca vistas, ni oídas, las cuales ninguno otro podía decir; y caminando con gran prisa de noche y de día, llegaron a México de noche. En el tiempo que estos mensajeros fueron y volvieron Mocthecuzoma no podía comer ni dormir, ni hacía de buena gana ninguna cosa, sino que estaba muy triste y sospiraba espesas veces; estaba con gran congoja, ninguna cosa de pasatiempo le daba placer, ninguna cosa le daba contento y decía: ¿qué será de nosotros? ¿quién ha de sufrir estos trabajos? ¿cómo es capaz? Llegando los mensajeros a donde estaba la guardia de Mocthecuzoma dijéronlos: aunque duerma nuestro señor Mocthecuzoma dispertadle y decidle, que somos venidos de la ribera de la mar donde nos envió; luego los de la guardia le dijeron aquello, y el respondió. No quiero oír aquí las nuevas que traen, allá quiero ir a la sala, allá me hablarán, váyanse allá, y luego mandó que untasen con greda todo el cuerpo a ciertos capitanes para sacrificarlos. Los mensajeros fuéronse a la sala y también Mocthecuzoma, se fué allá, y allí delante los mensajeros mataron a los cautivos, y rociaron a los mensajeros con la sangre de los cautivos: hicieron esta ceremonia porque habían visto grandes cosas, y habían visto a los dioses y hablado con ellos.

CAPITULO VII.

De la relación que dieron a Mocthecuzoma los mensajeros que volvieron de los navíos.

Hecho lo que arriba es dicho, dieron la relación a Mocthecuzoma de todo lo que haban visto y oído, y dieron la relación de la comida que comían, y de las armas que usaban, y de todo lo que les aconteció con los españoles. Oída por Mocthecuzoma la relación que le dieron sus embajadores espantóse mucho y comenzó a temer: Maravillóse de la comida de los españoles, y de oír el negocio de la artillería, especialmente de los truenos que quiebran las orejas, y del hedor de la pólvora que parece cosa infernal, y del fuego que echan por la boca, y del golpe de la pelota que desmenuza un árbol de golpe; y de la relación que le dieron de las armas muy fuertes que usaban así ofensivas como defensivas, como son coseletes, cotas, celadas, etc., espadas, ballestas, arcabuces y lanzas, etc., también de la relación de los caballos y de la grandeza de ellos, y como subían en ellos los españoles armados que no se les parecía más que la cara, y de cómo tenían las caras blancas y los ojos garzos, y los cabellos rojos y las barbas largas, y de como venían algunos negros entre ellos que tenían los cabellos crespos y prietos; también dieron relación de los perros que traían y de la manera que eran, y de la ferocidad que mostraban, y de la color que tenían. (*m*) Oída esta relación, Mocthecuzoma espantose, y comenzó a temer, y a desmayarse, y a sentir gran angustia.

(m).—"El principal de aquellos embajadores comenzó a hablar... y dijo de esta manera: "Señor nuestro: como hubimos llegado yo y estos señores que aquí estamos, a la orilla del mar, vimos dentro en la mar unas casas grandísimas de madera todas, con grandes edificios dentro y fuera, las cuales andan por la mar como las canoas que acá nosotros usamos para andar por el agua: dijéronnos que estas casas se llamaban navíos: son

CAPITULO VIII.

De como Mocthecuzoma envió sus encantadores y maleficios, para que empeciesen a los españoles.

Después de lo arriba dicho luego Mocthecuzoma juntó algunos adivinos y agoreros y algunos principalejos, y los envió al puerto donde estaban los españoles para que procurasen que no les faltase comida y todo lo que demandasen, y para que mirasen diligentemente para que le diesen la relación de todo lo que pasase, y envió con ellos algunos cautivos para que sacrificasen

---

unos edificios admirables y muy grandes hechos para andar por la mar, que nadie de nosotros tendrá habilidad para contar en particular los diversos edificios que contienen estos navíos, o casas de agua. Procuramos luego de llegar con las canoas que llevamos, al principal navío o casa de agua, donde vimos el estandarte que traían. Como hubimos llegado cerca, vimos más de veinte navíos y en cada uno de ellos venía mucha gente, y todos nos estaban mirado hasta que entramos en el navío principal. Entrados que fuimos, procuramos de ver al señor Quetzalcóatl, *que buscamos para darle el presente que llevábamos. Allá dentro del navío en una pieza mostráronnos un señor sentado en su trono, del cual nos dijeron... Ese es el que buscais: luego nos prostramos delante dél adorándolo como a dios, y luego le dijimos lo que nos mandaste, y le compusimos con las joyas que nos diste. Diéronnos a entender que era poco aquello que llevábamos. Aquél día nos trataron bien, y nos dieron de comer y beber de lo que ellos comen y beben, que es preciosa comida y bebida. Aquella noche dormimos en el navío, y a la mañana comenzáronnos a hablar en que querían ver nuestras fuerzas y manera de pelear, y que peleásemos con ellos de uno a uno, o de dos a dos. Escusámonos de este negocio, y sobre él nos echaron hierros y soltaron tiros de artillería, que nos espantaron mucho, y nos hicieron caer como muertos. Después*

delante del dios que venía, si viesen que convenía, y si demandasen sangre para beber (*n*). Fueron aquellos embajadores y llegaron a donde estaban los españoles, y ofreciéronles tortillas rociadas con sangre humana. Como vieron los españoles aquella comida, tuvieron grande asco de ellas, y comenzaron a escupir y abominarla porque hedia el pan con la sangre: esto se hizo por mandado de Mocthecuzoma, y él lo mandó hacer porque tenía que aquellos eran dioses que venían del cielo, y los negros pensaron que eran dioses negros; todos ellos comieron el pan blanco que llevaban sin sangre, y los huevos y aves, y la fruta que los

---

que volvimos en nosotros y nos dieron de comer, vimos sus armas y sus caballos y sus perros, y sería cosa prolija de contar cada cosa de por sí, de las que vimos. Dicen que viene acá a conquistarnos y a robarnos, acá se verá todo: grandemente venimos espantados".

(n).—El texto del capítulo VIII, en la segunda edición, es el siguiente: "Como Moctheuzoma hubo oído la relación que trujeron sus embajadores que fueron a recibir a Quetzalcóatl, *entristecióse sumamente, y enviólos a sus casas: entrose en su recogimiento y estuvo allí gran rato muy pensativo y afligido. Finalmente, determinó de juntar a todos los senadores y personas graves y generosas, y a todos los sabios y personas prudentes de su corte y reino, para comunicarles las nuevas que los embajadores habían traído. Desque fueron juntos hízolos un parlamento muy sentido y muy elocuente (como en semejantes casos ellos usaban y como él acostumbraba a hablar, porque era muy sabio y muy retórico y de grande habilidad para persuadir lo que quería). En el fin de esta plática les preguntó que le dijesen qué convenía hacer para el remedio de sus enemigos, y para que los que lo venían a destruir fuesen impedidos y no pudiesen salir con su propósito. La respuesta de esta pregunta comenzó desde los más principales y sabios y graves que había en la junta y todos hablaron, y altercóse el negocio prolija y muy atentamente. Finalmente concluyeron, que se juntasen todos los encantadores*

presentaron, y recibieron también comida para los caballos. Envió Mocthecuzoma aquellos adivinos, agoreros y nigrománticos, para que mirasen si podían hacer contra ellos algún encantamiento o hechicería, para con que enfermasen o muriesen, o se volviesen, y estos hicieron todas sus diligencias como Mocthecuzoma les había mandado contra los españoles; pero ninguna cosa les aprovechó ni tuvo efecto, y así se volvieron a dar las nuevas a Mocthecuzoma de lo que había pasado, y dijéronle que aquella gente que habían visto era muy fuerte, y que ellos no eran nadie para contra ellos. Luego Mocthecuzoma envió otros mensajeros y embajadores principales y calpixques, para que fue-

---

y nigromantes, y que como tenían de costumbre fuesen a hacer el primer acometimiento y empleasen todo su saber y poder para hacer mal, impedir y espantar a los españoles para que viesen y no osasen llegar a México. Fueron juntos y congregados todos los nigrománticos y maléficos, a los cuales como Moctheuzoma representase el negocio que estaba presente, los encargó con grande eficacia que fuesen a hacer su oficio contra los enemigos de la república que les venían a destruir, lo cual oído, el más viejo y sabio de ellos, respondió con todo el aparato de retórica que ellos usaban, y finalmente concluyó con decir que harían con gran prontitud y diligencia y según todo su poder y saber lo que su magestad mandara, y se despidieron dél. Apartándose estos nigrománticos de Moctheuzoma, juntáronse todos y habláronse, y propusieron todos de destruir a los españoles, y muy confiados de la victoria fueron a verse con ellos en el lugar más convenible que les pareció para ejecutar este negocio, y sin que les viesen los españoles hicieron todos sus encantamientos y nigromancias, y embaimientos, y hechicerías que ellos usaban para destruir a los españoles; y como estaba en el consejo divino otra cosa determinada, todo cuanto hicieron y dijeron, y negociaron con los demonios sus abogados y favorecedores, no valió nada, y se volvieron confusos y tristes a dar esta relación a Moctheuzoma, el cual les oyó, y se espantó mucho, y le cayó

ran donde estaban los españoles, y mandólos sopena de la muerte, que con gran diligencia procurasen todo lo que les fuese necesario a los españoles, así para en la mar como para en la tierra. Fueron estos mensajeros con gran prisa e hicieron todo lo que Mocthecuzoma les mandó: por todo el camino procuraban de proveer a los españoles de todo lo necesario, y servíanlos con gran diligencia.

---

gran desmayo. Finalmente, con consejo de sus senadores y graves personas y prudentes de su corte mandó a sus calpixques, y capitanes, y hombres valientes que fuesen a recibirlos de paz, y los llevasen bastimentos y esclavos para que sacrificasen delante dellos, y procurasen entender qué género de dioses eran aquellos que venían contra ellos. Fueron e hicieron los que les mandaron, lo cual visto por los españoles abominaron y detestaron aquellos mantenimientos rociados con sangre, y no quisieron comer de ellos ni verlos. Como vieron esto los mexicanos, hablaron entre sí diciendo: "Estos dioses no son como los nuestros; dioses celestiales son, adorémoslos y aplaquémoslos, y luego determinaron entre sí de buscarles mantenimientos que les fuesen gratos de los mejores, que ellos comían, así de pan, como de carne, como de frutas y raíces, que ellos preciaban mucho, y se las presentaron y vieron que las recibieron y comieron dello de buena gana, de que se consolaron, y de allí adelante tuvieron por dioses a los españoles y a los negros que venían entre ellos también los tuvieron por dioses negros, y los llamaron Teucacatzactli. *Como este negocio fué sabido por Moctheuzoma, entendió que eran dioses celestiales los que venían, y mando con gran diligencia a todos sus gobernadores y presidentes y oficiales de la república que con grandísima diligencia proveyesen y sirviesen con todo lo que quisiesen y fuese su contento, a los dioses celestiales que habían llegado, y así fué hecho todo el tiempo hasta que llegaron a México que los traían como en palmas, muy proveídos y regalados.*

CAPITULO IX.

Del llanto que hizo Mocthecuzoma y todos los mexicanos de que supieron que los españoles eran tan esforzados.

Oídas las cosas de arriba dichas por Mocthecuzoma, concibió en sí un sentimiento de que venían grandes males sobre él y sobre su reino, y comenzó a temer grandemente no solamente él, pero todos aquellos que supieron aquestas nuevas ya dichas. Todos lloraban y se angustiaban, y andaban tristes y cabizbajos, hacían corrillos, y hablaban con espanto de las nuevas que habían venido; las madres llorando tomaban en brazos a sus hijos y trayéndoles la mano sobre la cabeza decían: ¡Oh hijo mío! ¡en mal tiempo has nacido, qué grandes cosas has de ver, en grandes trabajos te has de hallar! Fué dicho a Mocthecuzoma como los españoles traían una india mexicana que se llamaba *María,* vecina del pueblo de *Teticpac* que está a la orilla de la mar del Norte, y que traían esta por intérprete, que decía en la lengua mexicana todo lo que el capitán D. Hernando Cortés le mandaba. (*ñ*) Luego Mocthecuzoma comenzó a enviar mensajeros y principales a donde estaban los españoles para que mirasen lo que se hacía, y procurasen lo que fuese menester al servicio de los españoles. Cada día iban unos y volvían otros, no paraban mensajeros que iban y volvían, y los españoles no cesaban de preguntar por Mocthecuzoma, queriendo saber que persona era, si era viejo, o si era mozo, o si era de media edad, o si tenía canas. Respondían los indios

---

(ñ).—"También los embajadores dijeron a Moctheuzoma, como el capitán de los españoles traía consigo una india que se llamaba Marina, *nacida en esta tierra de México, que le servía de intérprete, para declararle lo que le decían en lengua mexicana; la cual también entendía la lengua española, y decía en lengua mexicana a los mexicanos lo que el capitán la decía".*

mexicanos a los españoles, hombre es de media edad, no es viejo ni es gordo, es delgado y enjuto. Cuando oía Mocthecuzoma la relación de los mensajeros, como los españoles preguntaban mucho por él, y que deseaban mucho de verle, angustiábase en gran manera, pensó de huir o de esconderse para que no le viesen los españoles ni le hallasen: pensaba esconderse en alguna cueva, o de salirse de este mundo y irse al infierno o al paraíso terrenal, o a cualquiera otra parte secreta, y esto trataba con sus amigos, aquellos de quien se confiaba, y ellos le decían: hay quien sepa el camino para ir al infierno y también al paraíso terrenal, y a la casa del sol, y a la cueva que se llama *Cincalco,* que está cabe a Tlacuyoacan, detrás de Chapultepec que hay grandes secretos, en uno de estos lugares se podrá V. M. remediar: escoja V. M. el lugar que quisiere que allí le llevaremos, y allí se consolará sin recibir ningún daño. Mocthecuzoma se inclinó a irse a la cueva de *Cincalco,* y así se publicó por toda la tierra; pero no tuvo efecto este negocio, ninguna cosa de lo que dijeron los nigrománticos se pudo verificar, y así Mocthecuzoma procuró de esforzarse, y de esperar a todo lo que vinese, y de ponerse a todo peligro.

CAPITULO X.

De como los españoles comenzaron a entrar la tierra adentro, y de como Mocthecuzoma dejó la casa real y se fue a su casa propia.

Mocthecuzoma teniendo ya por averiguado, así por las cosas que había oído de los españoles como por los pronósticos que habían pasado, y profecías antiguas y modernas que tenían, que los españoles habían de reinar en esta tierra, salióse de las casas reales y fuese a las casas que él tenía antes que fuese rey o emperador. De que los españoles partieron de la ribera de

la mar para entrar la tierra adentro, tomaron un indio principal que llamaban *Tlacochcalcatl* para que los mostrase el camino, al cual indio habían tomado de allí de aquella provincia los primeros navíos que vinieron a descubrir esta tierra, el cual indio el capitán D .Hernando Cortés trajo consigo, y sabía ya de la lengua española algo. Este juntamente con *María* eran intérpretes del capitán. A este tomaron por guía de su camino para venir a México, en llegando a la provincia de *Tecoac* que es tierra de Tlaxcala: allí estaban poblados los otomíes y gente de guerra que guardaba la frontera o términos de los tlaxcaltecas (*o*). Estos salieron de guerra contra los españoles, quienes comenzaron a pelear con ellos, y los de a caballo alancearon muchos, y los arcabuceros y ballesteros mataron también a muchos, de manera que desbarataron a todo aquel ejército que venía, y huyeron los que quedaron. Los españoles tomaron el pueblo y robaron lo que hallaron, y así destruyeron aquellos pueblos. Como los de Tlaxcala oyeron lo que había

---

(o).—"...llevaban por guía a un mexicano que habían tomado de Zempoala que era naoatlato, y sabía algo de la lengua española; este los guió hacia aquella parte donde estaba aquel ejército de soldados otomíes tlaxcaltecas, y no hay que dudar sino que los guió por allí, para que aquel ejército de otomíes matase luego a todos los españoles sin quedar uno, y aconteció al revés, que como los otomíes les salieron a recibir a punto de guerra, y como comenzaron a pelear los unos con los otros, los pobres otomíes como no conocían la fortaleza y destreza de pelear que tenían los españoles y la velocidad de los caballos, y la diversidad de las armas así ofensivas como defensivas que traían los españoles, recibieron luego gran daño por lo uno y por lo otro, y ellos como animosos y fieros, sin temor a la muerte que veían los iba tragando, no huyeron ni volvieron atrás, sino perseveraron en la batalla hasta que no quedó hombre de ellos. Esto se concluyó en obra de dos horas poco más o menos. Luego esta nueva fué llevada a los señores de Tlaxcala (los cuales

acontecido a sus soldados y otomíes, espantáronse y comenzaron a temer: luego se juntaron a consejo, y confirieron todos sobre el negocio para ver si saldrían de guerra contra los españoles o si se darían de paz, y dijeron: sabemos que los otomíes son muy valientes y pelean reciamente y todos son destruídos, ninguna resistencia hubo en ellos, que en un abrir y cerrar de ojos los destruyeron: ¿qué podemos hacer nosotros? ¿será bien que los recibamos de paz y los tomemos por amigos? esto es mejor que no perder toda nuestra gente, y así acordaron los señores de Tlaxcala de recibirlos de paz y tomarlos por amigos. Salieron luego los señores y principales con gran multitud de tamemes cargados de comida de todas maneras. Llegando a ellos saludaron de paz a D. Hernando Cortés, y él los preguntó diciendo ¿de dónde sois vosotros? ellos dijeron, somos de la ciudad de Tlaxcala y venimos a recibiros porque nos hol-

---

estaban bien confiados que tenían su reino muy bien murado con aquellos soldados otomíes), y oyendo como todos habían sido muertos sin quedar nadie, recibieron desta nueva grandísimo espanto, tanto que salieron de sí y comenzaron a temblar de miedo. Los españoles como hubiesen descansado aquel día del trabajo de aquella batalla, comenzaron a marchar otro día hacia Tlaxcala... En este espacio los señores y principales y valientes hombres de Tlaxcala entraron en consejo consigo mismos para ver que les convenía hacer en este trance; dando y tomando gran rato, vinieron a concluir todos, que pues que aquella gente que venía había hecho tan gran destrozo y matanza en sus fortísimos soldados en muy breve tiempo, no les convenía salirles de guerra sino que se diesen a ellos saliéndoles de paz, y ofreciéndoles bastimento con mucha humildad y reverencia, y así fué hecho, que salieron todos los principales y señores y hombres valientes sin ningunas armas y aderezados como de fiesta, llevando todos los bastimentos que les fué posible, y con gran reverencia y humildad ofrecieron su presente y sus personas a la voluntad del capitán D. Hernando Cortés".

gamos de vuestra venida: habéis llegado a nuestra tierra, seais muy bien venidos, es vuestra casa y vuestra tierra donde estais, que se llama *Quauhtexcalla.* La ciudad que ahora se llama Tlaxcala, antes que viniesen los españoles se llamaba *Texcalla.*

CAPITULO XI.

De como los españoles llegaron a Tlaxcalla, que entonces se llamaba Texcalla.

Los señores y principales de Tlaxcala metieron en su ciudad a los españoles recibiéndolos de paz: lleváronlos luego derecho a las casas reales: allí los aposentaron y los hicieron muy buen tratamiento administrándoles las cosas necesarias con gran diligencia, y también les dieron a sus hijas doncellas muchas, y ellos las recibieron, y usaron de ellas como de sus mujeres: luego el capitán comenzó a preguntar por México diciendo ¿dónde está México? ¿está lejos de aquí? dijéronle, no está lejos, está andadura de tres días, es una ciudad muy populosa, y los habitantes de ella son valientes y grandes conquistadores, en todas partes hacen conquista. Los tlaxcaltecas y cholultecas no eran amigos, tenían entre sí discordia, y como los querían mal dijeron mal de ellos a los españoles para que los maltratasen: dijéronlos que eran sus enemigos y amigos de los mexicanos, y valientes como ellos. (*p*) Los españoles oídas estas nuevas de Cholulla propusieron de *tratarlos mal* como lo hicieron; partieron de Tlaxcalla todos ellos y con muchos zempoaltecas y tlaxcaltecas que los

---

(p).—"esto dijeron los tlaxcaltecas porque los mexicanos eran sus enemigos, y porque los de Cholula eran también sus enemigos, metieron una cuña diciéndoles que los de la ciudad de Cholula que moraban allí cerca dellos eran amigos de los mexicanos y enemigos suyos, y les hacían grandes daños con el

acompañaron todos con sus armas de guerra: llegando todos a Chollula, los cholultecas no hicieron cuenta de nada, ni los recibieron de guerra ni de paz, estuviéronse quedos en sus casas. De esto tomaron mala opinión de ellos los españoles, y *conjeturaron* alguna traición, y comenzaron luego a dar voces a los principales y señores, y toda la otra gente para que vi-

---

favor de los mexicanos. Como hubo oído esto el capitán D. Hernando Cortés por medio de sus naoatlatos, dijo a los tlaxcaltecas, decidles que todos ellos que aquí están presentes son mis hermanos y todos sus vasallos mis hijos, y todos sus enemigos son mis enemigos, y que yo los vengaré de ellos; y porque sepan que esto es verdad, decidles que se aparejen luego de guerra, y que luego iremos todos contra aquellos que son sus enemigos. Habiendo concertado todo esto, dentro de pocos días se pusieron todos a punto de guerra, y comenzaron a caminar hacia Cholula los españoles y los tlaxcaltecas y los zempoaltecas, y llegando a Cholula comenzaron a pregonar (esto debió ser el día siguiente después que llegaron) para que se juntasen todos los señores y principales y soldados, y la demás gente se juntaron en el patio de la mezquita mayor que era de Quetzalcoatl *que era muy grande y de grandes edificios. Desque se hubo llenado el patio de gente, los españoles se pusieron a las entradas del patio (que comúnmente eran tres, una hacia el occidente, otra hacia el mediodía, y otra hacia el norte). Luego entraron los de a caballo por todas tres puertas, y comenzaron a alancearlos, y hicieron allí una gran matanza; y los que pudieron escapar de allí, y los que no habían venido, todos dieron a huir y desampararon el pueblo; todo lo que pasó fueron embajadores de los cholultecas a decirlo a Moctheuzoma; y cómo a traición les habían tomado y muerto a la gente principal. Habiendo hecho esta matanza, y robado todo lo que pudieron en el pueblo, luego comenzaron a marchar hacia México los españoles y tlaxcaltecas, y zempoaltecas, y iba un ejército espantoso..."*

niesen donde estaban los españoles, y ellos todos se juntaron en el patio del gran *cu* de *Quetzalcóatl.* Estando allí juntos los españoles afrentados de la poca cuenta que habían hecho de ellos entraron a caballo, habiendo tomado todas las entradas del patio, y comenzaron a lancearlos y mataron todos cuantos pudieron, y los amigos indios de creer es que mataron muchos más. Los cholultecas ni llevaron armas ofensivas ni defensivas, sino fuéronse desarmados pensando que no se haría lo que se hizo: de esta manera *murieron mala muerte* (6). Todas estas cosas que acontecieron, luego que ocurrieron los mensajeros de Mocthecuzoma se las venían a decir: todo el camino andaba lleno de mensajeros de acá para allá, y de allá para acá, y toda la gente acá en México y donde venían los españoles, y en todas las comarcas, andaba muy alborotada y desasosegada, parecía que la tierra se movía, todos andaban espantados y atónitos; y como hubieron hecho en Cholulla aquel estrago los españoles con todos los indios sus amigos, venían gran multitud de escuadrones con gran ruido y con gran polvareda, y de lejos resplandecían las armas, y causaban gran miedo en los que las miraban: asimismo ponían grande miedo los lebreles que traían consigo, que eran grandes, traían las bocas abiertas, las lenguas sacadas, y venían carleando, y así ponían gran temor en todos los que lo veían. (7)

CAPITULO XII.

De como Mocthecuzoma envió a uno muy principal suyo con otros muchos principales que fueron a recibir a los españoles, y hicieron un gran presente al capitán en medio de la sierra nevada y el volcán.

Como supo Mocthecuzoma que los españoles habían partido de Cholulla y que venían camino de México, despachó luego a

un principal suyo el más principal de su corte que se llamaba *Tzioacpupuca,* y con ellos otros muchos principales y otra mucha gente para que fuesen a recibir a los españoles, y diólos un presente de oro que llevasen. (*q*) Partiéronse de México y encontráronse con los españoles en las dos sierras, que es la Nevada y el volcán; allí los recibieron y presentaron el presente de oro que llevaban, y según que a los indios les pareció por las señales esteriores que vieron en los españoles, holgáronse y regocijáronse con el oro, mostrando que lo tenían en mucho; y

---

(q).—"Como Moctheuzoma fué informado de los pasajeros que iban y venían dél a los españoles, y de los españoles a él, como el capitán y todos los españoles traían gran deseo de verle y hablarle (y aunque ellos no traían pensamientos de prenderle ni matarle, él pensó que esto harían si le viesen) hizo por tanto una ficción, y fué que con consejo de sus senadores y viejos, escogieron un principal de su corte que tenía en el cuerpo y en la cara la semejanza de Moctheuzoma, al cual llamado le avisaron de lo que había de hacer, y le acompañaron con otros muy principales cortesanos, y les fué dado un gran presente de oro, y piedras y plumages para que diesen a entender a los españoles que aquel era Moctheuzoma que iba a recibirlos en paz. Este negocio paliado se entendió antes que llegasen a la presencia del capitán D. Hernando Cortés, y desque llegaron en presencia (que fué en el medio de las dos sierras volcán y nevada, en un llano que ellos llaman el patio) hecho su acatamiento según costumbre, presentaron su presente al capitán ordenandolo a sus pies, lo cual él y todos recibieron con gran gozo. Después desto, el capitán preguntó por sus intérpretes al principal que representaba a Moctheuzoma si era el? El respondió que sí que él era su vasallo Moctheuzoma: el capitán volvió a los tlaxcaltecas y zempoaltecas y preguntóles: ¿es este Moctehuzoma vuestro rey? Respondieron, no señor, no es ese, que bien conocemos a Moctheuzoma, y también conocemos a este que está aquí, que es un principal suyo que se llama Tzioacpupuca..."

como vieron al principal *Tzioacpupuca* preguntaron a los que con ellos venían tlaxcaltecas y zempoaltecas secretamente si era aquel Mocthecuzoma, y dijéronles que no era él, que era un principal suyo que se llamaba *Tzioacpupuca,* y después preguntaron al mismo principal si era el Mocthecuzoma, y dijo que sí, que el era Mocthecuzoma, y dijéronle vete de ahí que mientes que no eres Mocthecuzoma, ¿piensas de engañarnos? ¿piensas que somos algunos necios? no nos podrás engañar, ni Mocthecuzoma se nos podrá esconder por mucho que haga, aunque sea ave, y aunque se meta debajo de tierra no se nos podrá esconder; de verle habemos, y de oírle habemos lo que nos dirá, y luego con afrenta enviaron a aquel principal y a todos los que con él habían venido, y ellos se volvieron a México, y contaron a Mocthecuzoma lo que habían pasado con los españoles. (8)

CAPITULO XIII.

De como Mocthecuzoma envió otros hechiceros con los españoles, y de lo que aconteció en el camino.

Como supo Mocthecuzoma que ya venían los españoles camino de México, enviólos al encuentro muchos sátrapas de los ídolos, agoreros y encantadores, y nigrománticos, para que con sus encantamientos y hechicerías los empeciesen y maleficiesen, y no pudieron hacer nada, ni sus encantamientos los pudieron empecer, ni aun llegaron a ellos; porque antes que llegasen a ellos toparon con un borracho en el camino y no pasaron adelante: parecióles que era un indio de Chalco, y también parecíales que estaba borracho. (*r*) Traía ceñido a los

---

(*r*).—"...*determinaron de enviar todos cuantos pudieron hallar, nigrománticos y encantadores, para que fuesen a desvaratar y espantar a los españoles. Habiéndolos juntado con gran solemnidad, los encargaron este negocio; lo cual habiendo ellos*

pechos ocho cabestros, o sogas hechas de heno como de esparto, y venía de ácia donde estaban los españoles, y llegando cerca de ellos comenzó con grande enojo a reñirlos y díjoles: ¿Para que porfíais vosotros otra vez de venir acá? ¿Qué es lo que queréis? ¿Qué piensa Mocthecuzoma de hacer? ¿Ahora acuerda a despertar? ¿Ahora comienza a temer? ya ha errado, ya

---

hecho entre sí se comunicaron de lo que habían de hacer, y se partieron con confianza que saldrían con aquella empresa amedrentados con las amenazas que les hizo Moctheuzoma. Partiéronse todos camino de Tlalmanalco para verse con los españoles donde los topasen, y subiendo por la cuesta arriba por el camino por donde venían los españoles, topáronse con Tezcatlipuca *(el cual era el principal de sus dioses) que venía de hacia donde venían los españoles y delante dellos algún trecho, el cual les apareció en hábito de un hombre de aquella provincia de Chalco que venía muy borracho y fuera de sí, no por el vino que había bebido, más por el furor y rabia que dentro de sí traía; y como hubo llegado junto aquel escuadrón de nigrománticos y hechiceros paróse y comenzó con grandes voces a reñirles. Traía ceñidos los pechos desde la cintura arriba con ocho vueltas de una soga de esparto, y díjoles: ¿para qué vosotros volvéis de nuevo acá? ¿Qué es lo que Moctheuzoma pretende hacer para vuestro remedio contra los españoles? Tarde ha vuelto sobre sí, que ya está determinado de quitarle su reino y todo cuanto tiene y toda su honra por las grandes tiranías que ha cometido contra sus vasallos: no ha regido como señor sino como tirano y traidor. Como oyeron estas palabras los nigrománticos y encantadores, humilláronse hacia él (conociendo ya quien era) y comenzáronle a rogar con palabras humildes, y otros dellos comenzaron a hacer un altar de piedras y tierra, y cubriéronle con yerbas y flores de las que por allí hallaron; pero él no curó nada de este regalo, sino que procuró de proceder con más furia en reñirlos y injuriarlos con más altas voces, y con más conato les dijo. ¿A qué habéis venido aquí traidores? No*

no tiene remedio porque ha hecho muchas muertes injustas, ha destruído a muchos, ha hecho muchos agravios y engaños, y burlas. Como vieron este hombre los encantadores temieron mucho, y postráronse delante de él, y comenzaron a rogarle e hicieron un montón de tierra como altar, y echaron heno verde encima para que se sentase, y él como hombre enojado no quiso sentarse no hacer lo que le rogaban, ni aún mirarlos, por demás hicieron el altar o asiento; más antes se enojó y más brava y más reciamente los reñía con grandes voces, y con gran denuedo les dijo: por demás habéis venido, nunca más haré cuenta de México, para siempre os dejo, no tendré más cargo de vosotros, ni os ampararé, apartaos de mí, lo que quereis no se puede hacer volveos y mirad ácia México. Como vieron aquello los encantadores desmayaron grandemente, y no pudieron hablar, palabra hízoseles un nudo en la garganta; esto aconteció en la cuesta que sube ácia Tlalmanalco; hecho esto desapareció aquel que les hablaba, y volviendo en sí dijeron, esto que hemos visto convenía que lo viera Mocthecuzoma y no nosotros:

tenéis remedio. Volveos y mirad hacia México, y lo vieron arder en vivas llamas así los templos como las demás iglesias, y todos los colegios, y todas las casas principales y de gente baja, y allí se les representó la guerra de la destrucción de México. Como hubieron visto esto los nigrománticos y encantadores, se les derritió el corazón como si fuera de cera, y se les hizo un ñudo en las gargantas que no podían hablar: y habiendo pasado un poco espacio el principal dellos comenzó a hablar diciendo... Nosotros no somos dignos de ver este prodigio, más convenía que lo viera Moctheuzoma, porque este que nos ha parecido es el dios Tezcatlipuca: *y luego se desapareció y los nigrománticos y encantadores no osaron ir más adelante, dejaron de hacer a lo que iban, y volviéronse luego a México. En esta coyuntura los alcanzaron los que habían ido a hacer el presente con la disimulación arriba dicha, y todos juntos se volvieron a dar relación a Moctheuzoma de lo que pasaba".*

este que nos ha hablado no es persona humana, es el dios *Tezcatlipoca.* Estos mensajeros no curaron de ir más adelante, sino volvieron a dar relación a Mocthecuzoma de lo que había pasado. Venidos los mensajeros a la presencia de Mocthecuzoma, y oído lo que dijeron estristecióse mucho, estaba cabizbajo, no hablaba, estaba enmudecido casi fuera de sí; a cabo de rato díjoles: *¿Pues qué hemos de hacer varones nobles? Ya estamos para perdernos, ya tenemos tragada la muerte, no hemos de subirnos a alguna sierra, ni hemos de huir, mexicanos somos, ponernos hemos a lo que viniese por la honra de la generación mexicana; pésame de los viejos y viejas, y de los niños y niñas que no tienen posibilidad ni discreción para valerse; ¿dónde los escaparán sus padres? ¿Pues qué hemos de hacer? Nacidos somos, venga lo que viniere.*

CAPITULO XIV.

De como Mocthecuzoma mandó cerrar los caminos porque los españoles no llegasen a México.

Habiendo oído Mocthecuzoma todas estas cosas, y viendo que venían los españoles derechos a México, mandó cerrar los caminos por donde habían de venir, mandó plantar magueyes en ellos y que los llevasen ácia Tezcuco. (*s*) Los españoles conocieron el cerramiento de los caminos y tornáronlos a abrir,

---

(s).—"El postrero pertrecho que quedaba por inventar, era cercar los caminos que iban hacia México, habiendo pasado desta parte de las sierras, para lo cual mandó Motheuzoma que hiciesen vallados de las bocas de los caminos, y pusiesen muchos magueyes espesos y plantados en los caminos, para que los españoles llegados allí no pasasen más adelante, sopena de muerte, porque tenían este uso antiguamente. Como los españoles les

y echaron por ahí los magueyes conque estaban cerrados, durmieron en *Amaquemecan,* y otro día partieron de allí y llegaron a *Cuitlahuac,* y en el pueblo de *Cuitlahuac* D. Hernando Cortés mandó llamar a todos los señores que estaban en *Chinanpan, Xochimilco, Mizquic* y todos los pueblos de la Chinanpa, allí los habló diciéndolos la razón de su venida. Esta plática oyeron los de Tlalmanalco en Amaquemecan, de allí se partieron para Itztapalapan, pueblo que dista de México dos leguas. Llegados allí D. Hernando Cortés hizo juntar a los principales que se llamaban *Nauhtecutli* que son *Itztapalapan, Mexicatzinco, Coyo-*

---

hubieron llegado a los caminos que estaban cerrados, desbarataron todos aquellos vallados, y arrancaron los magueyes, y echáronlos por ahí delante con gran risa y mofa, y tomaron su camino hacia el pueblo de Cuitlaoac. Los días que reposaron en Amaquemeca juntaron a los principales de Tlalmanalco y todas aquellas serranías y los tlaxcaltecas los hablaron para que se diesen de paz al capitán y a los españoles, trayéndoles a la memoria lo que estos habían hecho con ellos en entrando a su tierra, y que supiesen que estaban con ellos confederados para contra sus enemigos los mexicanos, y que se acordasen de los malos tratamientos que Moctheuzoma les había hecho, y de la gran carga de trabajos que les tenía puesta y que se confederasen con los españoles, pues que ellos les pondrían en su libertad, y castigarían a Moctheuzoma y a todos los mexicanos, porque a eso iban; lo cual oído por los de Tlalmanalco y de las provincias cercanas que allí estaban presentes, les pareció muy bien aquella traza, y fácilmente vinieron en ella, y luego hablaron al capitán D. Hernando Cortés, y se dieron por sus confederados. El los recibió con entera voluntad, y les mostró mucha benevolencia, y rogó que lo ayudasen con las personas y bastimentos para contra los mexicanos. Habiendo tomado el camino para Cuitlaoac, *llegados que fueron, enviaron a llamar a todos los principales que se llaman* chinampanecas, *y habláronles de la manera que habían hablado a los montañeses o serranos, y luego ellos vinieron en confede-*

huacan, Vitzilopuchco: allí los habló de la manera que a los otros, ellos se mostraron de paz y hablaron como amigos. Mocthecuzoma en todo esto ninguna cosa de guerra proveyó, ni mandó que se hiciese enojo ninguno: más antes proveyó que fuesen proveídos de todo lo necesario antes que llegasen a México. Estando los españoles en Itztapalapan ninguno de los mexicanos, fué a verlos, ni osaban salir de sus casas ni andar los caminos, todos estaban amedrentados de lo que habían oído que los españoles habían hecho por todo el camino: estaban esperando la muerte, y de esto hablaban entre sí diciendo: ¿Qué habemos de hacer vaya por donde fuere? Ya es venido el tiempo en que hemos de ser destruídos, esperemos aquí la muerte.

CAPITULO XV.

De como los españoles partieron de Itztapalapan para entrar en México. (*t*).

Partieron los españoles de Itztapalapan todos aderezados a punto de guerra y en su ordenanza por escuadrones: fueron algunos de a caballo delante a descubrir si había alguna celada;

---

rarse con los españoles. Desque hubieron reposado algún día los españoles de Cuitlaoac, *partiéronse para Ixtapalapa, y llegados allí, enviaron luego a llamar a los señores de las cuatro cabezas, que son de Ixtapalapa, de Mexicatzingo, de Culhoacan, de* Vitzilupuzco, *y habláronles de la manera que habían hablado a los* chinampanecas, *los cuales con facilidad se persuadieron y confederaron con los españoles. Con todo esto, ni Moctheuzoma, ni ninguno de sus principales parecieron ni hablaron al capitán ni a los españoles: enviáronle empero bastimentos como solían. En los caminos de México no parecía persona por ellos, lo cual era señal de enemistad".*

(t).—El capítulo XV en la edición de 1840, *dice textualmen-*

llevaban también dos lebreles delante: iba en la retaguardia D. Hernando Cortés con otros muchos españoles todos armados y en su ordenanza, tras ellos iba el bagage y la artillería en sus carretones; iban muchos indios de guerra con todas sus armas, muchos tlaxcaltecas, y Huexotzincas: de esta manera ordenados entraron en México. En todo lo restante de este capítulo no se dice otra cosa sino la órden que llevaban los españoles y los indios amigos cuando entraron en México. (9)

---

te: "Como la confederación de los dichos en el capítulo pasado se concluyó en Ixtapalapa, el capitán D. Hernando Cortés con sus españoles concluyeron y determinaron de entrar en la ciudad de México a punto de guerra, y con banderas desplegadas, y dieron de esto noticia a todo el ejército, para que todos se pusiesen a punto de guerra, y a este propósito un día luego de mañana comenzaron los maestres de campo y capitanes a ordenar su ejército, poniendo a los de a caballo en su orden, y alos de a pie en la suya, poniendo en su lugar a los arcabuceros, y en el suyo a los ballesteros, y ansí todos los demás, conforme al arte y uso del ejercicio militar; de manera que la vanguardia guiaba al ejército, y el bagage iba en el medio de la batalla, y la retaguardia iba en el postrero de la batalla, todos ordenados como quien había de dar batalla a los mexicanos si saliesen de guerra contra ellos. Habiendo puesto el ejército en todo su concierto, comenzaron a mover de Ixtapalapa camino de México extendidas las banderas y tocando los atambores con gran sorna y aparato para poner miedo a todos los que los vian. Apenas se había movido la retaguardia de Ixtapalapa cuando la vanguardia entraba ya por México. Luego enderezaron su camino hacia las casas reales, y llegando a ellas toda su artillería hizo su salva. En todo este trecho no pareció señal de cosa de guerra, antes estaba México como despoblado, que ni por los caminos parecía persona, y esto era señal no de paz, sino de indignación, y que se guardaba para su tiempo, y significaba la violencia que se los hacía en entrar en su ciudad contra su voluntad. No

CAPITULO XVI.

De como Mocthecuzoma salió de paz a recibir a los españoles a donde llaman Xoluco, que es en el acequia que está cabe las casas de Alvarado un poco más acá que llaman ellos Vitzillan. (*u*)

En llegando los españoles a aquel río que está cabe las casas de Alvarado que se llama Xoluco, luego Mocthecuzoma se aparejó para irlos a recibir con muchos señores y principales, y nobles para recibir con paz y con honra a D. Hernando Cortés, y a los otros capitanes; tomaron muchas flores hermosas y olorosas hechas sartales, y en guirnaldas, y compuestas para las manos, y pusiéronlas en platos muy pintados y muy grandes hechos de calabazas, y también llevaron collares de oro y de piedras. Llegando Mocthecuzoma a los españoles al lugar que llaman *Vitzillan* que es cabe el hospital de la Concepción, luego allí el mismo Mocthecuzoma puso un collar de oro y de piedras al capitán D. Hernando Cortés, y dió flores y guirnaldas a todos los demás capitanes; habiendo dado el mismo Mocthecuzoma este presente como ellos lo usaban hacer, luego D. Hernando Cortés preguntó al mismo Mocthecuzoma, y Mocthecuzoma respondió: *yo soy Mocthecuzoma,* y entonces *enhiestóse* delante del capitán haciéndole gran reverencia, y enhiestóse luego de cara a cara del capitán cerca de él, y comenzóle a hablar de esta manera... ¡Oh señor nuestro! seais muy bien venido, habéis llegado a vuestra tierra y a vuestro pueblo, y a vuestra casa México: habéis venido a sentaros en vuestro trono y en

---

dejaron empero de hacerles obras de humanidad en dejarlos aposentar en su ciudad, y proveerlos de bastimentos, y salir el rey Moctheuzoma a recebirlos como a gente forastera, y que no podía por entonces resistirlos; empero siempre tuvieron esta entrada por violenta y tiránica."

(u).—"Cap. XVI.—Del recibimiento que Mocthecuzoma

vuestra silla, el cual yo en vuestro nombre he poseído algunos días. Otros señores (que ya son muertos) le tuvieron antes que yo, el uno que se llama Itzcoatl, el otro Mocthecuzoma el viejo, y el otro Axayacatl, y el otro Tizoc, y el otro *Ahuitzotl*. Yo el postrero de todos he venido a tener cargo y regir este vuestro pueblo de México, todos hemos traído a cuestas a vuestra república, y a vuestros vasallos, los difuntos ya no pueden ver ni saber lo que ahora pasa; ¡pluguiera aquel por quien vivimos que alguno de ellos fuera vivo, y en su presencia aconteciera lo que acontece en la mía! Ellos están ausentes señor nuestro, ni estoy dormido, ni soñando, con mis ojos veo vuestra cara y vuestra persona: días ha que yo esperaba esto: días ha que mi corazón estaba mirando aquellas partes por donde habeis venido; habeis salido de entre las nubes, y de entre las nieblas, lugar a todos escondido. Esto es por cierto lo que nos dejaron dicho los reyes que pasaron, que habiais de volver a reinar en estos reinos y que habíades de asentaros en vuestro trono, y en vuestra silla; ahora veo que es verdad lo que nos dejaron dicho. Seais muy bien venido, trabajos habreis pasa-

---

hizo a los españoles con su capitán, en la entrada de la ciudad de México.—Aunque Moctheuzoma supo lo que había pasado en Amaquemeca, y como se habían confederado con el capitán los de la serranía de Tlalmanalco, y cómo los españoles le habían abierto los caminos que él había mandado cerrar, y supo también lo que había pasado en Cuitlaoac, y de la confederación de los chinampanecas con los españoles; y aunque también supo lo que había pasado en Itztapalapa, y que estaban de partida los españoles para entrar en México, no dejó de dar la última muestra de que no era su voluntad que los españoles entrasen en México. Y ansí mandó, que cuando los españoles moviesen de Itztapalapa para entrar en México, no pareciese persona viviente por el camino que va de Itztapalapa a México, ni en todo aquel espacio que hay entre Itztapalapa y México, ni a la mano derecha ni a la mano izquierda, ni de lejos ni de cerca.

do viniendo tan largos caminos, descansad ahora, aquí está vuestra casa y vuestros palacios, tomadlos y descansad en ellos con todos vuestros capitanes y compañeros que han venido con vos". (10) Acabó Mocthecuzoma de decir su plática, y Marina declarola a D. Hernando Cortés; como este hubo entendido lo que había dicho Mocthecuzoma, dijo a Marina: "Decidle a Mocthecuzoma que se consuele y huelgue y no haya temor, que yo le quiero mucho y todos los que conmigo vienen, y de nadie recibirá daño: hemos recibido gran contento en verle y conocerle, lo cual hemos deseado muchos días ha y se ha cumplido nuestro deseo: hemos venido a su casa México, de espa-

---

Hubo una soledad en todo aquel espacio, que fué cosa muy notable y significativa, que no quería que los españoles entrasen en su ciudad, lo cual fué platicado entre Moctheuzoma y el señor de Texcoco, y el señor de los tecpanecas y todos los amigos de Moctheuzoma y de sus senadores y principales y señores graves, y también se platicó (según buena toda consecuencia deducido de lo público a lo secreto) que determinaron entre sí, que si los españoles porfiasen a entrar con aparato de guerra, no les saliesen ellos a defenderles la entrada, sino que los recibiesen dándoles a entender que los recibían a más no poder y así en aquel trecho que está desde la iglesia de San Antonio (que ellos llaman de Xuluco) que va por cabe las casas de Alvarado, hacia el hospital de la Concepción, salió Moctheuzoma a recibir de paz a D. Hernando Cortés, y a todos los españoles que con él venían, acompañado con los señores y senadores arriba dichos, y les dieron flores (como ellos acostumbran) y también un presente de oro y piedras lo cual recibido de los españoles, Moctheuzoma habló al marqués con gran reverencia y benevolencia, y desque D. Hernando Cortés hubo entendido por medio de sus intérpretes lo que había dicho, respondió a Moctheuzoma con muy amigables palabras, y quitándole el temor que ningún daño recibiría en su persona ni en su reino, y que él le informaría de la causa de su venida; ha-

cio nos veremos, y hablaremos". Luego D. Hernando Cortés tomó por la mano a Mocthecuzoma, y se fueron ambos juntos a la par para las casas reales. (11) Los señores que se hallaron presentes con Mocthecuzoma fueron los siguientes: el señor de Texcoco, que se llamaba *Cacamatzin;* el 2° el señor de Tlacupan que se llamaba *Tetlepanquetzatzin*: el 3° el que gobernaba en el Tlatilulco que se llamaba *Itzquauhtzin*: el 4° el mayordomo de Mocthecuzoma que tenía puesto en el Tlatilulco que se llamaba *Topantemoctzin.* Estos fueron más principales, sin otros muchos menos principales mexicanos que allí se hallaron, el uno de los cuales se llamaba *Atlixcatzintlacateccatl,* el otro *Tepeoatzintlacochcalcatl,* el otro *Quetzalaztatzinticociaoacatl,* otro *Totomochizinhecatempatiltzin,* el otro *Quappiatzin;* todos estos cuando fue preso Mocthecuzoma le desampararon y se escondieron.

CAPITULO XVII.

De como los españoles con Mocthecuzoma llegaron a las casas reales y de todo lo que allí pasó.

De que los españoles llegaron a las casas reales con Mocthecuzoma, luego le detuvieron consigo (12) nunca más le dejaron apartar de sí, y también detuvieron consigo a *Itcuauhtzin* gobernador del Tlatilulco: a estos dos detuvieron consigo, y a los demás dejaron ir, (*v*) y luego soltaron todos los tiros de pólvora que traían, y con el ruido y humo de los tiros todos

---

biendo entendido esto Moctheuzoma y los que con él estaban, se fueron todos derechos a aposentar a las casas reales".

(*v*).—"...*los aposentaron en los lugares y partes de las casas que convenían a las personas según los grados de su valor (conjeturados o conocidos), de manera que al capitán y a los principales españoles los pusieron en los mejores lugares de la casa, porque en esto son muy mirados los mexicanos, que a*

los indios que allí estaban se pararon como aturdidos y andaban como borrachos: comenzaron a irse por diversas partes muy espantados, y así los presentes como los ausentes cobraron un espanto mortal. Durmieron aquella noche, y otro día luego muy de mañana comenzóse a pregonar de parte del capitán y de parte de Mocthecuzoma que se trajesen todas las cosas necesarias para los españoles y para los caballos, y Mocthecuzoma ponía mucha diligencia en que trajesen todas las cosas necesarias, y los Piles y *Achcauhtles,* y otros oficiales a quien concernía esta provisión, no querían obedecer a Mocthecuzoma, ni llegarse a él; pero con todo esto proveían de todo lo necesario. De que se hubieron aposentado los españoles y concertado todo su repuesto y reposado, comenzaron a preguntar a Mocthecuzoma *por el tesoro real* para que dijese donde estaba, (x) y el

---

cada persona la sirven y estiman según su valor, así en el aposento como en los manjares, y en lo demás del servicio. Por esta regla se rigieron en aposentar a todos los que vinieron, primero a todos los españoles, y después dellos a los tlaxcaltecas, y a todos los demás indios aposentaron y sirvieron conforme a su valor, y a Moctheuzoma y a sus principales siempre los tuvo el capitán en el segundo aposento junto al suyo, y esto por no tenerlos violentados, sino por tenerlos guardados de que no les hiciesen algún desacato los que le querían mal, como eran los tlaxcaltecas y otros sus enemigos. Este día y la noche siguiente jugaron el artillería. . ."

(x).—*"El día siguiente el capitán D. Hernando Cortés hizo juntar a Moctheuzoma y a sus principales tlaxcaltecas, y otra gente principal de los que con él venían zempoaltecas y Tlilicchqustepecas en una pieza de la casa para esto convenible, y allí sentado en su silla les habló a todos según que en el día antes lo había prometido a Moctheuzoma cuando en el camino le habló, díjoles de esta manera: "Señores, hermanos y amigos, sabed que yo y mis hermanos los españoles, que aquí estamos, hemos venido de hacia el Oriente donde somos naturales, y*

los llevó a una sala que se llamaba *Teuhcalco,* donde tenían los plumajes ricos, y otras muchas joyas ricas de pluma y de oro y de piedras, y luego lo sacaron delante de ellos. Comenzaron los españoles a quitar el oro de las plumas y de las rodelas y de los otros atavíos del areito que allí estaban, y por quitar el oro destruyeron todos los plumajes y joyas ricas, y el oro fundiéronlo e hiciéronlo barretas, y las piedras que les parecieron bien tomáronlas, y las piedras bajas y plumajes, todo lo toma-

---

nuestra propia tierra se llama España: es un reino muy grande y de gente muy valerosa y fuerte: tenemos un gran señor que es nuestro rey y emperador, el cual se llama Carlos V. deste nombre. De su licencia andamos discurriendo por todas estas tierras occidentales, y entrando en esta Nueva España, venimos al reino de nuestros hermanos y amigos los tlaxcaltecas, los cuales en su ciudad real, que se llama Tlaxcala, nos recibieron con mucha humanidad, y hicieron con nosotros amistad y hermandad, y después de otras cosas y buenos tratamientos, se nos quejaron de que vosotros los mexicanos los hacéis grandes agravios y grandes daños, y les dais guerras muy contínuas: de manera que ni gozan de la paz, ni de la seguridad de sus personas, y tierras y haciendas, sino que siempre los ponéis en grandes trabajos. Habiendo oído esto yo y mis compañeros los españoles, juntamente con ellos hemos venido aquí a vuestra ciudad, para saber dellos y de vosotros quien tiene la culpa, destos daños y desasosiegos para poner remedio en ellos, y que viváis en paz, y os tratéis como hermanos y prójimos; y hasta saber esto y hacer esta paz, estaremos aquí con vosotros como con señores y amigos: y esto se irá haciendo poco a poco sin ningún alboroto ni maltratamiento de los unos ni de los otros". Dió fin a esta su plática muy católica el señor capitán D. Hernando Cortés, y procuró luego que por boca de sus intérpretes todos los presentes las entendiesen muy bien; y como todos las hubieron entendido, todos dieron gracias de que él venía con tan buenas intenciones, y se holgaron mucho de su venida".

ron los indios de Tlaxcala, y escudriñaron los españoles toda la casa real y tomaron todo lo que les pareció bien (13).

CAPITULO XVIII.

De como los españoles entraron en las propias casas de Mocthecuzoma y de lo que allí pasó.

Hecho todo lo de arriba dicho, procuraron de saber la recámara de Mocthecuzoma y él los llevó a su recámara que se llamaba *Totocalco,* que quiere decir, la casa de las aves, y iban los españoles muy regocijados por pensar que allí hallarían mucho oro, y llegando luego sacaron toda la recámara del mismo Mocthecuzoma, (*y*) donde había muchas joyas de oro y plata, y de piedras preciosas, y todo lo tomaron, y a los plumajes ricos quitáronlos todo el oro, y las piedras, y pusieron las plumas en medio del patio para que las tomasen sus amigos, y lue-

---

(y).—"Muchas veces los capitanes permiten un daño menor por no incurrir en otro mayor, y desta manera el capitán D. Hernando Cortés permitió que sus soldados saqueasen las casas reales de México, y las casas propias de Moctheuzoma por no incurrir en la desgracia y disgusto de sus soldados; aunque dió gran desabrimiento y desconsuelo a los mexicanos, y aún se puso a riesgo de padecer falta de sus bastimentos cotidianos. Como vieron los mexicanos el destrozo y desbarato que se había hecho en las casas reales como en las propias de Moctheuzoma, turbáronse en gran manera, y ausentáronse de la presencia del capitán y de Moctheuzoma, y de toda la corte, y escondiéronse en sus casas y en diversos lugares, por tener conjetura que el negocio no había de parar allí, sino que habían de matar y robar a muchos más de los que habían robado; y desta manera hubo gran quiebra en la provisión de las cosas necesarias. . ."

go mandó el capitán D. Hernando Cortés por medio de Marina que era su intérprete, la cual era una india que sabía la lengua castellana y mexicana que la tomaron en Yucatán: esta comenzó a llamar a voces a los tecutles y piles mexicanos para que viniesen a dar a los españoles lo necesario para comer, y nadie osaba venir delante de ellos, ni llegarse a ellos, todos estaban atemorizados y espantados: enviábanles lo necesario para comer y los que lo llevaban iban temblando, en poniendo la comida no paraban más allí, y luego se iban casi huyendo.

CAPITULO XIX.

De como los españoles mandaron a los indios hacer la fiesta de Vitzilopuchtli, esto fue en ausencia del capitán cuando fue al puerto por la venida de Pánfilo de Narváez.

Habiéndose partido el capitán D. Hernando Cortés para el puerto a recibir a Pánfilo de Narváez, dejó en su lugar a D. Pedro de Alvarado con los españoles que quedaron aquí en México el cual en ausencia del capitán persuadió a Mocthecuzoma para hacer la fiesta de *Vitzilopuchtli* porque querían ver como hacían aquella solemnidad. Como Mocthecuzoma mandó que se hiciese esta fiesta para dar contento a los españoles; aparejáronse así los sátrapas, como los principales para hacer la fiesta. En toda esta letra que se sigue no se dice otra cosa sino la manera como hacían la estatua de *Vitzilopuchtli* de masa de diversas legumbres y como la pintaban, y como la componían, y como después ofrecían delante de ella muchas cosas; y estando en esta solemnidad haciendo un gran areito muy ricamente aderezados todos los principales en el patio grande del *cu* de *Vitzilopuchtli* donde estaba la imagen hecha de masa de bledos, y muy ricamente ataviada con muchos ornamentos los cuales están

en la letra explicados, y otras ceremonias que se ponen en todo este capítulo... (*z*)

CAPITULO XX.

De como los españoles hicieron gran matanza en los indios estando haciendo la fiesta de Vitzilopuchtli en el patio mismo de Vitzilopuchtli.

Los españoles al tiempo que les pareció convenible salieron de donde estaban, y tomaron todas las puertas del patio para que no saliese nadie, y otros entraron con sus armas y comenzaron a matar a los que estaban en el areito, y a los que tañían les cortaban las manos y las cabezas, y daban de estocadas y de lanzadas a todos cuantos topaban, y hicieron una matanza muy grande, y los que acudían a las puertas huyendo de allí los mataban: algunos saltaban por las paredes, algunos se metían en

---

(z).—"...por solicitación de aquel Alvarado...se concertó entre él y los españoles, y Mocthecuzoma y los indios que fuese hecha una fiesta muy solemne a honra de Vitzilupuchtli donde ascondió y manejó la matanza de los indios que se hizo en el patio de Vitzilupuchtli donde murió muy gran parte de los principales mexicanos, y innumerables soldados y gente común de los indios, y se perpetuó y agravó cuidadosamente la enemistad entre los indios y los españoles, la cual no se pudo fenecer, sino después de muchas grandes desgracias que acontecieron a los españoles y muchas mayores a los indios, y la muerte de Mocthecuzoma, y la vuelta del capitán D. Hernando Cortés con victoria de sus émulos. Este desgarro puso a punto de morir a todos los españoles y indios tlaxcaltecas, y de los demás amigos, y al capitán que estuvo por dos o tres días a punto de ser preso y cautivo de los indios: y si Dios milagrosamente no mostrara su favor a los españoles, todos se perdie-

las capillas de los *cúes,* allí se echaban y se fingían muertos, corría la sagre por el patio como el agua cuando llueve, y todo el patio estaba sembrado de cabezas y brazos, y tripas, y cuerpos de hombres muertos: por todos los rincones buscaban los españoles a los que estaban vivos para matarlos. Como salió la fama de este hecho por la ciudad, comenzaron a dar voces diciendo ¡a la arma! ¡a la arma! y luego a estas voces se juntó gran copia de gente todos con sus armas, y comenzaron a pelear contra los españoles.

CAPITULO XXI.

De como comenzó la guerra entre los mexicanos y los españoles en México.

Como comenzó la guerra entre los indios y los españoles, estos se fortalecieron en las casas reales con el mismo Mocthecuzoma y con *Ytzquauhtzin,* el gobernador de Tlatilulco: los indios los cercaron y los combatieron reciamente, y los españoles se defendían con los tiros de pólvora y ballestas y escopetas, y hacían gran daño en los indios, y *luego echaron grillos* a Mocthecuzoma, (14) y también los indios comenzaron a enterrar

---

ran. Cuando volvió el capitán con la victoria de los que habían venido contra él, se halló a Alvarado y a todos los demás españoles y indios amigos muy necesitados, cercados en las casas reales con fosos por todo el rededor, de manera que ningunos bastimentos les podían entrar, sino que morían de hambre sin poder salir por ninguna parte, cuando el capitán D. Hernando Cortés (habiendo sabido la estrechura en que estaban los suyos) vino con gran prisa, y como asomó a la vista de la ciudad de México, pareciòle que estaba toda yerma, que no parecía persona por todos los caminos, ni casas, ni plazas, ni nadie le salió a recibir, ni de los suyos ni de los enemigos, por lo que habia pasado..."

a los que habían sido muertos en el patio por los españoles, por cuya muerte se hizo gran llanto en toda la ciudad porque eran gente muy principal los que habían muerto. Enterráronlos en diversas partes según sus ritos; el mesmo día y a la puesta del sol *Itzquauhtzin* gobernador de Tlatilulco subióse sobre los tlapancos de la casa real y comenzó a dar voces diciendo: ¡Ah mexicanos! ¡Ah tlatilulcas! mirad que el señor Mocthecuzoma vuestro rey os ruega que ceseis de pelear, y dejeis las armas porque estos hombres son muy fuertes más que nosotros, y si no dejais de darles guerra, recibirá gran daño todo el pueblo porque *ya han atado con hierro a vuestro rey.* Oídas estas voces por los mexicanos y tlatilulcas, comenzaron entre sí a bravear, y maldecir a Mocthecuzoma diciendo *¿que dice el puto de Mocthecuzoma y tú bellaco con él? no cesaremos de la guerra;* luego comenzaron a dar alaridos y a tirar saetas y dardos ácia donde estaba el que hablaba junto con Mocthecuzoma, y los españoles arrodeláronlos, y así no recibieron daño. Tenían gran rabia contra los españoles porque mataron a los principales y valientes hombres a traición, y por tanto tenían cercadas las casas reales que a nadie dejaban entrar, ni salir, ni meter ningún bastimento porque muriesen de hambre, y si alguno metía secretamente comida a alguno de los de dentro, los de afuera en sabiéndolo luego los mataban. Supieron los de fuera que algunos mexicanos entraban allá, y metían saetas secretamente, y luego pusieron gran diligencia en guardar que nadie entrase ni por tierra, ni por agua, y a los que hallaron culpados de haber metido algo matáronlos; y luego se levantó gran revuelta entre los mexicanos, unos se acusaban a otros de haber entrado, y así mataron muchos, en especial de los serviciales o pages de Mocthecuzoma que traían bezotes de cristal que era particular librea o señal de los de la familia de Mocthecuzoma, y también a los que traían mantas delgadas que llaman *ayatl* que era librea de los pages de Mocthecuzoma: a todos los acusaban y decían que habían entrado a dar comida a su señor y a decir lo que pasaba fuera, y a todos los mataban, y de allí adelante

hubo gran vigilancia que nadie entrase, y así todos los de la casa de Mocthecuzoma se huyeron y escondieron porque no los matasen. Dieron batería los mexicanos a los españoles siete días (*a*) y los tuvieron cercados veinte y tres días, y en este tiempo ensancharon y ahondaron las acequias y atajaron los caminos con paredes, y hicieron grandes baluartes para que no pudiesen salir los españoles por ninguna parte. (15)

CAPITULO XXII.

De cómo llegó la nueva de que el capitán D. Hernando Cortés habiendo vencido a Pánfilo de Narváez volvía ya para México con otros muchos españoles que de nuevo habían venido.

Estando las cosas como arriba se dijo, vino nueva como el capitán D. Hernando Cortés venía con muchos españoles y con muchos indios de Zempoala y de Tlaxcala, todos armados a punto de guerra con gran prisa, y los mexicanos concertaron entre sí de esconderse todos y no los salir a recibir ni de guerra ni de paz; (*b*) y los españoles con todos los demás amigos fuéronse derechos ácia las casas reales donde estaban los españoles

———

(*a*).—*"Estuvieron de esta manera cercados los españoles ocho días que ningunos bastimentos les entraron, y los de fuera en este tiempo hacían fosos y albarradas en rededor de las casas reales para que nadie entrase ni saliese, y por todas partes cercaron los caminos fuertemente con fosos y vallados."*

(*b*).—*"Desque los indios mexicanos hubieron encerrado en su fuerte a los españoles y los cerraron para que nadie pudiese salir del fuerte, los españoles procuraron de hacer saber a D. Hernando Cortés el peligro y necesidad en que estaban, y a este propósito escogieron indios de entre los tlaxcaltecas y zempoal-*

y los mexicanos todos estaban escondidos que no los viesen los españoles, y esto hacían por dar a entender que ellos no habían comenzado la guerra; y como entró el capitán con toda la otra gente en las casas reales, comenzaron a soltar todos los tiros en alegría de los que habían llegado y para atemorizar a los contrarios, y luego comenzaron los mexicanos a mostrarse, y a dar alaridos, y a pelear contra los españoles echando saetas y dardos contra ellos, y los españoles asimismo comenzaron a pelear y tirar saetas y tiros de pólvora; fueron muertos muchos de los mexicanos, tiraban los españoles todos sus tiros muy certeros que nunca erraban y que no matasen con ellos, y como vieron los mexicanos el daño que recibían de parte de los españoles comenzaron a culebrear por escaparse de los tiros, y *andar de lado* dieron combate cuatro días *arreo* a las casas donde estaban los españoles, y después de estos cuatro días los capitanes mexicanos escogieron muchos soldados viejos y valientes hombres, y subieron sobre un *cú* el que estaba más cerca de las casas reales, y subieron allá dos vigas rollizas para desde allí echarlas sobre las casas reales y hundirlas para poder entrar.

---

tecas (hasta de diez a doce) y secretamente les instruyeron de lo que habían de hacer, y los enviaron de uno en uno por diversas partes, y en diversos tiempos para que fuesen con toda presteza a hacer saber al capitán D. Hernando Cortés a la costa lo que pasaba, y destos que salieron para llevar esta nueva los más dellos cayeron en las manos de los mexicanos, y los mataron. Llegaron al capitán D. Hernando Cortés como dos o tres que no cayeron en las manos de los mexicanos, no juntos, sino cada uno por sí, no en un día, sino en diversas horas, y informaron a D. Hernando Cortés de lo que pasaba en México. Cuando le llegó esta nueva ya él había vencido a Pánfilo de Narváez, y tomádole su gente toda, y toda la munición que traía, y como oyó lo que pasaba acá en México, recibió gran pena, y secretamente sin decir nada de lo que pasaba, se partió para venir a México, con gran prisa y con todo el despojo;

Visto esto los españoles, luego subieron al cu con mucho órden, y llevaban sus escopetas y ballestas y comenzaron a subir muy despacio, y tiraban con las ballestas y escopetas a los de arriba: en cada rengle iba un escopetero, y luego un soldado con espada y rodela, y luego un alabardero: por esta órden iban subiendo al *cu*, y los de arriba echaban los maderos por las gradas del *cu* abajo, pero ningún daño hicieron a los españoles, y llegando a lo alto del *cú* comenzaron a herir y matar a los que estaban arriba y muchos de ellos se despeñaban por el *cú* abajo: finalmente, todos murieron los que habían subido al *cú*. Tornáronse los españoles a su fuerte y *barreáronse* muy bien (*c*). Los mexicanos enterraron a todos los que allí murieron, porque toda era gente principal y de mucha cuenta en la guerra.

CAPITULO XXIII.

De cómo Mocthecuzoma y el gobernador del Tlatilulco fueron echados muertos fuera de la casa donde los españoles estaban.

Después de lo arriba dicho cuatro días andados después de la matanza que se hizo en el *cu*, hallaron los mexicanos muertos a Mocthecuzoma y al gobernador del Tlatilulco echados fue-

---

y cuando D. Hernando Cortés con su ejército estuvo a la vista de México, y supieron los mexicanos como venía muy pujante, es verisímile que ya habían elegido otro señor entre sí, a quien todos obedeciesen en lugar de Mocthcuzoma (el cual estaba ya preso) y el electo había mandado que cuando llegase el capitán a México, todos los mexicanos se escondiesen..."

(c).—"...y de todo lo que arrojaban sobre los españoles ninguna cosa les empecía. Finalmente, llegaron a lo alto del cu donde comenzaron a pasar por las espadas y por las alabar-

ra de las casas reales, cerca del muro donde estaba una piedra labrada como galápago que llamaban *Teoaioc,* (*d*) y después que conocieron los que los hallaron que eran ellos, dieron mandado y alzáronlos de allí, y lleváronlos a un oratorio que llamaban *Calpulco,* y hiciéronlos allí las ceremonias que solían hacer a los difuntos de gran valor, y después los quemaron como acostumbraban hacer a todos los señores, y hicieron todas las solemnidades que solían hacer en este caso; al uno de ellos que era Mocthecuzoma lo enterraron *en México* (16) y al otro en el Tlatilulco; algunos decían mal de Mocthecuzoma porque había sido muy cruel; los del Tlatilulco lloraban mucho su gobernador porque era muy bien quisto. Después de algunos días que estaban cercados los españoles y que cada día les daban guerra,

---

das a todos cuantos se les ponían delante, y muchos de los indios se arrojaron por las gradas abajo viendo que todos cuantos herían los españoles caían luego muertos. Los que se echaban por las gradas abajo iban a caer en las manos de los españoles que estaban al pie del cu, que luego los mataban, y los de arriba viendo a los de abajo muertos, y a los de arriba que los iban matando los que habían subido, comenzaron arrojarse del cu abajo desde lo alto, los cuales todos morían despeñados, quebrados brazos y piernas, porque el Cu era muy alto, y otros los mismos españoles los arrojaban de lo alto del Cu; y así todos cuantos allá habían subido de los mexicanos murieron mala muerte. Los españoles habiendo hecho esta victoria, y cogido el despojo que les pareció bien, tornáronse a su fuerte, y los indios comenzaron a recoger todos los cuerpos muertos, y sus parientes vinieron y comenzáronlos a llevar para enterrarlos, haciendo gran llanto sobre ellos, porque toda era gente escogida y noble los que allí murieron."

(d).—"...después que llegó el capitán D. Hernando Cortés de vuelta de la costa del mar, mostráronle la ira, y la determinación que tenían de acabarlos a todos en que nadie les salió a recibir, y todos se escondieron de su presencia; y como se hubo

un día salieron de su fuerte algunos de ellos y cojieron de los maízales mazorcas de maíz y cañas de maíz, y tornáronse a su fuerte. (*e*)

---

entendido este su mal propósito con la perseverancia que hacian en la guerra que les daban también los españoles, se les subió la cólera, y el capitán D. Hernando Cortés habló a todos los españoles desta manera: Ya los mexicanos y todos sus amigos están determinados de matarnos a todos; pues nosotros todos con nuestros amigos los indios determinemos de defendernos, si no pudiéremos menos hacer en nuestra defensa, matemos a ellos, y los tomemos el señorío, y los hagamos esclavos nuestros porque estos bellacos indios todos son idólatras y adoran a los diablos por dioses, y no serán poderosos sus dioses para librarlos de nuestras manos; y aunque nosotros somos menos que ellos, y estamos en su tierra, tengamos esperanza en Dios nuestro Señor que él nos ayudará, y nos los dará en las manos, porque sólo Dios es Todo poderoso.

Desta manera se determinaron los españoles a morir o vencer valerosamente, y ansí hablaron a todos los amigos indios, y todos ellos estuvieron firmes en esta determinación; y lo primero que hicieron fué, que dieron garrote a todos los señores que tenían presos, y los echaron muertos fuera del fuerte: y antes que esto hiciesen les dijeron muchas cosas, y les hicieron saber su determinación, y que dellos había de comenzar esta obra, y luego todos los demás habían de ser muertos a sus manos. Dijéronles: No es posible que vuestros ídolos os libren de nuestras manos. Y desque les hubieron dado garrote, y vieron que estataban muertos, mandáronlos echar por las azoteas fuera de la casa, en un lugar que se llamaba Tortuga de Piedra, porque allí estaba una piedra labrada a manera de tortuga...."

(e).—"...llegaron hasta un lugar que se llama Macatzintamalco cerca de Capultepec, a tomar los bastimentos que pudiesen haber..."

CAPITULO XXIV.

De cómo los españoles y tlaxcaltecas salieron huyendo de México de noche.

Después que los españoles y los amigos que con ellos estaban se hallaron muy apretados, así de hambre como de guerra, una noche salieron todos de su fuerte, los españoles delante y los indios tlaxcaltecas detrás, y llevaban unas puentes hechas con que se pasaban las acequias. Cuando esto aconteció llovía mansamente, pasaron cuatro acequias, (*f*) y antes que pasasen las demás salió una mujer a tomar agua y viólos como se iban, y salió dando voces diciendo: ¡Ah Mexicanos, *ya vuestros enemigos se van!* esto dijo tres o cuatro veces, luego uno de los que velaban comenzó a dar voces desde el *cu* de *Vitzilopuchtli* en manera que todos le oyeron, y dijo: ¡A valientes hombres, ya han salido vuestros enemigos, comenzad a pelear que se van! Como oyeron todos estas voces comenzaron a dar alaridos, y luego comenzaron a arremeter así por tierra como por agua. Acudieron a un lugar que se llama *Mictlantoneomacuilcuitlapilco*, y allí atajaron a los españoles, los mexicanos de una parte y los del Tlatilulco de otra, y allí comenzaron a pelear contra los españoles y estos contra ellos, y así fueron muertos y heridos de ambas partes muchos; (*g*) y llegando los españoles a una acequia que

---

(f).—El primer foso que toparon pasáronle con las puentes: este lugar se llama Tecpantzinco. Habiendo pasado este foso, una mujer que iba a tomar agua dél, viólos como iban en silencio, y todos ordenados, y luego dió voces llamando a los mexicanos para que saliesen contra sus enemigos..."

(g).—"Desque llegaron los españoles a un foso más ancho que los otros, que se llama Toltécali, por la gran prisa que les daban de ambas partes del camino, comenzaron a caer en aquel foso, y cayeron tantos, que de españoles y de indios, y de caballos y de cargas, el foso se hinchó hasta arriba, cayendo

se llama *Tlantecayocan* como no pudieron pasar todos y les daban guerra por todas partes, los indios tlaxcaltecas cayeron en la acequia y muchos de los españoles, y las mujeres con ellos, tantos cayeron que la acequia se hinchió, y los que iban detrás pudieron pasar la acequia sobre los muertos. Llegaron a otra acequia que se llama *Petlacalco,* y pasáronla con harta dificultad: habiéndola pasado allí se rehicieron todos y se recogieron a otro lugar que se llama *Puputla* ya cuando amanecía, y los mexicanos seguíanlos con gran grita. Los españoles con algunos tlaxcaltecas iban juntos por su camino adelante. y peleando los unos con los otros siguiéronlos hasta cerca de Tlacupan hasta un lugar que se llama *Tilihucan,* y allí mataron

---

los unos sobre los otros, y los otros sobre los otros; de manera que todos los del bagaje quedaron allí ahogados, y los de la retaguardia pasaron sobre los muertos. Los españoles que aquí quedaron muertos fueron trescientos, y de los tlaxcaltecas y otros indios amigos fueron más de dos mil. A la salida de alba llegaron a un barrio que se llamaba Puputla y el capitán D. Hernando Cortés y los españoles y indios con gran prisa iban marchando por el camino que va hacia Tlacuba, y los indios mexicanos tras ellos dándoles grita, y tirándoles dardos y saetas y piedras. Aquí en este camino murieron dos hijos de Moctheuzoma, el uno se llamaba Chimalpupuca y el otro Tlaltecatzi, los cuales iban guiando a los españoles. Pasando de allí, llegaron a un arroyo que se llama Tepzolac, y de allí salieron por una cuesta que se llama Acueco, donde estaba un lugarejo de otomíes, que se llama Otoncapulco, y ahora se llama Santa María de los Remedios. Allí hicieron alto los españoles y se fortalecieron, y los vecinos que allí moraban los salieron de paz, y los proveyeron de bastimentos; allí comieron y descansaron, y toda la gente mexicana se había vuelto a recoger el despojo de los que habían caído en aquel foso grande que arriba se dijo, donde cayó gran muchedumbre de gente con todo el bagaje".

al Sr. de Tlacupan, que era hijo de Mocthecuzoma: también aquí murió un principal que se llamaba *Tlaltecatzin,* y otro que se llamaba *Tepanecatltecutli;* todos iban guiando a los españoles y los enemigos los mataron. Llegaron los españoles a un lugar que llamaban *Otonteocalco* allí se recogieron en el patio y se refocilaron porque los indios mexicanos ya se habían vuelto a recoger al campo: allí los llegaron a recibir de paz los otomíes del pueblo de *Teucalhuican,* y los dieron comida.

CAPITULO XXV

De como los de Tecalhuican salieron de paz y con bastimentos a los españoles cuando iban huyendo de México.

Estando los españoles en este aposento arriba dicho, vinieron los otomíes de *Teucalhuican* con su principal que se llamaba Otocoatl, y trajeron comida a los españoles que estaban muy necesitados, diéronlos muchas tortillas y gallinas asadas y cocidas, y otras maneras de comida, y hablaron al capitán D. Hernando Cortés, saludándole de paz y rogándole que descansen y comiesen. Entonces el capitán los habló por la lengua de Marina india, preguntándolos de dónde eran, ellos dijeron del pueblo de Tacalhuican: luego informado el capitán de qué tan lejos estaba el pueblo, díjoles, mañana iremos a dormir a vuestro pueblo; ellos hicieron gracias porque quería ir a su pueblo. Habiendo llegado el capitán con los españoles y los amigos a este pueblo ya dicho, los mexicanos comenzaron a sacar la gente, así de los españoles como tlaxcaltecas y zempoaltecas que se habían ahogado en la acequia, que se llamaba *Toltecaucaloco* y en la que se llamaba *Petlacalco,* y en la que se llamaba *Mictlantonco;* sacáronlos, y despojáronlos, y echáronlos, desnudos por entre las espadañas y juncias para que allí

los comiesen las aves y los perros: a los españoles a otra parte los echaron por sí, conocíanlos porque eran barbados y tenían los cuerpos muy blancos; también los caballos que se habían ahogado y todas las cargas que llevaban, todo lo desbarataron y lo robaron, y todas las armas que hallaron las tomaron; los tiros de pólvora también los tomaron y derramaron toda la pólvora que había. Tomaron muchas escopetas, y muchas ballestas, y muchas espadas, y muchas alabardas, y muchos capacetes y coseletes, y cotas, y muchas adargas y lanzas, y muchas rodelas: aquí también tomaron *mucho oro en barretas y en vasijas, y oro en polvo,* y muchas joyas de oro y de piedras. Comenzaron luego a buscar por todas las acequias lo que había caído de los despojos, así de los vivos como de los muertos; los españoles que iban en la vanguardia solos se salvaron con los indios que iban con ellos, y los que iban en la retaguardia todos murieron, así indios como indias, y los españoles y todo el fardage se perdió. Durmieron los españoles que se escaparon en un lugar que se llamaba *Acueco,* y de allí muy de mañana se partieron, y los mexicanos iban en su seguimiento dándoles grita desde lejos. Llegaron a un lugar que se llama *Calacoayam* que está encima de los cerros, destruyeron todo aquel pueblo, y descendieron hacia los llanos que se llamaban *Tizapan,* y luego comenzaron a subir hacia el pueblo de *Teucalhuican.*

CAPITULO XXVI

De cómo los españoles llegaron al pueblo de Teucalhuican, y del buen tratamiento que allí los hicieron.

Llegados los españoles al pueblo de Teucalhuican antes de medio día, fueron muy bien recibidos de los otomies cuyo era aquel pueblo, y diéronlos luego mucha comida, la cual tenían

aparejada: regocijáronlos y recreáronlos mucho así a ellos, como a todos los que con ellos iban, y también a los caballos dándolos cuanto habían menester, y ellos tenían. Los otomíes de Tlaxcaltecas que se escaparon de la guerra conociéronse con los de Teucalhuican porque eran todos parientes, y desde el pueblo de Teucalhuican, habían ido a poblar a Tlaxcala, y luego todos ellos juntos se hablaron para saludar al capitán y a los españoles. (*h*) También luego todos juntos fueron a hablar al capitán, y a los otros capitanes diciéndolos, que aquella era su casa, y su pueblo, y ellos eran sus vasallos: también se quejaron al capitán del mal tratamiento que les habían hecho Motchecuzoma y los mexicanos, cargándolos mucho tributo y muchos trabajos, y dijéronlos que si los dejaba, que más mal tratamiento les habían de hacer porque eran crueles e inhumanos los mexicanos. Como Marina hubo dicho al capitán lo que los indios decían, díjoles el capitán: "no toméis pena aunque me vaya, que yo volveré presto, y haré que esta sea cabecera, y no sujeta a México, y destruiré a los mexicanos." Como oyeron

---

(h).—"...y (Dios) como sabidor de todas las cosas, tenía sabido lo que había de suceder a los españoles por sus pecados. Mucho tiempo antes dió orden, porque aunque muriesen muchos no acabasen todos; y esto fué que ordenó que los otomíes de Tlaxcala estuviesen poblados acá entre mexicanos, para que en el tiempo de la mayor necesidad los favoreciesen y acariciasen para que no pereciesen todos. Esto hicieron los otomíes de Tlaxcala con sus amigos en este pueblo de Telcauhuyacan. Allí recibieron muy buen tratamiento los españoles, y se confederaron con ellos, y tomaron dellos lo que tenían necesidad para llevar bastimentos y para ayudarse dellos, y en lo que restaba dél para hasta allegar a Tlaxcala. Habiendo tomado este refresco los españoles en este pueblo, otro día de mañana comenzaron a marchar por su camino adelante hacia Tlaxcala y llegaron al pueblo de Teputzotla, y aposentáronse en aquel pueblo donde mejor les pareció: allí fueron bien recibidos, y tomaron

estas palabras los otomíes de Teucalhuican consoláronse mucho y cobraron presunción y orgullo para rebelarse contra los mexicanos, y los españoles durmieron aquella noche allí, y otro día antes que amaneciese aparejáronse para partir y tomaron el camino de *Teputzotlan.* Los que vieron que iban a su pueblo comenzaron todos a huir, y metiéronse en los montes, y escondiéronse por las barrancas, no quedó nadie en el pueblo que recibiese a los españoles, ninguna cosa llevaron consigo, dejaron todas sus haciendas, solamente salvaron sus personas, porque tuvieron gran miedo que los habían de matar, y los españoles entráronse en las casas principales o palacios del señor: en aquel pueblo durmieron aquella noche todos juntos, y todos estaban con gran temor de que viniesen sobre ellos los enemigos. Otro día en amaneciendo almorzaron de lo que hallaron por las casas

---

lo necesario para ir adelante, y durmieron allí aquella noche. A la mañana almorzaron todos, y comenzaron a caminar para el pueblo de Citlaltepec, y los moradores de aquel pueblo no los osaron esperar, desampararon el pueblo y fuéronse a los montes y a las cuevas y concavidades donde se pudieron esconder, y dejaron todas sus haciendas en sus casas: durmieron aquella noche los españoles, de mañana almorzaron todos, y partiéronse y fueron al pueblo que se llama Xoloc; los moradores deste pueblo hicieron lo mismo que los de Citlaltepec. Hicieron noche en este pueblo los españoles, y a la mañana partiéronse y llegaron a un monte que se llama Aztaquemeca, y en la falda dél hay un pueblo que se llama Cacamulco: allí se aposentaron los españoles y hicieron noche. Los moradores deste pueblo hicieron lo mismo, que desampararon el pueblo y se fueron a los montes a absconderse. Habiendo llegado a este pueblo los españoles, llegaron también a la falda deste monte los mexicanos que iban en su seguimiento, muy pujantes en número, y muy confiados que no se les podría escapar hombre de ellos: alojáronse en las faldas deste monte, que ellos llaman Tona, que quiere decir nuestra madre".

del pueblo, y después que hubieron almorzado partiéronse, y por el camino donde iban, tras ellos los mexicanos dándoles grita, y si alguno se acercaba a los españoles, luego lo mataban. Fueron derechos al pueblo de *Citlaltepec,* y como vieron los de este lugar que iban allá los españoles escondiéronse, y ningún recibimiento les hicieron: comieron de lo que hallaron por las casas, y durmieron allí aquella noche, y de mañana almorzaron, y habiendo almorzado partiéronse al pueblo que se llama *Xoloc.* Los de aquel pueblo todos huyeron, y nadie osó esperar, todos se subieron al cerro que se llama Xoloc, y allí se escondieron, y tuvieron gran temor. Los españoles durmieron allí aquella noche, y otro día muy de mañana como hubieron almorzado partiéronse y iban por el camino en dos rencles los de a caballo, y todos los de a pie, y los que llevaban cargas iban en medio de los de a caballo, y de camino quemaron todas las casas de los demonios que hallaron a mano porque eran pajizas, y como las casas ardían espantáronse los que las veían. Yendo por su camino adelante los españoles, iban tras ellos dándoles grita los Maceoales de aquellos lugares, pero no osaron llegarse: aquel día llegaron al pueblo que se llama Aztaquemecan; éste es un monte alto poblado: los españoles subieron al monte y aposentáronse a la falda del monte en una población que se llama Zacamolco que está en un collado, hospedáronse en un cu de los otomíes, también los habitadores de aquel pueblo se huyeron y dejaron el pueblo.

CAPITULO XXVII

De cómo los mexicanos llegaron adonde estaban los españoles siguiendo el alcance.

Estando los españoles en este pueblo, llegaron gran número de mexicanos con propósito de acabarlos, y asentáronse cerca de una cuesta que se llama *Tonan,* que quiere decir nuestra ma-

dre: enviaron luego espías los mexicanos para que observasen a los españoles, y viesen cuando comenzásen a caminar, y como comenzaron a caminar, las espías dieron voces a los mexicanos diciéndolos como ya los españoles se iban. Oído esto luego los mexicanos comenzaron a marchar tras ellos. (*i*) Los españoles como los vieron ir tras sí con gran prisa, entendieron que querían pelear, y paráronse, y pusiéronse en órden de guerra, y los mexicanos como eran muchos, tomaron en medio a los españoles, y comenzaron a combatirlos de todas partes; y los españoles mataron muchos mexicanos y tlatilulcanos por cuanto se arrojaron mucho en los españoles, y así murieron

---

(i).—"...Alcanzáronlos en las faldas de un monte que se llama Aztaquemeca, que es en los términos o cerca de los términos de Otumba, alojándose los indios mexicanos aquella noche que llegaron en las faldas del monte, que están hacia la parte del occidente. Hicieron allí noche, sin dar a entender como habían llegado, aunque los españoles bien lo sintieron; pusieron los mexicanos sus centinelas toda la noche para que no se les fuesen secretamente de noche los españoles. Luego en amaneciendo después de haber almorzado los españoles, tomaron su camino hacia Tlaxcala, y ya que habían apartádose un buen trecho de aquel monte, los que velaban y atalayaban desde encima del monte comenzaron a dar voces a los mexicanos diciendo: ¡Ah mexicanos! ¿Qué hacéis, que ya vuestros enemigos se van huyendo? Lo cual oído, todos los que estaban alojados en las faldas del monte comenzaron a dar grita, y a salir con gran ímpetu en pos de los españoles. Como vieron estos aquel diluvio de gente de guerra que descendió de aquel monte y por los lados, cesaron de caminar y comenzaron a ponerse en orden para hacerles caza, y así les presentaron la batalla antes que llegasen a ellos. Los mexicanos, que eran muchos, y venían con gran ímpetu y con deseo de desbaratarlos cercáronlos por todas partes y tomándolos enmedio, comenzaron a herir en ellos estando así cercados de todas partes,

muchos de ellos y fueron ahuyentados. Habiendo vencido los españoles esta batalla prosiguieron su camino, y de allí adelante no los siguieron los mexicanos. Estuvieron los españoles, desde que entraron en México hasta que salieron 235 días, y estuvieron en paz y amistad con los indios 85. (*j*) Cuando los

---

y matábanlos como moscas, y ellos a porfía, los unos muertos, llegaban otros de refresco. Estaban los españoles como una goleta en la mar combatida de las olas por todas partes. Duró este terrible conflicto por más de cuatro horas, en el cual murieron muchos de los mexicanos, y casi todos los amigos de los españoles, y algunos de ellos mismos. Llegado el mediodía, con el intolerable trabajo de la pelea, los españoles comenzaron a desmayar. Viendo esto el capitán D. Hernando Cortés, con grande ánimo comenzó a animar a los españoles diciéndoles: ¡Oh hermanos! ¿qué hacéis? ¿cómo no os esforzáis? ¿Por qué desmayáis, y os dejáis matar como puercos destos malditos idólatras?... Diciendo estas palabras con voz alta y muy lastimera, estando a caballo, miró hacia todas partes donde estaban los enemigos peleando, y vió encima de un otero al capitán de los mexicanos adornado con muchos plumajes ricos, y esforzando a los suyos con grande ánimo, y luego llamó a uno de a caballo de los suyos para que fuese con él, y ambos rompieron por el real de los enemigos, y llegaron donde estaba aquel capitán acompañado de otros capitanes y soldados valientes, y llegados, alancearon al capitán, y a otros algunos de los que estaban con él, y los demás comenzaron luego a huir, y toda la demás gente. Como vieron esto, cesaron de pelear y comenzaron a huir con tan grande y mayor ánimo que de antes peleaban. Quedaron los españoles con la victoria, y todos sus enemigos con gran brevedad se desaparecieron, y desto nos informaron algunos de los españoles que se hallaron en esta misma batalla, y después tomaron el hábito de San Francisco, y de ellos yo, Fr. Bernardino de Sahagún, oí esta relación que aquí está escripta".

(j).—De estas tres líneas hizo Sahagún en la versión de

españoles hubieron vencido la batalla arriba dicha, luego tomaron su camino para Tlaxcala, y entrando en el término de esta república los mexicanos se volvieron, buscaron entre los muertos las personas señaladas que habían perecido y hiciéronles sus exequias, y quemaron sus cuerpos, y tomaron las cenizas, y volviéronse a México diciendo que los españoles habían huído y que nunca más habían de volver. Como los españoles hubieron entrado en los términos de Tlaxcala, según la relación de los españoles que allí se hallaron, los principales de Tlaxcala así hombres como mujeres, salieron a recivirlos con mucha comida, y lleváronlos a la ciudad, cargando acuestas los que no podían andar, y curando los heridos; y llegados a la ciudad de Tlaxcala les hicieron muy buen tratamiento, y se compadecieron y lloraron por el desastre que les había sucedido, y por los muchos que quedaron muertos en México así españoles como tlaxcaltecas. Curáronse los españoles, y esforzáronse en la ciudad de Tlaxcala por más de medio año, y eran muy pocos para tornar a dar guerra a los mexicanos. En este medio tiempo llegó a Tlaxcala un *Francisco Hernández,* español, con 300 soldados castellanos y con muchos caballos y

---

1585 *todo un capítulo que en ella figura con la cifra XXVIII, pues este segundo texto tiene un capítulo más que el primero. Los datos cronológicos de esta versión última son los siguientes: "Llegaron los españoles a esta Nueva España el año de* 1519, *a veinte y dos días del mes de julio"; estuvieron en paz y gracia de los indios de agosto a marzo del año* 20; *en abril. en la fiesta que se llama* toxcal *"hicieron la matanza en los indios, por cuya ocasión comenzó el odio y la guerra"... "Todo el tiempo que los españoles estuvieron en México fueron doscientos cincuenta días, y los días que fueron amigos fueron noventa y cinco; y después que se publicaron por enemigos, estuvieron cuarenta días. En este tiempo estuvieron cercados en las casas reales, y entonces mataron a Motheuzoma, y al señor de Tezcuco: de allí se siguió luego su huída..."*

armas, y tiros de artillería y munición. Con esto tomó ánimo el capitán D. Hernando Cortés y los que con él estaban que habían escapado de la guerra para tornarse a aparejar, y volver a conquistar a México.

CAPITULO XXVIII.

De la primera fiesta que hicieron los mexicanos después que los españoles salieron de noche de esta ciudad.

Cuando los españoles salieron de México, y fueron a Tlaxcala era el mes que se llamaba *Tecuilhuitentli* que comienza a dos de junio, y llegando el mes siguiente ellos llamaban *Hueytecuilhuitl,* que comienza a veinte y dos de junio. Como ya estaban algo descansados de la guerra pasada hicieron muy gran fiesta a todos sus Dioses, y sacaron todas las estatuas de ellos y, ataviáronlas con sus ornamentos, y con muchos quetzales de pluma rica, y pusiéronlas sus carátulas de turquesas, hechas de mosaico: esto hicieron agradeciendo a sus Dioses porque los habían librado de sus enemigos. (*k*) Luego se sigue el otro mes suyo que se llama *Tlaxochimaco* que comienza a doce de julio tras este se sigue el mes que se llama *Jocotlvenzi,*

(*k*).—"*...los mexicanos volviéronse a su ciudad y a sus casas, con pensamiento que ya los españoles se habían despedido para irse a sus tierras (pues que habían perdido sus haciendas y sus amigos, y casi la mitad de todos los españoles, y que no osarían más volver según iban destrozados, y heridos, y fatigados) y así hicieron junta solemne para elegir señor, y determinar lo que convenía hacer, conforme a los negocios que se ofrecían. Lo primero fué que eligieron por su señor a un hermano menor de Moctheuzoma, que se llama Cuztlauatzi, y*

que comienza primero día de agosto; tras este se sigue el mes que se llama *Ochpaniztli,* que es a veinte de agosto; tras este se sigue el mes que se llama *Teutleco,* que comienza a diez de septiembre; tras este se sigue el mes que se llama *Tepeilhuitl* que cae a treinta de setiembre; tras este se sigue el mes que llaman *Quecholli,* que comienza a veinte de octubre; luego se sigue el mes que llaman *Panquetzaliztli* que comienza a nueve de noviembre; luego se sigue el que llaman *Atemuztli* que comienza a veinte y nueve de noviembre; luego se sigue el mes que se llama *Tititl* que comienza a diez y nueve de diciembre; tras este se sigue el mes que llaman *Izcalli,* que comienza a ocho de enero, y luego se siguen cinco días, que ellos llaman *nemontemi,* que quiere decir días valdíos o aciagos, los cuales no contaban con el año, y luego comenzaba otro año en el mes que se llama *Cuabitleva,* que se comienza segundo día de febrero; luego se sigue el segundo mes que llaman

---

los senadores (cuatro que siempre estaban al lado del señor en todos los negocios) fueron aquí también elegidos. Después desto, los sátrapas y sacerdotes hablaron al señor y su senado, diciendo con gran aparato de retórica, como ellos siempre lo solían hacer, que lo primero que convenía hacer, era hacer gracias y ofrendas y servicios a sus dioses, por tan grandes beneficios como dellos habían recibido en todo el progreso de la guerra. El señor con sus senadores, se persuadieron luego que aquello era lo que convenía hacer..." "En este medio los tlaxcaltecas se juntaron para ver que hacían, pues los españoles habían perdido la empresa que habían tomado, y la mayor parte de la gente tlaxcalteca que con ellos habían ido, había sido muerta y despojada.. Comenzaron a hablar en este negocio todos los principales y señores con profundo acuerdo: después que todos hubieron hablado, los pareceres salieron discordes; unos decían que los matasen, pues que fácilmente lo podían hacer, según ellos estaban tan caídos. Otros dijeron que no era bien hacer tal crueldad y alevosía con gente tan necesi-

Tlacaxipcoaliztli que comienza a veinte y uno de febrero; luego se sigue el tercero mes que se llama *Tocostontli* que comienza a quince días de marzo; luego se sigue el cuarto mes que se llama *Vytocoztli,* que comienza a tres de abril, en este mes salieron los españoles huyendo de México en el año pasado. En este año volvieron algunos de ellos por la vía de Cuauhtitlan y llegaron hasta *Tlalpa,* y no estuvieron más de siete días, y luego se volvieron, y dende a cuarenta días volvieron otra vez, y destruyeron algunos lugares, y mataron más de cuatrocientos hombres que eran Maceoales de Tlatilulco, y dende a cuarenta días se contaron dos años de su venida: volvieron todos en el mes qu ese llamaba *Toxcatl.*

---

tada, y con quien habían hecho tan solemne amistad; deste parecer fué un Xicotencatl que era de la principal cabecera de Tlaxcala; pero otro muy principal, que era de la segunda cabecera, contradijo este parecer, y respondiόle el Xicotencatl con palabras pesadas, poniendo en él las manos le echó de los estrados abajo: luego otros se levantaron, hicieron paz entre ellos, y concluyeron que los recibiesen y acariciasen como amigos y hermanos. En este tiempo la pestilencia de las viruelas se enseñoreó fuertemente de los mexicanos, donde murió el señor dellos. A la sazón desembarcó un capitán español, llamado Francisco Hernández, y se fué luego a Tlaxcala con toda su gente y munición de artillería, y copia de caballos, de lo cual todos los españoles que estaban afligidos recibieron gran consolación y esfuerzo, y todos se animaron y juntaron, y determinaron de volver contra sus enemigos los mexicanos..."

CAPITULO XXIX.

De la pestilencia que vino sobre los indios de viruelas, después que los españoles salieron de México.

Antes que los españoles que estaban en Tlaxcala viniesen a conquistar a México, dió una grande *pestilencia de viruelas* (17) a todos los indios en el mes que llamaban *Tepeilhuitl* que es al *fin de septiembre.* De esta pestilencia murieron muy muchos indios: tenían todo el cuerpo y toda la cara, y todos los miembros tan llenos y lastimados de viruelas que no se podían bullir y menear de un lugar, ni volverse de un lado a otro, y si alguno los meneaba daban voces. Esta pestilencia mató gentes sin número, muchas murieron porque no había quien pudiese hacer comida; los que escaparon de esta pestilencia quedaron con las caras ahoyadas, y algunos los ojos quebrados; duró la fuerza de esta pestilencia sesenta días, y después que fue aflojando en México, fue hacia Chalco. En acabándose esta pestilencia en México, vinieron los españoles que ya estaban en *Tezcuco* (18) y dejaron la laguna, y vinieron por Cuauhtitlan, hasta Tlacupan, y allí se repartieron en capitanías, y se pusieron en diversas estancias. A D. Pedro Alvarado le cupo el camino que va derecho de Tlacupa al Tlatilulco. El capitán D. Hernando Cortés se puso en Coyoacan, y guardaba el camino que va de Coyoacan a México. De ácia la parte de Tlatilulco se comenzó primero la guerra en un lugar que se llama *Nextlatilco,* y llegaron peleando hasta el lugar que se llama *Nonoalco,* donde está ahora una iglesia que se llama *San Miguel,* y los españoles se retrugeron; no ganaron nada en esta escaramuza. También el capitán D. Hernando Cortés acometió por su parte a los mexicanos por el camino que se llama *Acachinanco,* y los mexicanos resistíanlos grandemente.

CAPITULO XXX.

De como los bergantines que hicieron los españoles en Tezcuco vinieron sobre México.

Estando los españoles en Tlaxcala labraron doce bergantines, y antes que los armasen trujéronlos en piezas los indios hasta Tezcuco, y allí los armaron, enclavaron y carenaron, (19) los cuales hechos, y puesta en ellos la artillería entraron en ellos los españoles que para esto estaban asignados, y vinieron por la laguna hasta un desembarcadero que se llama *Acachinanco* que es cerca de México, en derecho de San Antón, iglesia que está cerca de las casas de Alvarado; y el capitán D. Hernando Cortés luego se metió en los bergantines, y comenzaron a sondar el agua para descubrir el alto que había por donde habían de andar los bergantines. Como hubieron descubierto los caminos por donde podían andar los bergantines, pusiéronse a gesto de guerra en los mismos bergantines con determinación de destruir a los mexicanos, y luego puestos en órden con su bandera delante, y tocando su tambor y pífano, comenzaron a pelear contra los mexicanos, (*l*) y muchos de estos que tenían las casas dentro en el agua, como comenzó la guerra por el agua, comenzaron a huir con sus hijos y con sus mujeres, algunos llevaban a cuestas a aquellos y otros en canoas: todas sus haciendas dejaban en sus casas, y los indios que ayudaban a los españoles entraban en las que dejaban, y robaban cuanto hallaban. También los indios de Tlatilulco andaban allí peleando con sus canoas. Como llegaron los españoles a donde estaba atajada una acequia con albarrada y pared, desbarataron la acequia los castellanos que iban en los bergantines, y comenzaron a pelear

(*l*).—*La versión del 85 contiene una larga arenga, puesta en labios de Cortés, sobre las razones que lo movían a empezar la guerra contra México, arenga que dice el autor se acercaron a escuchar el señor azteca y sus principales.*

con los que estaban defendiéndola: los españoles que iban en los bergantines tornaban la artillería ácia donde estaban más espesas las canoas, y hacían gran daño en los indios con la artillería y escopetas. Visto esto los mexicanos comenzaron a apartarse y a guardarse de la artillería, yendo culebreando con las canoas, y también cuando veían algún tiro que soltaban agazapábanse en las canoas, y comenzaron a retraerse ácia las casas, y así quedó desocupado el campo. Llegaron los españoles a un lugar que se llama *Vitzillan,* que es cerca de la iglesia de San Pablo, allí estaba otro paredón hecho, y a las espaldas de él estaban muchas gentes de los mexicanos, detuviéronse allí algo los bergantines entre tanto que aderezaban la artillería para destrozar el paredón.

CAPITULO XXXI.

De como los de los bergantines habiendo ojeado las canoas que les salieron por la agua, llegaron a tierra junto a las casas.

Después que los españoles aderezaron sus piezas tiraron al paredón con ellas, y de los primeros tiros arruináronle todo, y de los segundos tiros dieron con él en el suelo, y los soldados indios que estaban detrás el paredón luego echaron a huir, y los indios amigos luego cegaron la acequia para pasar adelante con piedras y adoves y tierra y maderos. De que tuvieron llana la acequia luego vinieron los de a caballo y entraron en la ciudad y alancearon los que pudieron de los indios, y tornáronse a salir, y luego entraron otros de a caballo, e hicieron lo mismo, y los indios acogíanse a las casas reales: también alancearon a algunos indios, entre los cuales fue alanceado un indio del Tlatilulco, y este asió de la lanza con que estaba atravezado y otros sus compañeros asieron también de ella, y quitáronsela

al de a caballo, y con ella le mataron y le derrocaron del caballo, y luego se juntaron los españoles y entraron dentro del un patio que se llamaba *quauhquiaoac,* y llevaban consigo un tiro grueso y asentáronle. En este lugar estaba una águila de piedra grande y alta como un estado de hombre, y por eso llamaban a aquel patio *quauhquiaoac*: de la una parte del águila estaba un tigre de piedra, y de la otra un oso también de piedra, y los capitanes de los indios escondíanse detrás de ocho columnas de piedra que allí estaban, y mucha otra gente estaba encima de la casa que estaba armada sobre las columnas; y los españoles tiraron con el tiro grueso que llevaban consigo aquel edificio que estaba allí, y con el trueno y con el humo los que estaban abajo se espantaron y echaron a huir, y los de arriba se echaron de allí abajo y todos huyeron. Llevaron el tiro más adelante ácia el patio de Vitzilopuchtli donde estaba una grande piedra redonda como rueda de molino, y sobre el *cu* de *Vitzilopuchtli* estaban unos sátrapas sentados tañendo un teponaztli y cantando; y aunque veían lo que pasaba, no cesaban de tañer y cantar, y subieron dos españoles, y matáronlos, y echáronlos por las gradas abajo del *cu.* Como los españoles entraban por la ciudad, vinieron los indios diestros que andaban en las canoas, y saltaron en tierra, y comenzaron a llamar a otra gente para impedir la entrada a los españoles. Luego vieron estos a los indios que venían sobre ellos con gran ímpetu y que los desbarataban, recogiéronse y comenzaron a retraerse, y los indios peleaban reciamente: los españoles se recogieron a su estancia que llamaban *Acachinanco* y dejaron el tiro en el patio de *Vitzilopuchtli,* y de allí lo tomaron los indios y lo echaron a una agua profunda que llamaban *tetamaculco* que está cabe el monte que se llama *Tepetzinco,* donde están los baños.

CAPITULO XXXII.

De como los mexicanos se rindieron y comenzaron a salirse de la ciudad por miedo a los españoles.

Después de las cosas arriba dichas, los indios mexicanos huyeron para Tlatilulco dejando la ciudad de México en poder de los españoles, y los indios de Tlatilulco acudieron a México a hacer guerra a los españoles, y D. Pedro Alvarado que estaba todos aquellos días peleando contra los del Tlatilulco en aquella estancia que llaman *Iliacac,* cabe *Nonoalco,* no hizo ninguna cosa, porque los del Tlatilulco se defendieron muy bien por tierra y por el agua. Como vió Alvarado que no aprovechaba con ellos nada, desconfiado volvióse a Tlacuba, y dende a dos días los españoles vinieron con todos los bergantines junto a las casas del Tlatilulco, y dos de los bergantines fueron ácia el barrio que se llama Nonoalco: ojearon de por allí todas las canoas de guerra y saltaron en tierra, y comenzaron a entrar por entre las casas en concierto de guerra. Todos los indios se apartaron, ninguno salió contra ellos. Como nadie osaba ir contra los españoles, un valiente hombre que se llamaba *Tzilacatzin* salió contra los castellanos, y a pedradas mató algunos de ellos porque tenía gran fuerza en el brazo, y salieron otros tras él, e hicieron retraer a los españoles, y volvieron el agua ácia donde tenían los bergantines; y aquel *Tzilacatzin* tenía sus armas y sus divisas como Otomitl, y con su ferocidad espantaba no solamente a los indios amigos de los españoles, pero también a los mismos españoles, y estos ponían gran diligencia para matarle, pero él disfrazábase cada día porque no le conociesen; a las veces iba la cabeza descubierta como otomí, y otras veces armábase con armas de algodón, y otras se ponía la cabellera de manera que no le viesen ni le conociesen. Otro día los españoles hicieron lo mismo: vinieron en los bergantines con muchos amigos indios al mismo barrio de *Nonoalco,* y comenzaron a pelear con los de *Tlatilul-*

co, trabóse reciamente la batalla, y pelaron todo el día hasta la noche, y murieron muchos indios de ambas partes: señaláronse allí entonces tres indios de Tlatilulco muy valientes, el uno llamaban *Tzoyectzin,* el otro llamaban *Temoctzin,* y el tercero *Tzilacatzin,* que ya se dijo. Como vieron los españoles que ya venía la noche y no ganaban nada, volviéronse a su estancia con los indios sus amigos.

CAPITULO XXXIII.

De como los Chinampanecas, que son los de Xuchimilco, Cuitlaoac, Itztapalapan vinieron en ayuda de los mexicanos.

Estando las cosas en la disposición que arriba se dijo, vinieron a socorrer a los mexicanos y tlatilucos, que todos estaban fortalecidos en el Tlatilulco, los chinampanecas, que son los de *Xochimilco, Cuitlaoac, Mizquic, Itztapalapan, Mexicatzinco. etc.,* y venidos hallaron al señor de México que se llamaba *Quauhtemoctzin,* y a los otros principales que con él estaban, y los capitanes habláronles diciendo: "Señor nuestro, venimos a socorreros en esta ciudad, y para esto somos enviados de nuestros mayores para pagar la deuda que debemos, y para esto hemos traído y están aquí presentes los mejores soldados que entre nosotros hay, para que ayuden por agua y por tierra". Oído esto, el señor de México y los demás dijeron: "En merced tenemos lo que los señores hacen de enviaros para nuestra ayuda, aparejaos para pelear". y luego diéronlos armas con que peleasen, y diéronlos mucho cacao, y luego los pusieron en el lugar donde habían de pelear, y puestos en sus lugares todos comenzaron a pelear, y los de Xochimilco comenzaron a robar por las casas donde estaban; solamente las mujeres, niños y viejas dejaban, mataron algunas muje-

res, y niños, y viejas, y a otros metieron en las canoas para llevarlos como esclavos. Algunos soldados de los mexicanos vieron lo que pasaba y dieron aviso a los capitanes, y luego fueron contra ellos por agua y por tierra, y comenzaron a matar en ellos y a prenderlos, a todos los destruyeron y mataron, y de las mujeres y niños y viejas que habían cautivado y del robo no llevaron nada. (*m*) Los españoles se recogieron a sus estancias después de la pelea, y a los de Xochimilco y Cuitlaoac etc., que cautivaron lleváronlos delante del *Quauhtemotzin* que estaba en un lugar que se llamaba *Yacalulco,* donde está ahora una iglesia de *Santa Ana* en el Tlatilulco, y dijeron a Quauhtemotzin y Mayeoatzin la traición que hacían los de Xochimilco y Cuitlaoac etc., y el señor de Cuitlaoac reprendió a aquellos que habían hecho mala obra, y Quauhtemotzin dijo a *Mayeoatzin*: hermano, haz tu oficio, castiga a esos que han pecado; luego el *Mayeoatzin* comenzó a matar en ellos, y el Quauhtemotzin le ayudó: mataron cada uno de ellos cuatro, y a todos los demás que habían cautivado los mexicanos mandáronlos matar en los *cúes* de los ídolos, y murieron todos en los *cúes* sacrificados. Por esta causa los mexicanos tomaron gran enojo contra los de Xochimilco y dijeron: ¿éstos de Xochimilco moran entre nosotros, y espíannos, y avisan a los de su pueblo de lo que nosotros hacemos? mueran; y como hubieron determinado de matarlos, todos comenzaron a sacarlos de sus casas hombres y mujeres, viejos y viejas, y a todos los mataron sin dejar a nadie, por odio de aquellos que habían hecho la traición só color de ayudar. Dende dos a tres días (*n*) vinieron los bergantines que estaban ácia la parte del Tlatilulco

---

(m).—Se cita sólo a los xochimilcas, los de Cuitlaoac y de Iztapalapa en esta aventura de traición y pillaje. El nombre del sitio donde estaba Cuauhtémoc y donde le presentaron los prisioneros chinampanecas, se transcribe Xacaculco, *y al señor de Cuitlahuac se le dá el nombre de* Mazeoatzi.

(n).—"...habiendo descansado los españoles aquellos días,

que se llama *Yhauhtenco,* y vinieron en ellos españoles solos sin ningunos indios otros, y como arribaron luego saltaron en tierra, y luego comenzaron a pelear, arrojar saetas y pelotas, y los soldados del Tlatilulco agazapábanse, y escondíanse detrás de las piedras y paredes, y de las casas, y los capitanes que estaban mirando cuando sería tiempo, comenzaron a dar grita para pelear.

CAPITULO XXXIV.

De como los indios mexicanos prendieron quince españoles.

Decían los capitanes: ¡Ea pues mexicanos! ¡ea mexicanos! luego comenzaron todos a tocar sus trompetas y a pelear con los españoles, y llevaban de vencida a los españoles, y prendieron quince de ellos, y los demás españoles huyeron con los bergantines a lo alto de la agua, y a los presos quitaron las armas y despojáronlos, y lleváronlos a un *cu* que se llama *Tlacochcalco,* allí les sacaron los corazones delante del ídolo que se llamaba *Macuiltotec,* y los otros españoles estaban mirando desde los bergantines como los mataban. Otra vez vinieron dos bergantines al barrio que se llama *Xocotitlan,* (ñ) y como

---

volvieron a proseguir su guerra, y vinieron en dos bergantines bien aparejados de Nonoalco, que es en el de Tlatilulco..."

(ñ).—"Aderezaron otro bergantín, y metiéronle en el barrio que se llama Xocotitla *(que es agora San Francisco) que por otro nombre se llama* Cioatecpa. *Comenzaron allí a pelear con los tlatilulcanos, y ellos les trataron de tal manera que tuvieron por bien de volverse a su bergantín, y por el camino que habían venido se volvieron a un barrio que se llama* Coyonacazco, *cerca de la ermita de Santa Lucía (que por otro nombre se llama Amaxac)..."*

llegaron saltaron en tierra por el barrio adelante peleando; y como vió aquel capitán indio que se llamaba *Tzilacatzin* que estaban peleando, acudió a ellos con otra gente que le siguió, y peleando los echaron de aquel barrio y les hicieron acoger a los bergantines. Otra vez vinieron dos bergantines al barrio que se llama *Coyonacazco,* y saltaron en tierra los españoles y comenzaron a pelear. Venía allí por capitán Rodrigo de Castañeda, y comenzaron a echar saetas, y Castañeda mató a uno con una saeta, y saltaron contra él ciertos soldados indios y dieron con él en el agua, y estuvieron a punto de matarle sino que se escapó asido de un bergantín. Estaba otro bergantín de los españoles en el barrio que se llama *Tetenanteputzco* cerca de aquella iglesia que se llama Santa Lucía: otro bergantín estaba en el barrio que se llama *Totecco* que es cabe la iglesia de la Concepción: estos bergantines estaban en el agua aguardando tiempo, estaban todo el día y a la noche se iban, y dende a tres o cuatro días determinaron los españoles de darles guerra por allí. Entraron por el camino que se llama *Quavecatitlan* que va derecho ácia donde venden la sal; iban tantos indios y españoles que no cabían por el camino, porque por una parte y por otra había agua, y echaron tierra y adobes y maderos, para poder mejor pasar, y como hubieron ensanchado el camino, luego comenzaron a entrar por el en órden de guerra con su bandera delante, y tocando el tambor y pifano, y venían tras ellos todos los indios de Tlaxcala y de otros pueblos que eran amigos. Entraron los españoles con mucha fantasía que no tenían en nada a los mexicanos, y los tlaxcaltecas y otros indios amigos iban cantando, y también los mexicanos cantaban de la misma manera según que solían hacer en las guerras; y como llegaron a un barrio que se llama *Tlioacan,* que es ahora *San Martín,* los soldados tlatilulcanos estaban escondidos y agazapados por temor de la artillería, esperando la pelea y la grita de sus capitanes que mandasen pelear; y como oyeron el mandato, luego arremetió a los españoles aquel capitán *tlatilulcano* que se llamaba *Tlapanecatlhecatzin,* y comenzó

a dar voces esforzando a los suyos, y aferró con un español y dió con él en tierra, y tomáronle los otros soldados que iban con este *Tlapanecatlhecatzin.*

CAPITULO XXXV.

De como los mexicanos prendieron otros españoles más de cincuenta y tres, y muchos tlaxcaltecas, tezcucanos, chalcas, xuchimilcas, y a todos los mataron delante de los ídolos.

Trabóse una batalla muy recia en este día, de manera que los mexicanos como borrachos se arrojaron contra los enemigos, y cautivaron muchos de los tlaxcaltecas y chalcas, y tezcucanos, y mataron muchos de ellos, y peleando hicieron saltar a los españoles en las acequias y a todos los indios sus amigos. Púsose con esto el camino todo lodoso que no podían andar por él; aquí prendieron a muchos españoles, y lleváronlos arrastrando. En este lugar tomaron *a los españoles* una bandera donde está la iglesia de San Martín, y los españoles huyeron, y siguiéronlos hasta el barrio que se llama *Coloacatonco,* allí se recogieron y los indios volvieron a coger el campo, y tomaron sus cautivos, y pusieron en procesión todos maniatados: pusieron delante a los españoles, y luego a los tlaxcaltecas, y luego a los demás indios cautivos, y lleváronlos al *cu* que llamaban *Mumuzco,* allí los mataron uno a uno sacándolos los corazones: primeramente mataron a los españoles y después a todos los indios sus amigos. Habiéndolos muerto pusieron las cabezas en unos palos delante de los ídolos, todas espetadas por las sienes; las de los españoles más altas, las de los otros indios más bajas, y las de los caballos más bajas. Murieron en esta batalla cincuenta y tres españoles y cuatro caballos. En todo esto no cesaba la guerra por el agua: matábanse unos a otros por las canoas, y había

gran hambre entre los mexicanos y grande enfermedad, porque bebían del agua de la laguna y comían sabandijas, lagartijas y ratones, porque no les entraba ningún bastimento, y poco a poco fueron acorralando a los mexicanos cercándolos de todas partes.

CAPITULO XXXVI.

De la primera vez que los españoles entraron en el tianquiztli del Tlatilulco (o sea la plaza del mercado).

Andando la guerra como está dicho, un día entraron cuatro de a caballo en el tianquiztli del Tlatilulco, y dieron una vuelta por todo el alrededor e iban alanceando a cuantos topaban, y mataron muchos soldados mexicanos. Después que dieron una vuelta atravezaron por enmedio del tianquiztli, y luego salieron huyendo, y salieron tras ellos muchos soldados tirándolos. Esta entrada que hicieron fue súbita que nadie pensó que osaran entrar, y el mismo día pusieron fuego al *cu* mayor que era de *Vitzilopuchtli,* y todo se quemó. (*o*) Como vieron los mexicanos que se quemaba el *cu* comenzaron a llorar amargamen-

(*o*).—"*...Siempre les iban ganando tierra los españoles a los mexicanos, y los iban arriconando hacia el lugar donde finalmente los dieron mate, en un rincón deste Tlatilulco, que se llama* Tetenantitech *donde ahora está edificada la iglesia de la Concepción de la Madre de Dios Ntra. Sra. Santa María. Un día continuándose los reencuentros y escaramuzas entre los españoles y indios, los de a caballo entraron en la plaza o tianguez desde Tlatilulco (lugar muy espacioso mucho más de lo que ahora es) el cual se podía llamar emporio de toda esta Nueva España, al cual venían a tratar gentes de toda esta Nueva España, y aun de los reinos a ella contiguos, y donde*

te, porque tomaron mal agüero de verlo quemar, y luego se trabó una batalla muy recia. Duró esta casi un día, y derrocaron los españoles unos paredones, o albarradas con la artillería de donde les daban guerra: después de derrocados acogiéronse a las casas de que estaba cercado el tianquiztli, y subieron los soldados mexicanos sobre los sobrados de estas casas, y de allí tiraban saetas y piedras: los mexicanos ahugeraron aquellas casas, y hicieron de ellas guaridas para defenderse de los caballos. Otra vez entraron los españoles, y los indios amigos en el tianquiztli, y comenzaron a robar y cautivar indios: como vieron esto los soldados mexicanos, salieron tras ellos, y hiciéronlos dejar la presa, y aquí murió un capitán señalado de los mexicanos que se llamaba *Axuquentzin,* y luego se retrugeron los españoles que peleaban de las partes de san Martín,

---

se vendían y compraban todas cuantas cosas hay en toda esta tierra, y en los reinos de Quauhtimalla (o sea Guatemala) y Xalisco (cosa cierto mucho de ver). Yo lo ví por muchos años morando en esta casa del Señor Santiago, aunque ya no era tanto como antes de la conquista. Entrando pues en el dicho tianguez, o mercado, los de a caballo comenzaron a pelear contra los que estaban defendiendo que no entrasen (porque estaba gente escogida de soldados viejos, para defender la entrada). Peleando los unos en los otros, fueron alanceados y muertos muchos: muchos de aquellos que estaban en guarda de dicho tianguez, y los españoles rompieron por todo el tianguez, y la gente ansí de guerra como los tratantes huyeron y recogiéronse a las casas o tiendas de que estaba cercado todo el tianguez, y desde allí peleaban valientemente. Estaba en el medio de este tianguez un gran Cu, edificado a honra de Vitzilupuchtli, *dios de los mexicanos; y habiendo los españoles echado de todo el tianguez a los indios, pusieron fuego a este gran Cu, el cual en lo alto tenía una capilla edificada de madera, con un chapitel muy alto, hecho muy artificiosamente de paja, y comenzó a arder".*

aunque de las otras partes todavía peleaban los españoles y sus amigos. Una capitania de soldados mexicanos hicieron una celada para tomar a los españoles y sus amigos descuidados, y dar sobre ellos a la pasada; y algunos soldados de Tlaxcala que ayudaban a los españoles, subiéronse sobre los tlapancos y vieron la celada, y dieron voces a los demás para que acudiesen a pelear con los de la celada; como vieron los de esta que los habían visto huyeron, y así pasaron aquel paso seguros para ir a su estancia. Habiendo peleado todo el día, volviéronse los españoles sin romper a sus enemigos aquel día, porque los habían quitado las puentes, de manera que no pudieron pasar a los enemigos.

CAPITULO XXXVII.

De como de noche abrían los caminos del agua que de día los españoles cerraban.

Los españoles y sus amigos cegaban de día las acequias para pasar a donde estaban los enemigos, y todo lo que cegaban de día, los enemigos mexicanos lo tornaban de noche a abrir: en esto entendieron algunos días, y por esto se dilató la victoria muchos. Los españoles y los tlaxcaltecas combatían por tierra, unos por la parte que se dice *Iacalco,* y otros por la parte que se dice *Tliloacan,* y otros por la parte que se dice *Atczcapan*: y de la parte del agua peleaban los de Xuchimilco y todos los chinampanecas, y los tlatilulcanos del barrio de *Atliceuhian: y* los del barrio de *Ayacac* resistían por el agua, y no descansaban en la pelea: eran tan espesas las saetas y los dárdos que que todo el aire parecía amarillo, y los capitanes de los mexicanos que eran del barrio de *Yacacolco* todos defendían las entradas porque no entrasen donde estaba recogida la gente, mujeres y niños, y peleando con gran perseverancia hicieron re-

traer a los dichos capitanes de la parte de la otra acequia que se llama *Amaxac*. Otra vez acometieron los españoles, y llegaron a un lugar que se llama *Ayacac* donde estaba una casa grande que se llamaba *Telpuchcalli,* pusieron fuego a la casa, y un bergantín de los españoles iba por el barrio que se llama *Atliceuhian,* con muchas canoas que les siguieron de los amigos, y un capitán que se llamaba *Coiovevetzin* mexicano, que traía las armas vestidas, la mitad de ellas era una águila y la otra mitad de un tigre, vino en una canoa de ácia la parte que se llama Tolmayecan, y seguíanle muchas canoas con gente armada. Luego comenzó a dar voces a los suyos, que comenzasen a pelear, y luego comenzaron la pelea, y los españoles se retrugeron, y este capitán con los suyos los seguían, y retrugéronse hacia un lugar que se llama *Atliceuya;* también los bergantines se retrugeron ácia la laguna. De este alcance murieron muchos xochimilcanos. Otra vez tornaron los españoles a encerrarse en un *cu* que se llama *Mumuztli*, y otra vez volvieron tras ellos hasta donde estaba el *telpuchcalli* que llaman *Atliceuhian:* volvieron otra vez los españoles tras los indios con *Coiovevetzin* en la acequia: revolvió un capitán mexicano que se llamaba *Itzpapalotzin* otomí, y hizo retraer a los españoles a los bergantines: entonces cesó la batalla y los del pueblo de *Cuitlaoac* pensando que su señor que se llamaba *Maieoatz*in quedaba muerto con los demás enojáronse mucho con los mexicanos, entre los cuales estaba su señor, y dijeron: ¿Por qué habéis muerto a nuestro señor? y su señor como estaba vivo supo que sus vasallos estaban enojados, habló al capitán *Coiovevetzin* y díjole: señor hermano, búsque a uno de sus soldados que tenga recia voz, y *Coiovevetzin* llamó a un capitán que se llamaba *Tlamaiocatl*, y el señor de Cuitlaoac díjole: *vé, y dí a mis vasallos que yo te envío* para que les *digas que estoy vivo, y que miren acá y verme han.* Como aquel capitán habló a los de Cuitlaoac y les dijo lo que le había mandado el señor *Maicoatzin,* ellos no quisieron creerle, más dijeron que le habían muerto y que no era verdad lo que les decía, y el otro

respondió, no es muerto como pensáis, mirad y verleheis a donde está vivo, que allí se puso para que le veáis, y habló el señor de Cuitlaoac y dijo: mirad que no me perdáis nada de mis atavíos y joyas y armas, que vivo estoy. Como dijo estas palabras el señor de *Cuitlaoac,* luego los indios amigos de los españoles, comenzaron a dar grita, y a pelear contra los mexicanos, y metiéronlos hasta dentro de tianquiztli a donde se vende el copal, y allí pelearon gran rato. Otra vez entraron en consejo nuestros enemigos para acometernos y destruirnos, en especial los otomíes de Tlaxcalla, y otros capitanes muchos, y determinaron de entrar por una calle que estaba junto donde es ahora San Martín, y la calle iba derecha a una casa de un *pilli* tlatilulcano que se llamaba *Tlacatzin,* y luego los salieron al encuentro los del Tlatilulco un capitán que se llamaba *Tlappomecall* que iba delante; pero los que iban con él arrojáronse sobre los enemigos con gran furia, y tomáronles el capitán que llevaban preso que se llamaba *Tlappanecatl;* pero escapó con una herida en una pierna, y cesó por entonces la guerra.

CAPITULO XXXVIII

Del trabuco que hicieron los españoles para conquistar a los del Tlatilulco.

Como los indios mexicanos todos estaban recogidos en un barrio que se llama *Amaxac* y no los podían entrar, ordenaron de hacer un trabuco, y armáronle encima de un *cu* que estaba en el tianquiztli que llamaban *Mumuztli,* y como soltaron la piedra no llegó a donde estaba la gente, cayó mucho más atrás junto a la orilla del tianquiztli, y como salió el tiro en vacío comenzaron los españoles a reñir entre sí. (*p*) Como vieron que por

---

(p).—Después de la cita del trabuco, la narración en la

vía del trabuco no pudieron hacer nada, determinaron de acometer al fuerte donde estaban los mexicanos, y pusiéronse todos en ordenanza: dispusieron los escuadrones y comenzaron a ir contra el fuerte, y los mexicanos como los vieron ir escondíanse por miedo de la artillería, y los españoles iban poco a poco llegándose al fuerte muy ordenados y muy juntos. Y uno de los mexicanos del Tlatilulco que se llamaba *Chalchiuhtcpeoa* púsose en celada con otros soldados que llevaba consigo con propósito de herir a los caballos, y como llegaron los españoles a donde estaba la celada, hirieron a un caballo, y luego el español cayó en tierra y los mexicanos le tomaron, y luego salieron todos porque salieron todos los mexicanos valientes que estaban en el fuerte, e hicieron gran daño en ellos los amigos de los españoles, y así se retrujeron otra vez al tianquiztli al lugar donde llaman *Copalnamacoyan* a donde estaba un baluarte. Después de esto, todos los indios amigos, y enemigos de los mexicanos que tenían cercados a estos, concertaron de cegar una laguna que les hacía mucho embarazo para entrar al fuerte de los mexicanos, que estaba cerca de donde está ahora la iglesia de Santa Lucía, y así otro día muy de mañana cargáronse de piedras, y de tierra y de adobes, y de la madera de las casas que derrocaban, y robaban todas las casas que estaban

---

versión segunda toma rumbo distinto; por ello reproducimos la mayor parte del capítulo, que dice: "Así comenzaron a darles combates expresamente de noche y de día, y por agua y por tierra. Estaban los tristes mexicanos, hombres y mujeres, niños y niñas, viejos y viejas, heridos y enfermos en un lugar bien estrecho, y bien apretados los unos con los otros, y con grandísima falta de bastimentos, y al calor del sol y al frío de la noche, y cada hora esperando la muerte. No tenían agua dulce para beber, ni pan de ninguna manera para comer; bebían del agua salada y hedionda, comían ratones y lagartijas, y cortezas de árboles, y otras cosas no comestibles, y desta causa enfermaron muchos y murieron muchos, y de los niños no quedó

por allí cerca. Visto por los mexicanos lo que hacían los enemigos, sacaron escondidamente cuatro canoas con gente de guerra y cuatro capitanes con ellos, y como estuvieron a punto comenzaron a remar reciamente, y fueron contra los que cegaban la laguna dos canoas por la una parte, y otras dos por la otra; luego comenzaron a pelear y muchos murieron, unos en la laguna y otros en la tierra: otros echaban a huir y caían entre los maderos que habían puesto, y de allí los sacaban arrastrando los mexicanos llenos de lodo. Murieron muchos en éste reencuentro aquel día. Otro día luego los españoles acometieron al fuerte que era donde llaman *Amaxac*, donde está la iglesia

---

nadie, que las mismas madres y padres los comían (que era gran lástima de ver, y mayormente de sufrir) peleando el día y la noche donde hubo muchos reencuentros y celadas, y murieron muchos de ambas partes, así indios como españoles. Finalmente, como los mexicanos entendieron que su partido iba muy cuesta abajo, convirtiéronse a buscar los misterios secretos que los antiguos les habían dejado para si se viesen en una necesidad tal como estaban, ayudarse dellos. A este propósito, un principal capitán, de los que entonces eran valientes de la parte de los mexicanos, que se llamaba Ciuacoatliacotzin, *habló a los mexicanos diciéndoles: "Señores mexicanos y tlatilulcanos que estáis presentes, en este gran conflicto en que estamos, ya veis que todas nuestras fuerzas y nuestro poder no es nada para podernos escapar de las manos de los españoles y todos nuestros enemigos que los ayudan. Paréceme que será cosa bien acordada que acudamos al favor de nuestros dioses (en especial de nuestro señor Vitzilopuchtli) fundador de la república mexicana, y a los consejos que nos dejaron nuestros antiguos, para que dellos nos ayudásemos en semejante necesidad como ahora estamos; porque me acuerdo haber oído a los viejos, que nuestro dios Vitzilopuchtli usaba de dos cosas para contra sus enemigos para aterrarlos y ahuyentarlos; la una se llama* Xiucoatl, *y la otra* Mamalhoaztli. *Ayudémonos ahora destas cosas*

de la Concepción, y pelearon gran rato, y finalmente llegaron donde estaba el bagage de los mexicanos; y como llegaron a una casa grande que se llamaba *Telpuchcalli* a donde estaba mucha gente, subiéronse a las azoteas de aquella casa dieron consigo en el agua por huir, y un capitán que se llamaba *Vitziloatzin* con muchos soldados que estaban sobre los tlapancos, comenzaron a resistir a los españoles poniéndose por muro para que no pasasen a donde estaba el bagage, y los españoles arrojáronse contra ellos, y comenzaron a matar en ellos y a destrozarlos, y salieron otros soldados en favor de aquellos, de manera que no pudieron los españoles pasar a donde querían y retrujéronse. A otro día los españoles pegaron fuego a aquella casa, en la cual había muchas estatuas de los ídolos. Los españoles peleaban contra los mexicanos ya dentro de su fuerte, y a las mujeres y niños no los hacían mal, sino a los hombres que peleaban. Aquel día despartió la noche la pelea, y al otro los españoles y todos los amigos comenzaron a caminar hacia donde estaban los mexicanos en su fuerte, y los mexicanos quisieron hacer una celada

---

que nuestro dios Vitzilopuchtli nos dejó para nuestro favor, y nuestros antiguos han tenido fe y confianza en ellas, y por ventura nos aprovechará en este gran peligro en que estamos. "Oído esto, los demás convinieron en hacer sacrificio solemne a su dios Vitzilopuchtli, cuya imagen tenían consigo, y él tenía por cetro real en la mano una culebra hecha de mosaico, que llaman Xiuhcóatl, *no derecha sino tortuosa o combada, y aquella, siendo vivo, como nigromántico en las batallas como gran serpiente viva la echaba sobre los enemigos con que los espantaba y hacía huír. Este embuste demandaban ellos que se hiciese sobre los españoles y sus enemigos los indios para espantarlos y ahuyentarlos. Tenían también un buho (hecho de plumajes ricos y espantable) que también tenían por cosa de portento para espantar a sus enemigos en las guerras, y con este se vistió uno de aquellos principales capitanes, y subióse sobre una azotea alta donde le pudiesen ver todos sus contrarios para*

para resistir a los españoles la entrada, y no pudieron: viéronlos, y así los españoles comenzaron a pelear. Casi un día duró la pelea; a la noche retrujéronse a sus estancias, y a la mañana determinaron romper, y cercáronlos de todas partes de manera que por ninguna parte podían salir, y estando en esta estrechura murieron muchos (ningunas mujeres) pisados y acoceados, y estando en esta pelea las mujeres también peleaban cegando a los contrarios con el agua de las acequias, arrojándosela con los remos. Estando ya los mexicanos acosados de todas partes de los enemigos, acordaron de tomar pronóstico o agüero si era ya acabada su ventura, o si les quedaba lugar de escapar de aquel gran peligro en que estaban, y habló el señor de México que se llamaba Cuauhtemoctzín, y dijo a los principales que con él estaban: "Hagamos experiencia a ver si podemos escapar de este peligro en que estamos: venga uno de los más valientes que hay entre nosotros, y vístase las armas y divisas que eran de mi padre *Avitzotzin*," y luego llamaron a un mancebo valiente que se llamaba *Tlapaltecatlopuchtzin* que era del barrio de

---

que se espantasen y huyesen todos sus enemigos. No les aprovechó nada todo esto, porque de ahí a tres días se rindieron. A propósito desto, porque Xiuhcóatl *que le usaba antiguamente por vía de portento, oí decir al P. Fr. Francisco Tembleque, que un día venía una tempestad muy recia, y él estaba en el coro de aquella casa, donde entonces moraba, y abrió una ventanilla para ver el nublado, y en abriéndola, dióle un rayo en el ojo izquierdo que se le quebró, y tuvo en él gran dolor muy muchos días, y le parecía que traía colgado el ojo fuera del casco, y cegó dél. Aquél rayo hizo otros daños en la iglesia, y en el retablo della y en la casa, y dijeron los indios que estaban en casa, que habían visto este* Xiuhcóatl *como una serpiente grande que salía de lo interior de la casa por la portería fuera, y todos los que vieron salir quedaron como tontos por algunos días, donde parece que este era artificio del diablo, y de nigrománticos que lo invocaban para hacer estas obras".*

Coatlán, donde es ahora la parroquia de Santa Catalina en el Tlatilulco, a aquel le habló el señor Quauhtemotzín y le dijo: "Véis aquí éstas armas que se llaman *Quetzalteculotl* que eran armas de mi padre *Avitzotzin,* vístetelas y pelea con ellas, y matarás algunos, vean éstas armas nuestros enemigos, podrá ser que se espanten en verlas;" y como se las vistieron pareció una cosa espantable, y mandaron a cuatro capitanes que fuesen delante de él, de cada parte dos de aquel que iba armado con las armas de *Avitzonzin,* en las cuales tenían gran agüero que saliendo luego los enemigos habían de huir. Diéronle también el arco y la saeta de *Vitzilopuchtli* que tenían también guardado por reliquias, y tenían fé en aquel arco y saeta que cuando saliese no podían ser vencidos, aquella saeta tenía un casquillo de pedernal. Estando estos cinco puestos a punto, un principal mexicano que se llamaba *Cioacoatltiacotzin* dió voces diciendo a los cinco que estaban a punto: ¡O mexicanos, o tlatilulcanos! el fundamento y fortaleza de los mexicanos en *Vitzilopuchtli* es puesta, el cual arrojaba entre los enemigos su saeta que se llamaba *Xiuhcoatl* y *Mamaloaztli,* la misma saeta lleváis ahora vosotros que es agüero de todos nosotros; mirad que la enderecéis contra vuestros enemigos para que haga tiro y no se pierda en valde, y si por ventura con ella matáredes o cautiváredes a alguno, tenemos certidumbre y pronóstico que no nos perderemos de esta vez, sino que quiere nuestro señor ayudarnos:" y dichas estas palabras, aquel que estaba armado con los otros cuatro comenzaron a ir contra los enemigos. Como los vieron los españoles así como los indios, cayóles grande espanto, no les pareció cosa humana, y aquel que iba armado con *Quetzalteculotl* subióse a una azotea, y los enemigos paráronse a mirarle qué cosa era aquella, y como conocieron que era hombre y no demonio acometiéronle peleando, y hiciéronle huir. El *Quezalteculotl* tornó tras ellos con los que con él iban, y hízolos huir, y subió otra vez en el tlalpanco donde los tlaxcaltecas tenían quetzales y cosas de oro robadas, y tomóselas, y volvió a saltar del tlalpanco aba-

jo, y no se hizo mal ninguno, ni le pudieron cautivar los enemigos, más antes los que iban con él cautivaron tres de los enemigos, y por entonces cesó la pelea: volviéronse todos a sus ranchos, y el día siguiente tampoco pelearon.

CAPITULO XXXIX

De como los del Tlatilulco cuando estaban cercados vieron venir fuego del cielo sobre sí (2c) de color de sangre.

El día siguiente cerca de media noche llovía menudo, y a deshora vieron los mexicanos un fuego así como torbellino que echaba de sí brasas grandes, y menores, y centellas muchas, remolineando y respendando y estallando: anduvo al rededor del cercado o corral de los mexicanos donde estaban todos cercados que se llamaba *Coionacazco,* y como hubo cercado el corral tiró derecho hacia el medio de la laguna, y allí desapareció, y los mexicanos no dieron grita como suelen hacer en tales visiones: todos callaron por miedo de los enemigos. Otro día después de esto no pelearon, todos estuvieron en sus ranchos, y D. Hernando Cortés subióse encima de una azotea de una casa del barrio de *Amaxac;* esta casa era de un principal tlatilulcano que se llamaba *Aztaoatzin.* Desde aquel tlapanco estaba mirando hacia el cercado de los enemigos: allí encima de aquel tlapanco le tenían hecho un pabellón colorado, desde donde estaba mirando, y muchos españoles estaban alrededor de él hablando los unos con los otros. (*q*) es muy verosimil que D. Hernando Cortés había enviado muchos mensageros al señor

---

(*q*).—*"Desque ellos entre sí hubieron platicado el modo de rendirse con menos daño de sus personas y haciendas, determinaron de ponerse en las manos del capitán D. Hernando Cortés, con que no les dejase en las manos de los tlaxcaltecas y los demás indios, ni permitiese que fuesen saqueados ni captivados*

de México Cuauhtemoctzín para que se rindiesen antes que los matasen a todos, pues ya no tenían ningún remedio, y en este punto en que estaba ahora el negocio de la guerra es cosa muy cierta que ya el señor de México había dado la palabra a los mensageros del capitán D. Hernando Cortés que se quería rendir, y a este propósito se puso en el pabellón en el tlapanco el capitán D. Hernando Cortés, esperando a que viniese a su presencia el señor de México Cuauhtemoctzín con todos los principales que con él estaban. Viniéronse a donde estaba el marqués en canoas, Cuauhemoctzín iba en una canoa y iban dos pages con él que llevaban sus armas, y uno solo iba remando en la canoa que se llamaba *Cenyautl,* y cuando llegaron a la presencia de D. Hernando Cortés comenzaron a decir toda la gente mexicana que estaba en el corral... ya va nuestro señor rey a ponerse en las manos de los dioses españoles.

AUTOR

De las cosas arriba dichas, parece claramente cuanto temporizó y disimuló el capitán D. Hernando Cortés con estos mexicanos por no los destruir del todo ni acabarlos de matar: por que según lo de arriba dicho, muchas veces pudieron acabarlos de destruir, y no lo hizo, esperando siempre a que se rindiesen, para que no fuesen destruidos del todo.

---

dellos, y para este efecto es de creer que enviaron personas principales de sí mismos, que llevaron la embajada al capitán D. Hernando Cortés, la cual oída por el, y comunicada con sus capitanes, todos ellos vinieron en concederlos lo que demandaban, y concertaron con ellos que trajesen a su señor Quauhtimotzin con cierto número de los más principales mexicanos y tlatilulcanos. Vueltos que fueron con esta respuesta, confirieron ante sí, y determinaron que otro día de mañana se irían a entregar como lo mandaba. También los españoles hicieron alto donde

CAPITULO XL.

De como los de Tlatilulco se dieron a los españoles con los mexicanos y su señor que con ellos estaba.

De que llegaron a tierra el señor de México Cuauhtemoctzín con los que con él iban, saltaron en tierra cerca de la casa donde estaba el capitán, y los españoles que estaban cerca del agua, tomaron por las manos a Cuauhtemoctzín amigablemente, y lleváronle adonde estaba el capitán D. Hernando Cortés encima de la azotea. Como llegó adonde estaba el capitán, luego el le abrazó, y le mostró muchas señales de amor al dicho Cuauhtemoctzín, y todos los españoles le estaban mirando con grande alegría, y luego soltaron todos los tiros por alegría de la conclusión de la guerra. Cuando esto aconteció salieron dos ca-

---

pudiesen ser vistos de los que habían de ir; y púsose el capitán en el barrio de Amaxac sobre el tlapanco o azotea de un principal que se llamaba Aztaoatzin, allí se sentó en una silla debajo de un dosel de carmesí, rodeado de los demás capitanes y principales españoles, y los mexicanos y tlatilulcanos con su señor Quauhtimotzin partieron de donde estaban alojados, y por el agua comenzaron a caminar hacia donde estaba el capitán con los demás españoles sobre la azotea esperándole. Los que estaban en el fuerte, de que le vieron salir (y sabían que se iba a dar a los españoles) comenzaron a llorar amargamente, doliéndose de que su señor los dejaba, y se pasaba a los españoles, y doliéndose del daño que luego se esperaba, ansí de sus vidas como de sus haciendas. Llegó Quauhtimotzin con los que con él iban, y entregáronse al capitán D. Hernando Cortés, y el los recibió con toda benignidad y muestra de urbanidad y graciosidad. Hecho esto, revolvióse gran alboroto entre los indios amigos de los españoles, y quisieran luego entrar a robar y matar en los mexicanos y tlatilulcanos dentro de su cercado, y los españoles comenzaron a defenderlos: allí hubo gran matan-

noas de México, y entraron en la casa de un principal, que se llamaba *Coiovcvctzin,* donde estaban indios tlaxcaltecas, y revolviéronse los unos con los otros, y murieron allí algunos, y los mexicanos huyeron, y escondiéronse: después de haber hecho esto luego mandó el capitán D. Hernando Cortés a pregonar que todos los que estaban en el corral saliesen libremente y se fuesen a sus casas, y como comenzaron a salir los mexicanos se llevaban sus armas, e iban agavillados, y donde quiera que topaban a algunos indios de los amigos de los españoles matábanlos, y de esto se enojaron mucho los españoles, y a vueltas de los que se iban algunos de los mismos vecinos del Tlatilulco dejaron sus casas, y se fueron pensando que aún los matarían, y así sin esperar en sus casas unos se fueron hacia Tlacupan, y otros ácia san Cristobal, y los que tenían casa en la agua, unos se salieron en canoas, y otros se fueron a pie por el agua y otros nadando, y llevaban sus haciendas y sus hijos acuestas, salían muchos de noche, y otros de día. Los españoles y sus

---

za y gran revuelta todo aquel día. El día siguiente, que fué el tercero, después que el señor de los mexicanos y taltilulcanos se entregó al capitán D. Hernando Cortés con los demás principales que con él iban, cesó la guerra entre los unos y entre los otros. Comenzó el capitán con sus españoles a defender a los mexicanos y tlatilulcanos, para que no fuesen robados, ni captivados de sus enemigos, conforme el pacto y concierto que habían hecho; pero al cuarto día tornaron a desasosegarse. Los tlaxcaltecas con los demás indios que les ayudaban, daban rebate en el fuerte de los mexicanos, y hubo muertes, y robos, y mucha confusión entre los unos y los otros, y los españoles con su capitán fueron a ponerlos en paz, y a defender a los mexicanos; y con todo esto robaron lo que pudieron, y mataron a muchos de los que estaban en el fuerte, y pasaron algunas cosas notables entre los mexicanos y tlaxcaltecas, que por no ser cosa de mucha esencia se deja de traducir en la lengua castellana".

amigos pusiéronse en todos los caminos, y robaron a los que pasaban, tomándolos el oro que llevaban, y escudriñándolos todos sus hatos, y todas sus vestiduras, y ninguna otra cosa tomaban sino el oro, y las mujeres mozas hermosas, y algunas de las mujeres por escaparse disfrazábanse poniendo lodo en la cara, y vistiéndose de andrajos: también tomaban mancebos y hombres recios para esclavos, pusiéronlos nombres de *tlamacazque,* y a muchos de ellos herraron en la cara. Rindiéndose los mexicanos, y despartiose la guerra en la cuenta de los años que se dice tres casas, y en la cuenta de los días en el signo que se llama *Cecoatl.* Al señor de México Quauhtemoctzín el mismo día que se rindió le llevaron al lugar que se llama *Acachinanco,* con todos los principales adonde estaba el aposento de D. Hernando Cortés, y luego otro día vinieron muchos españoles al Tlatilulco todos ordenados a punto de guerra, y todos se tapaban las narices por el hedor de los muertos que estaban por enterrar, y traían consigo al señor de México Quauhtemoctzín, y a otro principal que se llamaba *Coanacotzin,* y a otro que se llamaba *Tetlepanquetzatzin;* y los demás principales que guardaban el tesoro, (*r*) y fueron derechos al lugar donde estaba el corral, donde se habían hecho fuertes los mexicanos que se llamaba *Atactzinanco,* y entraron en la casa del *Tlacochcalcatl* que se llamaba *Coiovevetzin,* y luego subieron a la azo-

(*r*).—"...*Venían todos tres juntos, enmedio de los dos venía Quauhtimotzin, señor de México. Venían tras ellos acompañándolos los principales siguientes:* Cihuacóatl (*ministro del emperador*) Tlacotzi, Tlilancalqui, Petlauhzi, Vitznacoatl, Motelchiuhtzi, Mexicatl, Achauchtli, Tecutlamacazqui, Coatzitlatlatzin, Tlazoliatitl, *los cuales tenían en su poder todo el oro que se había juntado en el tiempo de la guerra. Todos fueron derechos al barrio de Atatzinco, donde ahora está edificada la iglesia de Santa Lucia, aquí en el Tlatilulco. Gran copia de españoles iban detrás destos principales guardándolos, ordenados de dos en dos...*"

la primera vez, vió todo lo que había, y todas las salas cerramos con adobes, no sabemos que se hizo el oro que había, tenemos que todo lo llevaron ellos, y no tenemos más de esto ahora: y el capitán respondió diciendo que es verdad que todo lo tomamos, pero todo nos le tomaron en aquel paso de acequia que se llama *Toltecaacaloco,* es menester que luego parezca: y luego respondió un principal mexicano que se llamaba *Cioacoatltlacutzin,* y dijo a Marina: dile al señor capitán que nosotros los mexicanos no pelamos por el agua con canoas, ni sabemos esta manera de pelea, que sólo los de Tlatilulco que peleaban por el agua, atajaron a nuestros señores los españoles, y creemos que solos ellos lo tomaron: y luego respondió Quautemoctzín, y dijo al principal Cioacoatl, ¿qué es lo que dices? aunque es así que los del Tlatilulco lo tomaron fueron presos y todo lo tornaron: en el lugar de *Texopan* se juntó todo, y esto que está aquí y no hay más. Dijo luego Marina: el nuestro capitán dice que no está aquí todo, y respondió el principal *Cioacoatl* ¿por ventura alguno *Maccoal* ha tomado alguno? buscarse ha, y traerse ha a la presencia del capitán. Otra vez

---

sucesión de hijos y nietos a un principal que se llamaba Auelitzotzi, de donde se sabe por cosa cierta que los señores o reyes que reinaban en esta tierra, no sucedían por generación, sino por elección, y la confirmación dellos la hacía Moctheuzoma como emperador, y como lo usaron sus antcesores. Lo segundo de que se trató, fue del de recoger de los tributos, que modo se tenía en el recoger dellos antiguamente. Aquí se trató de como los tres señores de México y Texcuco y Tlacupa se juntaban todos tres con toda su gente, para ir a conquistar alguna provincia (aunque los señores della en ninguna cosa hubiesen ofendido a estos tres señores ni a sus tierras) de donde claramente se colige que eran tiranos, como hubiesen vencido a los que iban a conquistar, repartían entre sí aquella provincia, y hacían otras diligencias para asegurar su dominio en aquella provincia, y mandábanlos acudir con los tributos a Mé-

dijo Marina: el señor capitán dice que busquéis 200 tejuelos de oro, tan grandes como así, y señalóles con las manos el grandor de una patena de cáliz. Otra vez habló el principal *Cioacoatl,* y dijo: por ventura algunas de las mujeres lo llevaron escondido debajo de las enaguas, buscarse ha, y traerse a la presencia del señor capitán. Luego allí habló otro principal que se llamaba *Mixcoatlaylotlacauclitoczin,* dile al señor capitán, que cuando vivía Moctecuzoma el estilo que se tenía en conquistar, era éste, que iban los mexicanos, y los Tezcucanos, y los de Tlacupan, y los de las Chinampas, todos juntos iban sobre el pueblo o provincia que querían conquistar, y después que lo habían conquistado, luego se volvían a sus casas, y a sus pueblos, y después venían los señores de los pueblos que habían sido conquistados, y traían su tributo de oro y de piedras preciosas, y de plumages ricos, y todo lo daban a Mocthecuzoma, y así todo el oro venía a su poder.

---

xico, y allí se repartían entre los tres señores, según lo traza que daba el señor de México. Esto se trata en este capítulo breve y confusamente; pero en los libros de la historia desta tierra en muchas partes, en especial en el libro sexto, de la manera que tenían en el conquistar, y el repartir, y en el poner de las leyes a los conquistados... Tratóse también en esta junta de que pareciese el oro, y joyas, y piedras que se perdieron en aquella acequia que se llama Toltecaacaloco, donde murieron más de trescientos españoles y muy muchos indios tlaxcaltecas y se perdió todo el fardaje y riquezas de los españoles. Desto se hizo diligente inquisición, y pareció el oro que se había allegado en la conquista de México; pero no pareció el tesoro quellos robaron cuando los españoles salieron huyendo de México. Aquí se ponen las respuestas que en esta inquisición los mexicanos y tlatilulcanos hicieron, echando este robo los unos a los otros y los otros a los otros; y finalmente, después de hechas muchas diligencias y habiendo dado tormento a muchos indios y principales sobre este caso, no se sabe en qué paró el negocio. Cer-

ca del señorío que entonces se dió a aquel indio D. Juan Auelitoctzin, yo le conocí hartos años que tenía el señorío, y de la parte de México conocí a otros que tuvieron el señorío, y después acá (como la Audiencia está siempre presente en esta ciudad) ordenóse y mejor, que no hubiese señor ni por elección, ni por sucesión, sino que hubiese gobernadores puestos por la misma Audiencia, uno que gobernase en México y otro en el Tlatilulco, como ahora se hace, y el imperio desta tierra es de S. M. del rey D. Felipe nuestro señor, al cual nuestro Señor Dios dé vida y posperidad por muchos años en esta vida, y en la otra eterna, Amén".

NOTAS DE D. CARLOS MARIA BUSTAMANTE.

Para mejor inteligencia de algunos lugares oscuros de esta obra

(1).—*Cetro o sea báculo de obispo.* Muchas veces me aseguró el sabio P. D. Servando de Mier que además de este obsequio envió el emperador de México a Hernan Cortés una capa de obispo griego toda sembrada de cruces, y que era tradición constante que había sido del apóstol Santo Tomás venido a estas regiones a predicar el evangelio, a quien llamaban *Quetzalcóatl,* y también había ofrecido a los indios que algún día regresaría a este suelo; parece les dió a entender que tornaría al mismo a radicar la religión que él les anunciaba; pero Mocthecuzoma esperaba al mismo apóstol, y según su cálculo ya era llegada la época de su vuelta.

Por semejante equivocación la Providencia dispuso que no pusiese obstáculo a la entrada de los españoles, habiéndole sido muy fácil cosa impedirles su internación con sólo mandar que se les negasen todos los víveres que necesitaban. Esta órden habría sido luego obedecida; tanto más que había fuertes guarniciones en la costa de Veracruz como en *Cuetaxtla* (hoy Cotaxta), *Zempoalan, Nautlan* y otros puntos; pero el cielo quería castigar la idolatría de esta nación, por lo que ordenó que los medios de que se valía el emperador para alejar a los españoles sirviesen para atraerlos más ahincadamente a México. Cada obsequio que recibían ponía una nueva espuela a sus deseos para venir a ocupar una región de oro por que tanto

había ansiado el mismo Colón, y héchole emprender su descubrimiento.

No me parece inoportuno referir aquí que los indios de la edad presente tenían igualmente formados sus cálculos sobre el tiempo que debería durar su servidumbre al gobierno español. En mi historia intitulada *Tezcoco en los últimos tiempos de sus antiguos reyes,* que publiqué en México el año de 1826, inserté un canto que en compañía de varios indios endechaba D. Juan de Aguilar, indio gobernador de *Cuatepec* en la provincia de Tezcoco cerca del pueblo de *Cuauhtlinchan,* sacado de un libro que copié de la secretaría del virreinato en que se veían reunidas varias piezas históricas antiguas de órden del rey de España: en dicho romance se predecía que terminaría la dominación castellana.

En la historia de la conquista de Chimalpain que igualmente publiqué en el mismo año, y en la que inserté el cómputo según el calendario *Tolteco* que formó Boturini, observé que este al llegar al año de 1821 en que se hizo la independencia mexicana por el general Iturbide, puso al márgen de su letra *Cristus* abreviado; nota que en dicho libro ví existente en la secretaría. Estas circunstancias no pueden menos de llamar la atención, principalmente si se reflexiona que Boturini fue enviado a España bajo partida de registro por decreto del virrey conde Fuenclara dado en 7 de octubre de 1743, según consta en la causa que le mandó formar a este sábio viagero a fojas 82. Algo más: más de 40 años antes de que se oyese la primera voz de independencia en el pueblo de Dolores ocurrió en México la anécdota que paso a referir.

Los licenciados D. Felipe de *Luna* y D. Nicolás *Quero* habiendo salido una tarde a pasear, y tomando por el barrio de la Candelaria de los patos al sur de México, se vieron repentinamente atacados por un fuerte chubasco de lluvia y viento: mientras pasaba se entraron en el jacal de un indio que estaba inmediato, donde encontraron a este tendido en el suelo sobre de un petate en el que tenía un gran mapa de pintura antigua

mexicana y puestos unos anteojos lo reconocía con tan prolija atención que no había sentido la llegada de aquelías personas al levantar la cabeza los vió y notó que lo habían estado observando; entonces todo sobrecogido recogió el mapa, lo dobló y guardó: preguntándole que era lo que leía, y alentándolo con dulzura a que se los dijese, respondió al fin...

"Estaba yo mirando que según la cuenta que yo sacaba de esta pintura, ya se acerca el tiempo de que este reino vuelva a los descendientes de sus antiguos señores". Penetrados de este concepto dichos abogados, y deseosos de imponerse radicalmente de aquel anuncio, volvieron a la tarde siguiente al mismo lugar, y ya no hallaron al indio viejo ni quien les diese razón del lugar donde se habían mudado. Existe de oidor en la audiencia de Tlalpan el Doctor D. Agustín Pomposo y Fernández que oyó esta relación de la misma boca de los abogados *Luna* y *Quero*. Sin necesidad de cálculos ni profecías, muy bien podía predecirse la ruina del imperio español en América; ya sea porque era tiránico y de consiguiente poco durable; ya porque los mexicanos habían conocido el secreto de sus fuerzas para convertirlos contra sus opresores; ya porque las luces del siglo habían penetrado hasta las más humildes chozas, o ya en fin porque habiendo crecido y llegado a la pubertad la hijastra de España, esta necesitaba tomar estado emancipándose para hacer una familia aparte, y conducirse por sí sola.

(2).—Las piezas que compusieron este primer obsequio se hallan inventariadas circunstanciadamente en el cap. 27 tomo 1° de la historia de Chimalpain.

(3).—Parece que era una especie de amacas en que se embarcaban las personas principales que corrían la posta, suplían por literas, y eran trasportadas en hombros de indios que hacían las veces de bestias de tiro.

(4).—En la historia antigua de México estampada, que poseía el brigadier D. Diego García Panes de la que parte se halla en el museo de la universidad de México, y de la que un tomo desapareció del archivo del congreso general a quien se

regaló por mano del ministro de hacienda Esteva; he visto pintado este pasage, la reseña militar que hizo Cortés de sus tropas para que se sorprendiesen los enviados del emperador mexicano, y también a estos en actitud de copiar aquellos estraños objetos. También se han desaparecido algunas mantas muy anchas en que se veían estampados muchos pasages de la historia antigua: algunos solamente están delineados y les falta el colorido. Cuando el señor Panes trató de que se grabasen por la Academia de la Historia de Madrid, le pidieron *setenta y cinco mil pesos fuertes* según me aseguró su paisano, D. José Mariano Almanza; con los cinco mil se habría hecho la operación si entonces se hubiera conocido el arte de la *litografía* nuevamente descubierto, por medio del cual han gravado los ingleses a poca costa varios mapas y relaciones, como la peregrinación de los indios mexicanos hasta llegar a situarse en el cerro de *Chapoltepec,* el plano antiguo de México, y parte de los del Palenque que remitió al general D. Juan Pablo Anaya de Chiapas al presidente Victoria, el cual los remitió qué sé yo por qué conducto a Lóndres de donde han venido incompletos. Primero los han visto los mexicanos venidos de Ultramar que en el museo nacional como debiera ser; hasta en esto hemos sido desgraciados.

(5).—Mandar atar a unos mensageros que traían a los españoles lo que más amaban y ansiaban que es el oro, es la cosa más incivil y bárbara que pudiera hacer un hombre que de tal solo tuviera la apariencia; ningún escritor lo ha dicho hasta ahora ¿Y qué diremos de mandar disparar en esta sazón la artillería que jamás habían oído aquellos indios, y sobre todo ¿qué juzgaremos de la acción de mandarles dar espadas y rodelas para que peleasen cuando venían de paz y no podían aceptar semejante desafío? más prudencia y política mostraron los indios en rehusarlo, pues conocían el carácter de que venían investidos.

(6).—Recomiendo a mis lectores *las reflexiones importantes* que hice al cap. 57 tomo 1° de Chimalpain, donde me encar-

go de cuantas observaciones pudieran hacerse en *pro* y en *contra* de este atentado, el cual según Fray Bartolomé de las Casas lo ejecutaron los españoles *por pasatiempo y sin causa,* sobre el cual después de tomado México algunos de los primeros frailes franciscanos fueron a Cholula a recibir una información de este hecho, y que resultó averiguado tal cual lo escribí. Es de presumir que uno de los pesquisidores de él fuese el P. Sahagún, pues de otro modo no pudiera referirlo con el tono de seguridad que lo hace, y con el que desmiente cuanto se ha escrito para sincerar la conducta de Cortés. Este atentado semeja mucho al que después cometió Alvarado en México matando indefensa a la nobleza mexicana, atacándola sobre seguro, y acaso fue el tipo de Alvarado, y por el que se creyó autorizado para cometerlo.

(7).—Esta descripción con que venían los lebreles está propísima: ¿Quién no vé por ella que los españoles venían como en montería?

(8).—Parece que no merecía semejante despedida un hombre que no se presentaba con las manos vacías, pues trajo a Cortés diez platos de oro que figuraban unas jícaras pulidamente labradas, y mil quinientas mantas de algodón labradas de muchos colores de pelo de conejo, y gran cantidad de aves y víveres para los españoles.

(9).—He aquí comprobado lo que dije en el prólogo de esta obra, que el P. Sahagún tuvo que *rebajarla.* Luego Mocthecuzoma supo lo ocurrido en Cholula se retiró al palacio de *Titlancalmecatl* o del duelo a aplacar a sus númenes.

(10).—Este razonamiento elocuentísimo en mexicano confirma el errado concepto en que estaba Mocthecuzoma de que había llegado *Quetzalcóatl* a quien debía entregar el imperio según sus cálculos, y lo confirma el haber abandonado su palacio para cederlo a los españoles y que lo habitasen.

(11).—No están en esta circunstancia acordes los historiadores, pues dicen que Mocthecuzoma se apartó pasándose a recibir a Cortés a la casa de alojamiento que le tenía preparado.

(12).—Por *luego* pueden entenderse pasados seis días de haber llegado a México como refiere Chimalpain cap. 107 tomo 1°. No cabe duda en que Cortés había concebido el atrevido proyecto de arrestar al Emperador desde que desembarcó de Veracruz, y así lo escribió a Cárlos V.; pero le faltaba un motivo que cohonestase un hecho tan infame, y lo halló en la noticia que le daban los españoles de la costa, de haber muerto en un reencuentro con los mexicanos a Juan de Escalante. En dichos seis primeros días. Cortés anduvo observando la situación de la ciudad y las medidas de defensa que debía tomar para un caso desgraciado.

(13).—Tampoco en esto está acorde esta relación con la de Chimalpain, pues dice que pasados algunos días después que Mocthecuzoma dió la obediencia al emperador Cárlos V. pidió Cortés que le diese algunas joyas y oro para mandarle: que accediendo a este pedimento, mandó Mocthecuzoma que fuesen algunos españoles con unos criados suyos a la casa de las aves donde tenía el tesoro, y espantados de tanta riqueza no quisieron o no osaron los españoles tocarla sin que primero lo viese Cortés, y así lo llamaron y fue, y con consentimiento del rey tomólo, y llevólo todo a su aposento. Cap. 116 pág. 261 tomo 1°.

(14).—Esta horrible circunstancia no la refiere ningún historiador; están de acuerdo todos en que Cortés puso grillos al emperador de México durante la ejecución de *Quauhpopoca*, y concluido el acto se los quitó. Si tal sucedió en esta sazón no fue de órden de Cortés, pues no se hallaba en México sino en la espedición sobre Pánfilo de Narváez. Alvarado pudo repetir la escena de Cortés, pues era un bárbaro desapiadado, y no respetaba los principios de la moral y decencia pública.

(15).—El P. Clavijero indica que en esta ocasión se suscitaron partidos entre los mexicanos, pues algunos por amor a Mocthecuzoma procuraban meter víveres para que no muriesen de hambre, y esto ofendía a los sitiadores pues no acababan de conseguir que se les rindiesen: esto motivó el que suscitasen dos partidos y pereciesen muchos de entrambas partes. Es muy

probable que los españoles los fomentasen como hicieron en Zempoala, logrando introducirse a favor de esta división... *Divide, y mandarás;* quiera Dios que no perdamos de vista esta máxima, y tan fatal ejemplo, por el que ésta América perdió su libertad.

(16).—Hasta aquí se había creído que Mocthecuzoma había sido enterrado en *Chapoltepec.* Según Clavijero comenzaron los ataques del cuartel el día 25 de junio de 1520. En este día perecieron ocho españoles, todos los demás que salieron fueron heridos incluso Cortés. El día 26 fué más terrible el combate, y en él fueron heridos más de 50 castellanos. En el asalto del templo murieron combatiendo de estos 64, y tuvieron muchos heridos. La muerte del emperador mexicano fue el 30 de junio. El padre Clavijero afirma que el P. Sahagún dice que los españoles lo mataron, ya hemos presentado el texto de este autor en que solo lo *da a entender,* acaso lo diría más espresamente en su *primera* obra; más parece que no estaba ni en la conciencia ni en la política de los españoles matar a un príncipe de quien podían prometerse mucho; pero la natural soberbia de estos se había aumentado estraordinariamente con una serie no interrumpida de triunfos, y sobre todo con el aumento de fuerzas que traían de Narváez. Cortés no quiso ver a Mocthecuzoma cuando llegó a México, y entiendo fue porque venía informado de que había estado en correspondencia con su enemigo Pánfilo de Narváez prometiéndose sacar partido de él.

Siguiendo el hilo de la historia en la derrota de los españoles a su salida de México, no vemos más sino que los indios les hostilizaban en su alcance. El país estaba todo en armas, y yo creo que no eran más que masas y pelotones que se presentaban a retaguardia para hostilizarlos; por lo mismo presumo que el numerosísimo ejército de doscientos mil combatientes que Solís y otros suponen que se presentaron en Otumba, fueron como las manadas de carneros que vió D. Quijote desde una altura, y que tanta risa ha causado a los que en este pasage ven el último esfuerzo de una imaginación exaltada,

y sin duda la de los españoles lo estaba mucho por lo ocurrido en los días anteriores. A mi juicio no pasó de una gruesa división la que allí opusieron los mexicanos, aunque para vencerla necesitaba Cortés hacer el último esfuerzo de la desesperación y del valor, sin que se entienda que se hallaba en tan deplorable estado como ellos mismos se han pintado; pues los Otomíes, enemigos de los mexicanos, le habían acudido con víveres. Sea de esto lo que se quiera, lo que conviene saber, es, que el general que dió esta acción se llamaba *Cihuacatzin*: que el estandarte que le sobresalía por los hombros que en mexicano se llamaba *Hahuixmatlaxopilli* era una red de oro puesta en la punta de una lanza que se alzaba cerca de diez palmos sobre su cabeza: que Cortés le tiró de las andas en que estaba sentado de un bote de lanza al suelo, y Juan de Salamanca que le acompañaba con los de su escolta, quitó la vida al general mexicano, le arrancó el penacho de la cabeza, lo presentó a Cortés, y este después lo regaló a los magistrados de Tlaxcala cuando llegó a aquella ciudad de retirada. Si la batalla de Otumba hubiera sido tan famosa como nos lá han pintado, seguramente el P. Sahagún a pesar de su laconismo se habría detenido un tanto en referirla; habla de ella como de una escaramuza tenida en retirada y como de paso.

(17).—La peste de viruelas la comunicó un negro grumete de la expedición de Narváez llamado *Francisco Eguia.* De estos obsequios nos vienen en abundancia de Europa; el año pasado llegó a Yucatán la peste llamada *Pitiflor* que en realidad es la cólera *mórbus* de Levante modificada por la suavidad del clima, lo que prueba la vigilancia que debe tener el gobierno por medio de las juntas de sanidad.

(18).—La espedición de Cortés salió de Tlaxcala el 28 de diciembre de 1520, y marchó para *Tesmelucan.* El 30 se alojó en Coatepec. El día 31 al llegar Cortés a Tezcoco vió venir cuatro personas que traían en una barretilla de oro que pesaba 32 onzas una bandera en señal de paz: eran enviados del rey *Coanacotzin* que le ofrecía su córte. Cortés reprendió a

sus mensageros la muerte de 35 españoles, cinco caballos, y 300 tlaxcaltecas que habían destruido que venían cargados de oro y armas para los españoles que estaban en México. En 31 de diciembre entró Cortés en Tezcoco, los indios evacuaron la ciudad, y *Coanocatzin* se escapó para México temeroso de caer en sus manos; no se engañó, pues Cortés lo ahorcó en 1525 juntamente con Quauhtimotzin cuando hizo la espedición de las Hibueras. La conducta de aquel monarca que justamente desconfiaba de Cortés, incomodó a este bastante, por lo que resolvió desposeerlo del trono; hizo llamar a su hermano *Ixtlilxochitl* que estaba en Tlaxcala, y que se le coronase rey para tenerlo a su voluntad, y que fuese uno de los más poderosos cooperadores de la conquista de México que meditaba, y para lo que era indispensable Tezcoco, pues servía de apoyo a sus fuerzas, de asilo a una retirada, y formaba una cadena de puestos militares desde México a Tlaxcala. Cortés hizo bautizar a Ixtlilxochitl, y como le sirvió de padrino para esta ceremonia augusta, le mandó también tomar el nombre de Fernando.

(19).—Traídos los bergantines en hombros de indios y en piezas de Tlaxcala, se comenzaron a armar y carenar sirviendo de grasa en esta operación para mezclarla con la brea, el unto o sain de los indios muertos a falta de aceite o manteca de puerco: para esta obra precisa abrieron una zanja profunda. El lugar donde se hizo esta carena existe hoy y yo lo he visto tiene un maciso de cal y canto como muelle dominante a la laguna, la cual hoy dista de aquel punto más de una legua pues el agua ha minorádose, y además la superficie de terreno levantádo sobre su antiguo nivel, en términos de que queriendo el actual gobernador del estado de México D. Lorenzo Zavala abrir un canal para facilitar el comercio de Tezcoco por agua, se ha gastado inútilmente la cantidad de ocho mil pesos y al paso que caminamos la laguna quedará de todo punto seca. No será inoportuno decir aquí que a poca distancia del embarcadero dicho, o muelle de los españoles, y en términos de la hacienda de Chapingo que es hoy del ex-marqués de Vivanco, ha-

hizo ahorcar, y la motivó al verlo decidido a acometer la empresa de México que se tenía por temeraria. No le causó menor desabrimiento el saber que el general *Xicotencatl* de Tlaxcala, herido en una disputa por un español, se había retirado a su pátria abandonando la hueste auxiliar que conducía de ella para Tezcoco: Cortés logró prenderlo y lo ahorcó en esta ciudad; tal fue el término de este ilustre guerrero que siempre detestó a los españoles, y habría acabado con ellos si el amigo de estos Maxiscatzin no se hubiera opuesto a que les diera segundo ataque. Cortés llevó a cabo su venganza, pues le confiscó sus bienes, entre los que había gran cantidad de oro que tanto apetecía; bastaba tenerlo para ser reputado criminal.

(20).—Este acontecimiento parecerá a muchos fabuloso, pero se acaba de repetir el día 8 de mayo del presente año de 1829; oigamos la relación que de él se hace en el periódico *Astro Moreliano* de Valladolid de 14 del mismo mes, artículo *Noticias del estado* donde se lee lo siguiente. "Maravatio mayo 11. El día 8 del presente, poco antes de las nueve de la noche pasó de este pueblo de norte a sur, una hermosa exhalación que opacó la luz de la luna que estaba a cielo raso, causando una grande sorpresa a cuantos la vieron. Después de unos ocho o diez minutos que terminó dividiéndose en tres fracciones, se oyó un sonoro estallido a manera del de un cañón de muy grueso calibre, quedando un imponente retumbido que duraría siete minutos, el que hizo salir de sus casas a porción de gentes que asustadas pedían misericordia. Hemos sabido que en Irimbo y Tuxpan causó los mismos efectos..." ¿Qué mucho que este metéoro acabara de decidir a los mexicanos a entregarse, mirándose ya de todo punto destruídos y que los acabase de acobardar? Hoy por hoy (27 de mayo de 1829) el pueblo de México se halla amedrentado con los varios empujones que ha sufrido esta capital, efecto de las agitaciones interiores del volcán de *Popocatepetl,* y presume que tiene sobre sí la cólera del cielo, teniendo la vista sobre los acontecimientos de la Acordada del mes de diciembre próximo pasado, y en que se ejecutaron

que llamaban *Chalchivitl* o sea esmeralda ordinaria. El profesor de platería D. José Luis Alconedo notó que en la lengua de dicha culebra había un pequeño ahugero; introdújole un alambre, y ¡cuánta fué su admiración viendo que entraba más y más hasta salir por la punta de la cola! cómo puede hacerse un taladro semejante y sin instrumentos a propósito, fue cosa que llenó de admiración a este artífice no menos que al virey, el cual mandó luego aquella curiosidad a la córte de Madrid. México está lleno de preciosos monumentos que irán apareciendo cuando el gobierno los pague y sepa descifrarlos, entonces los solicitará con encarecimiento, y le darán muchas luces para esta operación los escritos del Padre Sahagún que hoy están en la prensa.

Tal suerte cupo o mexicanos a esta desgraciada nación por su idolatría, abominaciones y crueldades; siguióse la dominación férrea de los españoles, las epidemias y hambres que casi han hecho desaparecer aquella ilustre nación, y que hoy pase por paradógica la historia de su grandeza. Igual desgracia nos cabrá ¡oh compatriotas! si no sabemos hacer buen uso de la libertad que hemos recobrado, si nos desmoralizamos, si abrigamos en nuestro seno las facciones y partidos *de cualquier naturaleza y con cualquier denominación que se nos presenten*: si confundimos las ideas de *libertad* con las de *libertinage,* las de liberalidad y despreocupación con las de *impiedad,* las de regularidad con las de fanatismo... Muchas veces os he presentado a la vista los horrores de semejantes estravios; pero considerando que mis eshortaciones han sido infructuosas, hoy os desarrollo el verdadero cuadro, y os presento el espejo en que os debeis mirar. Si por vuestros escesos sois un día reconquistados por los españoles, esperad sufrir de ellos lo que sufrieron nuestros antepasados... ¡Ah! antes que tal suceda las salobres aguas de nuestras lagunas se sorban esta capital, torrentes de lava de Popocatepetl derritan sus eternas nieves, e inunden el hermoso valle de la linda Tenoxtitlan. Sí, mexicanos, preferible es la muerte a la esclavitud, y esclavitud española.

LIBRO DOCE

Nueva versión del texto náhuatl

CAPITULO I.

En el primer capítulo se dice como aparecieron presagios y augurios funestos que se vieron, todavía antes de que los españoles llegaran a estas tierras y hubieran sido conocidos por los habitantes de ellas.

Diez años antes de que los españoles llegaran por primera vez, se mostró en el cielo una serie de funestos augurios, como un mechón de fuego, como una llama de fuego, como una aurora, que estaba extendida cuando fué visible, como enclavada en el cielo.

Estaba en su base ancha, arriba aguda. Hasta el centro del cielo (en el zenit), hasta el corazón (a lo más interior) del cielo subió, hasta el corazón del cielo subió.

(La llama) se veía allá en el oriente y alcanzaba su máximum a media noche; cuando venía la aurora matutina, hasta entonces el sol la desalojaba.

Después de haber llegado se levantaba durante un año entero, (en el año "doce casas"-A.D. 1517-comenzó) (1) y cuando

---

(1).—Es decir dos años antes de la llegada de los españoles (uno caña = A. D. 1517). La indicación de arriba, en el sentido de que esta aparición de luz se hubiera visto diez años antes de la llegada de los españoles, por lo tanto, no concuerda con la fecha señalada aquí.

se mostró, provocó un gran estrépito. Se pegaron sobre la boca, se tenía gran miedo; abandonaron su ocupación habitual, se desesperaron.

El segundo augurio funesto fue aquí en México. Se quemó por sí mismo, se incendió sin que alguien lo hubiera encendido, encendiéndose por sí mismo, el templo del diablo Vitzilopochtli, el famoso lugar del nombre llamado Tlacateccan.

Parecía como si las columnas ardieran, como si del interior de las columnas saliera la llama del fuego, la lengua del fuego, el fuego rojo: muy rápido se quemaron las jambas de madera. Entonces surgió un gran estrépito y ellos dijeron: "Mexicanos, acudíd rápidamente con vuestros cántaros para apagar el fuego".

Y cuando echaron agua encima para apagarlo, tanto más el fuego echó llamas; no podía ser apagado, ardía más.

Tercer augurio funesto: Entre rayos y truenos se incendió un templo, una choza llamada Tzomolco, el templo de Xiuhtecutli, el dios del fuego. No llovía fuertemente, solo lloviznaba, y ellos vieron en esto un augurio funesto; díjose que se trataba solo de un rayo de verano; tampoco se oía un trueno.

Cuarto augurio funesto: Cuando el sol todavía estaba presente, bajó un meteoro (un cometa). Triple era: vino de la región del poniente del sol y se fué a la región del oriente, como una lluvia fina de chispas; a lo lejos se ensancharon sus colas, a lo lejos se extendieron sus colas, y al notarse esto, se levantó un gran estrépito que se extendió como un alboroto general de sonajas.

Quinto augurio funesto: El agua hirvió sin viento que la hiciera hervir, como agua hervida, como agua hervida con ruido del estallar. A lo lejos se extendió y mucho; subió en lo alto y las olas llegaron a los basamentos de las casas y los desbordaron, y las casas fueron atacadas por las aguas y se derrumbaron. Esto es nuestro lago de México.

Sexto augurio funesto: Frecuentemente se oía una mujer que lloraba, gritaba durante la noche, gritaba mucho y decía:

¡"Mis queridos hijos, nos partimos (nos arruinamos)! A veces les decía: "Hijitos míos, ¿a dónde os llevaré?"

Séptimo augurio funesto: Un día cazaron o metieron redes para aves la gente que vive cerca del agua, y cogieron un pájaro de color gris, ceniciento, como una grulla; entonces vinieron a mostrarlo a Motecuhzoma en la casa del color negro, el tlillancalmécac (la casa de los sacerdotes).

El sol ya estaba poniéndose, pero siempre había claridad; una suerte de espejo se encontraba encima (de la cabeza del pájaro), (1) como un disco redondo con un gran agujero en el centro.

Allí aparecía el cielo, los astros, la constelación del taladrador del fuego. Y cuando miró otra vez a la cabeza del pájaro un poco más allá, vió llegar algo como gentes (o cañas) enhiestas, como conquistadores armados para la guerra (y) llevados por ciervos (caballos). Y entonces el rey convocó a los intérpretes y a los sabios (adivinos) y les dijo: ¿No sabéis lo que he visto, como gente (o cañas) que llega rectamente? Y ya querían contestarle lo que vieron, cuando desapareció (el pájaro); no vieron nada más.

Octavo augurio funesto: Se mostraron delante la gente con frecuencia hombres monstruosos que tenían dos cabezas, pero un solo cuerpo. Los llevaron a la casa del color negro, al tlillancalmécac (a la casa de los sacerdotes); allá los vió el rey, y después de haberlos visto desaparecieron.

---

(1).—En consecuencia un verdadero tlachicloni (el instrumento para ver) como lo usaban Tezcatlipoca y el dios del fuego.

CAPITULO II.

En el segundo capítulo se habla de como llegaron aquellos que llegaron en barco por primera vez, como se dice, en solo un barco (venían).

Y una vez que se supo que habían llegado gentes a las orillas del mar, (y) que andaban en barcos, entonces dirigiéronse allí en persona el administrador principal de Cuetlaxtlan, Pinotl; el administrador de Mictlanquauhtla, Yaotzin; en tercer lugar el administrador de Teocinyocan llamado Teocinyocatl; en cuarto lugar Cuitlalpitoc, un cacique que pertenecía al séquito de los otros, y en quinto lugar Tentlil, también cacique.

Estos iban a verlos bajo el pretexto de venderles alguna cosa; con esto iban a mirarlos secretamente, a explorarlos. Iban a regalarles mantas costosas con dobladillos preciosos, mantas que solo Motecuhzoma, debía ponerse, que ninguna otra persona se pone, que representan su propiedad exclusiva, su prerrogativa.

Iban en una canoa para verlos. Haciendo esto, dijo Pinotzin (el gobernador de Cuetlaxtlan): Que no engañemos al soberano Motecuhzoma, porque no tendríais más la posibilidad de vivir, vámonos, para que no muramos, para que él obtenga noticias ciertas. (Motecuhzoma es su nombre de príncipe y Tlacatecutli su título de rey).

Entonces ya se metieron en el agua; se embarcaron en las lanchas; bajaron el río; la tripulación remó. Y cuando llegagaron con los españoles comieron tierra delante de ellos en la proa de la canoa; pensaron que era Quetzalcoatl, nuestro señor que había llegado.

Los españoles les llamaron a ellos y les preguntaron: ¿Quienes sois? ¿De dónde habéis venido? ¿De dónde provenís?

Entonces ellos respondieron: Venimos de México.

(Los españoles) contestaron: ¿Si es verdad (que) sois mexicanos, cómo se llama el rey de México?

Ellos respondieron: ¡Oh, señores nuestros! Su nombre es Motecuhzoma.

Y entonces les dieron todas las diferentes mantas costosas que habían traído, por ejemplo aquellas que aquí se citan:

Aquella con el sol; aquella, de color azul, atada; aquella, con el vaso de vino; aquella, bordada de plumones de águila; aquella, con la máscara de serpiente; aquella, con las joyas del viento; aquella, con la sangre de pavo; o aquella, con el torbellino del agua; aquella, con el espejo humeante.

Después de haberles regalado todo esto recibieron regalos en cambio. Se les dieron piedras verdes y amarillas, que casi imitan (cuentas de vidrio). Y recibidas, vistas, se asombraron mucho.

Y (los españoles) les mandaron, les dijeron: ¡Idos! Nosotros ya nos vamos otra vez para España; no tardaremos en regresar; vendremos a México.

Entonces se fueron (los españoles) y entonces vinieron también, regresaron (los mexicanos). Y cuando habían llegado a la tierra firme se fueron directamente a México.

Día tras día, noche tras noche viajaban para informar a Motecuhzoma y ser los primeros en decirle la verdad, y hacer de su conocimiento los bienes que habían recibido y trajeron consigo. Y entonces le hablaron:

¡Oh señor nuestro, oh príncipe mátanos! Hemos visto lo siguiente, hemos hecho lo siguiente: Allá donde los hermanos de tu abuelo están como guardas enfrente del mar hemos visto a nuestros amos, los dioses, en el agua. Todas tus mantas se las hemos dado y he aquí esto de sus bienes que nos dieron diciendo: "Una vez llegados en realidad a México, he aquí lo que debéis dar al rey Motecuhzoma, para que con esto nos reconozca".

Todo esto le dijeron, como les había sido dicho allá sobre el agua. Y Motecuhzoma les contestó: "¡Habéis sufrido fatiga, estáis cansados, descansad! Lo he considerado como un secreto; que nadie diga algo acerca de esto; que nadie lo publi-

que; que nadie lo dé a conocer; que nadie lo divulgue. Vosotros debéis guardarlo como un secreto".

CAPITULO III.

EN ESTE TERCER CAPÍTULO SE HABLA DE LO QUE MOTECUHZOMA ORDENÓ DESPUÉS DE HABER ESCUCHADO EL RELATO DE AQUELLOS QUE HABÍAN VISTO LOS BARCOS LLEGADOS COMO PRIMEROS.

Entonces Motecuhzoma mandó al gobernador de Cotaxtla (Pinotl) y a los demás, les dijo: "Ordenad que se pongan centinelas por todas partes en las costas del mar (en los lugares) que se llaman: Nautla, Tuxtla, Mictlanquauhtla, la región donde (los españoles) llegarán". (1)

Entonces los gobernadores se fueron (y) ordenaron que se pusieran centinelas.

Y Motecuhzoma convocó a sus principales: a Cioacoatl Tlilpotonqui, a Tlacochcalcatl Quappiaztzin, a Tizociauacatl Quetzalaztatzin, a Uitznauatlailotlac, Ecatenpatiltzin, (y) les dijo el cuento y les mostró las piedras, que ellos le habían traído, diciéndoles.

"Nos encontramos muy asombrados. Las turquesas azules que se guarden muy bien, que los guardianes las conserven bien, si dejan salir una, entonces nos pertenecerán sus casas, sus hijos y hasta los que están por nacer".

Y en el otro año, cuando el año trece conejos ya se tocaba

---

(1).—Para toda la región de la costa, inclusos el Río de Banderas (=Río de Cotaxtla) y S. Juan de Ulúa, se da el nombre de Chalchicuecan = Chalchícueyécan.

(con el siguiente) y cerca del fin del año trece conejos, vinieron, fueron vistos otra vez. (1)

E inmediatamente uno se apresura a informar a Motecuhzoma.

Cuando él lo oía, en seguida despachó mensajeros pensando en cierto modo lo siguiente: Es nuestro señor Quetzalcoatl, que ha venido, porque así ha sido su voluntad, que regresase, que viniera, que tomase de nuevo su trono, como allí (al Oriente) se había ido cuando salió.

Y él despachó cinco hombres que debían recibirle, llevarle regalos de bienvenida.

El jefe de la embajada tenía el título teoua (sacerdote) (2) llamado Yoalliichan con su nombre de príncipe. El segundo era el (señor) de Tepoztlan; el tercero, el de Tizatlan; el cuarto, el de Ueuetlan; el quinto, el de Ueicamecatlan.

CAPITULO IV.

En este cuarto capítulo se habla de lo que ordenó Motecuhzoma cuando recibió noticia de como los españoles habían regresado, cuando vinieron por segunda vez (es decir, D. Hernando Cortés).

El les dijo: Venid, caballeros tigres, venid: dícese, que ya ha venido nuestros señor; recibidle, escuchad bien, prestad atención a lo que diga; bien escuchado debéis de traérmelo.

---

(1).—*A.D.* 1518/1519 *es decir del* 19 *al* 21 *de junio de* 1518, *Juan de Grijalva había desembarcado en la costa de Veracruz, y el Jueves Santo del año de* 1519 *Cortés llegó a S. Juan de Ulúa.*

(2).—*Se refiere al Teoua tecuhtli, es decir al príncipe-sacerdote.*

He aquí el traje de Quetzalcoatl, nuestro señor, con el cual debéis acercaros a él (1); la máscara de serpiente, hecha de turquesas; el penacho verde de quetzal; el gran disco verde de piedras preciosas con un disco grande de oro en el centro y un escudo con bandas de oro y conchas, con plumas extendidas de quetzal en la orilla y con una bandera de quetzal y un espejo cruzado con plumas de quetzal. Dicho espejo cruzado estaba provisto de un escudo de turquesa, incrustado con un mosaico de turquesas, incrustado con turquesas, pegado de turquesas. Y la correa de la muñeca, de piedras preciosas con cascabeles dorados. Además un tocado de turquesas, solo de turquesas, provisto de una suerte de cabeza de serpiente, de una cabeza de culebra, y las sandalias de obsidiana.

Como segundo obsequio llevaron el traje de Tezcatlipoca: la corona de plumas provista de estrellas rojas y su orejera dorada con cascabeles; y el adorno de la garganta de caracolitos dorados; el adorno del pecho decorado con pequeños caracoles blancos, como colgantes en la orilla. Y el jubón pintado en la orilla y por delante, con plumas flotantes en el dobladillo, y la cubierta azul atada, llamada tzitzilli; con los cabos se pone, y así se anuda en el cinto; pertenece a esto también el espejo cruzado y además un juego de cascabeles dorados, como colgantes, para los nudillos, y un par de sandalias blancas.

Y como tercero (regalo) el traje del señor de Tlalocan (dios de la lluvia): La corona de plumas de quetzal y de garzas, enteramente llena de plumas de quetzal, llevando plumas de quetzal, provista de plumas azules y verdes y encima oro y caracoles mariscos, y una orejera en forma de serpiente de piedras preciosas verdes; y su jubón pintado en color de esmeralda.

Su adorno del cuello: un disco de piedra preciosa verde también, provisto con gran disco de oro y también con el espejo cruzado de la manera citada, también con campanitas; un

(1).—*Esto es en realidad el traje de Xiuhtecutli.*

manto provisto en las orillas con anillos rojos; con esto se anuda (en el hombro), y cascabeles dorados para los pies, y su bastón de serpiente hecho de turquesas.

Como cuarto (regalo) el traje del mismo Quetzalcoatl: una mitra de piel de jaguar con plumas de gallo silvestre. Encima se halla una piedra preciosa verde y grande incrustada sobre la frente. Y la orejera de turquesa, redonda, colgando en ella un epcololli dorado. (1)

Y el disco de adorno del cuello de piedra preciosa verde. También se encuentra en el centro el gran disco de oro; y el manto con el dobladillo rojo que le anuda (sobre el hombro); también cascabeles dorados que necesita para adorno para sus pies; y un escudo con oro en el centro, con plumas extendidas de quetzal en las orillas y con una bandera de quetzal, y el bastón corvado del dios de los vientos, corvado encima, con dibujos de estrellas hechos de chalchiuitl blanco, y sus sandalias".

Todos estos trajes divinos citados, estos trajes dieron a los embajadores, y todavía muchos otros objetos que llevaron como regalo de la bienvenida: una mitra de oro en forma de caracol, con adorno de plumas de papagayo; otra mitra de lámina de oro. (2)

Después todo fué puesto en las petacas y repartido entre los mensajeros.

Y a los citados cinco hombres, Motecuhzoma les habló entonces y les dijo: "Idos, no os detengáis, adorad a nuestro señor, al dios (y) decidle: nos ha mandado tu vasallo Motecuhzoma,

---

(1).—*Originalmente un arete curvado, cortado de concha. En este caso uno de esta forma, pero hecho de oro.*

---

(2).—*Sobre el traje de los Toltecas, véase Trat. 2° Lám. 1ª B. cap. 1° II pág. 77; y el traje de los Huaxtecas; véase inventario de la Carta Justicia y Regimiento de la Rica Villa de la Vera Cruz N° 30, 21.*

he aquí lo que te regala porque has llegado a su tierra, a México".

Y una vez llegados a la costa atravesaron el agua, los escoltaron en barco a Xicalanco. (1) Por segunda vez zarparon de allí en barco; la tripulación los conducía; todas las cosas se trasbordaron a la lancha. Y después de haberse (todo) trasbordado a la lancha se fueron, bajaron el río, llegaron a los barcos; se acercaron a los barcos (de los españoles).

Entonces ellos (los españoles) les dijeron. "¿Quiénes sois? ¿De dónde habéis venido?"; y les respondieron: Venimos de México.

Hablaron otra vez (los españoles en el barco) a ellos: ¡Quién sabe, si esto corresponde a la verdad! Quizás fingís sólo ser de allá; quizás lo inventáis; quizás os reís de nosotros.

Y después de haberse convencido de la verdad que ya no dudaron más, pusieron un bastón de fierro (2) (un gancho) en la proa de la canoa, y los atrajeron; les hicieron también una escalera sobre la cual subieron al barco.

---

(1).—*Esto no se refiere al Xicalanco de Tabasco, sino a un lugar situado en la provincia de Cuetlaxtlan (Cotaxtla), probablemente en la cercanía de Medellín.—Otro pueblo del mismo nombre (Xicalanco) me acuerdo haber visto en la provincia de Maxcalzinco, que es cerca del puerto de Vera Cruz. Motolinía. Ec. Prooen. p. 7, 8.*

---

(2).—*Tepuztli=cobre. Aquí en el sentido de Tliltic tepuztli=cobre negro=hierro.*

CAPITULO V.

En este quinto capítulo se habla de lo que ocurrió cuando los embajadores de Motecuhzoma entraron al barco de D. Hernando Cortés.

Entonces ellos subieron llevando los objetos en sus brazos. Después de haber subido al barco comieron, cada uno, tierra delante del capitán. Después lo invocaron, le dijeron: ¡Qué oiga el dios! lo invoca —saluda— su vasallo Motecuhzoma, quien gobierna la ciudad de México. El dice: ha sufrido fatigas, está el dios cansado del viaje. (1)

Entonces adornaron al capitán con los vestidos que trajeron.

Le pusieron: la máscara de serpiente de turquesas; con ella, el adorno de pluma para la cabeza; y con ella engeridas, colgando de ella, las orejeras en forma de serpiente.

Le pusieron el jubón, y le pusieron alrededor del cuello el collar hecho de varias cadenas de piedras preciosas, con el disco de oro en el centro.

Le colocaron el espejo cruzado de mosaico de turquesas en la espalda. Además le ataron la cubierta llamada tzitzilli alrededor de la cintura. Y en sus piernas pusieron las grebas de piedras preciosas, con los cascabeles de oro; y le dieron en la mano, le pusieron en la mano el escudo que tiene bandas de oro cruzadas por otras de concha, y un ancho dobladillo de plumas de quetzal, ligado con una bandera de plumas de quetzal.

Y pusieron sandalias de obsidiana delante de él.

Y los demás trajes de adorno, trajes de dioses, sólo los pusieron ordenados delante de él.

Y después el capitán les dijo: ¿Es todo lo que forma vuestro regalo de bienvenida? Y ellos le contestaron: Esto es todo con lo que venimos, ¡oh señor nuestro!

---

(1).—*Falta aquí— ¿por respeto? —la invitación acostumbrada: "que el dios se descanse, que tome aliento".*

Ordenó en seguida el capitán que se los atase, que se les pusiese fierro a los pies y alrededor de sus cuellos, y después tiraron el cañón fuerte. Y los embajadores al oírlo se afectaron del corazón y se desmayaron; cayeron sobre el suelo, vacilaron de un lado al otro; eran impotentes, y los españoles los levantaron del suelo, los subieron y los hicieron sentarse.

Diéronles vino y después les dieron de comer, así es que de nuevo tomaron aliento.

Y el capitán luego les dijo: Oíd, supe, he oído, dícese que los mexicanos son muy fuertes, guerreros formidables, muy recios combatientes, que un solo mexicano es capaz de perseguir, superar, hacer huir, hacer volver las espaldas a sus enemigos, ya sean diez, ya sean veinte. Y ahora quiero cerciorarme de esto, quiero veros, quiero examinaros que tan fuertes estáis, si sois fuertes; que virilidad tenéis, si sois viriles.

Y entonces les dió un escudo de cuero, un bastón de fierro (una espada) y una vara (lanza). Y que ocurra esto en la madrugada, al tiempo de la aurora; entonces combatiremos, midirémonos, examinaremos mutuamente nuestras fuerzas y veremos quien caerá en el suelo.

Ellos contestaron al capitán y le dijeron: Que nos oiga el señor, no sé si esto nos manda el vasallo del señor, es decir tu vasallo Motecuhzoma, porque nuestra única tarea es consolar al señor de la fatiga del viaje; para saludar al señor venimos. Nuestra orden no es lo que desea el señor que hiciésemos. Y si hiciéremos esto, entonces no sé si nuestro señor Motecuhzoma nos regañará por esto, si no nos matará.

Habló después el capitán: Sin embargo, que se haga, deseo verlo, deseo admirarlo; como en España se afirmaba, se decía, que estáis fuertes, que sois caudillos de guerra. Desayunad en la madrugada; también yo almorzaré temprano en la mañana. Armaos bien.

CAPITULO VI.

EN ESTE SEXTO CAPÍTULO SE HABLA DE CÓMO LOS EMBAJADORES DE MOTECUHZOMA REGRESARON, AQUÍ, A MÉXICO, Y DE LO QUE DIJERON A MOTECUHZOMA LO QUE HABÍAN VISTO.

Después que (Cortés) los despidió, les permitió entrar en su canoa. Y después de haber bajado en las canoas comenzaron a remar a toda carrera. No hacían más que remar, algunos remaban con sus manos apurándose en cualquier modo, diciendo entre sí: "Oh valientes señores, remad a porfía hasta poneros colorados, porque no nos suceda nada aquí, que no nos venga nada". Y rápidamente llegaron por agua al lugar llamado Xicalanco.

Allá solo tomaron un poco de aliento y después siguieron remando de nuevo, llegaron a Tecpantlayacac; salieron de allí apresuradamente, y llegaron a Cotaxtla, por donde ya habían pasado también durante su ida, y allí descansaron.

Y el gobernador de Cotaxtla les dijo: Descansad siquiera un día; tomad todavía aliento. Y ellos le respondieron: Oh no, debemos apurarnos para informar al señor, al rey Motecuhzoma, para decirle lo que hemos visto, cosas muy terribles que jamás se habían visto en esta forma. ¿Acaso tú ya lo viste antes? Después salieron aprisa, llegaron a México; llegaron en la noche; entraron durante la noche.

Y cuando esto aconteció (Motecuhzoma) no pudo encontrar más sueño; no pudo más comer; no se podía más hablarle. Lo que hiciera, por nada le interesaba y nada le gustaba; cada rato suspiraba; estaba completamente agotado; estaba abatido. Con ninguna diversión, con ningún chiste, con ningún pasatiempo tenía placer, antes se preocupaba más. Porque dijo: ¿Qué cosa vendrá encima de nosotros? ¿Quién queda todavía en pie? ¡ay, antes yo lo estuve! Mi corazón está lleno de mortal angustia, casi sumergido en salsa de chile, que me quema, me muerde... ¿A dónde, por cierto (me dirijo) oh señor?

Y entonces (los mensajeros) ordenaron a los guardianes, (del rey) que vigilan a su cabeza, decidle, aún en el caso de que durmiere: Han llegado aquellos que mandaste a la orilla del mar.

Y después de habérselo dicho, él contestó: No quiero escucharlos aquí, allá en la casa de reunión quiero oírlos, que se vayan a allí.

Y él manda y ordena que se pinte a dos de los presos con tierra blanca. Después se fueron los embajadores a la casa de reunión (y) también Motecuhzoma (se fué allí). Después fueron sacrificados delante de ellos los presos, abriéndoles los pechos, y con su sangre rocían a los embajadores. Lo hicieron así, en tal forma porque habían hecho un camino muy peligroso; porque habían visto a los dioses, los habían visto en la cara, en la cabeza y habían hablado a los dioses.

CAPITULO VII.

EN ESTE SÉPTIMO CAPÍTULO SE HABLA DEL RELATO QUE A MOTECUHZOMA HICIERON LOS EMBAJADORES QUE HABIAN IDO A VER LOS BARCOS.

Y después que rindieron su informe a Motecuhzoma le narraron las cosas maravillosas (que vieron y oyeron) y le mostraron como era su comida. (1)

Y cuando oyó como los embajadores le informaron, temía bastante, se asustó y mucho se asombró de su comida.

Mucho se asustó también cuando oía como sanciona su orden el arma de fuego, como truena el sonido cuando cae, para des-

---

(1).—*Es decir los embajadores se habían asombrado especialmente de que la comida de estos dioses no consistía de sangre y corazones.*

mayarse, para volver sordo (para cerrar nuestras orejas).

Y cuando cae (el tiro), como sale una bala de su vientre regando fuego, echando chispas y humo hediondo de azufre, de manera que uno se desmaya. Y sí la bala encuentra una montaña como ésta, se derrumba, se queda en escombros. Y si encuentra un árbol, entonces se despedaza como si alguien hiciera algo inaudito, como si alguien le hubiera soplado afuera.

Puro hierro forma su traje de guerra, con hierro se visten; con hierro se cubren la cabeza; de hierro consta su espada, de hierro su arco, de hierro su escudo, de hierro su lanza.

Y sus ciervos (caballos) los llevan sobre sus lomos, teniendo así (su figura) la altura de los techos.

Y sus cuerpos están envueltos por todas partes. Solamente sus rostros están visibles, enteramente blancos.

Caras calcáreas lo son, de cabello amarillo (rubio) pero algunos tienen cabellos negros.

Su barba es larga y también amarilla (rubia) tienen barbas amarillas. (Algunos, los negros) son crespos, rizados.

Y su comida es como comida de príncipes, grande, blanca, no pesada, como granzas, como cañas de maíz, (sabiendo a) cañas molidas de maíz, algo dulce, algo dulce de miel de abejas, sabiendo a miel de abejas, a lo dulce.

Y sus perros muy grandes; con orejas plegadas; con lenguas grandes, colgantes; con ojos de fuego, de llamas; con ojos claros, amarillos; con un vientre retirado, con vientre ahuacalado, con vientre acucharado: Salvajes, como demonios, siempre jadeantes, siempre con la lengua colgante, moteados, como de jaguar moteados.

Y cuando Motecuhzoma oyó esto temía bastante, casi se desmayó; se mostró muy apenado, tenía gran miedo.

CAPITULO VIII.

En este se habla de cómo Motecuhzoma envía a los encantadores, los hombres tecolote, los hechiceros, para que hechizàsen a los españoles.

Después Motecuhzoma envía personas, envía meras personas funestas, adivinos y hechiceros, y envía a guerreros, gente valiente, caciques, que debían cuidar de todo lo que era necesario de comida: gallinas, huevos, tortillas blancas y lo que pedirían y que más les convendría; y debían observarlos bien.

Enviaba cautivos, preparándose por si quizás quisieran beber sangre. Y los embajadores lo hicieron (como se los ha sido ordenado).

Y cuando los (españoles) lo vieron, se disgustaron bastante, escupieron, se restregaron las pestañas; cerraron los ojos; sacudieron las cabezas; la comida que había sido rociada de sangre les repugnaba mucho, les procuraba disgusto; como la sangre apestaba mucho de azufre.

Y Motecuhzoma procedía así porque los tenía por dioses, los consideraba como dioses, los adoraba como dioses, se los llamaron, se "los designaron" (como) dioses descendidos del cielo, y a los negros se los llamaron "los verdaderos sucios".

No comieron las tortillas blancas hasta que no se les trajeron limpias (así como) huevos, gallinas y todas clases de frutas: quauhtzapotl, tezontzapotl, atztzapotl, totolcuitzlatzapotl, camotli, quauhcamotli, poxcauhcamotli, xochicamotli, tlapalcamotli, xicama, mazaxocotl, atoiaxocotl, xalxocotl, quauhxilotl, toacatl, uaxi, texocotl, capoli, nochtli, coznochtli, tlatocnochtli, tzaponochtli, anochtli y forraje para los ciervos (caballos) pipillo, tlachicaztli.

Y dícese (que Motecuhzoma los enviaba) para que viesen como estaban, si no se dejarían encantar, hechizar o si ellos no les podrían soplar algo, echar una mirada maligna o echarles

algo o conjurarlos con una palabra mágica, con el fin de que ellos se enfermasen, muriesen o regresasen.

Y aquellos cumplieron con su tarea, su orden contra los españoles, pero no lograron nada; no pudieron hacer nada.

Por eso regresaron apresuradamente, informaron a Motecuhzoma de como (los españoles) eran (y) que fuertes son: No somos adversarios para ellos, somos como nada.

Entonces Motecuhzoma dió orden estricta, amenazó (a los gobernadores), los encargó, mandó bajo pena de muerte a los gobernadores y a todos príncipes, caciques, para ver y para cuidar de todo lo que (los españoles) irían a necesitar.

Y cuando (los españoles) habían pasado a la tierra firme y cuando vino la noticia *ellos vienen,* cuando estaban por salir hacia aquí, cuando salían e iban su camino, mucho los cuidaron, mucho los estimaron, fueron traspasados de una mano a otra cuando se encontraron en su marcha hacia aquí, mucho se adelantaba sobre lo ya hecho.

CAPITULO IX.

En este se habla de cómo el infeliz Motecuhzoma lloraba y como lloraban los mexicanos cuando supieron cuan fuertes eran los españoles.

Y Motecuhzoma desesperaba, recelaba, inquietábase, desesperaba en (el porvenir) de la ciudad.

Y toda la gente recelaba, tenía miedo, se encontraba pavorosa.

Reinaba desesperación, ellos desesperaron; se reunieron para discusiones, se formaban pequeños grupos en los que (sus hijos) lloraban, lloraban fuertemente (sus niños); dejaban colgar sus cabezas, se saludaban entre lágrimas, saludaban llorando (a sus niños), trataban de consolar (a sus niños), trataban

de consolarse. Acariciaban las cabezas de los niños pequeños y los padres decían: ¡Desgracia, mis niños! ¿cómo podréis soportar esto, lo que ha venido encima de nosotros, lo que ahora se prepara?

Y las madres dijeron: ¿Hijos míos, cómo podréis (soportar esto) lo que de terrible veréis, lo que vendrá encima de nosotros?

Y se le comunicó a Motecuhzoma, se le informó, se le persuadió que una mujer perteneciente a nuestro pueblo les guía, los sirve como intérprete, llamada María, nativa de Teticpac, que de las orillas del mar la habían traído por primera vez.

Y desde entonces sucedió que uno ya no se tendía delante sus piés de ellos (los españoles) que los embajadores simplemente huían (se retiraban), que tenían la administración sobre todo lo que ellos (los españoles) necesitaban.

Y desde esta misma época los españoles empezaron a preguntar por Motecuhzoma, si era todavía un joven, si un hombre adulto, un anciano, si ya de edad madura, si ya cerca de la senectud, si ya hombre de cabello blanco (un anciano).

Y se respondió a los dioses, a los españoles: Se halla en su mejor edad adulta, no gordo sino flaco, muy flaco, esbelto, endeble.

Y cuando Motecuhzoma, oía que mucho se preguntaba, indagaba él por qué motivo los dioses querían verlo directamente. Sintió (por ello) angustias mortales en su corazón, se inquietaba, quiso escapar; quiso huir; quiso esconderse; quiso esconderse de ellos, de los dioses.

Y pensaba, se imaginaba, se figuraba, se consultaba, se metía en su interior la cuestión: ¿He de ir a una caverna? Y a algunos, en que más confiaba, de aquellos que se fiaba, a algunos de ellos comunicaba esto.

Ellos dijeron: Hay gente que conoce el camino hacia Mictlan (el reino de los muertos, el norte) y hacia Tonatiuhichan (la casa del sol, el oriente) y hacia Tlalocan (el reino del dios de la lluvia, el sur) y hacia Cincalco (la casa del maíz, el ponien-

te) para curarse; (que resolviese él) a dónde quería irse. Y él tenía ganas, preferencia por la casa del maíz (poniente); así se supo; así se promulgaba.

Y no podía hacerlo, no podía esconderse, ya no tenía vigor la palabra de los hechiceros con la cual habían desviado su corazón, roto su corazón (puesto en dudas) invertido su corazón, le habían conducido a extravíos, confesando que supiesen (el camino) hacia el lugar citado. Así es que resolvió esperar a los enemigos, tornarse, hacerse intrépido, acabar con las dudas y resignarse a lo que después viniese.

CAPITULO X

En el capítulo diez se habla de como los españoles paulatinamente llegaron a la tierra firme siguieron su camino hacia aquí y de cómo Motecuhzoma abandonó su palacio y se trasladó a su noble casa privada.

Después abandonó (Motecuhzoma) su vieja casa, el palacio, se dirigió para usarla de nuevo a su casa privada, él, Motecuhzoma.

Y cuando llegaron al fin, llegaron ahora, cuando se habían puesto en marcha hacia aquí, un nativo de Cempoallan llamado Tlacochcalcatl, a quien habían ya llevado con anterioridad por primera vez cuando visitaron estas tierras, los pueblos, éste les servía también de intérprete, los hizo hacer los caminos, los hizo evitar caminos extraviados, los ilustraba acerca de lo que pudiese ocurrir, les servía de guía hacia aquí.

Y cuando llegaron a Tecoac, (1) en la tierra de los tlaxcal-

(1).—*Véase Tezozomoc Cap. 66.—Para la inauguración del nuevo templo se exigieron de todos los pueblos esclavos: Des-*

tecas vivían allí sus otomís (1) (de los tlaxcaltecas). Y los otomis se enfrentaron (a los españoles) como enemigos, se enfrentaron con sus escudos.

Y a los otomís de Tecoac, a éstos (los españoles) los destruyeron del todo, aniquiláronlos completamente, los atropellaron con sus caballos, todo fué atropellado con los caballos, los fusilaron con el arma de fuego, los mataron con la flecha de hierro, el arco (la ballesta).

Y no solamente algunos pocos sino en cantidades grandes murieron. Y Tecoac (fué) arruinada, y cuando los tlaxcaltecas recibieron noticias de esto, cuando lo supieron, cuando se les fué dicho, se angustiaron bastante, tenían angustias mortales, gran miedo los atacó, tenían miedo.

Entonces se reunieron, deliberaron, se consultaron con los señores, con los principales; se propusieron la cuestión, diciendo: ¿En qué forma debemos comportarnos?

Si bien que el otomí sea valiente, un gran caudillo de guerra, (el español) lo estimó como nada, lo miró como nada en un momento, en una mirada destruyó (el español) al pueblo. Y ahora bien, sometámonos a él, hagámonos amigos con él, seamos amigos con él (porque) hállase el pueblo en peligro.

Entonces fueron a recibirlos (a los españoles), los principales de los tlaxcaltecas. Trajeron (consigo) comida, gallinas, huevos, tortillas blancas, tortillas bonitas. Les dijeron: Habéis soportado fatigas (durante el viaje), oh nuestros señores.

Les contestaron: ¿Dónde están sus casas? ¿De dónde habéis venido?

de Tepeaca, Cuauhtinchan, Tecaltzinco, Acatzinco, Oztoticpac, Tecamachalco y Quecholac, los cuales traían todos sus esclavos, naturales de Tlaxcallan... los cuales tlaxcaltecas eran de los más valientes llamados Otomíes de Tecoac. Hoy todavía se llaman así las colinas en el norte de Huamantla, cerca del camino hacia S. Juan de los Llanos.

(1).—*Es decir los otomíes súbditos a los tlaxcaltecas.*

Respondieron: Somos gente de Tlaxcallan. Os habéis fatigado, (pero ahora) habéis llegado, habéis llegado a su tierra, a su casa, a la ciudad del águila, Tlaxcallan.

Y en tiempos antiguos se llamaba Texcallan, se llamaban los habitantes texcaltecas.

CAPITULO XI.

En el capítulo once se habla de como los españoles llegaron a Tlaxcalla, que se llamaba Texcalla.

Los condujeron, los escoltaron, los guiaron, los llevaron hasta el palacio y los hicieron entrar en el palacio, los trataron con mucho aprecio, les dieron lo que necesitaban (de víveres) se preocuparon en atenderlos y les dieron sus hijas.

Después (los españoles) les preguntaron: ¿Dónde está México? ¿Cómo es? ¿Está muy lejos todavía? Les contestaron: Ya no falta mucho, puede llegar uno dentro de unos tres días más o menos. Es muy buen pueblo, y (los habitantes) son muy valientes, caudillos de guerra, conquistadores, hacia todos lados extienden sus conquistas.

Y la gente de Tlaxcala se hallaban desde hace mucho tiempo en guerra con los chololtecas; se odiaban recíprocamente; se enfadaban mutuamente; se ofendían mutuamente; no podían tolerarse; jamás podían unirse con la gente de Cholula; por eso hicieron intrigas contra aquellos para que (los españoles) traidoramente les hicieran daños.

Ellos les dijeron: Es un gran traidor, nuestro enemigo, lo es el chololteco fuerte como el mexicano, amigo del mexicano.

Cuando los españoles esto oyeron, se fueron a Cholula, los guiaban y acompañaban la gente de Tlaxcala y la gente de Cempoallan; (y ellos) se fueron en pie de guerra.

Cuando hubieron llegado hicieron convocar la gente, llama-

ron con voz alta a los habitantes. Todos debían venir, los principales, los caciques, los caudillos, los jefes y la gente del pueblo ordinario; todos se reunieron en el patio del templo.

Y cuando todos se hallaron reunidos se cerraron las entradas, por las cuales se entraba por los diferente lados. Después ellos fueron atropellados con los caballos, muertos, golpeados. Los chololtecas no habían sospechado nada semejante; ni con el venablo, ni con el escudo se habían opuesto a los españoles. De una manera pérfida (por traición) fueron matados. Planteaba homicidio malo, desleal; planteaba homicidio secreto, perfidamente se les echaba encima la gente de Tlaxcala.

Y todo lo que ocurrió se pasaba, se informaba, se comunicaba en un informe a Motecuhzoma. Y los embajadores (de los distintos estados) todos vienen, cada uno se va, para regresar inmediatamente, ya no queda tiempo para que él oiga que se rinde el informe.

Y todo el mundo, toda la gente se espanta, se halla casi en tumulto (en llamas) como si la tierra se moviese, como si la tierra temblara, como si todo se diera vuelta en círculo delante los ojos; reinaba un temor general.

Y después de la matanza de Cholula salieron con rumbo a México: Van en muchedumbre, van como un torrente, levantan el polvo en torbellinos. Su bastón de fierro, su lanza que brilla y su espada de fierro curvada como (olas de) agua, como meras sonajas. Su camisa de fierro (su coraza) su casco de hierro.

Y algunos vestidos constan totalmente de hierro, los hace hombres de hierro, brillan. Por eso se les miraba con gran timidez; por eso los temían bastante; por eso se les miraba pusilánimemente; por eso representaban a hombres que producen gran espanto.

Y sus perros pasan delante, pasan delante de ellos, están de pie delante de ellos, yacen delante de ellos, vienen jadeando, la espuma les cae (del hocico).

CAPITULO XII.

En este capítulo doce se habla de como Motecuhzoma envía a un gran príncipe y a muchos otros príncipes más para recibir a los españoles y que llevaron la reverencia de la bienvenida, con que saludaron al capitán entre el Iztactepetl y el Popocatepetl, y Motecuhzoma envió después encargo a los príncipes bajo el caudillo de Tziuacpopocatzin y a muchos otros de sus vasallos.

Lo encontraron (al capitán) entre el Popocatepetl y el Iztactepetl cerca del lugar Quauhtechcac, (1) le regalaron la bandera de oro, la bandera de plumas de quetzal y el collar de perlas dorado.

Y cuando ellos les habían dado todo esto (los españoles) ríense de alegría, se alegraron mucho, como monos cogieron el oro, (todo) su (corazón) casi se dirigía hacia él, su corazón estaba casi blanco, su corazón estaba casi fresco (es decir se alegrarían de esto).

Porque de esto tienen mucha sed, de esto hinchan, de esto tienen hambre, buscan el oro (en el suelo) como los cochinos, y la bandera de oro la agitan, la examinan, como si ella estuviera hablando casi una lengua extraña, ininteligible, lo que está hablando en lengua ininteligible.

Y cuando vieron a Tziuacpopoca dijeron: ¿Es este Motecuhzoma? Preguntaron a aquellos que los acompañaban, sus espías, la gente de Tlaxcala y la gente de Cempoalla (los totonacos) informándose con ellos de esto amistosamente. Ellos

---

(1).—*En Torquemada* 4. 43. *I. pág.* 445 *el lugar se llama Ithualco. ¡Grandes albercas! Véase Cortés II. Carta pág.* 19, 80 (*Ed. Gayangos*).

contestan: No lo es, nuestros señores, es Tziuacpopoca, (1) quien es una copia (el representante) de Motecuhzoma.

Le preguntaron: ¿Eres tú Motecuhzoma? Y él contestó: Soy vuestro vasallo, soy Motecuhzoma.

Después ellos le dijeron: ¡Vete! ¿Por qué nos engañas? ¿Quienes crees tú que somos? No nos podrás engañar, no te podrás reír de nosotros, no nos podrás meter la cabeza, no nos podrás fregar los ojos, no nos podrás hacer ojos, no nos podrás revolver los ojos, no nos podrás cambiar los ojos, no nos podrás invertirlo, no nos podrás destruir los ojos, no nos podrás matar (cegar) los ojos, no nos podrás poner arcilla en los ojos, no nos podrás tocar los ojos con tu mano de arcilla, tú no eres (el que finges ser). Porque allá, Motecuhzoma no se podrá ocultar de nosotros, no podrá esconderse.

¿A dónde se iría? ¿es él un pájaro? ¿quiere volar? ¿o quiere hacer su camino debajo de la tierra? ¿Quiere refugiarse en una montaña hueca? Lo veremos, le veremos con seguridad su rostro, escucharemos su palabra, de sus labios la escucharemos.

De este modo le ultrajaron. Despreciaron esa pérdida (inú-

---

(1).—*Tziuacpopoca era Ciuacouatl. Según Cortés Cartas (Ed. Gayangos p. 79/80) el mensaje que Tziuacpopoca trajo fué: "que me volviese y no curase de ir a su ciudad, porque era tierra muy pobre de comida, y que para ir a ella había muy mal camino, y que estaba toda en agua, y que no podría entrar a ella sino en canoas, y otros muchos inconvenientes que para la ida me pusieron. Y que viese todo lo que quería, que Moteuzoma su señor, me lo mandaría dar: y que asimesmo concertarían de me dar en cada año un certum quid, el cual me llevaría hasta la mar o donde yo quisiese". En consecuencia un ofrecimiento de pagar tributo en el caso de que Cortés regresase sin entrar en la capital.*

tilmente perdida) también ésta, la segunda bienvenida, regalo de la bienvenida ofrecida a ellos.

Después se marcharon por el camino derecho.

CAPITULO XIII.

En este capítulo trece se habla de como Motecuhzoma mandó otros hechiceros para que tratasen de conjurar a los españoles y de lo que les ocurrió en el camino.

Y la segunda banda de mensajeros, los adivinos y hechiceros y los sacerdotes que ahuman, también se fueron para recibirlos.

Pero tampoco valían más; no podían conjurar a los hombres, no podían llegar a su fin con esto; ya no podían llegar a su fin con ellos, no llegaron (ni siquiera) hasta ellos.

Encontraron en su camino a un borracho, lo encontraron, con él tropezaron; notaron, que se vistió como un nativo de Chalco según la manera de los chalcas, que se preció como habitante de Chalco. (Notaron) que estaba como un ebrio, se dió el aspecto de un ebrio, de un borracho. Habíase envuelto el pecho con ocho cordeles de yerba.

El los encontró estando precisamente delante de los españoles: y se dirigió contra ellos diciéndoles: ¿Por qué regresáis otra vez aquí? ¿Qué queréis todavía? ¿Qué más quiere hacer Motecuhzoma? ¿No ha recobrado el conocimiento sino hasta ahora? ¿No se aterrorizó sino hasta ahora? Ha cometido pecado (ha cometido el error), hizo llevar al pueblo (a la muerte), ha matado a los hombres, es culpa suya que se abatieran las cabezas de la gente, es culpa suya que se envolviera la gente con la mortaja, él se ha reído de la gente, él ha engañado a la gente.

Y cuando vieron esto, cuando oyeron su discurso, se echaron en el suelo delante de él, lo adoraron sumisamente, prepararon un lugar de sacrificios para él, una pirámide de tierra y un lecho de yerbas.

Después de eso no los miraba más; fue del todo inútil lo que se había preparado, que le habían hecho allá una pirámide de tierra.

Así como ellos se hubieron precipitado en su garganta, él allá los regañó, los ofendió; estirándose, alargándose, les dice, les habla: ¿Por qué os quedáis aquí inútilmente?, no habrá más un México, se acabó una vez por todo. ¡Idos, ya no hay más tiempo, regresad! ¡mirad hacia México! lo que pasa allá, tal como pasa.

Entonces miraron, miraron rápidamente y lo que vieron era: que ardían todos los templos, los templos de las comunidades, las casas de los sacerdotes y todas las casas de México, y tenía el aspecto como si se encontrara en guerra.

Y viendo esto los hechiceros perdieron casi el seso, ya no podían hablar claramente; era así como si alguien les hubiera metido algo en la garganta. Dijeron: No fue necesario para nosotros que lo viéremos, pero es necesario que Motecuhzoma sepa lo que hemos visto; porque éste no es cualquier hombre, este es (el Dios) de presencia de joven, Tezcatlipoca.

Después desapareció: no lo vieron más. Y los embajadores no seguían más para recibirlos, no iban más hacia los otros (los españoles); de allá regresaron los adivinos, los sacerdotes para informar a Motecuhzoma.

Se reunieron con aquéllos, que habían ido los primeros, con Tzioacpopocatzin.

Cuando Motecuhzoma lo hubo escuchado, dirigió su mirada al suelo, bajó la mirada, dejó colgar la cabeza, bajó su cabeza, ya no hablaba, se enfermó. Por mucho tiempo estaba como fuera de sí mismo.

Después les replicó, les dijo: ¿Qué haremos, mis grandes? Estamos perdidos, ya hemos tragado el veneno. ¿Debemos sa-

lir a una montaña? ¿Debemos huir? Somos mexicanos, debe efectivamente probarse el nombre mexicano, por vergüenza. Tengo lástima de los pobres ancianos y ancianas, y de los chiquillos que no tiene todavía inteligencia; ¿a dónde se salvarán? Está hecho, ¿qué haremos? ¿es del todo inútil? ¿o qué remedio nos queda? ¿a dónde nos dirigimos? ya hemos tragado el veneno, por milagrosas que sean las cosas y la forma de ellas que pasaremos.

CAPITULO XIV.

En el capítulo catorce se habla de como Motecuzoma ordenó que se bloquease el camino, para que los españoles no llegasen a México.

Pero infructuosamente Motecuhzoma había dado órdenes de que se bloquease el camino principal, y que se plantasen magueyes (en el camino) que va directamente a México, y que los llevasen donde da el camino a Tetzcoco.

Y allá donde habían interceptado (el camino) con una pared de maguey, lo notaron (los españoles) inmediatamente, vieron que se les había cerrado el camino y lo despreciaron; las arrancaron, las empujaron afuera con sus pies, echaron afuera las plantas de magueyes (y) durmieron ellos en Amecameca. Después siguiendo el camino derecho llegaron a Cuitlahuac. Allá durmieron otra vez (la 2ª noche).

Después de haber convocado a todos los reyes que tenían el gobierno entre los chinampaneca (gente que vive sobre los jardines flotantes) en Xochimilco, Cuitlauac, Mizquic, les dijeron lo mismo como lo habían dicho a los reyes de los chalcas. Y los reyes de los chinampanecas se sometieron a ellos también inmediatamente. Y después de que los españoles quedaron satisfechos con esto, salieron (y) establecieron su cuartel en Iztapalapa.

Después (el capitán) convocó también, para aconsejarle, a los reyes que se llaman los cuatro señores, de Iztapalapa, Mexicatzinco, Colhuacan, Uitzilopochco (actualmente Churubusco). Igualmente les hablaron, les dijeron (como se ha narrado) y se sometieron también a los españoles pacíficamente.

Y Motecuhzoma ordenó que nadie los combatiese; que nadie se opusiese como enemigo, que nadie se quisiese como enemigo. Sólo ordenó que de ninguna manera se les descuidara; que se les sirviera con la mayor atención.

Y en esta época aquí en México estuvo todo como muerto: no salía nadie a la calle. Las madres ya no querían dejar salir de la casa (a sus niños, sus parientes); barrida estaba la calle; la calle se hallaba limpia como en las madrugadas; nadie pasaba frente de otro; se retiraban en sus casas, dedicados únicamente a su pesar.

La gente decía: ¡Dejadlo! ¡que lo sea maldito! ¿qué más queréis hacer? Ya moriremos; ya pronto nos aniquilarán, ya pronto veremos la muerte.

CAPITULO XV.

En el capítulo quince se habla de como los españoles salieron de Itzapalapa para llegar a México y después salieron, para entrar aquí a México, después se preparaban, se adornaban de guerreros, se ponían su traje de guerra (su armadura). Después sus caballos, se colocan en filas, se ponen en orden se ponen en filas.

Y cuatro caballos (jinetes) forman el frente, vienen como los primeros, van al frente de los demás, se encuentran al frente de los demás, como caudillos. Frecuentemente voltean, vuelven, miran hacia delante, miran hacia un lado y al otro, miran a los lados, miran a todas partes, examinan entre las

casas (lo que hay allá) miran hacia arriba, hacia los techos bajos.

También los perros, sus perros, pasan delante con sus narices en el suelo, persiguen las huellas, jadean, jadean fuertemente.

En el frente, sola se encuentra por separado, la bandera de género tejido. (El portador) la lleva en sus hombros, la agita, la hace flotar en círculos, la mueve hacia un lado u otro, se da de fuerte, se dá tono de varón, se dá de valiente, se dá tono de valioso, se porta de valioso. Siguen a él los armados de espada de hierro, desenvainada está su espada de hierro, brilla y resplandece. Llevan sus escudos en los hombros, el escudo de madera, el escudo de cuero.

La segunda banda, la segunda fila está formada por los caballos con los jinetes en sus lomos. Aquellos tienen armaduras de algodón, los escudos forrados de cuero, lanzas con puntas de hierro y sus espadas de hierro que las dejan colgar de las cadenas de los caballos. Llevan cascabeles, vienen con cascabeles, los cascabeles casi rechinan, los cascabeles rechinan; los caballos, "los ciervos" relinchan, sudan mucho, el agua casi está corriendo abajo de ellos. Y la espuma de su boca gotea al suelo, como espuma de jabón gotea. Y al correr hacen un gran pataleo, hacen un ruido así como si alguien echa piedras. Al instante se revuelve la tierra, donde levantan su pié, hecha pedazos, donde levantan su pié, su pié delantero.

La tercera fila está formada por los ballesteros. En sus manos tienen la ballesta, la examinan, la arman. Y algunos llevan la ballesta en sus hombros. Y su carcaj está colgando de sus lados, sale debajo sus hombros. Está lleno, completamente lleno de flechas, de flechas de hierro.

Llevan su armadura de algodón, que llega hasta sus rodillas, muy gruesas y muy fuertemente están cosidas, muy gruesas, como piedras, casi como tepetlatl (toba). Y también llevan la cabeza envuelta con armadura de algodón y han metido plumas de quetzal encima, que se dispersan a todos lados.

La cuarta fila también está formada por jinetes. Están

armados de igual modo, como (arriba) ha sido narrado.

La quinta división está formada por los escopeteros, que llevan el arma de fuego. Llevan el fusil en sus hombros, algunos lo llevan horizontalmente.

Y después de haber entrado a los grandes palacios, en la ciudad real, dispararon sus fusiles, al estallar se ve que truena, como que relampaguea, se extiende el humo, el humo se echa, vuelve noche (el cielo se oscurece) por el humo, el humo se pone sobre toda la tierra, se mete encima de todo el país, hasta que huele de azufre, que roba el seso, la conciencia.

Y forma al fin, juntándose directamente a los antes mencionados, el capitán, quien es casi como el Tlacateccatl, quien es inteligente en mandar a los guerreros, ponerlos en su cargo. Lo rodean, lo cercan, lo acompañan, lo siguen sus caudillos, sus andandes con el adorno de los signos de plumas, sus ayudantes (?) que tiene casi el rango de esquilados, casi de Otomís, los fundamentos, los portadores, los sostenes del estado, las almas, los basamentos (del estado).

Después (siguen) todos los habitantes de los pueblos (de las tribus aliadas, vecinas) que viven allende las montañas, la gente de Tlaxcala, Tliliuhquitepec, Uuexotzinco, siguen, vienen en armamento de guerreros. Llevan armaduras de algodón, escudos, flechas, carcajes que están llenos, totalmente llenos de flechas aladas, de aquellas con puntas de madera dentada, de aquellas de puntas romas, aquellas de puntas de obsidiana.

Se meten en el suelo, comienzan una vocería de guerra, una vocería de bailes de guerra, silban, menean las cabezas y algunos llevaban cargas en sus espaldas, llevaban víveres en sus espaldas; algunos llevaban la carga sobre la frente (en la cinta que da sobre la frente), algunos sobre el pecho (en la cinta que da sobre el pecho), algunos llevaban un cacaxtli (huacal en forma de escalera). Algunos un huacal, algunos llevaban canastas hondas y blandas, algunos llevan un bulto otros llevan bultos en las espaldas, algunos tiran los cañones grandes que descansan sobre ruedas de madera, los adelantan gritando.

CAPITULO XVI.

En el capítulo diez y seis se habla de como Motecuhzoma iba al encuentro de los españoles serena y tranquilamente en Xoloco, donde actualmente se halla la casa de Alvarado y en el lugar que se llama Uitzillan.

Después de la llegada (de los españoles) a Xoloco, después de haberse cumplido el destino, de haber llegado las cosas a su extremo, Motecuhzoma se prepara, se dispone a ir al encuentro de los forasteros, (él) y los demás altos príncipes (los príncipes de sangre real) sus príncipes y sus nobles. Después fueron a recibir (a los extranjeros).

En jícaras grandes de calabazas pintadas ponían flores hermosas y olorosas, mirasoles, magnolias, en su centro: izquixóchitl, flores amarillas de tabaco, flores de cacao, (1) fijadas en coronas, en guirnaldas de hombros; también collares de oro, collares con colgantes (de oro), esteras doradas y aguas odorantes.

Y después de haber encontrado a los extranjeros en Uitzillan, Motecuhzoma regaló al capitán, al caudillo de los soldados, le dió flores, le puso un collar, un collar de fores, le puso guirnaldas de flores alrededor de los hombros y le puso encima una corona de flores.

Después depositó delante de él el collar de oro y todos los regalos de la bienvenida.

Después de haber terminado de adornar a cada uno con collares (Cortés) dijo a Motecuhzoma:

¿Acaso eres tú? ¿eres tú acaso Motecuhzoma?

Motecuhzoma dijo: Sí, yo soy. Después se levantó (Motecuhzoma) poniéndose en pié en frente de él (de Cortés) se

---

(1).—*Flor de Corazón = Magnolia; Izquiochitl = Beurería huanita; Flores de cacao = Myrodia Fanelvis.*

inclina delante de él al suelo, se acerca lo más posible a él, se pone en pié firmemente delante de él y le dice:

Oh, señor nuestro, con pena, con fastidios tú has logrado llegar hasta (aquí), a México, a nuestra casa, llega a sentarte sobre tu estera, tu silla, que yo he guardado sólo un pequeño tiempo para ti. Porque se fueron tus súbditos: los reyes Itzcoatl, el viejo Motecuhzoma, Axayacatl, Tizoctzin, Auitzotl, que sólo guardaron un tiempo pequeño (la silla) para tí; que gobernaron la ciudad de México, bajo cuya protección se metía aquí tu pueblo. ¿Quizá podrían visitar algún día a sus supervivientes? ¡Ojalá que alguno de ellos viese, viese con asombro lo que vino encima de mí, lo que yo veo ahora, (yo) el superviviente de nuestros señores; porque no sueño, no despierto del sueño, no lo veo en el sueño, no lo sueño, que te vi, que he visto tu cara!

¡Cómo yo estaba afligido por cinco, diez (una serie de) días, cuando miraba al país desconocido del cual tú has venido, de las nubes, de las nieblas! Porque esto nos han dicho los reyes (mis antepasados) que tú vendrías a ver tu ciudad, que tú te asentarías sobre tu estera, tu silla, que tú regresarías. Y ahora se ha verificado, tú has regresado con penas, con fastidios lo has logrado. Seas ahora bienvenido a esta tierra, descansa, ve tu palacio, descanse tu cuerpo, nuestro señor ha llegado (a su tierra).

Y después de haber terminado Motecuhzoma el discurso que había dirigido al marqués, Malintzin se lo explico (a éste), se lo tradujo. Y (él) después de haber escuchado las palabras de Malintzin, contestó a la Malintzin en la lengua extranjera.

Díjole en su lengua extranjera: Que Motecuhzoma se consuele; que no se inquiete; porque lo amamos mucho; porque ahora nuestro corazón está satisfecho; porque lo conocemos, lo escuchamos, pues mucho deseábamos verlo en su casa, en México. Y ahora, como lo hemos visto, como hemos llegado a su casa, a México, puede escuchar tranquilamente nuestra palabra.

Después lo cogieron de la mano, lo acompañaron así, lo co-

gieron del puño, con lo cual le demostraron su cariño.

Y los españoles lo ven, lo observan, siguen yendo a pie, montan (a caballo), bajan de nuevo, observándolo.

Y de los príncipes que le acompañaron, fué el primero Cacamatzin, rey de Tetzcoco; el segundo, Tetlepanquetzatzin, rey de Tlacopan; el tercero, el Tlacochcalcatl Itzquauhtzin, gobernador de Tlatelolco; el cuarto, Topantemoctzin, quien era tesorero de Motecuhzoma en Tlatelolco, que se quedaron con él.

Y los demás príncipes de los tenochcas: Atlixcatzin, Tlacatecatl Tepeoatzin, Tlacochcalcaltl Quetzalaztatzin, Tizociaoacatl, Totomotzin, Hecatempatitzin, Quapiatzin—después de haber sido tomado preso Motecuhzoma (no hicieron nada en favor de él) se escondieron, se ocultaron, lo abandonaron.

CAPITULO XVII

En el capítulo diez y siete se habla de como los españoles acompañaron a Motecuhzoma al entrar al palacio, (y) lo que allá aconteció.

Y después de haber llegado, entrado al palacio, lo cogieron, lo retenían con guardia, bajo vigilancia, y esto no lo hacían únicamente con Motecuhzoma, sino también con Itzquauhtzin, pues los demás se escaparon.

Y después se dispararon todos los arcabuces, (y fué) así como todos corrían confusamente, a todos lados, todo el pueblo se agitaba en desorden, se dispersaba; así todo el pueblo estaba aterrorizado, casi aturdido por veneno de hongos (o en alucinaciones) como si algo (terrible) se les hubiera mostrado; reinaba temor sobre ellos, como si todo el pueblo hubiera sufrido angustias mortales.

Cuando ya había comenzado a anochecer, todo estuvo toda-

vía lleno de temor, aterrorizado; hasta en el sueño cada uno recelaba.

Y después de haber comenzado la madrugada se provee lo que (los españoles) necesitan: tortillas blancas, pavos fritos, huevos, agua fresca, madera, leña, carbón, fuentes, jícaras pulidas brillantes, jarras chicas y grandes, cazos, todas clases de artefactos de barro, como lo ordenó Motecuhzoma.

Y los príncipes que convocó ya no le obedecían; estaban enojados; ya no iban con él; él ya no hallaba obediencia. Pero sin embargo no faltaban en procurar lo necesario de víveres y bebidas, de agua y forraje. Y después de haberse establecido (los españoles en la ciudad) interrogaron a Motecuhzoma acerca de todo lo que pertenece al tesoro del estado, las insignias del rango, los escudos. Molestaban su oído, interesábanse celosamente del oro.

Y entonces Motecuhzoma rodeado de los españoles, que lo circundan, se amontonan alrededor de él, se estrechan con él, va con ellos a la casa del tesoro, que se llama Teocalco, se sacan todo cuanto hallan (las joyas), los adornos de plumas, las insignias del rango, los escudos (de pluma) los discos dorados de pecho, los collares (las alhajas) de las imágenes, las medias lunas doradas para las narices, los anillos dorados para las pantorrillas, las correas doradas para las muñecas de la mano, las diademas de oro.

Después se quitó todo el oro que estaba fijado en los escudos, y en todas las insignias, y tras de haberse quitado todo el oro incendiaron todas las distintas preciosidades; les pegaron fuego; todo se quemó. Y los españoles fundieron el oro en barras y de las piedras preciosas verdes sacaron tantas cuantas quisieron, y las demás piedras preciosas las robaron los tlaxcaltecas.

Y se iban a todas partes, averiguaban todo, en todos los lugares donde algo se escondía, en las casas de tesoro, en los almacenes, (y) tomaban todo lo que encontraban, todo lo que les gustaba.

CAPITULO XVIII

En el capítulo diez y ocho se habla de como los españoles penetraron al palacio privado de Motecuhzoma y de lo que allá ocurrió.

Después se fueron a la propia casa del tesoro de Motecuhzoma, donde se almacenaba la propiedad personal de Motecuhzoma, el lugar llamado Totocalco; y se les vió andar muy erguidos como locos (o como animales) casi mordiéndose mutuamente; contentísimos. Y después de haber llegado, entrado a la casa del tesoro, (se vió) que iban hasta el extremo, penetrando en todas partes, tomando todo como amos.

Después se sacó toda su propiedad personal, todo su caudal personal, que exclusivamente pertenecía a él, meras joyas: el collar con colgantes, el anillo del brazo superior decorado con un mechón de plumas de quetzal; la correa dorada de la muñeca provista de dos piedras preciosas; y la pulsera, el anillo de cascabeles dorados, para los nudillos, y la corona de mosaico de turquesa con la hoja triangular de la frente, el ornato real, el bezote de turquesa para la nariz, y todo lo demás de sus innumerables alhajas.

Todo tomaron, de todo se apropiaron, todo hicieron suyo; y después de haber quitado todo el oro, después de haber sido quitado (todo el oro) hicieron en el patio, en el centro del patio, un montón de todos los objetos preciosos de pluma.

Y después de reunido todo el oro, (Cortés) llamó, hizo convocar a todos los príncipes, por Malintzin (Marina) quien se puso sobre el techo llano, el parapeto del techo llano y dijo: Mexicanos, acudid. Los españoles sufren gran daño. ¡Traed víveres, agua fresca y todo lo necesario porque ya sufren gran pena y fastidio! ¿Por qué no queréis venir? Parece que estáis enojados.

Y los mexicanos ya no se atrevieron a irse allá, se inquietaron bastante, estaban temerosos, estaban suaves como arcilla

(de temor), aterrorizados; gran temor pesaba sobre ellos; ya nadie se aventuraba a pasar, así como si hubiera un jaguar, así como si fuera noche muy obscura. Pero sin embargo no había escrúpulos para traerles todo lo que ellos (los españoles) necesitaban; sólo que lo traían con temor, se inquietaban, acudían pusilánimemente cuando traían algo, y después de haberlo puesto en el suelo, regresaban a prisa, dispersábanse, huían temblorosos.

CAPITULO XIX

En el capítulo diez y nueve se habla de como los españoles ordenaron a los mexicanos celebrar la fiesta de Uitzilopochtli. Y ésto no aconteció en presencia del capitán, por que se había ido en esta época a la costa, donde había llegado Pánfilo de Narváez. Y después (Pedro de Alvarado) deseo ver la fiesta de Uitzilopochtli quiso admirar como era su fiesta y como se desarrollaba.

Luego lo ordena Motecuhzoma (y) aquellos de sus súbditos que todavía allá entraban transmitieron su orden (para la fiesta) y dada la orden, donde Motecuhzoma había sido recluído muelen las semillas de chicalotl las mujeres que se habían obligado a ayunar durante un año en el patio del templo.

Los españoles vinieron bien armados en sus armaduras de guerra, se mezclaban entre las mujeres que muelen, las circundaban, las miraban, las miraban (descaradamente) en sus rostros. Y después de haberlas visto entraron al palacio grande, para (como bien sabido es) asesinar en aquel momento a muchos de nuestros guerreros que allí estaban reunidos.

Y después de haber llegado la época de la fiesta Toxcatl, en la víspera empezaron a hacer crecer su cuerpo (la imagen de

Uitzilopuchtli), a formarlo como hombre; a darle aspecto de hombre; a mostrarle como hombre; y formaron su cuerpo de pasta, de pasta de semillas molidas de uauhtli, lo formaron sobre una base de ramas.

Y después de haberlo formado (haberse terminado su cuerpo) pegaban sus cabellos (con plumones) y le daban como pintura de la cara rayas transversales en su cara, y su orejera en forma de serpiente, pegada de turquesas (de mosaico de turquesas).

Y en la orejera en forma de serpiente cuelga el Uitznauayotl, un cerco de espinas, y el bezote de la nariz, una flecha hecha de oro martillado y engastado de piedras, en forma de una lámina delgada, decorada con piedras, colgando también el Uitznauayotl con rayas transversales en la cara. Las rayas transversales de la cara eran de color azul y de color amarillo.

Y encima de su cabeza se ponía su disfraz de colibrí. Después seguía (el tocado) el anecuyotl, artificialmente labrado de plumas, cilíndrico, en el remate algo agudo.

En seguida se le ponía al cuello un adorno de plumas amarillas de toztli (especie de papagayo).

Y lo envolvían en su manto de flores de ortiga teñido de negro, en que estaban fijados en cinco sitios mechones de plumones de águila. Y más abajo lo envolvían en su manto, que estaba adornado de cráneos, y de huesos cruzados; y arriba le ponían su ceñidor, su precioso ceñidor que estaba pintado con miembros (humanos) despedazados, porque sobre él estaban bordados (pintados) nuevos cráneos, orejas, corazones, intestinos, hígados, pulmones, manos, pies.

Y este maxtli era muy precioso, y su decorado también constaba de miembros (humanos) despedazados, que estaban tejidos, y el cabo largo estaba formado por una pieza de papel, de papel de corteza con una anchura de una y veinte medidas de largo, que estaba pintado de rayas azules.

Y su bandera de sangre, que llevaba un cuchillo de piedra como punta (del asta) la lleva en sus espaldas; su bandera

de sangre era de papel, que estaba pintado de color rojo, pintado de (rayas de) sangre. El cuchillo de piedra en la punta también estaba hecho de papel pintado de (rayas de) sangre.

Llevaba su escudo, que estaba hecho de bambú, su escudo de bambú donde en cuatro lugares estaban fijados mechones de plumones de águila, casi estaba salpicado de plumas. Llámasele teueuelli.

Y la bandera del escudo estaba también pintada como la bandera, de sangre, de igual modo. Y sus cuatro flechas las tenía juntas con su escudo.

Y sus anillos del brazo superior izquierdo colgaban en su brazo, constando de series de bandas de piel de coyote y de esto colgaban papeles cortados en tiras.

Y después de haber despuntado la aurora del (día) en él que debía tener lugar la fiesta (del dios), en la madrugada, le quitaron el velo aquellos que se habían obligado para con él (al dios) por medio de votos; se ponían en orden delante de él, le incensaban, ponían delante de él toda clase de ofrendas, comidas y la semilla de zoalli, negra y aplastada.

Y después de haberse hecho esto, ya no lo subieron a su templo (su pirámide).

Y toda la gente, los jefes de los guerreros jóvenes estaban resueltos, ansiosos para celebrar la fiesta, para mostrarla y hacerla admirar, para instruir (a los españoles) acerca de la fiesta.

Se apresuraban, corrían, todos iban al patio del templo, para representar allá la danza en ondulaciones de serpiente. Y después de haberse reunido todos, comenzaba el canto y la danza en ondulaciones de serpiente. Y aquellos que habían ayunado veinte días, y los que habían ayunado un año, se plantaban en frente de los demás; y su bastón de ocote detenía a la gente, a quien intente salir (de la fila) lo amenazaban por esto con su bastón de ocote.

Y quien intentaba salir de la fiesta se deshacía de su manto

de red (manto de guerrero) y de su adorno de plumas de garza.

Y quien no obedecía inmediatamente, quien no obedecía a la (palabra) empeñada, quien estaba desvergonzado le pegaban, le pegaban sobre sus muslos, sobre sus hombros, lo echaban fuera de la casa, lo arrojaban de ella con fuerza, lo empujaban afuera para que cayera de narices.

Temían bastante; se consideraban con veneración, siempre habían sido los hermanos mayores de Uitzilopochtli, la gente que había ayunado por un año. Y al frente iban los grandes jefes de guerra, los grandes (señores). Salían libres y a corta distancia de ellos, el conjunto de los jóvenes quienes todavía usaban el mechón de los niños.

Y otros usaban todavía el tocado en forma de una jarra (la primera peluca de los guerreros). Quienes hacen presos mediante la ayuda de otros, quienes se llaman jefes de las tropas jóvenes, quienes andan de uno, quienes habían hecho únicamente un prisionero, o quienes han hecho dos prisioneros, también los alejaban, diciéndoles: ¡Idos! ¡bribones! ¡debéis demostraros primeramente a la gente, no os dejéis ver con nosotros!

CAPITULO XX

En el capítulo veinte se habla de como los españoles mataron y asesinaron a los mexicanos, que estaban celebrando una fiesta a Uitzilopochtli, en el lugar que se llama Teuitoalco. (Plaza de la danza en el patio del templo de Uitzilopochtli).

Y mientras que esto seguía desarrollándose; mientras que se pensaba en la fiesta; mientras que se bailaba y se cantaba, en rueda, y el canto surgía como olas del mar, los españoles en

cuanto tuvieron tiempo de prepararse para comenzar la matanza estuvieron listos para la lucha.

Cerraron en todas partes las salidas y entradas, la puerta del águila, en el palacio pequeño, en la punta del tubo, en la serpiente del espejo. Y después de haber todo cerrado, ya nadie podía salir. También cerraron todos los lugares donde la gente se hallaba en masas.

Y después entran al patio del templo los soldados con orden de matar. Andaban a pie, llevaban sus escudos de cuero, algunos también escudos de acero y sus espadas de hierro.

Después rodearon a los danzantes, se metieron entre los músicos y entonces batieron (con la espada) al brazo del músico, cortadas fueron sus dos manos, (y) después le cortaron la cabeza, a lo lejos voló la cabeza.

A muchos atravesaron con su lanza de hierro y los mataron con su espada de hierro. A algunos atravesaron por detrás (en las espaldas o en el trasero), inmediatamente salían sus intestinos, a algunos les desgarraron la cabeza, les despedazaron la cabeza; se las hacían pedazos.

A algunos los herían en los hombros, dejándoles la carne entreabierta. A algunos los herían en las pantorrillas, a algunos en los muslos, a algunos en el vientre e inmediatamente se les salían todos sus intestinos.

Y si alguno (de estos) inútilmente se esforzaba en correr, entonces arrastraba sus entrañas. Quien quería salvarse, ya no podía dirigirse hacia ningún lado, quien quería salir (por la puerta) lo herían allí.

Algunos lograron salvarse escalando los muros, otros se refugiaron en las casas de los sacerdotes y se salvaron allá; otros se salvaron entre (los muertos) fingiéndose muertos, pero si alguno de ellos se levantaba un poco, quien lo veía lo mataba. Y la sangre de los caudillos corría como agua; veíase (el patio) como una gran llanura resbaladiza, y salía mal olor de la sangre y de las entrañas.

Y los españoles iban a todas partes para buscar en las casas de los sacerdotes; picaban a todos lados al buscar (con la lanza o la espada) si acaso alguien allá se escondía. Por todas partes indagaban todo; buscaban en todas las casas de los sacerdotes.

Y cuando esto se dió a conocer, se levantó un clamor general: ¡Oh caudillos, oh mexicanos! todos deben concurrir, que se pongan las insignias del rango, el escudo, la flecha, todos deben concurrir. ¡Los caudillos están muertos, fueron matados, han sido matados, han sido extinguidos, oh caudillos mexicanos!

Después se escuchó el grito de guerra, se levantó el grito de guerra, y rápidamente se reunieron los caudillos. Ellos estaban resueltos a batallar; llevaban flecha y escudo. En seguida se lucho, les tiraban con flechas dentadas en la punta, con jabalinas, y las jabalinas de pájaros con tres dientes y las flechas con hoja ancha de obsidiana. Como una gran masa amarilla, las flechas de caña cubrían a los españoles.

CAPITULO XXI

En este capítulo veintiuno se dice como comenzó nuevamente la guerra de los mexicanos contra los españoles aquí en México.

Y los españoles luego se atrincheraron (en el palacio) y también les tiraron a los mexicanos con sus flechas (ballesta) de hierro y los cañonearon (con las balas) de los fusiles y cañones.

Y luego le pusieron a Motecuhzoma cadenas de hierro.

Y a todos los caudillos, que habían sido matados se empezó a sacarlos, a transportarlos afuera; se reconocía (a los muertos). Y se levantaba el llorar de los padres y madres, se deploraba a los muertos, se los deploraba.

Primeramente los llevaron (a los muertos) a sus casas y después los llevaron al patio del templo, los reunieron, los quemaron allá juntos en un lugar especial, en Quauhxicalco. Y algunos fueron quemados en las casas de los jóvenes.

Y cuando el sol ya iba a ponerse, cuando ya había poco sol, vino Itzquauhtzin a hablar; sobre el techo llano levantó su voz y dijo:

Mexicanos, tenochcas, tlatelolcas, os ruega vuestro señor, el rey Motecuhzoma, que lo oigan los mexicanos: no igualamos en fuerza (a los españoles); que se abstengan (de la guerra) que se coloque en tierra el venablo y el escudo. Hállanse en pobreza, abandonados los ancianos y ancianas, la cola y el ala (la gente) y los imprudentes (los niños), quienes constantemente se levantan, se arrastran en el suelo, quienes se encuentran en la parihuela, en la tabla, quienes están todavía sin poderse valer. Por eso dice vuestro señor, que no igualamos en fuerza (a los españoles) y que prescindáis de la lucha. Lo han puesto (al rey) en hierro, y le han puesto a sus pies cadenas de hierro.

Y después de haber (Itzquauhtzin) dicho esto, de todos lados se levantó un terrible estrépito contra él y lo riñeron. Más enojados volvían los mexicanos; más espuma echaban y decían: ¿Qué dice ese vil de Motecuhzoma? (No somos) ya sus vasallos.

Después comenzó el clamor de guerra; después se aumentó el clamor de guerra; después cayeron las flechas sobre el techo plano; y los españoles protegieron entonces con sus escudos al pobre Motecuhzoma y a Itzquauhtli, para que los mexicanos no los matasen.

Los mexicanos se hallaban fuertemente enojados porque (los españoles) habían matado a los caudillos, sin que éstos tuvieran sospechas (del ataque); porque ellos los habían matado por detrás (traidoramente). Pero por eso no renunciaban a su casa sin luchar.

Sitiaron el palacio (donde los españoles se habían atrinche-

rado). Estaban en acecho, por si alguien entraba secretamente, por si alguien introducía secretamente tortillas. Desde este momento se cerró todo lo que (antes) se entregaba; desde este momento nadie trajo algo (de víveres a los españoles), casi los mataban de hambre.

Y aquellos quienes hicieron el ensayo inútil de proporcionar noticias, quienes quisieran adquirir un mérito en traer secretamente un poco de comida, cuando se los descubrió, fueron matados al instante; los mataron en el mismo sitio, ya se les quebraba la cabeza (con una maza) ya se les apedreaba.

Una vez se vieron algunos mexicanos que llevaban pieles. Estos dejaron caer la palabra, que algunos habían ido secretamente mediante ellos (al palacio con los españoles); y por eso se dió orden estricta de vigilar todos los caminos y todos los canales exactamente, con toda atención, con toda vigilancia; y los que estaban vestidos de pieles eran hechos esclavos. Unos enviados de los administradores (de las provincias) Ayotzintepec y Chinantla, se murieron allá (perdieron el respiro) allá se cumplió su suerte, en el canal se les quebró la cabeza.

(En consecuencia) se volvieron los tenochcas contra ellos mismos, y en una forma completamente imprudente cogieron a los simples trabajadores. Dijeron: aquél lo es, y lo mataron; y cuando vieron a alguien, que lleva un bezote en los labios hecho de cristal, lo cogían inmediatamente y lo mataban; decían: Este también entra constantemente llevando comida a Motecuhzoma.

Y si veían a alguien, que estaba envuelto en el ayatl (manto de red de los siervos) lo cogían también, porque decían: Este también es un tal vil, que trae novedades infaustas, quien deja entrar secretamente a la gente para ver a Motecuhzoma.

Y quien inútilmente quería salvarse, los imploraba, les decía: ¡Qué hacéis, oh mexicanos! De ninguna manera soy yo también (un traidor). Pero le decían: Tú lo eres también, tú, canalla. ¿No eres tú un criado? (de Motecuhzoma). Después lo mataban allá en el acto. Estaban atentos a la gente, se preocupaban de

la gente totalmente, atentos a vigilancia, ellos los mexicanos, estaban atentos a la gente. Muchos expiaban un crimen fingido, los que fueron matados por ceguedad no expiaban un crimen.

Y los demás siervos (de Motecuhzoma) se escondieron, se ocultaron, ya no se dejaron ver de la gente, ya no se mostraron a la gente no se fueron más con la gente, temieron bastante; por temor se hallaron tan blandos como una esponja; siempre estaban ocultos, para que no cayeran en las manos de la gente.

Y después de haber encerrado a los españoles en las casas lucharon contra ellos en las casas por siete días. Durante veinte y tres días los tuvieron encerrados.

Y durante todos estos días fueron excavados los canales, ensanchados, profundizados, provistos de muros más escarpados; en todas partes se hizo más difícil el paso de los canales; y en los caminos se construían murallas, se muraba, se hizo más difícil el paso por los callejones de la ciudad, cuando aconteció esto.

CAPITULO XXII.

En este capítulo veinte y dos se habla de como llegó la noticia de que el capitán Hernán Cortés regresaba ya a México.

Entonces llegó la noticia de que el capitán regresaba en dirección del Tepeyacac y que traía consigo muchos españoles y muchísima gente de Tlaxcala y de Cempoallan, muchísimas, en masas, en número considerable, que no venían solamente así (en masas) sino como guerreros, con insignias de plumas, con armaduras de guerra, sus escudos, sus espadas de obsidiana, sus lanzas de madera que llevaban sobre sus hombros, levantando una columna de polvo, que tenían la cara llena de polvo, que tenían por cierto una cara completamente calcárea (de polvo)

completamente envueltos de polvo, cubiertos de tierra, y por cierto venían de prisa, acudían (en marchas violentas), voceaban, decían: ¡Acudid, oh gente de Tlaxcala y de Cempoalla!

Y los mexicanos mutuamente convinieron en no dejarse ver (de los españoles) sino en ocultarse, esconderse; como en plena noche nadie ya no hablaba una palabra en alta voz, aunque ellos estaban atentos en las aberturas de las puertas y en las aberturas de las murallas, y en agujeros pequeños (que hicieron), agujerando ligeramente las murallas para acechar afuera, a través de ellas. Sólo aquellos que ocupaban la orilla del camino, que seguían en el margen del camino, hacían esto; pero aquellos que vivían en el interior de las casas no lo hacían.

Y si hubieran visto cuantos caudillos se encontraban reunidos en el mismo lugar, entonces los españoles hubieran notado que los mexicanos iban a comenzar la guerra (de nuevo). Y después, cuando él (Cortés) había entrado al palacio grande, descargaron sus cañones; y después llegaron (los mexicanos) con la intención de luchar. Empezó la grita de guerra, nació la contienda, se luchaba, se batallaba, y las flechas y las piedras caían como granizos sobre los españoles.

Y los españoles regresaban saetas y (balas de) cañones; mucha gente fue matada por las flechas y matada por las balas (de los fusiles). Los ballesteros sabían perfectamente bien dirigir la flecha, apuntar con la flecha hacia aquellos que querían encontrar. Y fue penoso (oir) como zumbaban las saetas, como silbaban, mucho silbaban.

Y las flechas nunca llegaban de balde, a muchos encontraban, a muchos perforaban enteramente el cuerpo. Y el fusil y los cañones llegaban exactamente a la gente, estaban dirigidos exactamente a la gente. Cuando (la bala) reventaba todo se caía en el suelo, quedaba tirado en el suelo, como un paño extendido (en el suelo); inopinadamente (la bala) acertaba en la gente sin hacérsela notar (antes), la mataba, tanta como acertaba tanta mataba si (la bala) las tocaba en un lugar peligroso, ya sea en la frente, en la cabeza o el corazón, o el pecho, o el

vientre, o el abdomen; pero si hallaba únicamente el muslo, o el brazo superior entonces no morían inmediatamente, no llegaban inmediatamente a peligro de muerte sino se curaban.

Y cuando los mexicanos vieron, como (las balas de) los fusiles y cañones y las saetas acertaban, se fueron de uno a otro lado de la calle, casi atravesaron, yendo de un lado al otro, muy atentos estaban, muy precavidos.

Y después de haberse luchado en esta forma por cuatro días, salieron un número de guerreros valientes, excelentes, elegidos, aquellos que habían sido distinguidos con el uso de las insignias de rango hechas de plumas. Todos los que eran expertos (en el arte) de la guerra, subieron a la altura del templo. Habían subido dos vigas y muchos árboles de encinas en forma de rodillos, que se llaman madera de dios, que habían subido para echarlos (de allí) encima de ellos (de los españoles).

Inmediatamente lo supieron los españoles, que subieron a la pirámide del templo, subieron los españoles ordenados en secciones, en filas.

Los escopeteros iban en el frente; subían muy despacio: descargaban sus fusiles; tiraban con ellos: sin enredos, sin precipitación.

En el segundo lugar iban los ballesteros, los que tiraban las saetas; en tercer lugar aquellos que estaban armados de espada (y escudo), y en el cuarto lugar aquellos con picas, los portadores de bastones murciélago (los armados de alabardas).

En vano se oponían los caciques echando los maderos, los troncos de encina sobre los españoles; ellos los recogieron con los escudos y los tiraron, después ya no hicieron daño. Y después de haber llegado los españoles (a lo alto del templo) empezaron a matar a la gente, lapidándola. Los caciques ahora saltaban a las circunvalaciones de las terrazas del templo, bajando como hormigas negras. Y los españoles arrojaban del templo a todos los caciques que habían subido. Todos fueron echados abajo del templo; ni uno se escapó.

Y después de haber terminado de matarlos se fueron a su

casa, atricherándose allá y aconteció esto a la hora de comer. Y después de haber acontecido esto (comunicóseles a los parientes de los muertos).

Después de haberse recogido a todos aquellos que habían sido derribados de la pirámide, tuvo lugar el enterramiento en las distintas casas de los hombres mozos tetelpuchcalli.

CAPITULO XXIII

En el capítulo veinte y tres se habla de como se dió muerte a Motecuhzoma y a un principe real de Tlatelolco y se echaron sus cuerpos delante de la puerta, delante de la puerta de la casa donde se hallaban los españoles.

Y cuatro días después de haber sido arrojados (a los valientes) del templo (los españoles) echaron a Motecuhzoma y a Itzquauhtzin afuera, muertos, a la orilla (del canal) en un lugar que se llama Teoayoc, porque allí se encontraba una figura labrada en piedra de una tortuga, formada como una tortuga, copiada ésta en piedra.

Y después de haberlos encontrado, reconocidos que fueron Motecuhzoma a Itzquauhtzin, cogieron a Motecuhzoma inmediatamente con sus brazos, lleváronlo al lugar que se llama Copolco. Después lo metieron encima de la hoguera, luego encendieron ésta, pegaron fuego a ella, después crujía el fuego, casi chisporroteando, la llama del fuego (se levantaba) casi como en lenguas, la lengua de la llama subía casi como una grilla del fuego. Y el cuerpo de Motecuhzoma olía a carne quemada, al quemarlo olía mal.

Y mientras que (el cuerpo) ardía algunos lo censuraban y reían: Este vil a todo el mundo hizo temer, en todo el mundo fue temido, en todo el mundo se sentía temor y horror hacia

él. Ese hombre, si alguien le ofendía con la menor causa, inmediatamente lo despachó (mató): mucho era mentira por lo cual hizo pagar la pena a la gente, era falso, chismes inventados.

Y muchos más que lo censuraban, solamente murmuraban entre dientes, solo murmuraban, sacudían las cabezas.

Y a Itzquauhtzin lo llevaron en barco, llevaron su cuerpo en barco a Tlatelolco. Estaban muy afligidos, su corazón estaba desolado, derramaban lágrimas: no había nadie, que quisiera regañarlo; nadie que quisiera despreciarlo; dijeron: Ha sufrido penas el señor, el amo de la casa de los dardos, Itzquauhtzin; ha sufrido con él, ha sufrido penas con él, con Motecuhzoma, que ha sufrido por nosotros desde el tiempo que veníamos a visitar (la tierra), en todo el tiempo durante el cual Motecuhzoma estaba presente.

Después prepararon la bandera real y las demás alhajas de papel, con lo cual lo adornaron, y le trajeron regalos (víveres). Luego lo llevaron, para quemarlo, al patio del templo al sitio que se llama Quauhxicalli. Con grandes honores su cuerpo fue quemado.

Y en esta forma se había luchado por cuatro días. Durante siete días más los españoles habían quedado encerrados en la casa. Y terminados los siete días salieron de nuevo para espiar cuidadosamente.

(Salieron luego y) llegaron hasta Mazatzintamalco, para cortar el maíz, que comenzaba a producir mazorcas. Bien armados, recogieron las hojas de maíz, a toda prisa (no hicieron nada que llegar hasta allá) y después regresaron violentamente a la casa. Habían salido a la hora cuando (el sol) se hallaba en su máximum y al ponerse el sol regresaron a su casa.

CAPITULO XXIV

En el capítulo veinte y cuatro se habla de como los españoles y la gente de Tlaxcala salieron de México, huyeron durante la noche. Y cuando había llegado la noche, la media noche, salieron los españoles y toda la gente de Tlaxcala en una columna densamente apretada.

Los españoles iban al frente y la gente de Tlaxcala los seguía, se arrimaba detrás, formaba casi su muralla. Llevaron consigo puentes de madera que metieron encima de los canales que quisieron atravesar.

Llovía durante este tiempo, lloviznaba, lloviznaba muy ligeramente. Atravesaron (sin obstáculo) los (tres primeros) canales: Tecpantzinco, Tzapotla, Atenchicalco, mas cuando llegaron a Mixcoatechialtitlan, el cuarto canal, se los vió abandonar (la ciudad).

Los vió una mujer que sacaba agua. Imediatamente dijo a gritos: Mexicanos acudid, ahora es tiempo, ahora que los enemigos salen secretamente, astutamente (de la ciudad).

Después gritó también un hombre desde lo alto (del templo de) Vitzilopochtli.

Bien llegó su gritar a la gente, toda la gente lo oía; el dijo: ¡Oh caudillos, oh mexicanos, nuestros enemigos salen, acudid sobre las lanchas de guerra y a los caminos!

Y después de haberse oído este grito se levantó (el pueblo) con estrépito de guerra. Luego se apresuró la gente que formaba la tripulación de las lanchas de guerra, se apresuraban, remaban fuerte, manejaban las lanchas, iban a manejar las lanchas, se dirigían hacia Mictlantonco, hacia Macuilcuitlapilco.

Y las lanchas de guerra se reunieron de ambos lados con ellos (los españoles), se juntaron con ellos (de ambos lados), las lanchas de guerra de los tenochcas (de un lado) y las lan-

chas de guerra de Tlatelolco (del otro) Algunos fueron a pié directamente a Nonoalco, se dirigieron hacia el rumbo de Tlacopan (1) para cortarles el camino.

Después echaron los de las lanchas de guerra sus dardos con punta de madera dentada sobre los españoles. De ambos lados los dardos con punta de madera dentada caían sobre los españoles. Y los españoles de su parte tiraban a los mexicanos, tiraban las saetas y las armas de fuego.

En ambos lados la gente fue matada: Los españoles y la gente de Tlaxcala fueron matados, los mexicanos fueron matados.

Y cuando los españoles llegaron a Tlaltecayoacan, donde se halla el canal de los toltecas, se precipitaron como de una roca. Muchos cayeron en él; se precipitaron allá. Gente de Tlaxcala, gente de Tliliuhquitepec y españoles (cayeron, se precipitaron) y los caballos (y) algunas mujeres.

El canal fue llenado completamente por ellos, llenado hasta la orilla. Y aquellos que llegaron como últimos atravesaron a la otra orilla encima de los hombres y encima de los cuerpos.

Y cuando llegaron a Petlacalco, donde se halla otro canal, llegaron sin obstáculo, en paz, libremente, sobre el tablado. Allá se rehacían, tomaban aliento, se alentaban.

Y cuando llegaban a Popotlan, cuando comenzaba la madrugada y aparecía el día, ellos vinieron para atacar, ellos se pusieron en orden. Y después de lanzar el vocerío de la guerra, los mexicanos los circundaron, se juntaron con ellos y tomaron presa gente de Tlaxcala y (algunos) españoles fueron muertos. También murieron mexicanos y gente de Tlatelolco, en ambos lados fueron matados hombres.

(Los mexicanos) echaron afuera de Tacuba (a los españoles) y los persiguieron.

Y cuando ellos los habían expulsado de Tiliuhcan, de Xo-

---

(1).—*Actualmente Tacuba.*

cotlihiouican, de Xoxocotla (1) fue entonces cuando murió en el combate Chimalpopoca, hijo de Motecuhzoma (a quien los españoles llevaban consigo) a él lo encontraron atravesado por (una) flecha dentada y gravemente herido. También murió allá Tlaltecatzin, príncipe de los tepanecas, quien conducía a los españoles, los aconsejaba, los hacía no tomar (ciertos) caminos, los hacía tomar los (otros) caminos.

Después atravesaron el Tepzolatl (un pequeño río). Atravesaron, atravesaron el agua allá en el Tepzolatl.

Después subieron a la altura (del repecho), en Acueco (repecho del lago); hicieron su campamento en Otoncalpulco, cuyo patio del templo estaba provisto de una muralla de defensa, de una palizada. Allá se rehacían, y allá tomaban aliento, allá recobraban fuerzas. Allá (el cacique de) Teocalueyacan los recibió con su séquito.

CAPITULO XXV.

En el capítulo veinte y cinco se habla de como la gente de Teocalueyacan recibieron a los españoles pacífica, amistosamente y les trajeron para comer cuando huyeron de México. Llamaban al cacique Tlacatecutli y con su nombre de príncipe Otoncoatl.

Aquel hombre los fue a encontrar hasta allá, donde les llevaron víveres (a los españoles): tortillas blancas, pavos, pavos fritos y cocidos, huevos y algunos pavos vivos, y depositaron algunas tunas delante del capitán.

Dijeron: Habéis salido con fastidio, oh nuestros señores,

(1).—*Tiliuhcan*: *lugar de las colinas; Xocotl ihiouian*: *donde el Xocotl sufrió penas; Xococotla*: *en el lugar del Xocotl.*

lo habéis logrado con pena. ¡Qué los dioses descansen! ¡Sentaos en el suelo! ¡Tomad aliento!

Después les preguntó Marina: Señores míos, dice el capitán que ¿de dónde vienen, que dónde tienen sus casas?

Y ellos le dijeron: Que oiga nuestro señor, venimos de su casa de él, de Teocalueyacan, somos gente de Teocalueyacan.

Entonces Marina respondió: Está bien, nos han demostrado buena fe (nos han obligado a agradecerles). Mañana irémonos a dormir allá (a su aldea).

Y después precisamente en la hora de la aurora se llevaron a la tierra, se extrajo (a la gente), se extrajo a toda la gente de Tlaxcala, la gente de Cempoalla y a los españoles que habían perecido en el canal de los toltecas y en Petlacalco y Mictlantonco.

En la lancha los sacaban (a los muertos) y se les echó en el cañaveral, entre los juncos; se les dejó tirados sobre la tierra, echados se quedaban. Y echaban a las mujeres, desnudas, amarillas, las mujeres pintadas de amarillo, teñidas de amarillo. A todos desnudaron, quitáronles todo, los desnudaron completamente, los abandonaron desnudos.

Y a los españoles (muertos) los pusieron en un lugar especial, los dejaron allí en filas; estos son los retoños blancos del cañaveral, del maguey, del maíz, y los retoños blancos del cañaveral son su carne. Y sacaron los ciervos, que llevaban a los hombres sobre sus lomos, que se llaman caballos.

Y todos sus bienes ordenados en parihuelas, se les robaron todos, llevado todo como botín; si alguien se hallaba con alguna cosa, la recogía inmediatamente, se hacía dueño de ella, la cargaba sobre sus espaldas, la llevaba a su casa de él. Precisamente en el lugar donde tuvo lugar la matanza, se robó todo lo que ellos por temor habían abandonado rápidamente. Y muchas armas de guerra: artillería pesada, fusiles, y una cosa repartida allá en el suelo, a saber, pólvora; espadas de hierro, lanzas férreas, alabardas, ballestas, flechas de hierro (saetas).

Además se capturó allá cascos férreos, camisas de coraza

(armaduras), corazas de redes, escudos de hueso, escudos de hierro, escudos de madera.

Y se capturó allá oro, fundido en lingotes y discos de oro en tamaño de platos, y oro triturado (oro en polvo) y collares hechos de perlas, de piedras y de discos de oro.

Y después de haber recogido todo lo repartieron (estando todavía) en el agua. Mucho se buscaba, algunos buscaban con las manos, algunos con los pies.

Y aquellos que iban en el frente podían salvarse, mas aquellos que iban al final, cayeron, se ahogaron en el agua, todos murieron, se formó casi una montaña de hombres, apretándose la gente, aplastándose, sofocándose mutuamente.

Y entonces, después de haber dormido allá en Acueco, se levantaron todavía a primera hora de la madrugada. Después de haberse armado, preparado para la guerra, puesta su armadura de guerra, salieron, se pusieron en marcha, prosiguieron su camino.

Y los mexicanos, dando alaridos de guerra, los perseguían con estrépito; no se les acercaban más, sólo de lejos los perseguían, iban detrás de ellos, a cierta distancia de ellos.

Y después de haber llegado a un lugar que se llama Calacoayan, encima de un montículo, en el margen superior (1), donde se hallan campos de piedras, comenzaron a asesinar, a atravesar a la gente, sin que los habitantes de Calacoayan hubieran dado motivo para esto, sin que se les hubiera avisado, fueron matados, (los españoles) los acometieron furiosamente hasta cansarse y después de haber terminado la matanza bajaron a una llanura pequeña llamada Tizapan, y en seguida subieron a Teocalueyacan.

---

(1).—*Para la traducción se presupone la variante "Tlacpactenco".*

CAPITULO XXVI.

En el capítulo veinte y seis se habla de como los españoles vinieron a Teocalueyacan, y de como los habitantes de esa población los recibieron con alegría.

Entraron a Teocalueyacan, tomando cuartel en el templo de los Otomís, a buen tiempo antes de medio día. Y a poco de haber llegado todo estaba preparado para ellos, todas clases de comidas, pavos, etc. Con cualesquier cosas trataban de divertirlos; movíanse pacíficamente entre ellos, dábanles todo lo que se les pedía: forraje, agua, maíz, mazorcas crudas, cocidas, tortillas de elotes, mazorcas frescas cocidas, mazorcas frescas fritas, tamales de elotes y calabazas cortadas en piezas. Obligábanlos a tomarlo, trataban de conseguir con esto la amistad de ellos.

Y la gente de Tliliuhquitepec, que había venido de allá (con los españoles) entraron en relación con la gente de Teocalueyacan porque la gente de Tliliuhquitepec forma la parentela más próxima, emparentados de la gente de Teocalueyacan, por ser Teocalueyacan el lugar nativo, la patria de la gente de Tliliuhquitepec. De allí eran originarios, por eso se comunicaban, se ponían de acuerdo.

En una deliberación llegaron al fin de buscar y hablar al capitán, al dios y a todos los demás dioses: Llegados están en su casa, aquí en Teocalueyacan (los dioses). Nosotros sus súbditos le imploran, lo saludan aquí, nosotros la gente de Teocalueyacan y la de Tliliuhquitepec. Y que nos oiga nuestro señor: Motecuhzoma y los suyos nos oprimían, nos castigaban bastante, nos trajeron a pobreza, porque él puso todo encima de nosotros como tributo, ya que él es nuestro señor, nuestro rey.

Y si ahora (el dios) nos abandona tan rápidamente—siendo el mexicano un hombre maligno, un vil—si ahora (el dios) nos quiere abandonar, quedarse fuera por mucho tiempo, entonces (el mexicano) vendrá de nuevo, regresará (él dirá): No nos

han aniquilado, no nos han arruinado. Como el mexicano es un gran vil, ha llegado a su fin como vil.

Y cuando Marina había traducido al capitán la palabra de los indígenas él les contestó: ¡No os preocupéis! no tardaré en regresar, regresaré pronto, pronto buscaré a éstos. De aquí se gobernará (a la nación), aquí estará la sede gubernamental. El mexicano será aniquilado, ellos no podrán lastimaros.

Y la gente de Teocalueyacan después de haberlo oído, se alegraron bastante, volvieron orgullosos, se hincharon, se ufanaron con esto, porque tuviéronse por más que los demás. Hasta fue una necedad como se portaban, del todo necios, como orgullosos que se sentían, se consolaban con esto, lo tomaban por seguro, creían que era verdad.

Y después, habiendo dormido, antes del alba, fueron tocados (los instrumentos), tocaron las flautas de madera, los silbatos de madera, y se batían los tambores, los tambores de guerra. Después se levantan, los españoles se levantan de su lecho, se visten. Y después salen, se ponen en marcha, el camino está lleno de masas de hombres que se empujan.

Después llegaron a Tepotzotlán. Hicieron un campamento allá, oportunamente, a buena hora todavía.

Habían marchado sólo un trecho corto y los de Tepotzotlán se dispersaron. Pusiéronse en movimiento, corrieron, huyeron a los bosques, algunos subieron a los montes, algunos (huyeron) por los grandes abismos. (La ciudad) quedaba cedida a los españoles, nadie se atrevía a acercarse a ellos, como (los españoles) eran fuertes en matar a los hombres por eso les huían. Sólo salvaban sus cuerpos, pero todos sus bienes tiraban en el suelo apresurándose, omitían cuidarlos en su apuro.

(Los españoles) se alojaban en el palacio, allá dormían, viviendo juntos en masas cerradas, porque se inquietaban bastante, estaban llenos de temor. Y cuando la mañana había nacido, ya a hora adelantada, comieron (se desayunaron). Después de haber desayunado, terminado su almuerzo, salieron, prosiguieron su camino.

(Los mexicanos) los provocaban desde lejos, a distancia con su grito de guerra, con sus alaridos de guerra. Y si algunos (de los mexicanos) osaban acercarse (a los españoles), una vez llegado a distancia de hablar, ellos los atravesaban. Tirados quedaban aquellos que mataban, ya no se movían más. Nadie ya escapa, nadie ya salva a aquel a quien ellos han atravesado.

Después llegaron a Citlaltepec, y paráronse allá. También allá se les abandonaba todo, la gente no les ofrecía nada (de comida, etc.); y los guerreros, los caciques que allá vivían no se mostraban más, sino que se ocultaban, se escondían ya sea detrás de un nopal, o detrás de un maguey, o de un montículo o de una roca, porque ellos (los españoles) eran gente (como ellos creían) irresistible.

Allá durmieron también. Y cuando la mañana había comenzado, cuando ya estaba caliente el aire, ya blando, almorzaron, después salieron de nuevo, se fueron a Xoloc. (La ciudad) quedaba cedida también a ellos (a los españoles). Nadie les ofrecía ni la menor ofrenda. Las casas fueron abandonadas con toda prisa, nadie estaba allá, quien hubiera querido encontrarlos. Se escondían encima de la altura del monte Xoloc.

Se vigila a todos lados, si ellos (los mexicanos) no se hayan escondido acaso en una terraza, en un agujero o en un barranco. Tenían gran temor, los ponía inquietos si no se hicieran notar a sus enemigos, si éstos los atacaran repentinamente. Y cuando había llegado la mañana, cuando ya estaban a punto de salir, de irse, de ponerse en marcha, entonces se desayunaron; luego salieron. En ambos lados, en ambos lados del camino, se encontraban los "ciervos", sus animales de carga que se llaman caballos.

Y todos los cargadores se encontraban en medio de ellos, (entre las dos filas) se movían (en el espacio entre las dos filas).

Y terminada la marcha, entonces metieron fuego en los templos de los otomís y en todos los templos, las casas de los ídolos. Después quema, crepita la llama, la lengua de llamas, el

fuego, levanta humo, humo que se extiende, humo que se deposita.

Y mientras que ellos marchaban, los indígenas les perseguían de lejos, lanzándoles su grito de guerra.

Después hicieron su campamento Aztaquemeca, al pie, debajo del monte de Aztaquemecan. Donde acampaban, estaba abajo, en un lugar llamado Zacamolco, pero también arriba sobre un pequeño montículo. Hallábase allá también un templo de los otomís, allá se instalaron. Y también aquí se les abandonó todo; los indígenas ya no se les acercaban, en todas partes estaban las casas desoladas, se había abandonado las casas con toda prisa, en todas partes.

CAPITULO XXVII.

En el capítulo veinte y siete se habla de como los mexicanos se acercaron a los españoles persiguiéndolos por la espalda.

Fue en este tiempo cuando los mexicanos llegaron, quienes querían cortar el camino (a los españoles).

Los mexicanos se establecieron al pie del monte llamado Tonan. Y cuando despuntaba la aurora, los españoles se prepararon y desayunaron. De igual manera se preparaban los mexicanos; comían, bebían, tomaban pinole.

Algunos espías, guardianes, subieron a la montaña para observar cuando los españoles saliesen, (y se) pusiesen en marcha, porque al fin (de los guardianes) su tarea era vigilar (al enemigo). Y después, cuando los españoles se hallaban en marcha, (cuando) proseguían su camino, los espías comenzaron a gritar: ¡Oh mexicanos, ya se está yendo vuestro enemigo, preparémonos! ¡pongámonos en marcha, vámonos juntos! ¡que nadie se quede atrás!

Y cuando los mexicanos habían oído esto, corrieron, todos corrían inquietamente, de uno a otro lado, todos corrían.

Y cuando los españoles los veían, los dejaban acercarse a distancia de vista; cuando comprendieron por esto que (los mexicanos) los querían atacar, pensaron en qué forma podrían vencerlos.

Y después caían, se precipitaban (los mexicanos) encima de ellos, de modo que en un momento todo fue cercado. Después la gente fue atravesada, derribada, los mexicanos los tlaltelolcas murieron allá en grandes cantidades, se postraban casi, se extrañaban en sus manos, casi corrían tras la muerte.

Sólo pocos escaparon; sólo pocos no murieron. Aquellos quienes estaban distantes, que se mantuvieron lejos no murieron.

Y los españoles, después de haber terminado la matanza, satisfechos prosiguieron su camino, siguiéndoles todos los cargadores.

Ya nadie sabía donde ellos dormían a la sazón.

De allá (los mexicanos) regresaron dejando a los españoles detrás de sí, a sus persiguidores.

Y después se averiguaban los guerreros y caciques, que habían muerto; se los quemaba allá a todos.

Y su ceniza se buscaba, sus huesos se reunían, se los reunía en un montículo. Después se los enterró, se los enterró.

Y he aquí la cantidad de días en que los españoles estuvieron en México; entraron (a México) el día "uno viento" y en el año del signo "uno caña" (8-XI-1519) en la víspera de "diez Quecholl". Y al haberse quedado un día (en la ciudad) (lo fue) "dos casas" "exactamente diez Quecholli"; (al décimo día de la fiesta Quecholli). Y al haber llegado el término de Quecholli, el día festivo propiamente dicho. Sigue después la fiesta Panquetzaliztli, veinte días.

Después sigue Atemoztli, veinte días también.

Después sigue Titil, veinte días también.

Después sigue Izcalli, la fiesta final, veinte días también.

Comienza entonces el reinado de los cinco días, que se llaman nemontemi.

Y cuando los cinco días están terminados, empieza Atlcaualo o Quauitleua.

Después se encadenan los años (los años se dan las manos). Entonces empieza el año nuevo, (durando esta fiesta Atlcaualo) también veinte días.

Después sigue Tlacaxipeualiztli, veinte días también.

Después sigue Tozoztontli, veinte días también.

Después sigue Veitozoztli, veinte días también.

Después sigue la fiesta Toxcatl, veinte días también.

Murieron durante aquella los guerreros y caciques que fueron asesinados cuando tuvo lugar la gran matanza en México.

Después sigue Etzalqualiztli, veinte días también.

Después sigue Tecuilhuitontli y fue entonces precisamente en este día cuando se fueron los españoles, en la noche sin que se los notara, se eclipsaron durante la noche sin voluntad (de los mexicanos). (30-VI-1520.)

Y si se suma cuantos días (los españoles) estuvieron (en la ciudad de México) resulta 11 x 20 más 15.

Y eran nuestros amigos por 9 x 20 más 15 días.

Y eran nuestros enemigos por 2 x 20 días.

Y una vez que los españoles habían salido se creía que hubiesen salido por siempre, que no regresarían jamás, que jamás realizarían su regreso.

Después se adornó nuevamente la casa de los demonios (el templo), se arregló. Se barría el suelo, se quitaba la mugre, se sacaba la tierra (el lodo).

CAPITULO XXVIII.

EN EL CAPÍTULO VEINTE Y OCHO SE HABLA DE COMO LOS MEXICANOS CELEBRARON EL UEIILHUITL (1) (LA GRAN FIESTA DE LOS SEÑORES), DESPUÉS DE HABER ABANDONADO LOS ESPAÑOLES LA CIUDAD.

Habiendo llegado el Ueitecuilhuitl, celebraron de nuevo (los mexicanos) una fiesta (a sus dioses) en México, que duraba por veinte días.

Todas las estatuas, las imágenes de los demonios (de los dioses) las adornaban nuevamente, las vestían, las adornaban con plumas de quetzal, con collares y alhajas, les ponían las máscaras de mosaicos de turquesa y las vestían con el traje de los dioses (el traje en forma de manto de plumas rojas de garza), con el traje de plumas verdes de quetzal, con el traje de plumas verdes y amarillas de papagayo, con el traje de plumas (negras) de águila.

Y este ornato (rico) los grandes caciques lo guardaban como su (arreo) indispensable. Sigue después la fiesta Tlaxochimaco, que celebraban veinte días también.

Después sigue la fiesta Xocotluetzi, que celebraban veinte días también.

Y Ochpantztli, que es la cuarta veintena, que festejaron (después de la salida de los españoles).

Teotleco, la quinta veintena que celebraron.

Tepeilhuitl, la sexta veintena que celebraron.

Quecholli, la séptima veintena que celebraron.

Hubieran terminado un año en este mes, en el cual no aconteció nada, cuando no se movía nada (es decir, un año después de la llegada de los españoles).

En (la fiesta) Panquetzaliztli habían pasado ocho veintenas.

---

(1).—*Léase Uei tecuilhuitl.*

En (la fiesta) Atemoztli habían pasado nueve veintenas.

En (la fiesta) Tititl habían pasado diez veintenas.

Izcalli, la fiesta final es la décima primera veintena.

Ahora es tiempo de los cinco días Nemontemi. Atlcaualo o Quauitleua, son doce veintenas.

Tlacaxipeualiztli, son trece veintenas.

Tozoztontli, son catorce veintenas.

Ueitozoztli, es la décima séptima veintena.

Tecuilhuitontli, es la décima octava veintena.

Entonces se completó un año que murieron en el canal de los toltecas.

Y cuando (por primera vez) regresaron, cuando los vimos otra vez, fue después de un año más once veintenas, en la fiesta Izcalli.

Vinieron a Quauhtitlan, acampan en Tacuba, pero quedaron únicamente 2 x 7 días. Después se fueron y estuvieron lejos 2 x 20 días y regresaron nuevamente, pero vinieron sólo por un rato. Vinieron desde Quauhtitlan. Lo único que hicieron fue que mataron un número de gente en Tlaliztacapan, en Viztacalla. Murieron allá gente de Tlatelolco casi 400 murieron.

Y cuando tomaron la resolución, cuando había sido resuelto acerca de nosotros, aconteció esto también después de 2 x 20 días en (la fiesta) Toxcatl, exactamente dos años después de que los guerreros murieron en el patio del templo a (la fiesta) Toxcatl.

CAPITULO XXIX.

En el capítulo veinte y nueve se habla de como vino una gran epidemia huezahuatl de la cual morían los indigenas.

Después de la salida de los españoles de México, y antes de que los españoles volvieran hostiles contra nosotros y de nuevo nos atacaran, se extendía la epidemia de las viruelas, la cual co-

menzó en (la fiesta) Tepeilhuitl (1), haciendo entre la gente una gran destrucción, un gran tepopul (2).

Algunos estaban cubiertos como con una corteza, se extendía (la erupción) sobre todas partes, sobre la cara, sobre la cabeza, sobre el pecho, etc. Era una enfermedad funesta, muchos morían de ella: no podían moverse más, estaban extendidos sobre sus lechos, sobre sus sitios de descanso; no podían moverse, no podían menearse ni cambiarse a otro lado, ni acostarse con la cara hacia abajo, ni acostarse sobre las espaldas. Y cuando se movían gritaban fuertemente. Fue muy funesta la erupción que cubría todo el cuerpo.

Mucha gente moría de ella, y muchos (también) morían de hambre; la gente, en general, moría de hambre, porque nadie ya se preocupaba de la gente (de los enfermos), nadie ya no se dedicaba a ellos. A algunos la erupción solo acometía en lugares aislados (con pústulas) a grandes distancias y no los hacía sufrir mucho, ni de ella morían tampoco muchos. Y en muchos hombres se afeaba la cara, recibían manchas en la cara (o) en la nariz, algunos perdían un ojo, cegaban completamente.

Esta enfermedad de viruelas fácilmente dura sesenta días, sesenta signos de días.

Cuando terminó, cuando aflojó, cuando (los enfermos) se curaban, sanaban, entonces fue que la enfermedad de viruelas se pasó a los de Chalco, y ya con esto disminuyó bastante (en México), pero no por completo. Quedaba aun en fuerza durante Teotleco y disminuyó durante Panquetzaliztli, entonces fue cuando los caudillos de los mexicanos se aliviaron.

Y después ellos llegaron, los españoles se pusieron en movimiento hacía aquí, de allá de Tetzcoco. Vinieron desde Quauhti-

---

(1).—*La peste de viruelas la comunicó un negro, grumete de la expedición de Narváez llamado Francisco Eguía.*

(2).—*Léase ueuei te-popul: una piedra muy grande, o quizás ueuei tepopoloani: un gran destructor.*

tlan, acamparon en Tacuba. Allá repartieron entre sí los campos, se dirigieron hacia distintos rumbos.

Pedro de Alvarado tenía como campo el camino que da a Tlatelolco y el marqués acampó en Coyoacan. Y fue a su cargo el camino que de Acachinanco da a Tenochtitlan.

El marqués sabía perfectamente que el generalísimo de Tenochtitlan era hombre valiente.

En Nextlatilolco o Iliacac dió principio la guerra; se extendió después rápidamente hasta Nonoualco, seguidos por los caciques y ninguno de los mexicanos murió. Entonces regresaron los españoles; los caciques que batallaban en lanchas y estaban protegidos por escudos, tiraban hacia los españoles sus dardos; sus dardos llovían sobre los españoles.

Después entraron (a la ciudad) y el marqués de su parte tiró hacia los tenochcas. Prosiguió el camino de Acachinanco, ensayó numerosos ataques y los mexicanos se le oponían.

CAPITULO XXX.

En el trigésimo capítulo se habla de como los españoles carpintearon sus barcos en Tezcoco para atacar aquí (la ciudad de) México.

Y después de haber venido los barcos de Tezcoco, doce en total, todos se reunieron allá en Acachinanco; después el marqués trasladó su campamento a Acachinanco.

Después examinaron donde los barcos podían entrar, en donde había un canal derecho, donde éste era profundo, donde no lo era, para que (los barcos) no encallaran en algún lugar.

Y los canales eran curvos, doblados, no lograron hacer entrar (los barcos) allá, sólo lograron hacer entrar dos barcos,

perforando para ellos el camino que da de Xoloco en derechura (1).

Y fue hasta entonces cuando por primera vez propusieron, resolvieron con unanimidad de subyugar a todos los mexicanos; esta fue la proposición que no hicieron sino hasta entonces.

Se ponían en filas, los cañones los tenían consigo, iba la bandera de género tejida al frente, inmediatamente, sin inquietud ni precipitación; batían los tambores y tocaban los silbatos de madera.

Y los dos barcos tranquilamente se hallaban allá; sólo en un lado se ponían los barcos y en el otro no iban barcos por hallarse allá huertos. Después se iban, se luchaba: en ambas partes hubo muertos y prisioneros.

Y cuando los tenochcas lo vieron, que vivían en Zoquipan, huyeron con temor, traían sus hijos a la gente vecina, la gente ordinaria iba en el agua sin reflexionar; un gemido general se levanta. Y aquellos que poseían una lancha, metieron sus chiquillos en la lancha, remaban hacia afuera, remaban afuera a toda costa, no llevaron consigo ninguna otra cosa, por temor abandonaron todo, sus pequeños bienes; todo lo echaban allá sobre el suelo. Y nuestros enemigos (los tlaxcaltecas) se pusieron a saquear, tomaron lo que encontraron, lo que hallaron; todo lo cogieron y arrastraron para su campo: mantas chicas y grandes, insignias, un tambor de madera y un tambor de piel.

Los tlatelolcas lucharon en Zoquipan en (sus) lanchas de guerra y cuando (los españoles) llegaron a Xoloco, donde se encuentra la muralla, que en medio cierra el camino, la cañonearon con el cañón grande. No se derrumbó cuando se tiró por primera vez, pero con la segunda vez se derrumbó, y con la tercera vez ya estaba en el suelo y con la cuarta vez la muralla estaba tirada completamente en el suelo.

Y los dos barcos (que habían sido trasladados al otro lado

---

(1).—*La calzada de Itztapalapa en la frontera meridional de la ciudad que da de Xoloco hacia el sur.*

del dique) buscaban a aquellos de las lanchas de guerra, se batallaba sobre el agua. Y los cañones pesados fueron colocados en la proa de sus barcos y allá donde las lanchas se aglomeraban, tiraban los españoles sobre los mexicanos.

Mucha gente se murió y muchos barcos que flotaban sobre el agua se hundieron. También las saetas (hacían daño): aquel a quien veían (los arcabuceros), ya no escapaba, moría inmediatamente, expiraba. Y cuando los mexicanos veían como las balas de los cañones y las saetas no encontraban a nadie, ya no marchaban derecho, iban de un lado al otro, tomando direcciones oblícuas; andaban al través. Y cuando ven que se dispara un cañón, todos van al suelo, se acuestan sobre el suelo, se agazapan. Y los caciques entran a los callejones entre las casas; el camino, (el gran) camino queda despejado, así como si fuese un gran despoblado.

Después llegaron al (puente del canal). Uitzillan. Allá se hallaba otra muralla y muchos se aglomeraron sobre ella; buscaban protección detrás de la muralla. A corta distancia anclaron sus barcos (de los españoles), empujaron (a la tierra), allá se quedaron un pequeño rato hasta que se armaron los barcos con cañones o hasta que se pusieron los cañones en posición.

CAPITULO XXXI.

En el capítulo treinta y uno se habla de como los españoles llegaron a los bergantines, persiguieron a los (que luchaban) en las lanchas, los buscaban, (los atacaban) y como entonces vinieron directamente de la cercanía, desde las casas.

Y después de haber puesto en posición (el cañón) tiraron a la muralla. Y la muralla inmediatamente quedó llena de cuarteaduras y agrietada por detrás.

Y cuando cayó el segundo tiro, la muralla cae al suelo, se derrumba, rajada, agujereada. De nuevo el camino ancho se ve como una gran tira blanca (desolada). Y a los caballos que se encontraban cerca de la muralla los hace huir inmediatamente; todos huyen, todos tratan de salvarse.

Y las diferentes divisiones (de las tropas auxiliares indianas) se fueron apresuradamente hacia el canal, lo terraplenaron inmediatamente, con piedras, ladrillos y algunas piezas de madera taparon el agua. Y hecho esto se pusieron en marcha los caballos; alrededor de diez (caballos) pasaron por allí. Y también salió otra vez una escuadra de caballos que seguían detrás de los primeros.

Y algunos de los tlatelolcas se habían huído al palacio, a la casa de Motecuhzoma. Después salieron con todo temor, tropezaron con la caballería y uno (de los jinetes) atravesó a uno de los Tlatelolcas, y después de haberle atravesado, éste todavía agarró la lanza, y sus amigos sacaron la lanza de sus manos (del jinete), lo derribaron por atrás (del caballo) y luego de haber caído en el suelo le pegaron en la cabeza, dejándolo moribundo.

Después se reunieron los españoles, todos se pusieron en marcha; llevaron consigo los cañones pesados y los accesorios y los colocaron junto a la puerta del águila. (Y se llama puerta del águila, porque habiéndose encontrado allí una águila, labrada de piedra, de la altura de un hombre, muy grande, muy alta, la pusieron de un lado un jaguar erguido y del otro un oso erguido, ambos labrados de piedra).

Y los caudillos después inútilmente se escondieran detrás de las columnas de piedra. Y había dos filas de tales columnas pétreas, ocho en cada lado.

Y sobre la azotea de la casa (que estaba armada en las columnas) los caudillos se apretaron, se apretaron sobre la azotea.

Ninguno de los caudillos se aventuraba a pasar por la calle y los españoles quedaron tranquilos.

Después de haber descargado los cañones se obscureció todo con el humo y los que se habían escondido detrás de las columnas de piedras, huyeron, y los que se encontraban sobre la azotea brincaron abajo y corrieron muy lejos.

Después llevaron los cañones a la altura (más cercana) los metieron en posición sobre la piedra del sacrificio gladiatorio.

Y en la altura (del templo) de Uitzilopochtli inútilmente trataron (los mexicanos) de servir al dios. Tocaron el tambor de madera; lo batieron con todas sus fuerzas; a poco subieron dos españoles y los mataron allá, y después de haberlos matado los echaron abajo. Y los caciques que batallaban en las lanchas se vinieron a la tierra firme, conducidos por los jóvenes que remaban. Después los caciques vieron lo que pasó en los callejones, y apurados clamaban: ¡Oh caudillos, acudid rápidamente!

Y entonces, viendo los españoles que ya se les atacaba, que ya se les perseguía, se retiraron (se hicieron pequeños) enseñaron las espaldas. Corrían, huían, de ambos lados les fueron tiradas flechas y de ambos lados les fueron arrojadas piedras; no encontraron alivio sino hasta Xoloco, allí pudieron tomar aliento, allí terminó (el ataque). A poco, (los mexicanos) regresaban.

Y en lo tocante a los españoles, ellos también regresaron, acamparon en Acachinanco y abandonaron los cañones sobre la piedra del sacrificio gladiatorio. Allá los caciques se apropiaron inmediatamente de ellos los llevaron afuera prontamente, los llevaron al lugar llamado Tetamazolco (o del sapo pétreo) y los echaron al agua.

CAPITULO XXXII.

En el capítulo treinta y dos se habla de como los mexicanos salieron de su ciudad, por miedo a los españoles y se alojaron en el Tlatelolco.

Después de lo ocurrido, los tenochcas entraron a Tlatelolco. Hubo un llanto general; un clamor general, muchas fueron las lágrimas de las mujeres. Muchos maridos buscaban a sus esposas; éstas o aquéllos llevaban en brazos a alguno de sus hijos. Al día siguiente de haber abandonado la ciudad regresaron los tlatelolcas a Tenochtitlán para luchar.

Pedro de Alvarado cañoneó otra vez a Iliacac, cerca de Nonoualco, pero nada logró. (Los españoles) atacaron como contra una roca, pues los tlatelolcas se esforzaron bastante. En ambos lugares se luchaba, en la calle y sobre el agua en las lanchas de guerra. Y cuando Alvarado, se cansó, regresó y acampó en Tacuba.

Y dos días después, cuando los dos bergantines que habían llegado primeramente, habían expulsado las lanchas (de los indígenas), se reunieron todos y tomaron posición a la orilla del caserío de Nonoualco.

Después llegaron a tierra firme; luego prosiguieron su marcha por los caminos angostos, que dan al corazón de los barrios. Y a donde los españoles llegaban, se asilenciaban los indios y ya no salía nadie de la gente.

Tzilacatzin, un gran caudillo, un hombre muy valiente, atacaba con tres piedras, que traía consigo, piedras grandes, redondas, piedras de murallas, piedras blancas; de esas, una piedra la tenía en su mano, las otras dos dentro de su escudo. Después él perseguía a los españoles, los cazaba sobre el agua, los destruía.

Volviéronse al agua y se cargaron demasiado hacia abajo, donde estaban los bergantines.

Y este Tzilacatzin fue un otomí: por tener éste (título de)

cacique, por eso se peinaba como otomí; despreciaba a sus enemigos, y aunque fueren españoles los estimaba como nada, por aterrorizar a todos. Cuando veían a Tzilacatzin, nuestros enemigos se agazapaban y los españoles se empeñaban en matarlo con la saeta o con el arma de fuego; pero Tzilacatzin se disfrazaba para no ser reconocido.

Una vez ponía una insignia de rango, dejaba colgar de los labios un colgante y se ponía las orejeras doradas y usaba su collar, su collar que constaba de conchas de caracoles. Solo su cabeza quedaba sin cubrir, con lo cual mostraba que era un caudillo (de grado o rango) otomí. Y otras veces se presentaba unicamente con su armadura de algodón, con una pieza delgada de género envolvía su cabeza. Y otras veces se disfrazaba de otro modo; poníase un casco de plumas, con una peluca, una correa de guerrero, como liga de cabello en la parte posterior de la cabeza. Con este atavío se echaba a hombres vivos en el fuego (por siervos de Otontecuhtli), así él aparecía en esta función imitando a aquéllos que echan al fuego. Llevaba una correa dorada de la muñeca, en ambos lados, en ambos lados se hallaba en su brazo, y la correa dorada de la muñeca brillaba. Y de igual modo llevaba en la pantorrilla una correa dorada brillante.

Y al día siguiente vinieron otra vez, y acercaron sus barcos a tierra en Nonoualco, por Ayauhcaltitlan (junto a la casa de la Niebla). Y vino también la infantería (española) y toda la gente de Tlaxcala y los otomís. Los españoles cercaron a los mexicanos en grandes masas.

Y después de haber llegado a Nonoualco, se batalló, se luchó, nacía la batalla, la guerra. En ambos lados gentes fueron matadas, todos sus enemigos fueron heridos por flechas, todos los mexicanos también de este modo; se sufrían pérdidas en ambos lados; por todo el día hasta la noche se batalló.

Sólo había dos (propiamente tres) grandes caudillos, que no volvían las espaldas, que estimaban a sus enemigos como nada, que no amaban su cuerpo. Llámase el primer Tzoyectzin; llá-

mase el segundo Temoctzin; y el tercero es el citado Tzilacatzin.

Y cuando los españoles se cansaron, cuando no lograron nada, no pudieron romper las líneas de los mexicanos, se fueron, se fueron a su casa, muy abatidos y detrás de ellos los conducidos por ellos (las tropas auxiliares indígenas).

CAPITULO XXXIII.

En el capítulo treinta y tres se habla de como los que viven sobre jardines flotantes, que son la gente de Xochimilco y de Cuitlauac, la gente de Itztapalapan y de otros pueblos más vinieron a ayudar a los mexicanos.

Y aconteció una vez que la gente de Xochimilco, Cuitlauac, Mizquic, Colhuacan, Mexicatzinco, Itztapalapan, mandaron tropas, hablaron con Quauhtemoctzin y con los demás príncipes, caudillos, y les dijeron: O mi hijo (mi príncipe), hemos venido con pocos a ayudar a la ciudad (de México). Quizá sea posible que con esto se pague la deuda. Es así la palabra de los reyes, quienes todavía están en poder del reinado allá. Cierto, aquí viven los reyes. Han venido, se han reunido en lanchas los guerreros valientes, para así, dicen, expulsar ahora a nuestros enemigos. Y después de hecho su discurso, después de haber hablado al rey y a los demás, éstos les dicen: Esta bien, habéis hecho una buena obra (nos habéis obligado); habéis sufrido penas y cansancio; ayudad ahora a la ciudad (de México); que se batalle en seguida.

Luego les dieron regalos, les dieron insignias (de plumas) y escudos (de plumas); les dieron cacao, le dieron a cada uno una calabaza llena de cacao. Después les dijeron: ¡Os digo que se batalle, caudillos! Ya están por venir nuestros enemigos.

Después fueron las tropas de refresco, a donde vivía la gen-

te de Cuitlauac, quienes los habían traído; y después de haberse ido, se oyó de contínuo en todas las calles el estrépito de guerra. Se luchaba y las gentes de Xochimilco se precipitaron en las lanchas, pero no prestaban ninguna ayuda, sino que comenzaron a robar inmediatamente.

Robaron a las mujeres y a los niños y a los ancianos (a quienes los mexicanos allá habían abandonado); a algunas las mataron en seguida, perdieron su aliento (murieron); a otras no las mataron, sino que las llevaron tranquilamente en sus barcos.

Y al hacer esto, al conducir afuera a la gente clandestinamente, los caciques gritaron: ¡Oh mexicanos! ¿qué están haciendo estos miserables? ¡Que todos acudan!

Después se hizo un estrépito general, ellos los persiguieron con las lanchas, y todas las lanchas que están en Nonoualco se reunieron todas allá, todas fueron alla para tomar parte en la persecución. Después ellos encerraron a los xochimilcas, después a algunos los mataron, los atravesaron, los mataron con la maza; a otros los tomaron presos. Casi todos se murieron allá, fueron aniquilados allá.

Y cuantos habían capturado, todos los abandonaron allá. Ninguna de las mujeres fue llevada (presa).

Y después de haber acontecido esto en tal forma, los españoles se regresaron. Así los xochimilcas con esto sólo nos quisieron arruinar secretamente.

Y a toda la gente de Xochimilco y Cuitlauac, etc., quienes habían sido tomados presos, se los llevó violentamente a Yacacolco, donde actualmente se encuentra (la iglesia de) Santa Ana. Allí se hallaban Quauhtemoctzin y Mayeuatzin, rey de Cuitlauac, por encontrarse aquí (en la ciudad) durante la guerra.

Y cuando fueron traídos delante (de los reyes) saludaron a Mayeuatzin, diciéndole: ¡Oh mi hermano menor, vive en paz!

Pero Mayeuatzin les contestó: ¡Miserables! ¿Qué habéis hecho?

Dijo después Quauhtemoctzin a Mayeuatzin: ¡Oh mi her-

mano menor! cumple con tu servicio de esclavo (tu deber).

Y en seguida Mayeuatzin sacrificó cuatro de sus vasallos. Quauhtemoctzin también sacrificó a cuatro. Y después, quienes pertenecían todavía al número de los presos, se mandó que se les sacrificase. En todas partes, en los templos de los ídolos, en todas partes hacían correr (la sangre) de los presos.

Y después los mexicanos, que estaban irritados, decían: ¿Debe vivir aquí entre nosotros, mezclado con nosotros el xochimilcatl, que ya está haciendo aquí su hogar? ¿No deposita él ya sus palabras allá? (1). ¡Llevémoslos afuera, que mueran!

Y después de haberlo sentenciado se sacaron (de las casas) a las mujeres, a las viejas y a los adultos, y todos fueron matados; ninguno quedó con vida, a causa de habernos engañado, de habernos traicionado, pues los de Xochimilco y de Cuitlahuac vinieron a ayudarnos.

Y después de algunos días vinieron dos barcos a Iyauhtenco, exclusivamente españoles. Llegaron al alba; ningún otro hombre (indígena), sólo ellos vinieron, y después de haber fijado sus barcos, saltaron a la tierra seca. Y luego de haber saltado a la tierra firme, inmediatamente comenzaron a luchar, a tirar balas de fusiles y saetas (contra los defensores).

Y los guerreros (mexicanos) se agazaparon detrás de las murallas y buscaron protección detrás de las casas o paredes. Y el espía, cuyo cargo y tarea es (mirar), donde (a qué horas) se debía salir, cuando fue la hora adecuada gritó: ¡Gente de México, adelante!

(1).—*¿No está él en realidad soplando noticias a los otros (los enemigos)?*

CAPITULO XXXIV.

EN EL CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO SE HABLA DE COMO LOS MEXICANOS APREHENDIERON A QUINCE ESPAÑOLES. ¡GENTE DE MÉXICO, ADELANTE! Y DESPUÉS COMIENZA EL ESTRUENDO, SE TOCAN (LAS CORNETAS GRANDES DE CONCHA) Y LOS ESPÍAS TIRAN AL SUELO LOS ESCUDOS (SE MUESTRAN A LOS ENEMIGOS.)

Después ellos persiguieron a los españoles. Quince españoles fueron tomados presos y conducidos a los barcos; después los llevaron a un sitio en medio del agua. Y después de haber traído diez y ocho (presos) los llevaron al lugar donde ellos habían de morir, llamado Tlacochcalco (casa de dardos); los desnudaron; les quitaron toda su armadura de guerra y su armadura de algodón y todo lo que tenían sobre su cuerpo; todo les quitaron. Entonces ya hechos esclavos, sufrieron la muerte del sacrificio (1) y sus amigos veían, desde el agua, (como los sacrificaban).

Y en otra ocasión metieron dos barcos en (el barrio de) Xocotitlan y después de haber desembarcado se fueron a los huertos de los xocotecas. Cuando Tsilacatzin y otros caciques los vieron, los atacaron inmediatamente, los persiguieron en huída violenta, los apedrearon, empujaron a los españoles al agua.

Y otra vez llevaron sus barcos al (barrio de) Coyonacazco para luchar, para batallar; y después de haber llegado, salieron algunos españoles bajo la conducción de Castañeda (y) Xicotencatl (2), quien venía con su adorno de Quetzaltemal. Después tiraron con saetas, y alguien fue herido en la frente y luego murió. Castañeda había tirado la flecha y los caciques penetraron hacia él en seguida, los empujaron hacia el agua, los ape-

(1).—*Sahagún en la traducción española indica: delante del ídolo Macuiltotec.*

(2).—*Se refiere a un traje real de guerra con pelota y penacho de plumas de quetzal.*

drearon, los ahogaron y Castañeda hubiera muerto aquí, pero colgado de un barco lo llevaron a Xocotitlan.

Y hubo un barco en (el barrio de) Tetenantepotzco, donde la muralla de piedra está en curva, donde sale el camino directamente a Tepetzinco; allá estaban de guardia en el agua. Y en la noche ellos los llevaron afuera. Y después de algunos días nos hiciron anunciar ofensiva general nuevamente los españoles.

Vinieron, después de haberse abierto (encontrado) el camino desde Quauhecatitlan, que dá directamente al mercado de la sal. En la calle de Quauhecatitlan no encontraron espacio. Y la gente de Tlaxcala, la gente de Acolhuacan, la gente de Chalco llenaron los canales y como no encontraron espacio en la calle echaron ladrillos y vigas, que habían sido colocados como dinteles, pilastras cuadradas y redondas y machones de caña, en el agua. Y cuando los canales estuvieron tapados los españoles se pusieron en camino. Iban muy lenta y precavidamente, la bandera al frente de ellos, al son de las cornetas y de los tambores; y detrás de ellos iba en formación toda la gente de Tlaxcala y todos los de las aldeas (vecinas).

Los de Tlaxcala se hacían fuertes, sacudían las cabezas, se golpeaban sobre sus pechos y cantaban. Los mexicanos cantaban también; en ambos lados se cantaba. Empezaban una canción cualquiera que recordaban y con esto se ponían fuertes.

Y los guerreros (mexicanos) después de haber llegado al (barrio) de Tlalhuacan se tiraban en el suelo, sobre el suelo se echaban, se escondían, se agazapaban. Esperaban, hasta que llegara la hora en que se dé la orden de salir, el momento en que puedan salir.

Y después de que se gritó: ¡Oh gente de México adelante! El tlapanecatl Ecatzin, el otomí, los atacó, tropezó con ellos, decía: ¡Guerreros de Tlatelolco, adelante! ¿Quiénes son estos bárbaros? ¡Que vengan! Después echó en el suelo a un español, lo abatió en el suelo. El lo echó en el suelo, como primero lo hizo, como primero con él. Y después de que él lo había echado en el suelo, ellos (sus acompañantes) arrastraron al español.

CAPITULO XXXV.

En el capítulo treinta y cinco se habla de como los mexicanos otra vez hicieron presas, como capturaron a cincuenta y tres españoles, como ellos fueron contados, cuando los españoles fueron tomados presos y además mucha gente de Tlaxcala, Tezcoco, Chalco, Xochimilco. Y como todos fueron sacrificados allá delante de sus dioses y después ellos expulsaron a todos los guerreros completamente, quienes se habían tirado en el suelo, los perseguían entre las casas.

Y los españoles, cuando los vieron, estaban como ebrios.

Después tomaron presos a muchos tlaxcaltecas, acolhuas, chalcas, xochimilcas, etc., fueron hechos prisioneros. Abundantemente se tomaron presos, abundantemente las gentes fueron matadas, empujaron a los españoles y a todos los indígenas (los aliados de los españoles) en el agua.

Y el camino se puso resbaladizo; ya uno no podía andar sobre él, todos se resbalaban; todos se resbalaban. Los presos fueron arrastrados.

Allá fue capturada la bandera y traída; los tlatelolcas la capturaron. Ella fue capturada en el lugar que actualmente se llama San Martín. No la cuidaban y no hacían caso de ella.

Y los demás se salvaron de las manos de los enemigos. Ellos los perseguían hasta el descanso, hasta la orilla del canal (en el barrio de) Colhuacatenco; allá podían tomar posición nuevamente.

Y después llevaron afuera los presos hacia el Yacacolco. Se les obligó a ir rápidamente, ellos circundaban a sus presos; el uno estaba llorando, el otro cantaba, el otro chillaba, lanzaba el alarido de guerra. Y después de haberlos llevado al Yaca-

colco se los colocó en filas ordenadas; uno tras otro subieron a la pirámide de tierra, donde se sacrificó a los presos.

Dieron principio con los españoles, con ellos comenzaron y siguieron con los nativos de las aldeas (aliadas con los españoles).

Y después de haber terminado el sacrificio, ellos pusieron las cabezas de los españoles sobre maderas. Pusieron también las cabezas de los caballos, sobre maderas; las pusieron abajo de las de los españoles; y las cabezas de los españoles, que se encontraban arriba estaban clavadas con la cara mirando al sol (oriente). Y en lo referente a los diferentes hombres, (los indígenas aliados de los españoles) no plantaban sus cabezas, las cabezas de aquellos del extranjero.

Y de los españoles se capturaron cincuenta y tres, más cuatro caballos.

En todas partes se vigilaba, se luchaba. La vigilancia jamás terminaba, porque en todas partes los xochimilcas nos circundaban en las canoas.

En ambas partes se hicieron presos, en ambas partes las gentes fueron matadas. Y todo el pueblo sufría gran pena, ellos tenían hambre, murieron de hambre, ya no bebían el agua buena, limpia, sino bebían agua (de la laguna) llena de salitre. Muchos murieron de esto, y muchos hombres fueron atacados por la disentería, de ésta murieron.

Y se comía meras lagartijas, golondrinas y yerba verde de mazorca y yerba ensalitrada y comían habas de *pater noster* (Erythrina corallodendron) y comían lirios y estucco y cuero y piel de ciervo; ellos asaban, freían, tostaban, quemaban, lo comían así y yerba de Tetzmetl y ladrillo y comían Texcoatl.

No había sufrimiento más grande que el que ellos estaban padeciendo, estaban encerrados terriblemente, furiosamente, se extendía la mortandad por el hambre y paulatinamente ellos nos arrimaban a la pared, paulatinamente nos cercaban.

CAPITULO XXXVI.

En el capítulo treinta y seis se habla de como los españoles por primera vez entraron a la plaza de Tlatelolco.

Sucedió que una vez cuatro montados a caballo entraron al mercado y después de haber penetrado dieron una vuelta alrededor del mercado, persiguiendo a los guerreros (mexicanos) atravesándolos con la lanza. Muchos murieron.

Con impetuosidad se lanzaban sobre el mercado. Fue entonces cuando por primera vez vieron el mercado. Después salieron huyendo y los guerreros (mexicanos) los atacaron (osaron acercarse a ellos), los persiguieron.

Y cuando penetraron por primera vez al mercado fue inesperadamente, sin previo aviso.

Y al mismo tiempo quemaron el templo, le pegaron fuego. Y después de haberlo incendiado, se convirtió en llamas, mucho subió el fuego; la llama, el fuego ardía y relumbraba. Y cuando los mexicanos veían que el templo se quemaba, lloraban y unos a otros se saludaban llorando, porque pensaban que iba a ser saqueado.

Y por mucho tiempo se peleó en la gran plaza (de Tlatelolco). La batalla quedó reducida a los alrededores, porque luego abandonaron la muralla del "mercado de cal".

Y en Copalnamacoian (mercado del copal) y en Atecolacan, en el lugar de los señores de los caracoles del agua y en Xochicalco, en la casa de las flores, entraron a los callejones (entre las casas).

Los guerreros (mexicanos) se protegían en los muros y todas las casas de la gente de Quauhquechol que circundan el mercado fueron convertidas en barricadas.

Muchos (de los guerreros mexicanos) tomaron posición sobres las azoteas, echaban, tiraban abajo de allá piedras y dardos; empujaban y tiraban y todas las casas de la gente Quauh-

quechol estaban perforadas en su parte posterior. Las perforaron sólo un poco, y cuando los caballos los perseguían nuevamente, los querían perseguir, les querían cortar el camino, entonces los guerreros entraban rápidamente a estas casas.

Y una vez aconteció que los españoles penetraron a Acatliacapan; y allí robaban, llevaban afuera gente del pueblo. Y al ver esto los guerreros (mexicanos) echaron sus dardos sobre los guerreros (invasores).

Hubo allá un (señalado guerrero) llamado Axoquentzin; que perseguía a sus enemigos, les hacía soltar (los presos), los hacía retroceder, los forzaba a regresar. Este guerrero murió allá; lo mataron con la saeta; le tiraron en el pecho; le tiraron la saeta en el corazón, fue atravesado en ambos lados, de manera que murió.

Después nuestros enemigos se agacharon en el suelo (o se retiraron con el ejército principal). Y en Yacacolco se luchaba también: los españoles disparaban saetas. Ordenados en filas los ayudaban, los acompañaban los cuatro príncipes, (1) ellos cerraban el camino. Y los guerreros (mexicanos) se tiraron en el suelo (se colocaron en emboscada) para penetrar por detrás en las filas (de los españoles) cuando el sol ya estaba poniéndose.

Y después, cuando llegaron algunos de nuestros enemigos subieron a las azoteas y vieron la emboscada y, después de haber gritado uno, diciendo: ¡Oh, gente de Tlaxcala, acudid! ¡He aquí a nuestros enemigos! todos echaron dardos sobre aquellos que se hallaban en la emboscada. Su intento de ruptura fracasó.

Llegaron sin obstáculo a Yacacolco, donde la batalla tuvo lugar cerca del mercado. (Los españoles) habían apenas llegado a su objetivo (sólo tocado a la puerta), no podían romper las líneas de los tlatelolcas, quienes estaban allende el agua, arrojando de allá dardos y piedras. No pudieron tomar ningún paso, ningún puente.

---

(1).—*Es decir los reyes de Tlaxcalla, Acolhuacan, Chalco y Xochimilco quienes batallan al lado de los españoles.*

CAPITULO XXXVII.

En el capítulo treinta y siete se habla de como los mexicanos abrían durante la noche los canales que los españoles habían cegado durante el día.

Nuestros enemigos cegaban los canales, y en cuanto se habían ido sacábanse nuevamente las piedras con las cuales los enemigos habían tapado los canales. Cuando amanecía, de nuevo estaba todo tal como lo había estado el día anterior. Siempre lo hacían así, donde (los españoles) habían tapado los canales, sacaban en seguida las piedras, los maderos, etc.

Por eso la guerra se prolongaba; por eso sólo con trabajos podían entrar (en las líneas de defensa de la ciudad) pues las acequias eran como murallas grandes.

Los españoles y toda la gente de Tlaxcala tenían a su cuidado común el camino, la gran calle Yacacolco y Tlilhuacan (y) Atezcapan.

Yacacolco, Cuepopan, Apauazcan y Atliceuhyan, a donde pertenecen todavía Ayacac (y) Totecco, fué la tarea de la gente de Xochimilco, Cuitlahuac, Mizquic, Colhuacan, Iztapalapan, tarea común de aquellos que luchaban en las canoas.

Y las gentes (de los barrios) de Atliceuhyan y Ayacac, que estaban en las canoas, echaban dardos de allá, se esforzaban para oponerse a los enemigos, no perdían su tiempo, se encontraban en iguales condiciones.

Los dardos con puntas dentadas estaban como lloviendo, las flechas desembocaban en corrientes como una serpiente. Cuando arrojaban (sus dardos) con el atlatl, semejaban un manto amarillo que se cernía sobre los enemigos.

Y algunos caciques, el Tezcacoacatl Xiuhcozcatzin, el Tecpanecatl Quauquatzin, Uitzitzin, Itzquiutzin, cuyas casas se hallaban en Yacacolco, no perdían su tiempo, no abandonaban a sus mujeres y niños sino que con trabajos las ponían a salvo

en la cercanía de las casas, en el otro canal, donde está Amaxac.

Y aconteció una vez que los españoles vinieron desde Totecco, y cuando habían llegado donde se hallaba el telpuchcalli (casa en que se educaban los jóvenes) llamado Ayacac, pegaron fuego en ella.

Y un segundo barco de los españoles entró al (barrio de) Atliceuhyan, y muchas lanchas de los xochimilcas los acompañaban al entrar.

Y el cacique, el tlacateccatl Temilotzin, quien tenía su posición sobre una pirámide de tierra, vió a los españoles.

Y el cacique Coyoueuetzin, que ostentaba la insignia del rango: águila y jaguar, mitad águila y mitad jaguar, vino en canoa de Tolmayecan, tiró desde allá, y muchas lanchas de guerra (con tripulación armada) lo acompañaban. El les decía, acercándose: ¡Oh caciques, adelante! ¡echémoslos de una vez por todas (resolvamos el problema) de una vez por todas!

Después se precipitan en las lanchas y cuando los españoles vieron esto volvieron las espaldas, y (los mexicanos) los persiguieron; después llegaron (Coyoueutzin y los suyos) directamente a Atliceuhyan.

Y separaron los barcos de los españoles de los demás, los colocaron en Amanalco y muchos de los xochimilcas fueron flechados. Y después de haber sido perseguidos, regresaron para recuperar una posición.

Después los guerreros (mexicanos) los persiguieron: Coyoueuetzin se atrincheró detrás de la pirámide de tierra. Luego él los empujó hacia atrás, los expulsó hacia el lugar donde se encuentra el telpuchcalli de Atliceuhyan. (Los españoles) de su parte obligaron al Coyoueuetzin a huír por agua (por el lago).

Otra vez el joven guerrero otomí Itzpapalotzin rechazó (al enemigo), quien también se había puesto una insignia de rango. Después los persiguió, los envolvió como una nube de polvo, los arrojó con sus canoas; y ellos se retiraron, quedando vencidos, y la gente de Cuitlauac, que creía que había muerto jun-

to con los demás su rey Mayeuatzin, indignadísimos (con los mexicanos, entre los cuales estaban Mayeuatzin) decíanles: ¡Habéis matado a nuestro rey! ¡mostrádnoslo de nuevo! ¿por qué habéis matado a nuestro rey?

Y Mayeuatzin (que estaba vivo) en cuanto supo que su pueblo estaba airado, dijo a Coyoueuetzin: ¡Oh mi hermano mayor! busca uno de nuestros guerreros que pueda gritar, que tenga buena voz, una voz muy fuerte.

Entonces llamaron a un cacique llamado Tlamayocatl, y Mayeuatzin le dijo: Vete y dí a la gente de Cuitlauac: ¡Oh gente de Cuitlauac! vuestro rey Mayeuatzin me manda. Mirádlo, hélo aquí, sobre la pirámide de tierra.

Y cuando la gente de Cuitlauac lo oyeron, le contestaron: ¡Oh no, vosotros lo habéis matado!

Después ellos les dijeron: No está muerto. Vedlo, allí está de pie. Y (Mayeuatzin) les dijo: ¡No estoy muerto; tened cuidado, no maltratéis mis adornos de los labios, mis piedras preciosas verdes, mis insignias de plumas.

Y después de haber terminado (Mayeuatzin) su discurso, se levantó un gran estrépito. Después se batalla, se persiguen (a los mexicanos) hasta en el mercado de la venta del copal, donde por largo rato duró la lucha.

Y una vez nuestros enemigos concertaron la gente de Tliliuhquitepec (y) Atetemollan. Tomaron un sendero angosto que conducía, entre huertos, a la casa de un príncipe llamado Tlacatzin. Y cuando nuestros enemigos entraron, los guerreros (mexicanos) los expulsaron.

Y un caudillo, un cacique llamado Tlapanecatl, quien tenía su casa en Atezcapan, los atacó en seguida. Después nuestros enemigos lo tomaron preso y los guerreros (mexicanos) se precipitaron con violencia sobre él y les tiraron a nuestros enemigos. Después obligaron a ellos a soltar al cacique, a quien habían tomado por preso. Pero los enemigos los hirieron en el muslo, en el lugar donde uno se ensuciaba de sangre y cesó por entonces la lucha.

CAPITULO XXXVIII.

En el capítulo treinta y ocho se habla de como los españoles instalaron una máquina de madera para lanzar piedras, con la cual ellos quisieron matar traidoramente a los tlatelolcas.

Y después los españoles instalaron una máquina de madera para lanzar piedras, sobre la pirámide de tierra, para arrojarlas contra el pueblo. Y cuando la terminaron, teniendo ya todo listo, el pueblo se puso en torno de la máquina, indicándola con los dedos, mostrándola los que estaban apretados en Amaxac.

Todo el pueblo señalaba con los dedos a los españoles, quienes ya estaban dispuestos a tirar contra ellos y arrojarles las balas de la máquina de madera para lanzar piedras.

Después (los españoles) dieron vuelta a la rueda e inmediatamente subió el sistema de vigas de la catapulta y la dirección no fue exactamente en la dirección de la gente, sino que cayó detrás en un rincón de la plaza. Y cerca de esto (los españoles) se pelearon.

Tan pronto como los españoles se dejaban ver, y alguno indicaba con el dedo a ellos, charlaban de uno y otro lado.

Y la máquina de madera para lanzar piedras se movía, giraba de un lado al otro; funcionaba muy paulatinamente. Después pudo verse muy bien que en su punta se hallaba una honda y una cuerda muy gruesa; y por estar provisto de una cuerda se ha llamado máquina de madera para lanzar piedras.

De nuevo los españoles hicieron grandes esfuerzos y (también) toda la gente de Tlaxcala. Pusiéronse en filas en Yacacolco y en Tecpancaltitlan y en Copalnamacoyan.

En Atecocolecan se hallaba muy tranquilamente el generalísimo de todas las (fuerzas militares) que nos rodeaban.

Y los guerreros (mexicanos) tomaron sus posiciones, hiciéronse fuertes, diéronse aspecto de héroes. Ninguno parecía débil, nadie se portaba como mujer. Dijeron: ¡Acudid, o ca-

ciques! ¿Quiénes son ellos, estos bárbaros miserables, estos tlalhuicas miserables?

Y los guerreros (mexicanos) iban y venían, iban a los lados, ya nadie estaba parado, ya nadie se quedaba parado. (Y los españoles frecuentemente transpasaban el lado hostil). No dejaban mirarse.

Tal como los indígenas estaban vestidos, ellos también estaban vestidos. Se habían puesto una insignia de guerrero, ligado un sarape (sobre los hombros); con esto despertaban un aire falso, dejaban ver cierta precaución.

Cuando (los españoles) habían tirado a uno, entonces (los guerreros mexicanos) se apretaban abajo, se tendían sobre el suelo.

Mucho se miraba, se espiaba de que parte venía la flecha férrea. Eran muy cautos, mucho espiaban los guerreros de Tlatelolco.

Y particularmente (los españoles) penetraban a su territorio; llegaban precisamente a las casas (las barricadas). Y en Copalnamacoyan, en la calle de Amaxac, los escudos (de las fuerzas militares) ya se encontraban muy cercanos, ya mostraban las puntas.

Un hombre llamado Chalchiuhtepeua, se escondió detrás de una muralla en Amaxac, era éste un mexicano de Tlatelolco. Y espiaba a un caballo para atravesarlo. Cuando logró atravesar el caballo, el jinete español cayó al suelo por las ancas y en seguida sus amigos lo cogieron. Entonces éstos persiguieron a los guerreros (mexicanos) y los príncipes, quedaron cerca, detrás de ellos. Después (los españoles) los perseguían por la retaguardia. Después ellos los encontraron de nuevo en Copalnamacoyan, donde se halla un baluarte (o los cogieron nuevamente en Copalnamacoyan). Entonces volvió la tranquilidad y todos volvieron a sus casas.

Y una vez aconteció que todos los que nos rodeaban, salvo los españoles, se reunieron en Teteuhtitlan; tomaron sus posiciones en la madrugada y luego procuraron cegar el estan-

que llamado Tlaixcuipan, que les estorbaba mucho. Arrojaron dentro de él toda clase de piedras, madera, columnas, pilastras, dinteles superiores, ladrillos de barro, piedras angulares, etc. Hacían ruído, arremolinaban el polvo, porque pensaban, porque intentaban robar a la gente que vivía apretadamente en la calle que daba a Tepeyacac.

Y cuando los guerreros (mexicanos) vieron lo que hacían, lo que intentaban los enemigos, resolvieron ellos lo que podían hacer. Y después de haber reflexionado, tomaron una canoa, muy precavidamente la remaron, la anclaron cerca de la calle: no se dió a conocer ninguna insignia de caudillo, ellos se escondieron. Vino otra; la remaron de la misma manera precavida, y otra vez vinieron dos lanchas, con las cuales ya eran cuatro.

Entonces se levantaron dos caballeros águilas y dos caballeros tigres. El primer águila era Topantemoctzin; el segundo, Tlacatzin; y el primer jaguar, Temilotzin, y el segundo, Coyoueuetzin. Después se pusieron en marcha un jaguar y un águila. Los remaron afuera a todo remo; la lancha casi volaba. Llegó a Teteuhtitlan para detenerlos adelante, para cortarles el paso. Y cuando se habían ido, otra vez echaron detrás dos hombres: un caballero águila y un caballero tigre. Y después de haberse ido ellos, se tocaron los clarines; luego. muchas gentes fueron robadas, y a algunos, los guerreros (mexicanos) les cortaron el camino.

Y cuando nuestros enemigos lo vieron, quisieron huir, pero muchos cayeron en el agua, se hundieron y se ahogaron. Otros salieron desmayados, desmayados, todos mojados tal como estaban. Otros que inútilmente querían huir, cayeron entre las vigas que se echaron en el agua y fueron sacados completamente enlodados, completamente impregnados de humedad. Muchos se perdieron, muchos fueron los muertos.

Y por segunda vez, nuestros enemigos murieron allá en gran número, murieron gentes de todas clases. Y cuando nuestros enemigos habían muerto, el día siguiente, todo quedó tran-

quilo. Pero los españoles pasaron a Amaxac, llegaron allá, donde el pueblo había encontrado su último refugio; nos rodearon de todos lados, lucharon en torno nuestro, especialmente allá en Amaxac, y en la calle que da a Tepeyacac. Después penetraron al telpuchcalli, un gran edificio, que se llama así porque allí viven juntos todos los jóvenes que reciben especial educación. Entonces subieron a la azotea, y toda la gente se precipitó hacia el lado posterior de dicha casa; después uno se echó al agua y un gran caudillo, llamado Uitzilhuatzin, se hizo fuerte en la azotea del telpuchcalli. Estaba todavía fuerte como un baluarte y el pueblo lo obedecía.

(Los españoles) les pegaban, los deshacían, los destrozaban. Después los guerreros (mexicanos) los tiraron de nuevo y entonces los españoles lo dieron libre inmediatamente. Después lo recogieron, pero él no se murió; ellos se marcharon y se quedaron tranquilos. Y (los españoles) prendieron fuego a las imágenes de los demonios en el telpuchcalli y las quemaron. Y los guerreros (mexicanos) en vano se oponían, pero no tiraban a las mujeres sólo a aquellas que se presentaban como hombres (luchadores) y la refriega duró hasta cerca de la puesta del sol.

Y durante el cuarto día aconteció lo mismo. Nuestros enemigos se pusieron todos en marcha hacia donde el pueblo (mexicano) se detuvo. Contra estas (barricadas) marcharon los españoles, avanzando muy lentamente.

Y el caudillo, el Tlacateccatl Temilotzin, en vano se colocó en una emboscada contra ellos; él se escondió detrás de una muralla; se presentó en la figura (el traje) de una águila, tenía una espada de hierro, con la cual quiso cortarles (el camino). Y cuando él vió que ya no podía (salir) hacia ningún lado, brincó en el agua, prosiguió su camino en el agua.

Surgió luego un gran clamor, fue que de nuevo se enconó allá la batalla. Sólo llegaron hasta este lugar y la lucha duró todo el día.

Cuando la aurora del quinto día había despuntado, nuestros

enemigos, los españoles, resolviéronse de nuevo a atacar, y todos los que nos rodeaban, todos se pusieron en movimiento. Nos circundaban, nos rodeaban, ya nadie podía salir a ningún lado. Quienes empujan, quienes chocan unos con otros, quienes se pisotean y muchos mueren en la apretura.

Y cuando ya nos alcanzaron una mujer les echó agua, les echó agua en los ojos; con agua cegó a nuestros enemigos.

Y el rey Quauhtemoctzin, y los caudillos Coyoueuetzin, Temilotzin, Topantemoctzin, Auelitoctzin, el Mixcoatlailotlactzin, Tlactzin, Petlauhtzin, cogieron después al cacique llamado Tlapaltecatl Opochtzin, nativo de Coatlan, y lo adornaron con el "tecolote de plumas de quetzal", la insignia de Auitzotzin. Quauhtemoctzin habló así: Esta insignia, que fuera la insignia del hermano menor de mi padre, Auitzotl, que ya se la ponga él (el cacique); que ya muera con ella, que ya espante y asombre (a la gente) con ella, que dé una señal en ella, y que nuestros enemigos lo vean, que se asombren de él.

Y cuando le pusieron esa insignia, tomó un aspecto espantoso, aterrador. Y ordenaron a cuatro caciques que le ayudasen, lo acompañasen. Diéronle lo que era el arma del ídolo: un dardo con punta de pedernal. De este modo él casi se contaría entre los reyes mexicanos.

El cihuacoatl Tlacotzin dijo: ¡Oh mexicanos! ¡Oh gente de Tlatelolco! ¿No es nada, por lo cual duraba México, sobre lo cual se basaba el mexicanismo? Dícese (he aquí) donde está la orden de Uitzilopochtli, quien echa sobre la gente la serpiente del fuego, la madera para encender el fuego. Después de que él los lanzaba sobre la gente, sobre nuestros enemigos, coged vosotros ahora, oh mexicanos, su mandamiento, el dardo. Debéis mostrar (la flecha) inmediatamente hacia allí, en la dirección de nuestros enemigos. No debéis tirarla en el suelo, debéis lanzarla contra ellos (nuestros enemigos). Y si fueren matados, uno o dos, y si fueren encontrados uno o dos de nuestros enemigos, entonces esto será computado de nosotros que

nos salvaremos todavía un poco (un instante), que nuestro señor lo quiere (que nos salvemos).

Después salió "el tecolote de plumas de quetzal", del cual las plumas de quetzal casi radiaban (en dos filas separadas), y cuando nuestros enemigos lo vieron, quien (impresionaba a ellos) como el derrumbe de una montaña, se inquietaron todos los españoles; él los amedrentaba mucho, pues veían en él algo extraordinario.

Después el tecolote de plumas de quetzal subió a la azotea y algunos de nuestros enemigos, después de haberlo visto se levantaron, lo forzaron a retornar, lo persiguieron.

Otra vez el tecolote de plumas de quetzal los obligó a huir, los persiguió. Después robó él las plumas de quetzal y el oro (que los tlaxcaltecas allá habían escondido) y luego brincó de la azotea y no se murió.

Nuestros enemigos no lo condujeron afuera; en cambio tres de nuestros enemigos fueron tomados presos.

Al fin se acabó la batalla y renació la tranquilidad. No sucedió más. Nuestros enemigos salieron después y todo quedó tranquilo. Nada acontecía ya durante el día.

Y al otro día, al principio, no aconteció nada más ni hablaba nadie; el pueblo estaba escondido y los españoles nada hacían. Estaban repartidos (entre sus cuarteles) mirando a la gente desde lejos. No atacaban; estaban acuartelados.

En seguida van a ser enumerados todos los caciques, los hombres de rango, en frente de cuyos ojos se planeaba la guerra, sobre los cuales pesaba la guerra (el peso de la guerra).

El Tlacochcalcatl Coyoueuetzin, el Tzilacatecutli Temilotzin; estos eran tlatilolcas.

Y tenochcas (eran) éstos: El Ciuacoatl Tlacutzin, el Vitznauatl Matelchiuhtzin.

He aquí aquellos, quienes eran los grandes caudillos en Tlatelolco y Tenochtitlan.

CAPITULO XXXIX.

En el capítulo treinta y nueve se habla de como a los mexicanos, cuando se los apretaba a las murallas de las casas, aparecio fuego de sangre, que bajo casi del cielo.

Y apareció como una llama grande, y al anochecer lloviznó, y hubo niebla, y cuando la noche había entrado completamente de nuevo apareció el fuego. Parecía como si viniera del cielo, como un torbellino que se movía circularmente.

Surgió la llama como una flor, que tan presto crecía como decrecía, hasta volverse como una sola chispa; luego, agitada por el viento, se levantaba, crujía y chisporroteaba.

Después de haber rodeado la muralla del agua, llegó a Coyonazco, luego se fue al centro de la laguna, donde se apagó.

Nadie exhaló un grito, nadie habló con voz alta.

Y en la otra mañana tampoco aconteció nada.

Se quedaban (en el cuartel) también nuestros enemigos, quedaban (en el cuartel) y el capitán miraba desde la azotea, de la azotea del (cacique) Aztauatzin, en Amaxac; desde un tenderete de colores abigarrados, desde allí miraba al pueblo (a los mexicanos).

Los españoles lo rodeaban, ellos hablan uno con otro.

Y Quauhtemoctzin y los demás caciques (los caciques de México): el Ciuacoatl Tlacotzin, el Tlillancalqui Petlauhtzin, el Uitznauatl Motelchiuhtzin, el Mexicatl Achcauhtli, el Tecutlamacazcatzin (el príncipe-sacerdote); después los caciques de Tlatelolco: Tlacochcalcatl Coyoueuetzin, Tlacateccatl Temilotzin, Tizociauacatl, Tupantemoctzin, Mixcoatlailotlactzin, Auelitoctzin, Uitznauatl Uitziliuitzin, Tepanecatl Uitzitzin, todos los príncipes, se reunieron en Tolmayecan, deliberaron cómo debía hacerse, qué podíamos traer como tributo y en qué forma nos podíamos someter a ellos (a los españoles).

Después trajeron a Quauhtemoctzin en la canoa. Solamente

dos personas lo acompañaron: Tepotztitolco, cacique y Yaztachimal, el sirviente de Quauhtemoctzin; un indio de nombre Cenyaotl remaba.

Y cuando conducían a Quauhtemoctzin, todo el pueblo lloraba. Exclamaban: Ahí va el joven rey Quauhtemoctzin; va a someterse a los dioses, a los españoles.

CAPITULO XL.

En el capitulo cuadragésimo se habla de como los tlatelolcas y los tenochcas y sus reyes se sometieron a los españoles, y de lo que aconteció después.

Y después de haberle llevado, de haberle desembarcado, los españoles mostrábanse muy asombrados: lo cogían, lo cogían de la mano, y lo hacían salir a la azotea; lo colocaron en frente de la casa del capitán, del generalísimo, y ya en frente de la casa del capitán, aquél lo miraba, halagaba el cabello de Quauhtemoctzin.

Después ellos lo hicieron sentarse junto con él, y descargaron los cañones, sin apuntar a nadie; tiraban sobre ellos, sobre las cabezas de la gente pasaban los proyectiles.

Después trajeron una pieza, la cargaron en una canoa, la llevaron a la casa de Coyoueuetzin y, en llegando, subiéronla a la azotea.

Después empezó otra vez la matanza y hubo muertos. Entonces comenzó el éxodo: estaba la guerra perdida: En medio de un gran estrépito se oía decir: ¡Basta, vámonos, a salir; id a comer legumbres, miserables!

Al oír esto, el pueblo se puso en movimiento: se iba a la laguna y al camino por la gran carretera, mataban de nuevo a algunos. Los españoles estaban enojados, porque algunos todavía llevaban su espada de obsidiana y su escudo.

Aquellos que vivían en las casas de la ciudad, se fueron directamente a Amaxac. Iban directamente hasta el lugar donde el camino se divide.

Allí el pueblo se separaba; todos iban a Tepeyacac, todos iban a Xocouiltitlan, todos iban a Nonoualco; pero en la dirección a Xoloco y en la dirección a Mazatzintamalco, nadie se fue.

Y todos los que vivían sobre lanchas y (tenían su casa) sobre palos y en Tolmayeccan, se fueron por agua; a algunos les daba el agua hasta el pecho, a otros hasta el cuello, algunos se ahogaron completamente en lo más profundo. A los chiquillos los llevaban sobre las espaldas.

Algunos lloraban, otros se divertían, estaban alegres, mientras que se empujaban en el camino.

Y los propietarios de lanchas, cada uno que tenía una lancha, salía en la noche; pero salían también durante todo el día, se empujaban, chocaban casi al irse.

Y en todas partes, en las calles, los españoles robaban; buscaban el oro; las piedras preciosas verdes, plumas de quetzal y turquesas las estimaban como nada. En todas partes las mujeres lo llevaban (escondido) en el vientre, en las enaguas, y nosotros los hombres en el maxtli y en la boca.

Y ellos cogieron, eligieron las mujeres bonitas, las de color moreno claro. Y algunas mujeres cuando eran atacadas se untaban (el rostro) de barro y envolvían las caderas con un sarape viejo destrozado, se ponían un trapo viejo como camisa sobre el busto, se vestían con meros trapos viejos.

Y también seleccionaron a algunos hombres, hombres fuertes, hombres adultos; y mozos jóvenes, quienes podrían mandar como mensajeros, que podrían ser sus mensajeros, a los que llaman sus siervos (criados).

A algunos se los marcaba inmediatamente con el sello de quemar en la región de la boca; a algunos se los pintaron en la región de la mandíbula, a algunos se los pintaron alrededor de los labios.

Y cuando se bajó el escudo, siendo nosotros vencidos, lo fue el año del signo Tres Casas (=A. D. 1521) y en la cuenta de días: "Uno serpiente".

Y cuando Quauhtemoctzin se había sometido a los enemigos, lo llevaron a Acachinanco en la noche. Y al otro día, cuando el sol ya había subido algo, los españoles regresaron en grandes cantidades.

También al último de sus recursos (como los mexicanos) en armadura de guerreros, cota de malla y yelmo de hierro, pero sin su espada de hierro, sin su escudo. Todos se tapaban las narices con un pañuelo blanco. Los muertos les causaban náuseas, porque ya apestaban, ya olían feo. Todos vinieron a pie.

Cogieron de su manto al (rey) Quauhtemoctzin, Coanacochtzin, Tetlepanquetzin. Todos los tres se tenían por las manos. Y el Ciuacoatl Tlacotzin, el Tlillancalqui Petlauhtzin, el Uitznauatl Motelchiuhtzin, el Mexica Achcauhtli, el Tecutlamacazqui (el príncipe-sacerdote) Coatzin, el Tlatlati Tlazaliautl, (los caciques) quienes guardaban todo el oro.

Después se fueron directamente a Atactzinco, donde se encuentra la casa del caudillo, del Tlacochcalcatl Coyoueuetzin.

Los españoles venían en filas ininterrumpidas, amontonándose entre los surcos de la milpa, y hasta a lo lejos se extendían sus filas.

Y después de haber llegado a la casa de Coyoueuetzin, subieron a la azotea, al tablado realzado. Después tomaron su asiento. Con un paño multicolor hicieron un techo de sombra para el capitán.

Después el marqués tomó su asiento allá, junto con él se sentó Malintzin; Quauhtemoctzin se mantuvo en pie, cerca del capitán.

El tenía atado el traje brillante, de fibra de maguey, con distintos colores en ambas mitades, decorado de plumas de colibrí, con la muestra de Ocuilteca (el decorado de la gente

ocuilteca), lleno de lodo, vestido únicamente de él (sólo con esta única manta, es decir sin algunas otras alhajas).

Después seguía Coanacochtzin, rey de Tezcoco, quien tenía atada solamente una manta de fibra de maguey, provista de un ribete de flores, con un decorado de flores extendidas, también lleno de lodo.

Después seguía Tetlepanquetzin, rey de Tlacopan. El también tenía atada la manta de fibra de maguey, que estaba también llena de lodo.

Después seguían el Mixcoatlailotlac Auelitoctzin; a él se juntaba el Yopicatl, el príncipe Popocatzin.

En el otro lado los tenochcas tenían su sitio: el Ciuaconatl Tlacotzin el Tlillancalqui Petlauhtzin, el Uitznauatl Motelchiuhtzin, el Mexicatl Achcautli, el Tecutlamacazqui (el príncipe-sacerdote) Coatzin, el Tlatlati Tlazuliautl.

CAPITULO XLI.

En el capítulo cuarenta y uno se narra el discurso con el cual D. Hernando Cortés advirtió a los reyes quienes gobernaban sobre todas las localidades.

De México, Tezcoco y Tlacopan, antes de que terminara la guerra, pregúntales por el oro que habían abandonado en el suelo en el canal de los Toltecas, en el apuro, cuando salieron de México huyendo.

Después el marqués, el capitán, dirigiéndose a los reyes les dijo:

¿Qué habéis hecho con el oro que estaba guardado en México?

Después fue sacado de una lancha todo el oro, las banderas de lámina de oro, los tocados cónicos de lámina de oro, los anillos dorados para los brazos, las cintas de piel de las pantorri-

llas, de oro (llevando cascabeles), los yelmos de oro, los discos de oro del tamaño de platos (adorno para el pecho).

Todo lo ponían enfrente del capitán: los españoles todo lo sacaron.

Después dijo el capitán: ¿Es esto todo el oro que se guardaba en México? ¿Mostraréis vosotros todo? ¡Que vuestros señores lo busquen!

Después Tlacotzin contesta: ¡Que oiga nuestro señor, el dios!: lo que ha entrado en nuestro palacio, lo hemos encerrado todo con murallas de ladrillos. ¿No se han llevado afuera nuestros señores todo?

Después traduce nuevamente Marina, lo que el capitán la dice: Que sí, nosotros hemos tomado todo, todo ha sido reunido y todo ha sido sellado y todo nos han quitado en el ataque, en el canal de los Toltecas, todo nos han ganado allá, todo lo debéis hacer salir a luz.

Después el Ciuacotl (canciller) Tlacotzin contesta: ¡Que oiga el dios, el capitán!: Los tenochcas no saben combatir en las lanchas, no es su costumbre, sino la gente de Tlatelolco lo han hecho, como su especialidad, que batallaban en lanchas, que se defendían de nuestros señores (los españoles). ¿No habrán tomado acaso los tlatelolcas todo?

Después Quauhtemoctzin habla con el Cihuacoatl Tlacotzin: ¿Qué dices tú, Ciuacouatl? Ya que los tlatelolcas lo hayan tomado, ¿no han sido por esto encarcelados los culpables? ¿No han hecho ellos salir todo a luz? ¿No ha sido lo reunido en Texopan? ¿Y lo que nuestros señores (los españoles) han capturado, no es esto que está aquí?

(Así habló) Quauhtemoctzin, señalando con el dedo el oro.

Después Malintzin le habla lo que el capitán a ella decía: Esto que está aquí ¿es todo?

Después dice el Ciuacouatl: Quizá alguien del pueblo lo ha arrastrado, pero que se lo busque; nuestro señor, el capitán lo verá.

Después Malintzin habló de nuevo lo que el capitán le decía:

Que hagáis salir a luz doscientos (lingotes) de oro cada uno como esto, tomada la medida de su brazo.

De nuevo contestó el canciller. El dijo: Quizá lo ha escondido alguna mujer en el paño con que cubre las caderas. Hay que buscarlo, él (el capitán) lo verá.

Después habla el Mixcoatlailotlac Auelitoctzin (de Tlatelolco). Dice: ¡Que escuche el amo, nuestro señor, el capitán! En la época, cuando Motecuhzoma (vivía todavía) cuando se efectuaba en algún lugar una conquista, entonces se ponían en marcha todos los mexicas, tlatilolcas, tepanecas, acolhuas, todos los acolhuas y todos los chinampanecas; todos nos poníamos en marcha, conquistábamos, y cuando una ciudad era vencida, entonces se regresaba inmediatamente, cada uno se iba a su pueblo. Y después venían los señores de las ciudades, las conquistadas, traían su tributo, lo que había sido su propiedad (de los vencidos), las jadeitas, el oro, las plumas de quetzal y las demás piedras preciosas, las turquesas verdaderas, las (plumas) de las aves de turquesa, las (plumas) rojas de las garzas. Todo se lo daban a Motecuhzoma y todo en conjunto iba a dar a Tenochtitlan, todo el tributo y el oro.

LAMINAS

Lámina No. 1

(CXL del "Códice Florentino").

Los tres primeros cuadretes de esta lámina se refieren a los pronósticos que tuvo Motecuzoma antes de la llegada de los españoles, pronósticos de que se trata ampliamente en el capítulo I del libro doce. Los cuadretes siguientes representan la entrega a Motecuzoma de las cuentas de vidrio que le enviaba Cortés; el acto de entrega a Cortés del presente de Motecuzoma; el momento en que, encontrándose los calpixques mexicanos en los navíos españoles el capitán ordenó que dispararan las armas de fuego, para asustarlos, y escenas del regreso de estos enviados a México y del informe que hicieron a Motecuzoma de todo lo que habían hecho y visto cerca de los españoles. El texto que se refiere a estos asuntos está contenido en los capítulos del II al VIII.















Lámina No. 2

(CXLII del "Códice Florentino").

Nos ofrece esta lámina la representación de cómo Motecuzoma mandó cerrar los caminos para estorbar la llegada de los españoles a la ciudad de México; así como también nos dá idea de las escenas de la entrevista de un noble enviado por el Señor de México a recibir a Cortés en su camino, ya cerca de la capital, y de la ordenación y marcha del ejército de Cortés al partir de Iztapalapa, cosas todas ellas que se refieren al texto de los Capítulos XIV y XV.







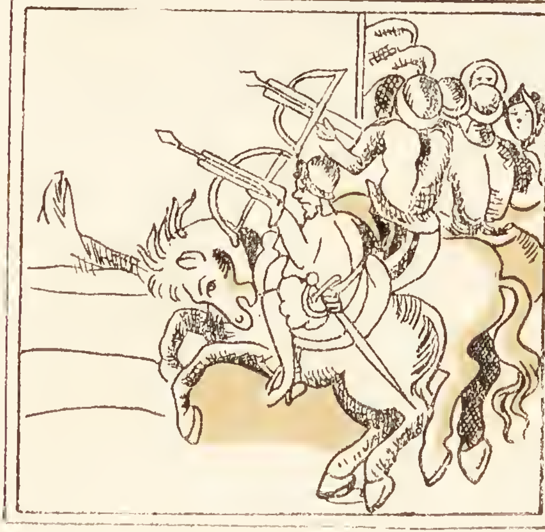
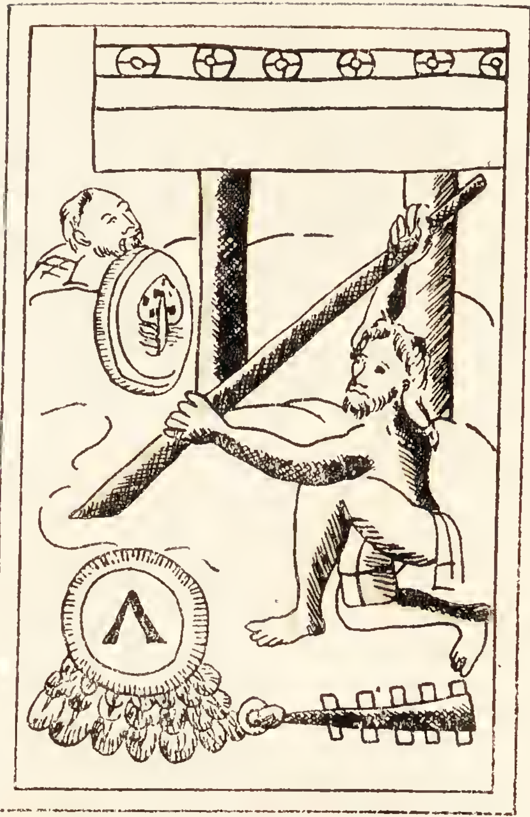
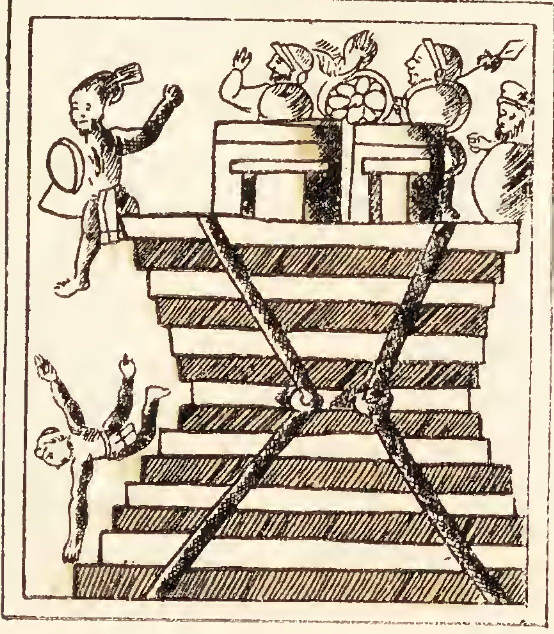
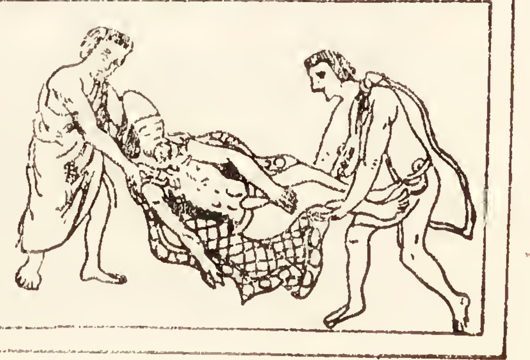



Lámina No. 3

(CXLIX del "Códice Florentino").

Los cuadretes de esta página representan diversos episodios de la guerra dentro de la ciudad de México, anteriores a la Noche Triste. El penúltimo nos dá idea de cómo fueron arrojados por las azoteas de las casas reales los cadáveres de Motecuzoma y del gobernador de Tlatelolco; y el último cuadrete representa el momento en que los indios recogen el cadáver del que había sido su soberano.




















APENDICE

Fernando de Alva Ixtlilxochitl.

Relación de la venida de los españoles y principio de la ley evangélica.

DECIMA TERCIA RELACION, DE LA VENIDA DE LOS ESPAÑOLES Y PRINCIPIO DE LA LEY EVANGELICA. ESCRITA POR D. FERNANDO ALVA IXTLILXOCHITL.

Túvose noticia de la venida de los cristianos por algunos mercaderes que habían ido a las ferias de estas costas Xilanco, Ulúa y Champoton, especialmente cuando rescataron con Grijalva; y así tenían por muy ciertas las profecías de sus pasados, que esta tierra había de ser poseída por los hijos del sol, demás de las señales que hallaban en el cielo, de lo cual estaban todos con grandísima pena en considerar que se les acercaban sus trabajos y persecuciones: acordándose de aquellas crueles guerras y pestilencias que tuvieron los tultecas sus pasados cuando se destruyeron, que lo mismo sería con ellos; aunque de todo esto no le daba mucha pena a Mocthecuzoma por hallarse en el mayor trono, que jamás él y sus pasados se habían visto, y tener debajo de su mano todo el imperio; porque lo que era de Tezcoco y sus reinos, y provincias, lo mandaba todo, pues que el rey Cacama era su sobrino y puesto por su mano, y el de Tacuba era su suegro y hombre muy antiguo, y que ya no tenía fuerzas para poder gobernar; y así con este gran poder que tenía, no creía que pudiese ser súbdito de ningún príncipe, aunque fuese el mayor del mundo. En el año de Ce Acatl, caña núm. 1° y a la nuestra 1519, que es en el que señaló Nezahualcoyotzin que se había de destruir el imperio chichimeca,

envió Teopili, o Teuhtlile gobernador de Mocthecuzoma, que era de Cotaztlatl, o Cuetlachtlan sus mensajeros por la posta, y en un día y una noche trajeron una pintura con el aviso de la venida de los españoles, y como querían verle, que venían por embajadores del emperador D. Carlos nuestro señor, y en la pintura venían pintados los trajes y la traza de los hombres, y la cantidad de ellos, armas y caballos y navíos, con todo lo demás que traían. Mocthecuzoma visto lo que enviaba a decir Teopili, envió un presente a Cortés, y muchas disculpas y ofrecimientos, y no le cuadró mucho que los hijos del sol quisieran venir a México a verle; y así les envió a decir que era trabajoso el camino y otros mil inconvenientes, lo cual no fue bastante, sino que antes animó más a los españoles para ver a Mocthecuzoma, especialmente cuando supieron por el señor de Zempoala como había bandos en esta tierra; y asimismo como se le ofreció el señor de Zempoala a darle su favor, y gente de socorro; y de aquí vinieron a Quiahuiztlan y otras partes hasta ponerse en Tlaxcalan; y por todas las partes que llegaron, los naturales los recibían con mucha alegría y regocijo sin ninguna guerra ni contraste, y si alguno hubo, fue dándoles ocasión para ello. Y finalmente después de muchas cosas que sucedieron, y los nuestros pasaron hasta Ayutzinco, en donde les salió a recibir el rey Cacama ofreciéndoles su ciudad de Tezcoco, si querían ir a ella, los cuales especialmente el capitán Cortés se lo agradeció mucho, y le dijo que por entonces no había lugar, que para otra vez le haría merced, porque iban por la posta a ver a Mocthecuzoma; y así Cacama dió la vuelta para Tezcoco, y desde aquí se embarcó para México, y llegado que fue dió razón de todo lo que había visto, y como los españoles estaban ya muy cerca porque ya en esta ocasión estaban en Iztapalapan. Mocthecuzoma entró muchas veces en consejo ¿si sería bien recibir a los cristianos? Cuitlahua su hermano, y otros señores, fueron de parecer que por ninguna vía no convenía. Cacama fue de muy contrario parecer, diciendo que era bajeza de príncipes no recibir los embajadores de otros, especialmente el de los

cristianos, que según ellos decían era el mayor del mundo, como en efecto lo era el emperador nuestro señor, aunque esto antes de ahora estaba ya edificado; y así otro día (8 de noviembre de 1519) salió Mocthecuzoma con su sobrino Cacama y su hermano Cuitlahua, y toda su corte a recibir a Cortés, que ya a esta ocasión estaba en donde es ahora S. Anton, que después de haberlo recibido lo llevó a su casa, y lo esperó en las casas de su padre el rey Axayaca, y le hizo muchas mercedes, y se ofreció de ser amigo del emperador, y recibió la ley evangélica, y para el servicio de los españoles pusieron mucha gente de Tezcoco, México y Tlacopan; y después de cuatro días que los españoles estaban en México muy contentos, servidos y regalados, por no se que achaque prendió Cortés a Mocthecuzoma, y en él se cumplió lo que de él se decía, que todo hombre cruel, es cobarde, aunque a la verdad era ya llegada la voluntad de Dios, porque de otra manera fuera imposible querer cuatro espñoles sujetar un nuevo mundo tan grande, y de tantos millares de gente como había en aquel tiempo. La gente ilustre y todos los capitanes de México todos se espantaron de tal atrevimiento, y se retiraron a sus casas, y el rey Cacama mandó a su hermano el infante Nezahualquentzin con otros principales que tuviesen grandísimo cuidado de los cristianos, y les diesen todo lo necesario para el sustento de sus personas, y si pidiesen oro y las demás cosas se lo diesen, porque los demás mexicanos y tecpanecas visto a su rey preso, y de aquella manera, no quisieron acudir más al servicio de los españoles.

Y cumplidos cuarenta y seis días que los españoles estaban en México, Cortés rogó a Cacama que diese licencia a ciertos españoles que los quería enviar a su ciudad de Tezcoco para verla, con algunos caballeros criados suyos porque los de la ciudad no les maltrataran. Cacama se holgó mucho de esto, y así mandó a dos hermanos suyos que fuesen con ellos que era el uno Nezahualquentzin, y el otro Tetlahuezhuezquatitzin, y que los regalasen mucho y no los enojasen en cosa ninguna, y que les diesen una caja o petaca grande de dos brazos de lar-

go y uno de ancho, y un estado de alto, de piezas y joyas de oro para ellos y para su capitán, los cuales ya que llegaban a la albarrada para embarcarse junto los palacios de Nezahualcoyotzin, alcanzólos un criado de Mocthecuzoma que les enviaba a rogar que procurasen con brevedad de despachar aquellos españoles, y les diesen todo el oro que quisiesen, porque quizá con esto su capitán le soltaría y se volverían a sus tierras. Uno de aquellos españoles como vió hablar a Nezahualquentzin con el criado de Mocthecuzoma, entendió que trataban de matarlos: dió de palos a este infante, y le llevó preso a Cortés, el cual sin haber hecho cosa digna de castigo ni ofensa le mandó ahorcar públicamente, de lo cual se enojó mucho el rey Cacama, y sino fuera por Mocthecuzoma que le rogaba con hartas lágrimas que no hiciese cosa ninguna, sucedieran algunas desgracias, y así disimuló Cacama cuanto pudo, y envió con estos españoles que eran por todos veinte, a otro hermano suyo llamado Tocpacxuchitzin para dar el recado que los españoles le pedían, y así les dieron la petaca llena, y se volvieron a México. Cortés dijo que era poco oro, que trajeran más, y así tornó a enviar a Cacamatzin y trajeron otra arca llena. Visto por Cortés el tesoro que le habían traído, y habiéndole informado del mucho poder y grandeza del rey de Tezcoco, mandó prender por engaños al rey Cacamatzin por orden de su tío Mocthecuzoma, y preso le puso a buen recaudo con muchas guardias, y le dijo que lo soltaría si mandaba traer del linaje hermanos suyos en rehenes y algunos hermanos, el cual así lo hizo, le dió en rehenes a cuatro infantas hermanas suyas con otros caballeros deudos suyos, y algunos de sus hermanos, y lo mismo hicieron los de México y Tlacopan entendiendo que por aquí los asegurarían.

Pasados algunos meses que los españoles estaban en México, Cortés tuvo nuevas que al puerto habían llegado ciertas naos, y comunicolo con los dos reyes Mocthecuzoma y Cacamatzin, diciéndoles que le convenía irlos a ver personalmente, y que le diese cantidad de gente de guerra y las causas porqué. A esto respondieron que como fuese contra cristianos que no la

podían dar en ninguna manera, si no fuese para otras naciones que entonces le darían cuanto hubiese menester, sino es que los cristianos los que habían venido le hicieran guerra, que en todo lo favorecerían y avisarían a sus gobernadores para que le diesen socorro si lo hubiese menester; y que para otro efecto no le podían dar sino gente de servicio y carga para todo el camino. Visto lo cual Cortés tomó los peones y gente de servicio que se le dió, y mandó llevar alguna parte del tesoro que se le había dado y se fue para el puerto, y dejó en su lugar al capitán Alvarado. Antes que se fuese le dijo Mocthecuzoma que a los mexicanos se les ofrecía una fiesta muy solemne de Toxcatl; que tuviese por bien que la celebrasen, a lo cual respondió Cortés que hiciesen lo que quisiesen pues estaban en su patria, y se holgasen que también él se holgaba mucho. Dió parte Mocthecuzoma a Cortés, de esto porque los días pasados les había derribado sus ídolos, y les había dicho que no sacrificasen más, para que avisara a los demás españoles no se escandalizasen, que todo lo hacía por complacer a sus vasallos y darles gusto, porque todos estaban afrentados en ver que sus reyes estaban en son de presos por cuatro extranjeros. Ido que fue Cortés y llegada la fiesta que cae a 19 de mayo y principio de su cuarto mes llamado del propio nombre Toxcatl, la noche antes pusieron grandes luminarias y tocaron sus instrumentos, como lo tenían de costumbre, y el día de la fiesta hicieron su baile que llaman Mazehualiztli. En todo salieron más de mil caballeros en el patio del templo mayor, y sobre sí traía cada uno de ellos las mejores joyas y preseas que tenían, sin armas ni defensa ninguna. Los tlaxcaltecas que había en la ciudad acordándose de los tiempos atrás que siempre en estas fiestas les solían sacrificar millaradas de ellos, se fueron al capitán Alvarado, y levantaron un falso testimonio a los mexicanos diciendo, que aquello hacían para juntarse y matarlos, Alvarado lo creyó, y fue para el templo para ver si era así, y si andaban armados, el cual aunque los vió todos desarmados y muy quitados de tal cosa, con la codicia del oro que sobre sí

traían, puso en cada puerta diez españoles armados, y él con otros entró por el patio y templo, y mató casi cuantos había dentro, y les quitó lo que traían sobre sí. Los ciudadanos viendo sus señores muertos sin culpa, apellidaron y dieron tras ellos hasta meterlos en palacio en donde se hicieron fuertes, y cierto que de esta vez los mataran sin que escapara ninguno, si Mocthecuzoma no les aplacara su ira. Cortés dió la vuelta para México, y entró por la ciudad de Tezcoco, en donde le recibieron algunos caballeros, porque a los hijos del rey Nezahualpiltzintli los legítimos, los tenían escondidos sus vasallos, y los otros en México los tenían en rehenes. Entró en México con todo el ejército de españoles y amigos de Tlaxcala y otras partes día de S. Juan Bautista, sin que nadie se lo estorbase.

Los mexicanos y los demás aunque les daban todo lo necesario, con todo esto, viendo que los españoles, ni se querían ir de su ciudad, ni querían soltar a sus reyes, juntaron sus soldados, y comenzaron a dar guerra a los españoles otro día después de que Cortés entró en México y duró siete días. Al tercero de ellos Mocthecuzoma viendo la determinación de sus vasallos, se puso en una parte alta, y reprendióles, los cuales le trataron mal de palabras llamándole de cobarde, y enemigo de su patria, y aun amenazándole con las armas, en donde dicen que uno de ellos le tiró una pedrada de lo cual murió, aunque dicen sus vasallos que los mismos españoles lo mataron, y por las partes bajas le metieron la espada. Al cabo de los siete días, después de haber sucedido grandes cosas, los españoles con sus amigos los tlaxcaltecas, huexotzincas y demás naciones, desampararon la ciudad, y salieron huyendo por la calzada que va a Tlacopan, y antes de salir de la ciudad mataron al rey Cacamatzin, y a tres hermanas suyas, y dos hermanos que hasta entonces no estaban muertos, según D. Alonso Axayacatl, y algunas relaciones de los naturales que se hallaron personalmente en estas dos ocasiones, los cuales al tiempo que se retiraron murieron muchos españoles, y amigos hasta un cerro que

está adelante de Tlacopan, y desde aquí dieron la vuelta para Tlaxcala.

Idos los españoles a Tlaxcala juraron por su rey a Ciuhtlahuatzin hermano de Mocthecuzoma, que ya habían pasado veinte días después de su muerte, el cual mandó a los grandes del reino de Tezcoco que a quien le venía de derecho aquel reino que lo jurasen. Ellos le respondieron que aun no era tiempo, demás de que era muy mancebo Yoyotzin, el menor de los hijos legítimos de su rey Nezahualpiltzintli, y así mandó que Cohuanacochitzin uno de los hijos legítimos gobernase, y comenzaron a juntar gente de guerra para si volvían otra vez los españoles. El rey Cuitlahuatzin no gobernó más que cuarenta días, porque luego murió de unas viruelas que trajo un negro, y luego juraron los mexicanos por su rey a Cuauhtemoctzin, hijo del rey Ahuitzotzin, y de la heredera de Tlatelulco.

Después de haber estado Cortés muchos días en tierras de Tlaxcalan convaleciendo de los trabajos pasados con ayuda de los señores de Tlaxcalan, Huexotzinco, y Cholula, tuvo algunas guerras contra los de Tepeaca, Itzotcan, Quauhquecholan, y otras partes sujetas a las ciudades de Tezcoco y México, y fácilmente les sujetó y atrajo a su devoción; y viéndose con grandísima suma de amigos, y que casi toda la tierra era de su parte, acordó de venir sobre México, y salió de Tlaxcalan día de los inocentes, y trajo consigo cuarenta de a caballo y quinientos y cuarenta de a pie, y veinte y cinco mil tlaxcaltecas, huexotzincas, choloItecas, tepeacanenses, quauthquechololtecas, chalcas y de otras partes, que fueron los que él escogió que no quiso traer más porque Tecocoltzin hijo del rey Nezahualpiltzintli, que era uno de los rehenes que le dió el rey Cacama, le dijo a Cortés que en Tezcoco le daría todo cuanto hubiese menester; demás que por ciertos mensajeros de Tezcoco, especialmente por Quiquizcatzin de parte de los infantes Ixtlilxuchitzin, Tetlahuehuezquitzin, Yoyotzin y los demás sus hermanos se le enviaban a ofrecer, y dársele por sus amigos, no embargante que Cohuanacoxtzin su hermano era señor de Tezcoco, y amigo de los mexicanos,

el cual vuelto Quiquizca para dar razón de su embajada le mandó matar Cohuanacoxtzin. Llegado que fue Cortés a Cohuatepec tres leguas de Tezcoco, le salieron a recibir cuatro caballeros muy principales de parte de Cohuanacoxtzin, y le dieron en señal de paz un pendón pequeño de oro con otras muchas joyas, y le dieron como su señor le enviaba a rogar que fuese muy bien venido, y que se fuese con todo su ejército a aposentar en su ciudad, que allá sería muy bien hospedado y servido. Cortés respondió muy enojado, según D. Alonso Axayacatzin, y Chichicuatzin gran capitán, y uno de los embajadores que se halló presente, y a quien Cortés le tuvo algún respeto; que no quería tenerlos por amigos, si no le daban primero lo que habían quitado a cuarenta y cinco españoles, y trescientos tlaxcaltecas que mataron, los cuales les respondieron, que su señor Cohuanacoxtzin, ni su ciudad, ni reino no tenían ninguna culpa de esto, porque los que lo hicieron fueron ciertos criados del rey Cacama, por vengar a su señor que estaba entonces preso, y para que se satisficiese se los entregarían presos. Tornó a replicar Cortés que también sabía muy bien que Cohuanacoxtzin era de la parte del rey Quauhtemoc, y había mandado matar a su hermano Qiquizca, porque había ido de parte de sus hermanos a Tlaxcalan a ofrecer su amistad con otras muchas razones, que oídas por los embajadores dieron la vuelta a Tezcoco, y dieron razón de todo a su señor, el cual vista la determinación de Cortés se embarcó con toda la gente que pudo, y se fue a México para favorecer a Quauhtemoc.[1]

Cortés ya que llegaba cerca de Tezcoco le salieron a recibir algunos caballeros, y entre ellos el infante Ixtlilxuchitl con los demás sus hermanos que allí estaban, el cual se holgó de verlos: allí le dieron aviso de todo lo que había, y como su hermano Cohuanacoxtzin se había ido a México; y llegados dentro de la ciudad los aposentaron en los palacios del rey Nezahualcoyotzin, en donde cupo muy a gusto todo el ejército, y se les dió todo lo necesario, éste y los demás días que en la ciudad estuvieron.

Este mismo día que Cortés llegó a Tezcoco fue avisado co-

mo todavía los ciudadanos se iban saliendo de la ciudad, y pasándose a México en muchas canoas, el cual mandó a ciertos caballeros que los llamasen e hiciesen volver, y que no cuidasen de Cohuanacoxtzin pues estaban con él los demás infantes, sus señores, y él haría jurar por su rey y señor natural al que más de derecho le viniese, o al que ellos gustasen. Fue esto muy a gusto de todos , y luego casi todos se volvieron a sus casas y ciudad, y a pedimento de todos hicieron por su señor a Tecocoltzin, aunque hijo natural del rey Nezahualpiltzintli, porque de los legítimos no osaban decir cuales fuesen, hasta ver en lo que paraban estas cosas. Tecocoltzin comenzó a gobernar con gran prudencia, y envio sus mensajeros por todos los reinos y provincias sujetas al reino de Tezcoco, especialmente las que él sabía que no eran de la parte de los mexicanos, y estuvo ocho días después de todo lo referido fortaleciendo la ciudad, por si los enemigos lo quisieran cercar, al cabo de los cuales quiso Cortés ver si podía ganar a Ixtapalapan lugar muy fuerte, y que fuera de mucha consideración para lo que él pretendía, y así salió con hasta quince de a caballo y doscientos españoles, y seis mil aculhuas, tlaxcaltecas, y otras naciones de amigos. Llegados que fueron a Iztapalapan que ya los mexicanos estaban apercibidos, le salieron al encuentro, y tuvieron aquel día una reñida y cruel batalla; más como los de Iztapalapan tenían sus casas en isletas y dentro del agua, no les pudieron sujetar ni hacerles ningún mal. Quisieron quedarse en la noche; mas no los dejaron los mexicanos porque rompieron la calzada que tenía mucha agua represada, y si no salieran tan presto se ahogaran allí todos, y al retirarse los siguieron y mataron muchos de los amigos por ir ellos guardando las espaldas a los cristianos. Solo un español murió, que se quiso aventajar más que los otros. Aquí se señaló mucho Ixtlilxuchitl que iba por general de los aculhuas, y mató por su propia persona a muchos capitanes, de los cual fue avisado el rey Quauhtemoc, y le dió mucha pena el saber que uno de los infantes legítimos del reino de Tezcoco se señalase tanto, considerando que

sería de mucho efecto a los cristianos y daño para los mexicanos; demás de que en Otumba, Atenco, Cohuatlychan y otras partes que habían querido los mexicanos destruir y ganar estos lugares, castigándoles porque favorecían a los cristianos se había opuesto contra ellos, defendiendo varonilmente estos lugares; y así por esto y por las demás cosas referidas, mandaron el rey Quauhtemoc y Cohuanacoxtzin a sus capitanes los más valerosos, que al que lo prendiese o matase le harían grandes mercedes, a lo cual se determinó, y dió la palabra a los reyes de llevarlo preso a México, un caballero muy valeroso descendiente de la casa de Iztapalapan. Tecocoltzin mandó hacer muchas colchas, rodelas, flechas, macanas, lanzas arrojadizas y otros géneros de armas y munición, así para los suyos como para los españoles, y juntar mucho maíz, gallinas, y lo demás necesario para el sustento de los ejércitos; y asimismo apercibió a todos sus vasallos para que estuviesen aparejados el día que fuesen llamados, y en el interín que mandaba y hacía todas estas cosas, Ixtlilxuchitl fue avisado como aquel valeroso capitán de Iztapalapan había dado la palabra a los señores de llevarlo preso a México, de lo cual se sintió mucho, y lo envió a desafiar, y en los campos de Iztapalapan salieron a pelear los dos tan solos sin que ninguno de los soldados de los ejércitos se entremetiese, y diose tan buena maña Ixtlilxuchitl que venció a su contrario, y lo ató de piés y manos, y después mandó traer mucho carrizo seco, y se lo echó encima y lo quemó vivo, y dijo a los mexicanos que dijeran a su señor Quauhtemoc y a su hermano Cohuanacoxtzin, que así los había de hacer primero antes que lo prendiesen como había hecho a su capitán.

En el interín que sucedieron todas estas cosas, murió Tecocoltzin, el cual fue bautizado, y se llamó D. Fernando que fue el primero que lo fue en Tezcoco, con harta pena de los españoles, porque fue nobilísimo y los quiso mucho. Fue D. Fernando Tecocoltzin muy gentil hombre, alto de cuerpo y muy blanco, tanto cuanto podía ser cualquier español por muy blan co que fuese, y que mostraba su persona y término descender,

y ser del linaje que era. Supo la lengua castellana, y así casi las más de noches después de haber cenado, trataban él y Cortés de todo lo que se debía hacer acerca de las guerras, y por su buen parecer e industria, se concertaban todas las cosas que ellos definían. Luego los aculhuas alzaron por su señor a Ahuaxpitzactzin, que después se llamó D. Carlos, uno de los infantes hijos naturales del rey Nezahualpiltzintli, el cual gobernó muy pocos días, porque luego a pedimento de Cortés y los demás hicieron señor a Ixtlilxuchitl por ser tan valeroso, y uno de los hijos legítimos, a quien todos los naturales le tenían grande respeto por la calidad de su persona que como tengo dicho por ser legítimo, sus vasallos no habían querido hasta ahora, el cual acabó de hacer lo que había comenzado su hermano Tecocoltzin, e hizo la zanja para los bergantines con sus vasallos, y ayudó para acabar de hacer los bergantines que se trajeron parte de ellos de Tlaxcalan, con hasta veinte mil hombres de guerra. De allí a cuatro días, después que vino el ejército de los veinte mil hombres de los tlaxcaltecas, huexotzincas y chololtecas, y también la madera que se trajo a Tezcoco para los bergantines, acordaron Cortés e Ixtlilxuchitl y los demás señores que en el interin que se hacía la zanja de ir a dar una vista a México, y ver si Quauhtemoc y Cohuanacoxtzin y los demás se querían dar de paz, y así Ixtlilxuchitl tomó hasta sesenta mil hombres de sus vasallos, y Cortés hasta trescientos españoles, y los veinte mil tlaxcaltecas, y fueron por Xaltocan, lugar sujeto a la ciudad de Tezcoco, que estaba rebelado y era de la parte de Cohuanacoxtzin, y lo sujetaron de camino, y pasaron por Tultitlán, Tenayuca y Azcapotzalco con muy poca resistencia hasta Tlacopan que era el tercer día que salieron de Tezcoco. Los de esta ciudad que ya estaban apercibidos les salieron al encuentro, y tuvieron una muy cruel batalla; más los nuestros se dieron tan buena maña, que vencieron a los tepanecas y ganaron la ciudad de Tlacopan, matando a cuantos pudieron haber a las manos, y viendo que se acercaba la noche se recogieron en tiempo, en los palacios del rey Totoquihuaztli prime-

ro de este nombre, y en amaneciendo saquearon la ciudad, y quemaron las mejores casas y templos que pudieron. Seis días estuvieron aquí en donde salían todos los días a pelear y escaramucear con los mexicanos, procurando siempre si podían ver al rey Quauhtemoc para tratar con él, si quería darse de paz, y visto que no había lugar se volvieron para Tezcoco, casi por el mismo camino por donde fueron, y dos leguas más allá de Tlacopan en unos llanos, entendiendo los mexicanos que iban huyendo de ellos los vinieron a alcanzar y tuvieron otra batalla muy reñida; más luego los vencieron y los hicieron volverse más que de paso a México, y con esto pasaron adelante hasta Aculma en donde durmieron esa noche, y otro día llegaron a Tezcoco en donde los veinte mil hombres de Tlaxcalan y otras partes pidieron licencia a Cortés y se volvieron a sus tierras, muy ricos de despojos, que era lo que siempre ellos procuraban más que otra cosa.

Los de Chalco entraron a avisar a Ixtlilxuchitl, como los mexicanos los pretendían destruir por ser lugar muy importante para el sustento, y otras cosas necesarias a la ciudad de Tezcoco y españoles, y que les enviase algunos capitanes y gente, y socorro para ampararlos pues eran de su señorío, y pidiese a Cortés les enviase asimismo algunos españoles, el cual avisó luego a Cortés de esto, y envió luego con Gonzalo de Sandoval trescientos españoles y quince de a caballo, con ocho mil aculhuas sus vasallos, y por general de ellos a Chichinquatzin gran capitán. Llegados a Chalco que ya los de esta provincia estaban apercibidos y en su favor los de Huexotzinco y Quauhquecholan, se juntaron con los españoles y aculhuas, y fueron a Huaxtepec en donde estaba el ejército de los mexicanos, y antes que llegasen a este lugar les salieron al encuentro y pelearon valerosamente; mas luego los nuestros los sujetaron, y se metieron dentro de este pueblo donde los recogieron y mataron grandísima suma de ellos, y se apoderaron de casi todo el lugar, y estando algo descuidados tornaron los mexicanos a querer cobrar este pueblo especialmente los huextepecas, y se metieron

hasta la plaza principal queriendo echar fuera los españoles y aculhuas, los cuales salieron a ellos y pelearon hasta echarlos fuera, y seguirlos una gran legua en donde mataron a muchos de ellos. Estuvieron en Huaxtepec dos días, y luego pasaron a Acapachitlan lugar muy fuerte en donde estaba un grueso ejército, y llegados a este lugar pelearon con los enemigos después de haberlos requerido con la paz, y con harto trabajo así de los españoles, como de los naturales amigos. Ganaron este lugar y mataron de los enemigos a muchos y otros que se despeñaron a un río, que por Acapachitlan pasa. Ganado este lugar, se volvieron todos a sus tierras, y Sandoval con los españoles y algunos aculhuas a Tezcoco por que los demás se quedaron en Chalco. Quauhtemoc viendo que no podía sujetar a los de Chalco, acordó de juntar un grueso ejército, y antes que los chalcas tuviesen socorro, dar sobre ellos y destruirlos, los cuales con los aculhuas que quedaron con ellos, y otros sus circunvecinos, aunque ya muy tarde supieron como los mexicanos venían sobre ellos: se juntaron y les salieron al encuentro, y pelearon con ellos hasta vencerlos, y mataron grandísima suma de ellos: prendieron a cuarenta capitanes y el general que prendieron los chalcas.

Todas las ciudades, pueblos y lugares de Xochimilco, Cuitlahuac, Mixquic, Coyohuacan, Culhuacan. Iztapalapan, Mexicatzinco, y los demás que eran de la parte de México, juntaron más de sesenta mil hombres de guerra, y fueron otra vez sobre Chalco para ver si podían acabarle de destruir. Los de esta provincia como tuvieron aviso de esto se apercibieron de todo lo necesario: enviaron a avisar a Ixtlilxuchitl y a los españoles para que los favoreciesen; y así fue necesario ir personalmente Cortés con trescientos compañeros y treinta de a caballo, e Ixtlilxuchitl con más de veinte mil hombres de sus vasallos y algunos tlaxcaltecas, que allí se hallaron a mano, y fueron a dormir a Tlalmanalco frontero en donde estaba el ejército de los chalcas; otro día llegaron otros casi cincuenta mil hombres que Ixtlilxuchitl había enviado a llamar de las provincias

más cercanas sujetas al reino de Tezcoco, y el día siguiente después de éste salieron así como oyeron misa, contra sus enemigos, que estaban en un peñol muy alto y áspero, las mujeres y niños en la coronilla de él, los soldados y gente de guerra en las faldas, y luego acometieron por tres partes, y los delanteros corrieron mucho riesgo, porque los de arriba les echaron muchos peñascos, y derrocaban los que querían subir más, por la mucha dificultad que había de peñas, y murieron muchos de los nuestros, y dos españoles, y quedaron heridos más de veinte; y queriendo proseguir más adelante viéronse cercados de otros muchos que cubrían el campo para favorecer a los cercados, y así les fue forzoso volverse hacia los de abajo y tuvieron con ellos otra cruel batalla; más luego los vencieron y se fueron a dormir a otro peñol que allí cerca estaba, y tenía algunos lugares alrededor, que también hallaron alguna resistencia; más luego echaron a huir los que allí estaban, y así durmieron aquí esta noche, y el día siguiente fueron otra vez al peñol primero, en donde estaba la mayor fuerza de los enemigos, y en pocas horas reconocieron muy bien por donde les podían ganar. Subieron hasta la cumbre del peñol, y los enemigos se rindieron y pidieron perdón, y así sin hacerles ningún mal los perdonaron, y ellos mismos enviaron a avisar a sus amigos que se diesen a los cristianos y aculhuas, y así lo hicieron. Estuvieron en este lugar dos días: enviaron los heridos a Tezcoco, y partiéronse para Huastepec, en donde estaba un grueso ejército de enemigos, y llegaron ya de noche a una huerta y casa de placer muy grande en donde hicieron noche, y los de este lugar como estaban descuidados, echaron a huir por la madrugada. Fueron los nuestros tras ellos hasta Xilotepec, en donde mataron muchos de los enemigos que estaban todos muy descuidados; y visto esto los de Yautepec se dieron de paz a los nuestros, y desde Xilotepec fueron sobre Quauhnahuac, lugar muy fuerte y grande, y Ixtlilxuchitl como eran sujetos a su señorío, y estaban rebelados contra él, y eran de la parte de su hermano Cohuanacoxtzin y mexicana, los envió a reque-

rir que se rindiesen de paz, los cuales no quisieron sino guerra, y así se les dió entrando por un lugar áspero y trabajoso que no había otro mejor, y en poco rato los vencieron; y los que pudieron huir se fueron a una sierra que cerca de allí estaba, y les quemaron los mejores lugares y casas que había. Visto el señor de esta provincia y los demás sus vasallos que ya estaban vencidos, vinieron a Ixtlilxuchitl a pedirle perdón y que lo alcanzase de los cristianos que les perdonasen, que ellos serían en su favor contra los mexicanos, pues había obligación. Ixtlilxuchitl se holgó mucho y los perdonó, y llevó ante Cortés para que los tuviese por sus amigos, que ya estaban arrepentidos de lo que habían hecho. Pasado todo lo referido dieron la vuelta para Xochimilco, y al segundo día llegaron cerca de la ciudad que era muy grande y bien fortalecida, y cercada de agua. Los vecinos y mexicanos que estaban en su favor alzaron los puentes, y abrieron las acequias, y se pusieron a defender su ciudad, entendiendo que por ser muchos y en buena parte no serían vencidos. Comenzaron los nuestros a darles guerra, y diéronse tan buena maña, que ganaron la primera albarrada hasta la puente principal y más fuerte que había en la ciudad. Los xochimilcas se metieron en las canoas y pelearon hasta la noche, en la cual pusieron en cobro sus mujeres. viejos y otras cosas que tenían, y al otro día siguiente les quisieron quebrar la puente; mas luego dieron tras ellos hasta sacarlos fuera de la ciudad, y allí en un campo pelearon valerosamente como gente belicosa, y pusieron en grandísimo aprieto a los nuestros, y por poco prendían a Cortés que cayó su caballo de cansado, y llegaron luego los españoles y aculhuas y los demás en su favor, que luego echaron a huir los enemigos, y no les siguieron sino que tornaron a su ciudad para aderezar los puentes, cerrándolos con adobes y piedras: cuando llegaron hallaron dos españoles muertos que se habían desmandado en robar. Quauhtemoc sabiendo esto, envió luego más de quince mil hombres de guerra, por agua y tierra. Pelearon con ellos fuertemente, y los vencieron, y quemaron las casas y templos

de la ciudad, y al cuarto día que estaban en ella, sucedieron las cosas referidas y otras muchas que quedan en silencio. Salieron de esta ciudad, y se fueron para Culhuacan que estaba dos leguas hacia la parte de México, y en el camino les salieron los xochimilcas y pelaron con ellos; mas luego los sujetaron, y llegados a Culhuacan halláronlo despoblado sin gente. Estuvieron dos días aquí descansando, al cabo de los cuales, después de haber visto muy bien este lugar para cercar por aquí a México, y quemando los templos y algunas casas principales, dieron vista a la capital. Combatieron con la primera albarrada, y la ganaron con harto trabajo, en donde murieron muchos naturales, e hirieron hartos españoles, y desde aquí se volvieron a Tezcoco, después de haber reconocido muy bien por donde podían entrar a ganar la ciudad, y la disposición de la laguna para los bergantines. Otras muchas cosas sucedieron en esta jornada en donde murieron otros aculhuas, y los demás amigos por ser los delanteros.

Cuando llegaron a la ciudad de Tezcoco hallaron casi toda la zanja acabada de hacer, que tenía de largo más de media legua, y de ancho doce o trece piés, y dos estados o más de profundidad, por las orillas estacado, y su albarrada por ambos lados. Tardaron en hacerla cincuenta días, más de cuarenta mil hombres de los reinos de Tezcoco que tenía puestos allí Ixtlilxuchitl, para solo este efecto, trabajaban ocho o diez mil cada día. Asimismo halló a muchos señores de diversas provincias sujetas a su señorío que venían a darle obediencia, y hacerse amigos de los cristianos y favorecerlos en las guerras que se seguían contra los mexicanos, los cuales habían estado rebeldes, y en favor de México, el cual se holgó mucho de verlos, y les mandó que se apercibiesen de todo lo necesario, y así de gente de guerra como de bastimentos, y lo mismo hizo por todo el reino de los aculhuas sus vasallos, y las demás partes sujetas, para que dentro de diez días estuviesen todos dentro de la ciudad de Tezcoco; y Cortés envió a los señores de Tlaxcalan, Huexotzinco y Cholula con el mismo apercibimiento.

El segundo día de pascua de Espíritu Santo que ya estaba todo el ejército junto en Tezcoco, hizo alarde Cortés con sus españoles, y lo mismo hizo Ixtlilxuchitl, y eran en todo el ejército doscientos mil hombres de guerra, y cincuenta mil labradores para aderezar puentes y otras cosas necesarias. Cincuenta mil hombres de Chalco, Itzocan, Cuauhnahuac, Tepeyac, y otras partes sujetas al reino de Tezcoco, que caen hacia la parte del medio día, y otros cincuenta mil hombres de la ciudad y su provincia, sin ocho mil capitanes que eran vecinos y naturales de la ciudad de Tezcoco: otros cincuenta de las provincias de Otumba, Tolantzinco, Xilotepec y otras partes que asimismo pertenecen a la ciudad y son aculhuas, y últimamente otros cincuenta tziuhcohuacas, tlalahuhquitepecas, y otras provincias que caen hacia la parte del Norte y son sujetas al reino de Tezcoco, que como tengo declarado son por todos doscientos mil hombres de guerra. Asimismo mandó juntar Ixtlilxuchitl todas las canoas que acompañaron parte de ellas los bergantines, y las demás que llevaron los bastimentos, y otras cosas necesarias para el ejército. También en este día hicieron alarde los tlaxcaltecas, huexotzincas y chololtecas, cada señor con sus vasallos, y halláronse por todos más de trescientos mil hombres de guerra. Vista por Cortés la multitud de gente que estaba de su parte, con acuerdo de Ixtlilxuchitl y de todos los demás señores, se repartieron en este modo, que mandó Cortés a Pedro Alvarado fuese a Tlacopan con treinta de a caballo, ciento setenta peones, y cincuenta mil de Otumba, Tolantzinco y otras partes, que mando Ixtlilxuchitl fuesen con ellos, y por generales su hermano Quauhtliztactzin, y el señor de Chiautla, Chichinquatzin, y asimismo fue en su favor todo el ejército de los tlaxcaltecas.

A Cristobal de Olid que era el otro capitán le dió treinta y tres españoles de a caballo, ciento ochenta peones, y dos tiros como a los demás referidos, y otros cincuenta mil hombres de Tziuhcohuac y las demás provincias de la parte del Norte, y por general de ellos a Tetlahuelhuezquititzin, hermano de Ix-

tlilxuchitl, y otros señores por sus compañeros y que fuesen a Coyoacàn.

A Gonzalo de Sandoval, que era el otro capitán, dió veinte y tres caballos, ciento setenta peones, y otros dos tiros, y en favor de ellos los de Chalco, Quauhnahuac, y las demás partes que caen al medio día, que eran otros tantos, y por generales sus mismos señores, y algunos de los hermanos de Ixtlilxuchitl; y asimismo fueron con ellos los tultecas y huexotzincas para que fuesen a Iztapalapan y la destruyesen, y pusiesen su real en donde más a gusto les estuviese. Asimismo se repartieron entre ellos todos los cincuenta mil labradores para aderezar puentes, y desbaratar otras cosas necesarias para el orden de los demás.

Y Cortés tomó para sí los bergantines, y fue por general de la flota, y en su compañía Ixtlilxuchitl, con las dieciseis mil canoas, en donde iban cincuenta mil tezcocanos sus vasallos, y los ocho mil capitanes muy valerosos para destruir los laguneros, y los del peñol.

En México no se dormía, que lo mismo hacían los reyes Quauhtemoc, Cohuanacoxtzin, y Tetlepanquezatzin, apercibiendo de todo lo necesario y fortaleciendo la ciudad, y juntaron casi trescientos mil hombres en su favor, y enviaron a reprender mucho a Ixtlilxuchitl de estas y otras cosas, porque favorecía a los hijos del sol, y era contra su propia patria y deudos el cual les respondía siempre, que más quería ser amigo de los cristianos que le traían la luz verdadera, y su pretensión era muy buena para la salud del alma, que no ser de la parte de su patria y deudos, pues no le querían obedecer, y que no tan solamente les favorecería y ayudaría en todo, sino que también perdería la vida por ellos, con otras muchas razones, por lo cual estaban todos los mexicanos muy indignados contra él. Quauhtemoc y los otros dos, visto el gran poder que los cristianos traían, y la determinación de Ixtlilxuchitl, tornaron a requerir se diesen de paz, porque estaba conocido que serían vencidos por muchas causas y razones, los cuales respondían siempre, que más que-

rían morir y defender su patria, que ser esclavos de los hijos del sol, gente cruel y codiciosa, y otras muchas razones, las cuales obligaron a Quauhtemoc y a los demás a proseguir su intento, aunque en vano; porque la ciudad de Tezcoco y sus reinos y provincias, que era lo más importante y de mucho poder y fuerzas, era de la parte de los cristianos con Tlaxcalan, Huexotzinco y Cholula; aunque esto era lo de menos que como no fuese Tezcoco como tengo dicho en su favor, era muy poca la gente que podían dar estas provincias, en comparación de las tres cabeceras de Tezcoco, México y Tlacopan, que no sería de ningún efecto; y así claro parece en las historias que fue importantísima cosa la ayuda que tuvieron de Tezcoco dichos españoles, que después de Dios, Ixtlilxuchitl y los demás sus hermanos y deudos suyos, señores y caudillos que ellos eran, se plantó la ley evangélica, y se ganó la ciudad de México, y otras partes con menos trabajo y costa, que lo que podía costar, si no fuera por Tezcoco sus reinos y provincias, como está declarado.

Después de todo lo referido, mandó Ixtlilxuchitl a su hermano Ahuaxpictozin que acudiese con toda puntualidad mientras se hacían las guerras, con comida y armas, y todo lo necesario; así para los españoles, como para su ejército; y que apercibiese a todos los aculhuas y demás sus sujetos, para que estuviesen a punto para si hubiese menester socorro, todo lo cual hizo Ahuaxpictozin conforme se lo mandó su hermano, sin que hiciese falta en cosa ninguna mientras duró la guerra de México, como se dirá adelante.

Ya que todos estaban apercibidos y puestos a punto sin que cosa ninguna les faltase, salieron de la ciudad de Tezcoco con todo su ejército, para ir sobre México, al onceno día de su tercer mes llamado Hueytezoztli, que quiere decir vigilia mayor, y al deceno de su semana llamado Matlactliomomecalli, casa número 12, que ajustado con nuestro calendario, cae comúnmente a 10 de mayo, después de haber estado Cortés, y los demás españoles cinco meses en Tezcoco haciendo todas las cosas

referidas. Fue una de las mayores grandezas que se ha visto en esta tierra, el ver este ejército tan lucido y poderoso de la manera que salió de la ciudad, y como cada general tiró con su ejército a donde se le señaló. Alvarado y Cristóbal de Olid, fueron por Aculma, en donde hicieron noche este día, y de aquí a otros lugares, hasta llegar a Tlacopan, con muy poca resistencia, que ya era el tercero día después que salieron de Tezcoco, y el día siguiente se partieron Cristóbal de Olid y Tetlahuehuezquititzin y los demás señores y capitanes para Chapultepec, en donde quebraron los caños de la fuente, quitándoles el agua a los mexicanos, los cuales los defendieron valerosamente por agua y tierra, aunque les aprovechó poco, porque aunque eran muchos no pudieron sufrir la furia de los nuestros, y luego se tornaron con Alvarado para ayudarle, que andaba adobando los malos pasos para los caballos y aderezando puentes y otras cosas; peatajando acequias, en donde se ocuparon tres días con harto peligro de los naturales que murieron mucha cantidad de ellos, peleando con sus enemigos y aderezando lo caído. Asimismo quedaron heridos algunos españoles, y ganaron algunos puentes y albarradas, y hecho lo referido quedóse Alvarado en Tlacopan con Ixtocquatzin, y los demás señores y capitanes y Olid se fueron con los demás a Coyoacan, en donde ganó los lugares que por aquella parte hay, y se hicieron fuertes en las casas de los señores, y salían todos los días a pelear con los mexicanos, en donde se ocuparon ocho días cabales.

Gonzalo de Sandoval con los de Chalco y demás partes fueron sobre Iztapalapan, y llegados comenzaron a combatir con este lugar. Los vecinos se defendieron todo lo que pudieron, y hallándose muy fatigados de los nuestros, se salieron de Iztapalapan y se metieron dentro de México con sus mujeres e hijos. Visto por Sandoval y los demás que los de Iztapalapan habían dejado el lugar desocupado, entraron dentro, y quemaron muchas casas y templos, para que los enemigos no tuvieran en donde tornar a meterse. Cortés e Ixtlilxuchitl con los bergantines y las diez y seis mil canoas en donde iba su ejército

fueron sobre México, y en la primera parte donde tuvieron guerra fue sobre el peñol grande, en donde estaba grandísima suma de gente de guerra, y mujeres y niños, y combatiéronle, y ganáronle subiendo hasta la cumbre con harto trabajo por ser muy aspero y alto, pues que encima de él estaba la mayor fuerza de los enemigos, a los cuales mataron sin que quedase ninguno, si no fueron las mujeres y niños; aunque con harto riesgo de los nuestros, porque murieron muchos, y quedaron heridos veinte y cinco españoles. Los mexicanos como tuvieron aviso de los del peñol, como los cristianos iban ya cerca de México en los bergantines y canoas, les salieron al encuentro, que aun no habían salido del peñol hasta entonces, y adelantáronse quinientas canoas mexicanas las mejores que había para pelear, y reconocer a los enemigos, los cuales como estuviesen cerca de los nuestros se pararon para esperar, las que les pareció no convenía dar batalla por ser pocas y cansadas, y dentro de poco rato se juntaron tantas que cubrían casi toda la laguna. Ya que querían dar batalla los nuestros, les vino un viento muy favorable que fue de mucha consideración, y luego Cortés y Ixtlilxuchitl hicieron seña a los suyos, mandándoles que todos a un tiempo acudiesen hasta meterlos dentro de México; y hecho esto todos embistieron en las canoas, aunque pelearon algún rato, y viendo el viento contrario comenzaron a huir con tanto ímpetu, que unas a otras se tapaban o se quebraban, o iban a fondo, y a todos los que pudieron alcanzar los mataron aunque se resistían, hasta meter dentro de la ciudad a los que pudieron escapar, y prendieron muchos caballeros y capitanes y algunos señores. Fueron tantos los que murieron, que se tiñó toda la laguna grande de sangre, que verdaderamente no parecía agua y con esta victoria quedaron los nuestros por señores de la laguna.

Alvarado y Olid con los demás, en el interín que sucedían las cosas referidas, entraron por las calzadas, pelearon, y tomaron ciertas puentes y albarradas por más que las defendieron los mexicanos. Cortés y Ixtlilxuchitl con los demás, ayudaron tam-

bién en esta ocasión, y luego pasaron adelante, y no hallando enemigos por el agua, (que ya estaban atemorizados por lo mal que les iba), salieron por la calzada de Iztapalapan, y combatieron dos torres y templos que tenían sus cercas de cal y canto, y con harto peligro las ganaron, porque había dentro de ellas muchos enemigos, y para poder echar de la calzada los enemigos que atajaban a los nuestros, se dispararon tres tiros que hicieron mucho daño, y aquí se acabó la pólvora, y con esto cesaron de pelear; demás de que era ya muy tarde, y aquí se quedaron a dormir, y esta noche envió Ixtlilxuchitl a Coyoacán por la mitad del ejército de los chalcas, y lo mismo hizo Cortés por cincuenta españoles y pólvora. El día siguiente pelearon con sus enemigos, y les ganaron una puente, y luego les siguieron hasta las primeras casas de la ciudad en donde pasaron grandes cosas, y murieron muchos de los naturales de la una y otra parte; y asimismo junto el real de los nuestros rompieron los labradores, que para este efecto traía Ixtlilxuchitl, un pedazo de la calzada para que por allí pasasen cuatro bergantines y cinco mil canoas, para ganar la laguna dulce; y pasados a esta banda en pocas horas acabaron cuantas canoas hallaron en ella, matando mucha gente. Luego el día siguiente tuvieron otras escaramuzas con los enemigos, peores que las pasadas, y a esta ocasión llegó Sandoval con algunos españoles, que los demás naturales sus aliados los dejó con Cristóbal de Olid por mandado de Cortés, y acuerdo de Ixtlilxuchitl, y al tiempo que llegó Sandoval con los suyos para ayudar a Cortés, le atravesaron un pié estando peleando, y quedaron otros muchos heridos, y algunos naturales muertos como eran los delanteros; más diéronse tan buena maña, que mataron grandísima suma de enemigos, y Ixtlilxuchitl entre muchos que mató este día, cortó las piernas de una cuchillada a un capitán muy valeroso mexicano, con una espada que le dió Cortés.

Después de todo lo referido, que ya casi todos los pueblos comarcanos a la ciudad de México los tenía sujetos y arruinados, ordenaron sus soldados y pusieron sus reales en donde

mejor les pareció, y se proveyeron de bastimentos, y otras cosas necesarias, y estuvieron ocupados en estas cosas seis días, y asimismo hallaron muchos lugares para que los bergantines pudiesen entrar por la ciudad, teniendo siempre hartas escaramuzas con los mexicanos, los cuales y los tezcocanos, entraron muy adentro de la ciudad por cuatro partes. Cortés y su grande amigo Ixtlilxuchitl por la calzada que ataja la laguna, junto los dos templos que ganaron los días atrás, Pedro de Alvarado con sus amigos en Tlacopan: Cristóbal de Olid en la calzada de Coyohuacan, y Gonzalo de Sandoval por hacia la otra parte que cae al norte, teniendo siempre sus guardas porque no se saliesen por allí los enemigos, o les diesen algunos bastimentos, armas o gente de guerra.

Y un día que estaba todo puesto a punto, acordaron de que todos juntos acometiesen a la ciudad, y ganar cuanto pudiesen en este modo: Cortés y Ixtlilxuchitl por la calzada que es ahora de S. Antón, y Pedro de Alvarado, y Gonzalo de Sandoval, cada uno por su parte; y Cristóbal de Olid que envió la mitad de los españoles, y algunos caballos que le quedaron de la otra vez, le mandaron que con los que tenía y quince mil amigos guardase la calzada de Culhuacan, porque por allí no les entrase algún socorro de Xochimilco y otras partes a los mexicanos; y puesto a punto los bergantines y canoas por ambos lados de la calzada para guardar las espaldas de los nuestros, salieron muy de madrugada Cortés con más de doscientos españoles, y Ixtlilxuchitl con ocho mil hombres de guerra, que ya los enemigos le estaban aguardando muy bien armados y con mucha defensa, porque tenían quebrada de la calzada un pedazo de ella, y ahondada de tal manera, que ninguno pudiese pasar por la misma. Ixtlilxuchitl que traía consigo veinte mil hombres para aderezar los caminos y malos pasos, les mandó que la hinchieran de piedras y céspedes, y en un momento aderezaron este mal paso con harto trabajo, porque los enemigos les tiraban de la otra parte muchos flechazos y piedras; y aderezado, pasaron hacia donde estaban los enemigos, y pelearon

con ellos: y dentro de pocas horas los vencieron y siguieron hasta la entrada de la ciudad. En una torre alta que estaba junto a un puente muy elevado, se hicieron fuertes de tal manera, que no podían los nuestros sujetarlos, y los bergantines y canoas desde el agua combatieron con esta torre; y dentro de pocas horas con esta ayuda, que fue de mucho efecto, les ganaron; y luego por los bergantines y canoas pasaron a la otra parte todo el ejército, y aun los más de los naturales, y a nado. Ixtlilxuchitl mandó a los que tenían cargo de aderezar los caminos, que cegaran esta puente con piedras y adobes, y él y Cortés con los suyos pasaron adelante, y ganaron otra albarrada que estaba al principio de una calle principal y muy ancha, por donde fueron siguiendo los enemigos hasta otra puente que también estaba alzada como las demás, y por una sola viga pasaron los enemigos y los más de ellos por agua, y puestos a la otra banda quitaron la viga. Llegados los nuestros, envió Ixtlilxuchitl a llamar la mitad de la gente que aderezaba la otra puente, que ya a esta ocasión la iban acabando, y llegados que fueron comenzaron a cegarla, ayudándoles muchos soldados con harto riesgo, que morían muchos de ellos, por las piedras y flechazos que los enemigos les tiraban de la otra parte, y por las azoteas, que había una infinidad de ellos, por más que los españoles les defendían con las escopetas y ballestas, y dispararon dos tiros, con que hicieron grandísimo daño a los enemigos; y pasando a la otra parte alguna gente del ejército, pelearon con los mexicanos, y en poco rato huyeron que ya a esta ocasión estaba acabada de aderezar la puente por donde pasó toda la demás gente que quedaba del ejército, y siguieron a los enemigos hasta otra puente que estaba junto a una de las plazas principales de la ciudad, y con poca resistencia entraron por las casas, y aunque había infinidad de enemigos, pelearon con ellos hasta que los hicieron retirar cada uno por su cabo, y los más de ellos al templo mayor de Huitzilopoxtli corrían tras ellos, y entraron dentro del patio, y a poco rato echaron fuera a todos los que pudieron, y mataron a los que resistieron, y su-

bieron a la torre, y derribaron muchos ídolos; especialmente en la capilla mayor donde estaba Huitzilopoxtli, que llegaron Cortés e Ixtlilxuchitl a un tiempo, y ambos embistieron con el ídolo. Cortés cogió la máscara de oro que tenía puesta este ídolo con ciertas piedras preciosas que estaban engastadas en ella. Ixtlilxuchitl le cortó la cabeza al que pocos años antes adoraba por su Dios; todo lo cual hicieron con no poco riesgo, porque sus enemigos les tiraban a menudo muchas pedradas y flechazos, y muchos capitanes mexicanos lo defendían valerosamente, hasta que los echaron fuera de las capillas y templos, porque Quauhtemoc había reprendido mucho a los suyos, porque habían huído de los hijos del sol, y desamparado a sus ídolos; y así juntos todos los que se podían juntar de los enemigos, pelearon con los nuestros hasta verlos huir. Cortés y Ixtlilxuchitl los detuvieron algún ratillo peleando con ellos, y aquí mató Ixtlilxuchitl al general de los mexicanos que traía una lanza española, que los días pasados había quitado a un español que mató, y de tres cuchilladas, que la postrera le alcanzó por la cabeza, con una macana, le derribó la mitad de ella, y una oreja, con lo cual, visto por los enemigos su general muerto, cobraron tanto coraje, que embistieron con los nuestros con tanto ímpetu, que los hicieron retirar hacia la plaza, en donde tornaron segunda vez a ganar el templo, hasta que viendo los nuestros que ya era tarde, se tornaron a su real, y mandó Ixtlilxuchitl quemar las casas que había en esta calle de camino, de los cuales al tiempo que iban saliendo, cargaron tantos enemigos, que por poco no dejaran hombre con vida, y como tenían los puentes seguros, salieron con mucha facilidad. Alvarado y Sandoval con los demás señores sus amigos pelearon muy bien este día, y ganaron algunos puentes y albarradas de los enemigos.

El día siguiente llegáronle a Ixtlilxuchitl cincuenta mil hombres de socorro, todos los aculhuas sus vasallos que se los enviaba su hermano Ahuexpitzactzin, el cual tomó para sí treinta mil, y envió diez mil a Alvarado con los demás que en su fa-

vor estaban, cuyo caudillo era Quahutliztactzin, y otros diez mil a Gonzalo de Sandoval, que todos estaban con harta necesidad; y asimismo mandó a todos los que estaban impedidos o heridos de las guerras, que se volvieran a Tezcoco para curarse, y fueron por todos hasta cinco mil de ellos. Algunos historiadores, especialmente españoles escriben, que con este ejército de cincuenta mil hombres vino Ixtlilxuchitl por mandado de su hermano Tecocotzin, lo cual es muy al revés; porque según D. Alonso Axayaca, y las relaciones y pinturas de los naturales, especialmente de una que tengo en mi poder, escrita en lengua Tulteca, o Mexicana, que ahora llaman así, y firmada de todos los principales viejos de Tezcuco, y confirmada, y certificada por los demás de la ciudad más principales y antiguos de esta tierra, que son los que yo sigo en mi historia por ser los más verdaderos, y que los que las escribieron o pintaron, se hallaron personalmente a estas ocasiones; demás que algunos de ellos me lo han dicho vocalmente, y contado de la manera que sucedió, que ya pocos años ha que se han muerto, los cuales yo alcancé ya muy viejos, que Tecocoltzin era ya muerto a esta ocasión, y a la manera que está referida, y Ixtlilxuchitl desde que salieron a Tezcuco Cortés y los demás vino con ellos, y se halló personalmente en todos los ochenta días que duró le guerra de México, sin faltar uno solo, siendo el primero en todas ocasiones, como buen capitán, arriesgando su vida muchas veces por librar a los españoles de sus enemigos los mexicanos que si no fuera por él y sus hermanos, deudos y vasallos, hubo ocasiones en que podían matarlos sin que quedara uno tan solo, si no fuera por él y los suyos, como tengo referido; y me espanta de Cortés, que siendo este príncipe el mayor y más leal amigo que tuvo en esta tierra, que después de Dios, con su ayuda y favor se ganó, no diera noticia de él ni de sus hazañas y heróicos hechos siquiera a los escritores e historiadores para que no quedaran sepultados, ya que no se le dió ningún premio; sino que antes lo que era suyo y de sus antepasados se le quitó, y no tan solamente esto, sino aun las casas y unas

pocas de tierras en que vivían sus descendientes aun no se las dejaron, lo cual si diera aviso de todo ello al emperador nuestro señor, yo entiendo que no tan solamente le confirmara lo que era suyo y de sus antepasados, sino que le hiciera muchas mercedes y muy señaladas. Y asimismo, nadie se acuerda de los aculhuas tezcucanos, y los señores capitanes, aunque es toda una misma casa, si no es de los tlaxcaltecas, los cuales según todos los historiadores dicen, que más aínas venían a robar que a ayudar, como claro parece, que aun en la ciudad de Tezcoco y otras partes que eran amigos de los cristianos, robaron las casas, especialmente los palacios de Nezahualpilzintli, y quemaron los mejores cuartos que había dentro de ellos, y parte de los archivos reales, que fueron los primeros destruídores de las historias de esta tierra, de los cuales, según opinión de todos, hay muchas memorias de ellos, porque procuraron mucho en cualquiera parte que llegaban, robar y quitar cuanto hallaban, y de todo el oro que cogían se lo daban a los españoles; sea como fuere, ellos tomaron cuanto pudieron y vinieron en favor de los cristianos, lo cual no hicieron los Acolhuas, y demás provincias y lugares sus sujetos, porque se compadecían de las mujeres, niños y viejos que defendían sus haciendas, rogándoles que se las dejasen, y se contentasen con quitar la vida de sus maridos o padres o hijos. Demás, de que muchos de ellos tenían dentro de la ciudad de México muchos deudos y parientes, y aun había algunos de ellos que tenían sus padres, tíos o hermanos con quien peleaban; especialmente Ixtlilxuchitl sus hermanos y los demás señores que peleaban con sus propios hermanos, tíos y deudos; y aun muchas veces aconteció estar Ixtlilxuchitl peleando con alguno de sus parientes, y desde las azoteas deshonrarle sus tíos llamándole de traidor contra su patria y deudos, y otras razones pesadas, que a la verdad a ellos les sobraba la razón; mas Ixtlilxuchitl callaba y peleaba, que más estimaba la amistad y salud de los cristianos, que todo esto, de lo cual estaba el rey Quauhtemoc muy sentido, y con muy poca esperanza de vencer a los españoles y libertar su patria, y lo mismo estaba

Cohuanacoxtzin señor de Tezcoco, que sólo el título tenía, y Tetlepanquetzatzin de Tlacopan, porque lo más importante era que Tezcoco y sus reinos y provincias era de la parte de los cristianos, como se ha visto en esta historia, y se verá en lo demás que resta decir. Asimismo hase de considerar que Chalco, Quaunahuac, Itzocan, Tepeaca, Tolantzinco y otros reinos y provincias que vinieron en favor de los nuestros, cuando Tlaxcalan, Huexotzinco y Chalco, que eran sujetos al reino de Tezcoco, como es notorio, demás de lo que declaran las historias que primero que ellos se hicieron amigos de los cristianos, tomaron parecer de los de Tezcoco que era su cabecera, y Tecocoltzin, y Ixtlilxuchitl por su mandato les ayudaron, obedeciéndole en todo como hijos que eran de su rey Nezahualpiltzintli, lo cual según las historias, demás de que es cosa averiguada, que si no estuvieran sujetos al reino de Tezcoco, fuera imposible hacerles venir en favor de los nuestros, y si vinieran algunos no dejaran de amotinarse los unos con los otros, que fuera grande estorbo.

Dos días después que llegaron los cincuenta mil hombres de Tezcoco, vinieron los de Xochimilco y otras tierras de nación otomí a darse a Cortés, ofreciendo gente de socorro y otras cosas necesarias para la guerra, los cuales rogaron a Ixtlilxuchitl fuese parte en que Cortés olvidase lo pasado. Ixtlilxuchitl habló a Cortés diciéndole que se olvidara de lo anterior, que ellos acudirían en su favor, y que era gente muy importante por ser laguneros y tener muchas barcas en sus tierras. Cortés se holgó mucho y les dijo que fueran a sus tierras, que dentro de tres días estuviesen en su real con toda la gente que pudiesen, y las canoas que tuviesen las tragesen todas, para que ellos con los bergantines y las demás canoas de Tezcoco e Iztapalapan, peleasen por las acequias y lagunas, los cuales así lo hicieron, y estuvieron todos el día que se les mandó en el real de Cortés, y desde este tiempo salían todas las noches por la laguna, y alrededor de la ciudad con los de Tezcoco a reconocer si metían por algunas partes bastimentos, en donde los mataban y prendían, quitándoles todo el bastimento que llevaban.

Había cinco días que los nuestros no habían dado ninguna guerra a los enemigos, los cuales por esta causa habían abierto lo que los nuestros habían cegado, y hecho mejores albarradas y baluartes que los que había antes, y estaban muy bien apercibidos de gente, y de todo lo necesario, esperando con muchos alaridos a los nuestros; y así este día Cortés y Ixtlilxuchitl después de haber oído misa, salieron del real con todo su ejército, por el agua y tierra contra México, que lo mismo hicieron los demás que estaban en las otras partes, y en la primera puente que llegaron pasaron los del ejército por los bergantines y canoas, y dieron sobre los enemigos ganándoles el puente y albarrada, y les siguieron hasta otro puente en donde se guarnecieron; y los nuestros aunque con harto trabajo se lo ganaron, y los siguieron de puente en puente hasta llegar a la plaza, y los veinte mil gastadores que traía Ixtlilxuchitl para este efecto les mandó cegaran estos puentes, y aderezaran los malos pasos, en donde se ocuparon casi todo este día Cortés e Ixtlilxuchil con sus soldados, en donde murió grandísima suma de ellos y algunos de los nuestros por las celadas que les hicieron; pero dentro de pocas horas los sujetaron de tal manera, que los hicieron retirar a sus casas y templos, en donde se hicieron fuertes. Ixtlilxuchitl entre los muchos que mató este día, fue a un capitán muy valeroso y deudo suyo, en la puerta del templo mayor, y le quitó una espada española que traía, que se la había quitado a un español que mató y prendió los días atrás, y asimismo peleó con los mexicanos que era muy valeroso, y se le escapó huyendo con algunas heridas aunque no mortales hasta los palacios de su hermano Cacamatzin, en donde se hizo fuerte con muchos de sus capitanes. Ixtlilxuchitl quiso entrar dentro para prenderlo o matarlo, y no pudo, porque halló mucha resistencia en la puerta, en donde mató algunos que le defendían la entrada, y viendo que no podía, demás que le daban prisa los suyos para que fuese a favorecer a los españoles que andaban escaramuzando con los enemigos, y con gran aprieto, volvió las espaldas, ayudó a los cristianos, y pusieron fuego a las casas y

templos especialmente a los palacios de Axayaca, y la casa de las aves, de lo cual recibieron notable pena los mexicanos, y con tanto se volvieron a su real, y como los mexicanos vieron a los nuestros, dieron tras ellos y mataron muchos tlaxcaltecas, y por ir tan cargados de despojos iban traseros.

El día siguiente después de lo referido antes que amaneciese, oyeron misa los nuestros, y fueron hacia la ciudad; más por mucho que madrugaron hallaron los puentes limpios, y quebrada por muchas partes la calzada, como solían hacer los mexicanos, los cuales toda esta noche no habían dormido porque el rey Quauhtemoc personalmente había estado con ellos, y así los nuestros este día no pudieron ganar más que hasta dos puentes con harto trabajo en donde se gastó casi toda la munición, y al retirarse recibieron algunos daños de los mexicanos por entender que iban huyendo. Alvarado y Quauhtliztactzin ganaron este día otros dos puentes, y quemaron muchas casas, y mataron muchos enemigos. Asimismo, este día vinieron a darse por amigos a Cortés los de Cuitlahuac, Mizquic, Culhuacan, Mexicalzinco y Huitzilopoxco, y a rogar a Ixtlilxuchitl mandara a los suyos, especialmente los de Chalco, no les hicieran más molestia, que casi todos los días les iban a saquear sus casas Ixtlilxuchitl envió a decir a los señores de Chalco que mandasen a los suyos que no maltratasen más a éstos, pues eran sus amigos, y de la parte de los hijos del sol; y les mandaron que hiciesen casas por toda la calzada para el ejército, especialmente para españoles, que ya se acercaba el tiempo de las muchas aguas; y que acudiesen con comida y regalo para Cortés y los suyos, y asimismo, trajesen todas las canoas que tuviesen para juntar con las demás.

Después de lo dicho, mandó Cortés a los bergantines y canoas de Tezcoco, y demás partes de la laguna dulce, que cercasen la ciudad por todas partes, y quemasen todas las que pudiesen y matasen o prendiesen toda la gente que pudiesen, y él con Ixtlilxuchitl y su ejército entró por la ciudad, y quiso ganar la calle de Tlacopan para poderse comunicar con Alvara-

do, que sería de mucho efecto; poniéndolo por obra, que lo mismo hicieron Alvarado y Sandoval a un mismo tiempo, ganando cada uno lo que pudo. Cortés este día no ganó más de tres puentes y los cegó, y luego tornó a su puesto, y el siguiente día después de esto, volvió otra vez sobre la ciudad y calle, y ganó gran parte de ella con harto trabajo de los nuestros, en donde Ixtlixuchitl mató a otro señor y capitán de los enemigos, y le quitó una espada que también él se la había quitado a otro español que mató días atrás. Alvarado quiso este día entrar por la plaza de Tlaltelolco, y poniéndolo por efecto, se adelantó con hasta cincuenta españoles, y llegados dentro de la plaza, los enemigos dieron sobre ellos, y si no llegara Quauhtlizcatzin con los suyos, no quedara ninguno con vida; y por más que quiso, halló ya cuatro españoles presos por los enemigos, y luego allí delante de ellos los sacrificaron, y así se retiraron como pudieron, aunque costó la vida a muchos de los naturales amigos; y al día siguiente mudó Cortés el real dentro de la ciudad, sin hacer otra cosa señalada, y dió orden para que todos el siguiente día cada uno embistiese por su parte, y lo mismo a los bergantines y canoas.

Llegado el día, repartió la gente de su real en tres compañías, para que pudiese ir por tres calles que iban hacia la plaza. Por la una entró el Tesorero con setenta españoles, y ocho caballos, y veinte mil de los de Ixtlilxuchitl con muchos gastadores para cegar las acequias y puentes, y derribar casas; y por la otra fue Jorge de Alvarado y Andrés de Tapia con ochenta españoles, y más de doce mil amigos que les dió Ixtlilxuchitl, dejando a la boca de esta calle dos tiros, y ocho de a caballo con algunos amigos; y por la otra fueron Cortés y Ixtlilxuchitl con cien españoles, y ocho mil amigos; y puestos todos a punto, embistieron con los enemigos todos a un tiempo, e hicieron grandes cosas. Ixtlilxuchitl a esta ocasión dió otra cuchillada a otro capitán mexicano, que de la primera vez le quitó ambos muslos; y en efecto, fueron matando a muchos y ganando casas, puentes y albarradas hasta la plaza, sin perdonar a nadie

la vida; de tal manera, que parecía que aquel día quedaría México ganado; y los del Tesorero unieron el alcance hasta Tlaltelulco, y dejaron una puente mal cegada, a donde es ahora S. Martín, barrio de Tlaltelulco; y Cortés que iba en pos de ellos, adelantándose con los suyos, y Ixtlilxuchitl quedó atrás peleando con los mexicanos. Cuando llegó Cortés, pasando el mal paso, halló al Tesorero que venía huyendo de él, y los demás quedaban muertos: muchos de los naturales amigos, y el Alférez, cortados los brazos, y el pendón real en poder de los enemigos, y muertos, y otros presos de los españoles, que serían hasta cuarenta de ellos. Cortés viendo la furia de los enemigos, tuvo por bien de huir también, y al tiempo que llegaron al mal paso, no se atrevieron a pasar por él, si no era echándose en el agua, y así unos y otros se trabaron de las manos; y Ixtlilxuchitl que a esta ocasión llegó, mandó a sus soldados detuviesen a los enemigos, y él se llegó presto, y dióle la mano a Cortés, y le sacó de la agua, que ya uno de los enemigos le iba a cortar la cabeza, y le cortó los brazos, aunque esto se lo aluden a ciertos españoles, siendo muy al revés; demás de que lo hallaron pintado en la puerta principal de la Iglesia del monasterio de Santiago Tlaltelolco, aunque ya también cierto religioso, que debía de ser pariente del Olea, mandó pintarlo diferente, poniendo a Olea que corta los brazos al que quiere prender, o matar a Cortés, y Ixtlilxuchitl que lo saca fuera del agua. Sea como se fuere, Ixtlilxuchitl libró a Cortés, y le reprendió mucho, porque se había adelantado, y no quiso tomar su parecer de nunca adelantarse solo, sin ir con muchos amigos, para que en el interín que se entretenían con ellos, pudiesen poner en cobro sus personas, pues eran pocos, y morir uno de ellos hacia falta, más que si fueran quinientos de los suyos; el cual al tiempo que sacó a Cortés del agua le dieron una pedrada sobre la oreja izquierda, que le descalabraron, y por poco le abrían la cabeza; y viéndose herido, tomó una poca de tierra, y púsose en la descalabradura; y quitándose las armas blancas que siempre traía, dejándose en cueros con solo un pañito que le cubría

las partes bajas, y una rodela, y macana, con aquel coraje que tenía embistió con los enemigos, y trabó con ellos una cruel batalla, matando a muchos de ellos hasta que se encontró con el general de los mexicanos que era valerosísimo. Estuvieron los dos peleando más de un cuarto de hora, en donde le tiraron los enemigos un flechazo que le pasaron el brazo derecho y una pedrada sobre la rodilla derecha que le lastimó aunque no mucho, y con esto se encendió más. Viéndose herido, cobró más ánimo y embistió con el general y le quitó la espada que traía, dándole algunas heridas, el cual viéndose de esta manera echó a huir como pudo, y en su alcance Ixtlilxuchitl hasta el templo de la diosa Macuilxuchitl en donde se hizo fuerte con los suyos que no lo pudo haber a las manos; y entre tanto se volvió hacia donde estaba Cortés, y al tiempo que venía encontró con un capitán mexicano que se venía hacia él; como lo vió que iba muy arropado por amor de las heridas, entendió que no le haría ningún mal, le comenzó a deshonrar y a ponerle mil nombres. Ixtlilxuchitl calló cuanto pudo y mandó a los suyos que lo dejasen para ver lo que hacía hasta que no lo pudo sufrir más, y aunque iba herido del brazo, le dió una cuchillada, con la espada que quitó al general, por la cintura que le dividió en dos partes el cuerpo, y no pudiendo sufrir más la flecha que todavía llevaba metida dentro del brazo, se la quitó y esprimió muy bien la herida, y sus vasallos le pusieron ciertas cosas con que sanó dentro de pocos días. Alcanzó Ixtlilxuchitl a Cortés en la calle de Tlacopan que se iba retirando con harto trabajo, porque los enemigos habían cargado sobre él, y como pudieron llegaron a su real con pérdida de más de dos mil amigos y los cuarenta españoles que fueron presos, y luego este día los sacrificaron en el templo mayor de Tlaltelulco, sin otros tres que quemaron, y más de treinta que quedaron heridos; muchas canoas perdidas y los bergantines por poco se pierden, el capitán y maestre de uno de ellos fueron heridos y murió el capitán de la herida. A Alvarado también le mataron cuatro españoles y algunos amigos. Fue este día

aciago. Toda la noche estuvo Cortés e Ixtlilxuchitl con los suyos muy tristes y adoloridos, porque Cortés también estaba herido en una pierna, y los mexicanos muy alegres de la victoria tan señalada que tuvieron este día, que casi toda la noche no durmieron de contentos, haciendo grandes bailes y danzas, poniendo grandes lumbradas por las azoteas de los templos y casas, tocando muchas bocinas y atabales y otras señales de alegría. También abrieron las acequias y puentes como antes estaban, y envió Quauhtemoc sus embajadores por toda la comarca, a dar aviso del buen suceso, especialmente a las provincias de su parte, pidiendo gente y socorro para cumplir esta guerra y echar de México o matar a los españoles. El día siguiente por no mostrar flaqueza Cortés e Ixtlilxuchitl con su ejército fuéronse hacia la ciudad y pelearon con los enemigos, y desde el primer puente se tornaron a su real.

Al segundo día después de las desgracias, vinieron unos embajadores de Quauhnahuac, de parte del señor a dar aviso a Ixtlilxuchitl, como los de Malinalco y Cuixco les hacían mucha guerra, rogándole que mandase a los pueblos sus circunvecinos les ayudasen, y pidiese a Cortés algunos españoles que fuesen también en su favor, lo cual oído por Cortés mandó a Andrés de Tapia fuese con ochenta peones, y diez de a caballo, y dentro de diez días, que les dió de término ganasen aquellas provincias y estuviesen en México; y así el capitán Tapia se fue con estos mensajeros, y Ixtlilxuchitl envió a rogar a los pueblos circunvecinos que les ayudasen, y así con los de Quauhnahuac juntos, que serían hasta cuarenta mil hombres fueron con Andrés de Tapia sobre Malinalco; y antes de llegar encontró con el ejército de los enemigos; pelearon con ellos, los desbarataron y mataron a muchos; siguieron hasta la ciudad, que era muy grande. Entre tanto se tornaron para México, y de allí a dos días llegaron otros mensajeros de Toluca, quejándose de los matlaltzincas sus vecinos, que les habían hecho muchos agravios e impedido el socorro que traían en favor de los nuestros, lo cual creyó Cortés fácilmente, porque habían en-

viado a decir los mexicanos que vendrían los matlaltzincas, hombres valerosos y los destruirían; y así mandó a Sandoval fuese con ellos y llevase diez y ocho caballos, cien peones, y muchos amigos que Ixtlilxuchitl mandó fuesen en su favor, que con los que había en Toluca, llegaron a sesenta mil hombres. Estuvo tres días Sandoval por el camino, al cabo de los cuales los alcanzó a la otra vanda del río Chicuhnauhtla, que iban cargados de maíz, y otras cosas que habían tomado de un lugar que quemaron. Arremetieron con ellos y pelearon un rato, hasta que les hicieron huir, y retirarse a su ciudad, que estaba más de dos leguas, y en la retirada mataron más de dos mil. Llegados a Malinalco, la cercaron, y los vecinos se defendieron en el interín que sus mujeres se iban a un cerro alto, hasta que no pudiendo más, y que sus mujeres y haciendas estaban en cobro , salieron huyendo, y los nuestros saquearon tolo el lugar, quemaron las casas y templos, y quedáronse a dormir esta noche; y el día siguiente fueron hacia el cerro, y no hallaron a nadie, dieron sobre un lugar que era de guerra, y el señor de allí abrió las puertas y recibió a los nuestros, rogándoles que no hiciesen mal en su tierra, que él haría que se diesen los de Matlaltzinco, Malinalco, Cochizco y los demás lugares que eran de la parte de México, de lo cual se holgó Sandoval, y no le hizo ningún mal, se tornó a México y este señor trajo a los de Matlaltzinco, Malinalco y los demás, a Cortés para que los perdonase, ofreciéndole ayuda para el cerco de México. El se holgó mucho y les rogó cumpliesen su palabra, los cuales así lo hicieron trayendo gente de socorro y comida, y las demás cosas necesarias. Mientras sucedían las conquistas de Malinalco, Matlaltzinco, y otras partes no pelearon los nuestros, ni hicieron cosa señalada, aunque los naturales no dejaban de cuando en cuando de tener algunas escaramuzas con los mexicanos. Cortés con acuerdo de Ixtlilxuchitl y los demás señores, mandó que todas las casas que se ganasen se derribasen por el suelo, y así mandó Ixtlilxuchitl a Texcoco, y a los demás reinos y provincias sujetas a su señorío, especialmente las cercanas, vinie-

sen todos los labradores con sus cóas para este efecto con toda brevedad; y así cuatro días después que Sandoval estaba en México, llegaron más de cien mil de ellos, y teniéndolos a todos juntos, y después de haber apercibido a los mexicanos que se diesen de paz, los cuales no habían querido por alguna vía, sino que antes se habían apercibido muy deveras y muy a su gusto, y echado mucha piedra por la plaza y calles, para que los caballos no pudiesen correr por ellas, con otros muchos ardides de guerra; Cortés, Ixtlilxuchitl y los demás comenzaron a combatir la calle principal que va a la plaza mayor; yendo prosiguiendo los nuestros por la calle arriba, derribando casas y cegando los puentes. Los de la ciudad demandaron paz, aunque fingida, con que se pararon los nuestros y preguntaron por el rey: respondieron, que ya lo habían ido a llamar. Estuvieron un rato aguardando por si venía, hasta que los enemigos les tiraron muchas pedradas, y flechazos, y lanzas arrojadizas con que los nuestros embistieron con ellos, y les ganaron una grande albarrada que tenían hecha, y entraron por la plaza, y quitaron la piedra con que cegaron el agua de las acequias, y demás puentes que estaban por cegar de aquella calle; de tal manera, que los enemigos munca más la abrieron, y derribaron las casas que pudieron; y siendo ya hora de irse a su real, se volvieron, y otros días se ocuparon en esto, derribando casas, y peleando con sus enemigos; y en este mismo tiempo, Ixtlilxuchitl peleando con los enemigos prendió a su hermano Cohuanacoxtzin, que era entonces general de los mexicanos, y se lo entregó a Cortés, el cual le mandó echar unos grillos y ponerlo en el real con muchas guardas, de lo cual se sintieron mucho Quauhtemoc, y los mexicanos, porque con la pérdida de este señor, de todo punto perdieron la esperanza de algún socorro; demás de que todos los aculhuas sus vasallos que eran de su parte, y habían estado en México en su favor, se pasaron a la parte de Ixtlilxuchitl.

Después de todo lo referido, acordó Cortés de hacer una emboscada, en la cual mataron más de seiscientos mexicanos, y

prendieron más de dos mil, con que de todo punto los mexicanos cobraron grandísimo temor a los nuestros, y les ganaron otras muchas casas y un templo, en donde los españoles hallaron cierta cantidad de oro en una sepultura, al tiempo que lo derribaban por el suelo los labradores. En este día, Ixtlilxuchitl, y los otros señores y soldados valerosos de su ejército, hicieron cosas señaladas grandísimas, como en los demás referidos, que por evitar proligidad no se especifican.

La noche siguiente salieron dos mexicanos muertos de hambre, y viniéronse a Ixtlilxuchitl, el cual se holgó de verlos, y tuvo noticia de ellos de todo lo que había dentro de la ciudad, y trabajos, y hambres y pestilencias que los ciudadanos padecían, y como de noche y a horas desacostumbradas, salían a pescar, y a buscar yerbas y cortezas de árboles para poderse sustentar; lo cual oído por Ixtlilxuchitl, y enterado de donde eran los lugares a donde salían los mexicanos, avisó a Cortés; y así mandaron, que los bergantines y canoas rodeasen la ciudad, y pusieron ciertas espías para que avisasen a la hora que ellos salían; y Cortés tomó hasta cien españoles, y quince de a caballo, y Ixtlilxuchitl hasta cuarenta mil hombres; y avisados de los espías una madrugada, dieron sobre los desventurados mexicanos; y como estaban desarmados, mataron casi mil de ellos, y otros muchos prendieron; y lo mismo hicieron los bergantines y canoas. Las guardas de la ciudad, aunque hicieron ruído y señal de que querían pelear con los nuestros, no se atrevieron.

El día siguiente, que era el segundo de su semana, llamado Ome Mallinalli, esparto núm. 2, que era a diez días de su mes, llamado Hueytecuylhuitl y a la nuestra a 21 de julio, víspera de señor Santiago, patrón de España, Cortés y Ixtlilxuchitl con su ejército, combatieron con la ciudad, y ganaron de todo punto la calle de Tlacopan, y deribaron y quemaron los palacios del rey Quauhtemoc, y otras muchas casas; de tal suerte, que quedaron este día de las cuatro partes de México, ganadas las tres, que sin riesgo, se podían comunicar los nuestros, los del

real de Cortés y Ixtlilxuchitl, con los de Alvarado y Teltlahuehuezquitzin; y de allí a cuatro días, después de haber quemado muchas casas, y derribado las paredes por el suelo, ganaron los nuestros dos templos de Tlaltelulco muy grandes, que era la mayor fuerza que los enemigos tenían, aunque con algún trabajo, y Ixtlilxuchitl viendo que los enemigos no querían pelear, después que les ganaron los templos, les dijo que se diesen de paz a los cristianos con algún partido. Ellos le respondieron, que no tratase de amistad, ni aguardasen nunca despojo de ellos, porque habían de quemar todo cuanto tenían, y echarlo en el agua, como hicieron con el tesoro donde nunca más pareciese; y que uno solo que quedase había de morir defendiendo su patria; y otras muchas razones, las cuales vistas por Ixtlilxuchitl, dió aviso a Cortés, y le dijo que no esperase ningún concierto, sino que prosiguiese su demanda. Estuvieron cuatro días sin dar guerra a los mexicanos, aunque dicen que estuvieron ocupados en hacer un trabuco, y al cabo de los cuales, entraron a combatir la ciudad, y hallaron las calles llenas de mujeres, niños y viejos, y otros muchos enfermos muertos de hambre. Mandaron Cortés y Ixtlilxuchitl que no les hiciesen mal, y la gente ilustre y soldados estaban en las azoteas sin ningunas armas, porque era principio de su mes llamado Micailhuitzintli, y fiesta que ellos guardaban, que comunmente cae a 7 de agosto; requiriéronles con la paz, ellos respondieron, que otro día tratarían de esto; mas hoy no había lugar porque celebraban la fiesta de sus finados los niños. Visto esto por Cortés y Ixtlilxuchitl, enviaron a decir a Alvarado y Tetlahuehuezquitzin, que combatiesen un barrio muy fuerte de más de mil casas que estaba por ganar, y que ellos les ayudarían; y así dieron sobre este barrio, y los vecinos pelearon muy bien un grandísimo rato; y no pudiendo sufrir la furia de los nuestros, huyeron y desampararon sus casas, y mataron más de doce o trece mil hombres. Este día casi no pelearon los españoles, si no fue al principio; mas luego se retiraron a un cabo, y estuvieron mirando a los amigos como peleaban. Ixtlilxuchitl prendió en esta ocasión con sus pro-

pias manos casi cien hombres, y mató a otros muchos, y entre ellos casi veinte capitanes, que después se conocieron por las armas que traían puestas; y perdido este barrio, en donde estaba Quauhtemoc, que era lo que quedaba de la ciudad; eran tan pocas las casas, y tanta la gente, que apenas cabían de piés, y las calles llenas de hombres muertos y enfermos, que los nuestros no pisaban otra cosa si no eran cuerpos. El día siguiente combatieron con lo que quedaba, que sería de las ocho partes de la ciudad, la una; y estando en esto, llamaron a Cortés y a Ixtlilxuchitl, y le dijeron muchas palabras muy sentidas, rogándoles que los acabasen de destruir, especialmente a Cortés, que le dijeron aquellas palabras que los cronistas españoles escriben, y fue decirle: ¡Ah capitán Cortés! pues eres hijo del sol, ¿por qué no recabas con él que nos acabe de lástima? Este día no mataron a nadie, si no fueron algunos que se defendían. El día siguiente, después de lo referido, enviaron Cortés y Ixtlilxuchitl a un infante tío suyo, hermano de su madre, que había como ocho días que lo había prendido Ixtlilxuchitl y aun estaba herido, rogándole que fuese a tratar de paces con Quauhtemoc, y aunque él lo rehusó diciendo a su sobrino la voluntad del rey; más con todo esto fue, y las guardas le dejaron entrar como al fin su señor, y dándole la embajada fue mandado sacrificar: a los españoles y naturales que iban con él los echaron a pedradas y lanzadas, diciendo todos, que más querían morir que no paz. Este día pelearon mucho, y murió mucha gente de ambas partes. Otro día tornaron los nuestros hacia el lugar en donde estaban los enemigos, y no pelearon aguardando por ver si se rendían. Llegáronse Cortés e Ixtlilxuchitl a una albarrada en donde estaban ciertos señores deudos de Ixtlilxuchitl, y habló con ellos diciendo lo que les convenía. Ellos respondieron que muy conocido tenían su daño; mas que a su rey habían de obedecer. Estas y otras razones hubo entre ellos, y los mexicanos respondían con hartas lágrimas, y después de haberles dicho que fuesen a rogar a su rey se diese, fueron y le requirieron muchas veces, y él res-

pondió siempre que esto había de haber sido antes, y no ahora que ya estaba todo perdido. Ellos volvieron a Ixtlilxuchitl y le dijeron que por ser ya tarde no podía venir el rey para verse con él y con Cortés; mas que el siguiente día, a horas de comer, vendría sin duda a la plaza para hablar con ellos. Entre tanto se tornaron los más a su real muy contentos entendiendo que esta vez se concertarían; y el día siguiente mandaron aderezar el teatro de la plaza muy de madrugada, poniendo estrado real (o sitial) en donde se habían de tratar las paces, y mucha comida. Llegado el tiempo, no fue el rey, sino cinco señores, y entre ellos el gobernador y capitán general del reino, para tratar de la paz y conciertos, y disculparon a su rey por enfermo. Cortés los recibió y se holgó de verlos, los regaló mucho; mas no quiso tratar con ellos cosa ninguna, diciéndoles que sin el rey no se podía negociar nada. Ellos fueron a su rey y éste les dijo, que sería infamia muy grande ir un monarca como él delante de sus enemigos por aquella vía, si no fuese peleando, y para quitarle la vida, y que tornasen y le dijesen a Ixtlilxuchitl que dijese a Cortés, que él le daba su palabra de que cumpliría con todo lo que sus embajadores concertasen con ellos, pues eran los mayores señores de su reino, pero que en ninguna manera podía ir ante Cortés; y si con esto no bastaba, que hiciesen lo que quisiesen, que ya les quedaba poco para acabarlos de destruir. Ixtlilxuchitl informó a Cortés de todo lo que había, y el rey Quauhtemoc enviaba a decir. Tornó Cortés a enviarle a decir que el día siguiente últimamente iría a la plaza y allí le aguardaría por espacio de tres horas, que si no venía a verse con ellos Quauhtemoc, los acabarían de destruir a fuego y sangre, sin perdonar a nadie la vida. Los mensajeros se tornaron y dieron la respuesta de la determinación de Cortés a su rey.

El día siguiente, que era el sexto de su octavo mes llamado Micaylhuitzintli, que se llama macuili Toxtli, conejo número 5, y en el nuestro fue a 12 de agosto, día de Santa Clara Virgen, fue Cortés con Ixtlilxuchitl y otros señores a la plaza

para aguardar al rey Quauhtemoc, según se lo enviaron a decir. Estuvieron por la mañana hasta casi medio día, aguardando, y viendo que no venía, ni había esperanza de que viniese, mandaron a Sandoval, y a los demás señores que eran sus compañeros con los bergantines y canoas, combatiesen por las acequias y laguna con los enemigos, y Cortés e Ixtlilxuchitl por las calles y albarradas, y dada la batalla dentro de muy poco rato, los nuestros con poca resistencia entraron hasta lo más fuerte que tenían los mexicanos para su defensa, que fueron muertos y presos cincuenta mil hombres. Hiciéronse este día una de las mayores crueldades sobre los desventurados mexicanos que se ha hecho en esta tierra. Era tanto el llanto de las mujeres y niños que quebraban los corazones de los hombres. Los tlaxcaltecas y otras naciones que no estaban bien con los mexicanos, se vengaban de ellos muy cruelmente de lo pasado, y les saquearon cuanto tenían. Ixtlilxuchitl y los suyos al fin como eran de su patria, y muchos de sus deudos, se compadecían de ellos, y estorbaban a los demás que tratasen a las mujeres y niños con tanta crueldad, que lo mismo hacía Cortés con sus españoles. Ya que se acercaba la noche se retiraron a su real, y en éste concertaron Cortés e Ixtlilxuchitl y los demás señores capitanes, del día siguiente acabar de ganar lo que quedaba. En dicho día, que era de S. Hipólito Mártir, fueron hacia el rincón de los enemigos, Cortés por las calles, y Ixtlilxuchitl con Sandoval, que era el capitán de los bergantines, por agua hacia una laguna pequeña, que tenía aviso Ixtlilxuchitl como el rey estaba allí con mucha gente en las barcas. Fuéronse llegando hacia ellos. Era cosa admirable ver a los mexicanos. La gente de guerra confusa y triste, arrimados a las paredes de las azoteas mirando su perdición; y los niños, viejos y mujeres llorando. Los señores y la gente noble, en las canoas con su rey, todos confusos. Hecho la seña, los nuestros embistieron todos a un tiempo al rincón de los enemigos, y diéronse tanta prisa, que dentro de pocas horas le ganaron, sin que quedase cosa que fuese de parte de los enemigos; y los bergantines y ca-

noas embistieron con las de éstos, y como no pudieron resistir a nuestros soldados echaron todas a huir por donde mejor pudieron, y los nuestros tras ellos; García de Olguín capitán de un bergantín, que tuvo aviso por un mexicano que tenía preso, de como la canoa que seguía era donde iba el rey dió tras ella hasta alcanzarla. El rey Quauhtemoc viendo que ya los enemigos los tenía cerca, mandó a los remeros llevasen la canoa hacia ellos para pelear; viéndose de esta manera, tomó su rodela y macana, y quiso embestir; mas viendo que era mucha la fuerza de los enemigos, que le amenazaban con sus ballestas y escopetas, se rindió; García de Olguín lo llevó a Cortés, el cual lo recibió con mucha cortesía, al fin como a rey, y él echó mano al puñal de Cortés, y le dijo: ¡Ah capitán! ya yo he hecho todo mi poder para defender mi reino, y librarlo de vuestras manos; y pues no ha sido mi fortuna favorable, quitadme la vida, que será muy justo, y con esto acabareis el reino mexicano, pues a mi ciudad y vasallos teneis destruídos y muertos... con otras razones muy lastimosas, que se enternecieron cuantos allí estaban, de ver a este príncipe en este lance. Cortés le consoló, y le rogó que mandase a los suyos se rindiesen, el cual así lo hizo, y se subió por una torre alta, y les dijo a voces que se rindieran, pues ya estaba en poder de los enemigos. La gente de guerra, que sería hasta sesenta mil de ellos los que habían quedado de los trescientos mil que eran de la parte de México, viendo a su rey dejaron las armas, y la gente más ilustre llegó a consolar a su rey. Ixtlilxuchitl, que procuró harto de prender por su mano a Quauhtemoc, y no pudo hacerlo solo, por andar en canoa, y no tan ligera como un bergantín, pudo sin embargo alcanzar dos, en donde iban algunos príncipes y señores, como eran Tetlapanquetzatzin, heredero del reino de Tlacopan, y Tlacahuepantzin, hijo de Mocthecuzoma su heredero, y otros muchos, y en la otra iban la reina Papantzin Oxomoc, mujer que fue del rey Cuitlahuac, con muchas señoras. Ixtlilxuchitl los prendió, y llevó consigo a estos señores hacia donde estaba Cortés: a la reina y demás

señores las mandó llevar a la ciudad de Tezcoco con mucha guarda, y que allá las tuviesen. Duró el cerco de México, según las historias, pinturas y relaciones, especialmente la de D. Alonso Àxàyaca, ochenta días cabalmente. Murieron de la parte de Ixtlilxuchitl y reino de Tezcoco, más de treinta mil hombres, de más de doscientos mil que fueron de la parte de los españoles como se ha visto; de los mexicanos murieron más de doscientos cuarenta mil, y entre ellos casi toda la nobleza mexicana, pues que apenas quedaron algunos señores y caballeros, y los más niños, y de poca edad. Este día, después de haber saqueado la ciudad, tomaron los españoles para sí el oro y plata, y los señores la pedrería y plumas, y los soldados las mantas y demás cosas, y estuvieron después de esto otros cuatro en enterrar los muertos, haciendo grandes fiestas y alegrías. Llevaron muchos hombres y mujeres por esclavos, y luego fueron a Coyoacan con todo el ejército, en donde se despidieron con todos los señores de Ixtlilxuchitl, y se fueron a sus tierras, dando palabra a Cortés de ayudarle en todo lo que les quisiese mandar, el cual se los agradeció mucho, y los tlaxcaltecas, huexotzincas y chololtecas se despidieron de él. Asimismo se fueron a sus tierras ricos y contentos, y de camino los tlaxcaltecas saquearon la ciudad de Tezcoco, y otros lugares, robando a los vecinos de noche sin ser sentidos, y a tiempo que no se pudiesen defender y librar sus haciendas de ellos.

Después de sucedidas las cosas referidas, y los españoles en Coyoacan servidos y regalados de los aculhuas que Ixtlilxuchitl les tenía mandado que acudiesen con todo lo necesario, se fue a su ciudad de Tezcoco en donde fue muy bien recibido, y hallóla toda saqueada y arruinada por los tlaxcaltecas. Mandó reparar y limpiar todo lo arruinado, especialmente los palacios de su padre y abuelo, y de otros señores particulares. Envió a Tlaxcalan a reprender a los tlaxcaltecas por lo mal que habían usado de la ciudad de Tezcoco, siendo su patria antigua de donde los pasados salieron. Los tlaxcaltecas se disculparon lo mejor que pudieron, diciendo que ellos no tenían la culpa porque los

españoles les invitaron, con otras muchas razones. Hizo muchas mercedes a todos los señores capitanes y soldados que anduvieron en su ejército en favor de los cristianos, especialmente a los que se señalaron en las guerras. Labró unas casas y palacios muy grandes, con los mexicanos que trajo de México, y él prendió personalmente, que eran obra de dos mil de ellos, en el sitio que llaman Tecpilpac que su padre le dió siendo niño, en donde se crió, y mandó a todos sus vasallos estuviesen siempre apercibidos con todo lo necesario así para guerras, como para sustento si hubiese necesidad.

Cortés que estaba en Coyoacan, viendo que no se hallaba todo el tesoro que él vió en México de las tres cabeceras, mandó quemar vivo a un caballero criado del rey Quauhtemoc, y al darle tormento de fuego por los pies, por más que le dijeron los mexicanos, que aunque los matase a todos no tuviese esperanza de hallar el tesoro, porque lo echaron en el sumidero de la laguna; Ixtlilxuchitl que no pudo sufrir la crueldad de Cortés, le dijo que le hiciese placer de quitar del tormento al criado del rey Quauhtemoc, pues sabía claramente que era en vano cuanto hacía y gran inhumanidad, que así daba ocasión a que se tornasen a rebelar. Cortés conociendo su inhumanidad, y el riesgo tan grande que corría, lo mandó soltar. Cohuanacoxtzin viéndose muy llagado de las piernas por los grillos que tenía puestos desde el día que le prendió su hermano, le rogó le mandase quitar las prisiones, el cual le dijo a Cortés tuviese por bien de que se le quitasen a su hermano los grillos, porque tenía los pies bien lastimados; demás de que ya él estaba bien castigado. Cortés respondió que hasta que de España viniese recado del emperador no le podía soltar, porque con la flota que llevó el quinto y despojos que le tocaron a S. M. le envió aviso de todo lo que había, y presto tendría respuesta; y si tan lastimado estaba que mandase traer cierta cantidad de oro de Tezcoco pra rescatarlo y enviárselo al emperador, que él lo tendría por muy bien hecho. Ixtlilxuchitl le respondió que si no quedaba más que por el oro, que más quería la sa-

lud de su hermano que cuantos tesoros tiene el mundo, y así envió a Tezcoco por el oro que había quedado en los palacios de su padre y abuelo, y por todo lo que él tenía en sus casas, y se lo dió a Cortés; el cual dijo que era poco para rescatar a un gran señor como era su hermano, y que era menester más. Envió segunda vez a Tezcoco a todos los señores sus primos, hermanos y deudos que tenían sus casas dentro de la ciudad, los cuales juntaron todas las joyas y piezas de oro que cada uno tenía, y junto todo el oro y plata que se sacó de cuatrocientas casas de señores que había dentro de la ciudad, se lo enviaron a Ixtlilxuchitl, el cual se lo dió a Cortés, y rescató a su hermano y lo envió a Tezcoco, en donde sus vasallos lo recibieron con hartas lágrimas de verlo tan enfermo, flaco, y maltratado y le curaron. En el interín que sucedían estas cosas, el rey de Michuacan llamado Catzontzi, como tuviese noticia de la destrucción de México, temiéndose de los cristianos y sus amigos no fuesen sobre su reino, envió sus embajadores para que diesen el parabién a Cortés, ofreciéndose servir al emperador y ser su amigo; y lo mismo a Ixtlilxuchitl por la ayuda que dió a Cortés, y dándole las gracias de todo lo que había hecho en favor de los cristianos, y a los señores mexicanos y los de su parte, el pésame de sus trabajos y persecución. Vino a esta embajada un hermano del rey con más de mil hombres en su compañía. Todos se holgaron de esta embajada y paces con Michuacan, con que fue de mucha consideración, y les quitaron el trabajo a los aculhuas de irlo a conquistar por ser reino muy grande, y de gente muy belicosa. Envió Cortés a Cristóbal de Olid con cien españoles de a pie y cuarenta de a caballo, y Ixtlilxuchitl más de cinco mil hombres para su servicio y ayuda. Llegados a Michuacan, en la ciudad de Chiuzizilan, que era la corte y cabecera de este reino, Catzontzi los recibió, y se holgó mucho de ver a los cristianos, y se holgó también de que poblasen en su ciudad, y así poblaron, y dió su palabra de ser amigo de allí adelante de los españoles y aculhuas, y que todos fuesen sus amigos y de su parte.

La provincia y reinos sujetos a Tezcoco que están ácia las costas del mar del sur y norte, con la prisión y muerte del rey Cacama, se rebelaron contra los españoles, y mataron a los que había en sus tierras que andaban buscando oro, y rescatando con los naturales; aunque Tecocoltzin y Ixtlilxuchitl les enviaron a requerir se diesen de paz a los cristianos y viniesen en favor de ellos en las guerras pasadas de México, nunca pudieron con ellos; y así acordaron Cortés y Ixtlilxuchitl enviar gente de guerra sobre ellos y sujetarlos. Había como dos meses pocos días más, que estaban en Coyoacan, cuando envió Cortés a Gonzalo de Sandoval sobre Guatzacoalco, Toxtepec y Huatoxco, y otras partes con doscientos españoles de a pie, y treinta y cinco de a caballo; Ixtlilxuchitl envió con ellos treinta mil hombres de guerra, y por capitanes a ciertos hermanos suyos, y algunos señores y soldados viejos, deudos y vasallos; y llegados a Huaxtoco, (o sea Huatoxco) envió el general de los aculhuas a apercibir a los de esta provincia con la paz, si no querían guerra, los cuales se dieron de paz, y poblaron aquí los españoles, y llamáronle Medellin, que está a ciento veinte leguas: de aquí fueron sobre Cohuxtzacoalco, en donde tuvieron alguna resistencia, porque los naturales de esta provincia no se querían dar de paz, y una noche ganaron un lugar de esta provincia, lo que bastó para que se diesen a los nuestros, que eran muchos pueblos, que estaban en las riberas del río de Cohuxtzacoalco, y cerca de la mar obra de cuatro leguas de ellas, pobló Sandoval la villa del Espíritu Santo, en donde quedaron algunos aculhuas en compañía de los españoles pobladores, como habían hecho en los demás, y desde aquí enviaron los capitanes y aculhuas de parte de Ixtlilxuchitl a los de las provincias de Quecholan, Zihuatlan, Quetzaltepec, Tabasco, y otros muchos pueblos y lugares sujetos, así de Tezcoco, como de México y Tlacopan, requiriéndoles se diesen de paz, y fuesen amigos de los españoles; los cuales así lo hicieron, y vinieron los señores de estas provincias a la villa del Espíritu Santo, en donde trataron de las paces con el general de Tezcoco y Sando-

val, y les dieron los tributos, que había casi dos años que no habían acudido con ellos a Tezcoco.

Asimismo, en este tiempo envió Ixtlilxuchitl alguna gente de guerra en favor de los de Tepeaca, Itzocan y otras ciudades sujetas a Tezcoco, contra los de los reinos de la Mixteca y Tzapoteca y Huaxacac que les hacían mucho daño por ser sus circunvecinos. Tuvieron tres batallas en diversas veces, por ser gente muy belicosa. Murieron muchos de ambas partes; mas luego sujetaron a Huaxacac, y gran parte de la Mixteca.

Ixtlilxuchitl envió ciertos mensageros a Tehuantepec, Tzacatecan, y otras provincias, que también estaban rebeladas contra Tezcoco y los españoles, a requerirles se diesen de paz; y con ellos fueron cuatro castellanos por dos caminos que envió Cortés para que reconociesen la mar del sur; y llegados a éstas los señores con toda la demás gente, se enviaron a disculpar, y a pedirle perdón a Ixtlilxuchitl por no haberle querido obedecer, y a los españoles por no haber venido a favorecerlos; y trajeron los tributos y reconocimiento de dos años pasados que no habían acudido ellos. Solo Tototepec se negó que no se quiso dar de paz, sino que antes se enojó contra los demás porque habían hecho amistad con Ixtlilxuchitl, y los españoles; y asi le enviaron a rogar enviase gente de guerra en favor de ellos para sujetar a Tototepec, y pidiese a Cortés algunos cristianos que fuesen también en favor de ellos. Cortés teniendo muy entera relación de la mar del sur por los cuatro españoles que fueron con los mensageros de Ixtlilxuchitl, envió a Pedro de Alvarado en favor del señor de Tequantepec, y los demás que eran de nuestra parte con doscientos españoles y cuarenta de a caballo, y dos mil hombres de guerra que envió Ixtlilxuchitl con ellos, Fueron en el año de 1522, y tardaron un mes en el camino por Huaxacac. Hallaron en algunos lugares alguna resistencia; y llegados a Tototepec, envió el general de los aculhuas a requerir al señor se diese de paz y él y toda la provincia, el cual se dió, aunque fingidamente, y recibieron a los nuestros, y los quiso llevar a unas casas suyas muy grandes para aposentarlos allí. Los

Aculhuas dijeron a Alvarado no hiciese tal, porque eran avisados de que aquella noche los habían de quemar a todos dentro de las casas, porque tenían las cubiertas de paja. Alvarado lo hizo así, y aposentáronse a lo bajo de la ciudad, y detuvo al señor y a un hijo suyo, los cuales viendo que estaban casi presos, y que les entendieren la traición, se rescataron en más de veinte y cinco mil castellanos de oro. Poblaron esta ciudad y provincia, y enviaron a requerirle con la paz los de las provincias de Coaztlahuac, Tlazquiauhco y otras partes, que también estaban rebelados, los cuales se dieron luego de paz; y con tanto, se volvieron los aculhuas a Tezcoco, y Alvarado a Coyoacan, en donde dieron razón de todo lo que fueron a hacer en esta jornada.

Cortés viendo que los de la costa del mar del sur eran amigos, acordó de enviar cuarenta españoles, carpinteros y marineros a Zacatulan para labrar dos bergantines, y descubrir toda aquella costa, y dos carabelas para buscar islas, que tenía noticia había algunas muy ricas; y para esto pidió a Ixtlilxuchitl le diese algunos carpinteros y gente para que fuese con ellos, y que les llevasen el hierro, armas, velas, maromas y otras jarcias de unas que estaban en la Veracruz; todo lo cual hizo Ixtlilxuchitl con toda puntualidad, mandando a sus vasallos acudiesen a los españoles con todo lo que les pidiesen, y hubiesen menester.

Tuvieron noticia Cortés, e Ixtlilxuchitl, de como Cristóbal de Olid fué vencido de los de Coliman, y que le mataron diez españoles, y muchos mixhuacanenses que eran en su favor; el cual desde Michuacan, por órden de Cortés, iba a Zacatulan para ver los bergantines con más de cien españoles y cuarenta de a caballo, muchos naturales de Michuacan; y queriendo sujetar a Coliman de camino, le fué muy mal como está referido; y así Cortés envió luego a Gonzalo de Sandoval con sesenta peones, y veinte y cinco de a caballo, e Ixtlilxuchitl mandó fuesen con ellos diez y seis mil hombres de guerra, y que vengase y castigase a los de Coliman, y también a los de Impiltzinco

que hacían guerras a sus vecinos porque eran amigos de los españoles, y de la parte de Ixtlilxuchitl, Sandoval y los aculhuas fueron derechos sobre Impiltzinco. Estuvieron sobre los de esta provincia, y nunca los pudieron sujetar por ser gente muy belicosa, y en tierra muy áspera, y así se fueron de aquí a Zacatulan en donde tomaron más gente, y fueron sobre Coliman, que está sesenta leguas de Zacatulan; y llegados, tuvieron una cruel batalla. Murieron algunos aculhuas, y de los enemigos muchos de ellos; los cuales viéndose muy oprimidos de los nuestros, se rindieron con los de Impiltzinco, Zihuatlan, Zelimatlec, y otros pueblos; y después de haber sujetado estas provincias, y poblado a Coliman se tornaron los nuestros.

Ixtlilxuchitl en el interín que sucedían las cosas referidas, andaba ocupado en la reedificación de México con más de cuatrocientos mil hombres; así oficiales, como carpinteros, y albañiles, y peones, y vivía en Tlaltelolco, en donde despachaba sus capitanes para las salidas que se hacían, y gobernaba toda la tierra, especialmente lo que era la parte de los aculhuas. Reedificóse México por acuerdo de Ixtlilxuchitl, y de los demás señores, por ser la ciudad en donde mayor resistencia tuvieron los cristianos y trabajos de los aculhuas que les costó harta sangre a Ixtlilxuchitl y a los suyos, para memoria en los tiempos venideros de esta insigne victoria que tuvieron contra México. Labráronse más de cien mil casas, mejores que las que solía haber, y más de cuarenta mil casas más, de las que antes había. Y asimismo, Ixtlilxuchitl labró ciertas casas, y cúpole en la repartición a Tlaltelolco, y a los demás señores a cada uno su barrio como fue a Tlacahuepantzin hijo de Mocthecuzoma, que se llamó D. Pedro, el barrio Atzaqualco.

Como hubiese Cortés ganado a México, envió luego a dar aviso al emperador nuestro señor de todo lo que había hecho, y envió a pedirle despachase religiosos para la conversión de los naturales; y así su majestad envió a decir a Cortés, que avisaría a su Santidad, y con su facultad y licencia les enviaría; y por esta vez no envió más de cinco o seis religiosos de la orden de

S. Francisco, entre ellos el Padre Fr. Pedro de Gante, primo de su majestad, y otros cuatro clérigos; y tuvo por bien todo lo que había hecho. Llegaron éstos religiosos en el año de 1522, ya que Ixtlilxuchitl acabó de reedificar a México; Cortés le dijo a Ixtlilxuchitl que le daba en nombre del emperador para él y sus descendientes tres provincias, que eran Otumba con treinta y tres pueblos, Itziuhcohuac con otros tantos, que cae hacia la parte de Pánuco, y Cholula con ciertos pueblos. Ixtlilxuchitl le respondió que lo que le daba era suyo y de sus pasados, y que no se lo habían quitado, a nadie para que les hiciese merced, que Cortés y los suyos gozasen aquello, pues habían pasado tantos trabajos y caminado tantas leguas por mar y tierra, con harto riesgo de sus vidas; que así como los de aquellas provincias y las demás que eran del reino de Tezcoco eran sus vasallos, le habían de acudir a él y a sus hermanos como a sus señores naturales, y otras muchas razones; las cuales oídas por Cortés, y viendo que respondía la verdad, calló y no le repitió más. Ixtlilxuchitl se fue a Tezcoco, y allí se concertaron entre el y su hermano Cohuanacoxtzin de partir por medio el reino de Tezcoco, en este modo: que Cohuanacoxtzin, como señor que era, se quedase en la ciudad de Tezcoco, y tomase para sí todas las provincias que caen hacia la parte del medio día, que son Chalco, Quauhnahuac, Itzocan, Tlahuic, y las demás hasta la mar del sur, y la otra mitad que cae hacia la parte del norte, echando sus linderos y mojoneras por Tepetlaoztoc, Papaluca, Tenayucan, Chimanautla y Xaltocan: hizo cabecera Otumpan y Teotihuacan, y tomó para sí a Tolantzinco, Tzuihcohuac, Tlatlauhquitepec, Pahuatla y los demás hasta la mar del norte y Pánuco. Hechos los conciertos, se fué Ixtlilxuchitl a Otumba, en donde edificó ciertos palacios para su morada, y lo mismo hizo en Teotihuacan; el cual entró el postrero día del año de nahui Toxtli que en nuestra cuenta fué a 19 de marzo del año de 1523.

Los señores mexicanos que habían escapado de la guerra de México, viendo a su rey Quauhtemoc atormentado por el tesoro,

se amotinaron, y además se alzaron otra vez contra Cortés, como se lo dijo Ixtlilxuchitl; el cual con tiempo lo remedió, y fueron presos los más culpados, y fueron muchos de ellos sentenciados a muerte, unos ahorcados y a otros les echaron los perros que los despedazaron, entre ellos fue Cohuanacoxtzin, de lo cual se enojó mucho Ixtlilxuchitl contra Cortés, y a pesar de los españoles, le mandó quitar de los perros que ya le querían despedazar.

Asimismo, en el interín que se estaba edificando México, fueron Cortés y Ixtlilxuchitl sobre el reino de Pánuco, que estaban rebelados algunos lugares a Tezcoco; y los de Pánuco habían muerto a ciertos españoles, y hecho otras insolencias y agravios a los nuestros. Tomó Cortés trescientos españoles de a pie, y ciento cincuenta de a caballo, y Ixtlilxuchitl más de cuarenta mil aculhuas, y algunos mexicanos. Llegaron a Ayntoxtitlan, donde le salieron al encuentro los enemigos, y en un campo raso y llano tuvieron una cruel batalla, y murieron de los de Ixtlilxuchitl, como eran los primeros, más de cinco mil de ellos, y de los enemigos tres tantos más; fueron heridos cincuenta españoles, y estuvieron aquí cuatro días descansando, donde vinieron de los lugares de Tezcoco que estaban rebelados a darse, y trajeron todos los tributos de los años que no habían dado. Ixtlilxuchitl les perdonó, y luego fueron a Chila, que era donde desbarataron a Francisco de Garay, que está cerca de la mar; y llegados a este lugar, envió Ixtlilxuchitl sus mensajeros a toda la comarca, requiriéndoles que se diesen de paz a los españoles. Ellos confiando en su valor y lugares fuertes, nunca quisieron darse de paz. Estuvieron casi quince días aguardando si se darían; y visto por Cortés y Ixtlilxuchitl que no querían darse de paz, sino que antes habían muerto a ciertos mensajeros, les dieron guerra; y como no les pudiesen sujetar; porque estaban metidos en sus lagunas, una noche después de haber hallado cierta cantidad de canoas, sin ser sentidos, pasaron con ellas a la otra parte del río, Cortés con cien personas y cuarenta de a caballo, y Ixtlilxuchitl con hasta veinte mil hom-

bres; y como fuese amaneciendo fueron vistos por los enemigos, y cargaron tanto sobre ellos que por poco fueran vencidos y muertos los nuestros; más se dieron tan buena maña que vencieron a los enemigos, y seguidos más de una legua, en donde murieron grandísima suma de ellos, aunque fueron heridos diez mil de los de Ixtlilxuchitl. Durmieron aquella noche los nuestros en un pueblo despoblado sin gente, y en los templos se hallaron los cueros de los españoles de Garay que los habían desollado, y los vestidos y armas colgadas por las paredes, en lo cual se hecha de ver claramente que los primeros españoles que vinieron a estas partes sin amigos, eran de poco efecto, y siempre llevaban lo peor; lo cual sucedió muy a la contra a Cortés, que donde quiera que él iba a sujetar o tener guerra con alguna provincia, salía siempre vencedor por tener amigos, los cuales eran los que guiaban la danza y corrían los primeros riesgos. De este lugar en donde hicieron noche, fueron a otro muy hermoso y de mucha frescura, en donde estaban muchos enemigos con armas, y en celada para coger a los nuestros dentro de las casas; los cuales tuvieron aviso de esto, y así notando los enemigos que eran vistos salieron a pelear con los nuestros, y tuvieron este día una grandísima batalla, en donde murieron muchos de ellos, y alguna cantidad de los nuestros, y fueron heridos muchos españoles. Fueron vencidos tres veces este día; más luego se rehicieron otras tantas y viéndose fatigados se echaron a un río que por allí pasaba, y poco a poco se pusieron a la otra banda, y se pararon a la orilla y estuvieron allí fuertes hasta que cerró la noche; y los nuestros tornaron al lugar en donde cenaron Ixtlilxuchitl y los suyos yerbas, y algunas frutillas silvestres; y Cortés y los suyos un caballo, y durmieron con mucha guarda. Otro día fueron sobre cuatro pueblos que todos estaban despoblados y durmieron en unos maizales, en donde mataron la hambre, y anduvieron otros dos días; y como no hallaron gente se volvieron a Chila en donde tenían el real, y la noche siguiente después que estaban en Chila, fueron sobre un gran pueblo que está en la orilla de una lagu-

na, y lo destruyeron por agua y tierra, y saquearon todas las casas. Los vecinos luego se rindieron, y dentro de veinte y cinco días, que estuvieron allí los nuestros, se rindieron los demás que estaban en la comarca y ribera del río, y pobló Cortés un lugar que está cerca de Chila y le puso Santiestevan del Puerto, y puso allí cierta cantidad de españoles, y Ixtlilxuchitl mandó se quedasen algunos de sus vasallos con ellos, y asolaron a Pánuco, Chila, y otros lugares grandes por las crueldades que hicieron con los de Garay, y con tanto dieron vuelta para México, y luego sucesivamente en este tiempo se rebelaron Tototepec del Norte, con otros veinte y tantos pueblos, sujetos a la ciudad de Tezcoco, y así les fue forzoso ir sobre ellos a Cortés y Ixtlilxuchitl con más de treinta mil hombres de guerra. Pelearon con ellos, y Ixtlilxuchitl prendió por sus propias manos al general, y al señor de Tototepec, y se lo entregó a Cortés, el cual lo mandó ahorcar. Murió de ambas partes cantidad de gente, y los que fueron presos y cautivos fueron vendidos por esclavos. Hizo señor de Tototepec Ixtlilxuchitl, a un hermano del que solía ser.

Los españoles que habían quedado en Pánuco, y especialmente, cierta cantidad de ellos que eran de la parte de Garay, hicieron tantas insolencias a los de Pánuco, que les fué forzoso rebelarse, no pudiendo sufrir a los españoles, y así mataron más de cuatrocientos de ellos; y como tuviese Cortés aviso de esto pidió a Ixtlilxuchitl socorro de gente, y al rey Quauhtemoc, el cual y sus vasallos habían convalecido, y cada uno de ellos dió más de quince mil hombres de guerra con Gonzalo de Sandoval, y cincuenta de a caballo y cien de a pie, los enviaron a Pánuco, yendo por general de los aculhuas Yoyontzin hermano menor de Ixtlilxuchitl, y de los mexicanos un sobrino de Quauhtemoc. Llegados a Pánuco, pelearon con los enemigos dos veces y los vencieron hasta entrar en Santiestevan, en donde no hallaron más que cien españoles, que si se tardaran un día más, no hallaran ninguno, y luego se repartieron en tres partes, y entraron por la tierra dentro, matando saqueando y quemando todas las

casas, de modo que dentro de pocos días lo saquearon todo, y mataron una infinidad de indios. Fueron presos por los nuestros sesenta señores de pueblos, y cuatrocientos caballeros y capitanes, sin otra mucha gente común; los cuales fueron condenados a muerte y quemados, salvo la gente menuda que la soltaron. Halláronse en este castigo sus propios hijos, especialmente los herederos para que escarmentasen, y luego se les dieron sus señoríos; y con tanto se allanó Pánuco, y los nuestros se volvieron a México.

En el año de 1523 teniendo noticia Ixtlilxuchitl y Quauhtemoctzin, que los Quauhtemalan, Otlatlan, Chiapan, Xoconuxco y otras provincias de la costa del sur, sujetas a las tres cabeceras, estaban rebeladas pocos días había, y hacían guerra a los que eran de la parte de los cristianos sus mortales enemigos, porque les habían hecho ciertas insolencias y agravios; dieron aviso a Cortés, el cual tenía presupuesto de enviar ciertos españoles, para que reconociesen la tierra; y visto que era menester sujetar primero a estos lugares, dijo a los señores, que mandasen a sus vasallos les diesen socorro para que fuesen con Alvarado a sujetarlos. Quauhtemoc y Ixtlilxuchitl, que ya tenían apercibidos a sus vasallos, juntaron veinte mil hombres de guerra, y muy expertos en la milicia y tierras de la costa, enviando a cada uno de ellos su general con diez mil hombres de guerra, los cuales fueron con Alvarado, y llevaba más de trescientos españoles. Salieron de México a 6 de diciembre: fueron por Tehuantepec a Xoconuxco, y de camino castigaron muchos lugares que estaban rebelados, especialmente a Tzapotlan, una ciudad muy fuerte y grande, en donde pelearon con ellos hartos días, y murió de ambas partes cantidad de gente, y fueron heridos muchos españoles y sujetó a Tzapotlan. Fueron sobre Quetzaltenanco, y estuvieron tres días por el camino, y el primero de los cuales pasaron ríos con mucho trabajo: el segundo, una cuesta muy alta y áspera, que tenía más de cinco leguas; y en un reventón, de ésta hallaron más cuatro mil enemigos, y pelearon con ellos hasta desbaratarlos; y más adelante, en un llano, halló más de

treinta mil de ellos, y pelearon y los desbarataron; y más adelante fueron a ciertas fuentes y tornaron a pelear con los mismos; mas luego los vencieron, los cuales se rehicieron a la falda de una sierra y revolvieron sobre los nuestros con más ánimo que antes. Tuvieron una guerra muy reñida; mas luego los vencieron y fueron tras ellos, y en el alcance mataron infinitos de los que huían, y prendieron al general, que era uno de los cuatro señores que había en aquellos tiempos en Otlatlan. También murieron muchos de los nuestros, y algunos españoles. Otro día entraron en Quetzaltenanco, y no hallaron a nadie, y allí se abastecieron de comida y otras cosas necesarias, seis días después que salieron de Tzapotlan; y después de haber corrido la tierra los de Quetzaltenanco, se juntaron, y vinieron sobre los nuestros saliéronles al encuentro y pelearon muy bien; mas los de Quetzaltenanco, conociendo la furia de los nuestros, se retiraron, y en el alcance mataron grandísima suma de ellos, especialmente al pasar un arroyo. Los capitanes y señores se recogieron a un cerro peleando, en donde fueron presos y muertos; y viendo los señores de Otlatlan y Quetzaltenanco que estaban vencidos, convocaron a sus vecinos y trataron de paces a los nuestros, aunque falsamente, y les dieron muchas mantas, oro, y otras cosas a sus aliados; y después que los tuvieron juntos, enviaron a llamar a los nuestros que fuesen a Otlatlan que allí serían bien recibidos. Los nuestros fueron, y como hallaron ciertas señales de la celada que los de Otlatlan les tenían hecha, saliéronse fuera, aunque con algún daño; diéronse tan buena maña, y prendieron a los señores, de lo cual se enojaron sus vasallos, y si les hacían guerra fue con más coraje; de tal manera que casi estaban cercados los nuestros, y mataron cada día muchos aculhuas y mexicanos, y aun españoles. Alvarado viendo esto mandó quemar a los señores que tenía presos con la mayor crueldad del mundo, y los generales de Tezcoco y México enviaron a Quauhtemalan a pedir socorro al señor de allí, el cual les envió más de cuatro mil hombres de guerra, con los cuales pelearon con sus enemigos; y diéronles tanta prisa, que los su-

jetaron, y los ciudadanos pidieron perdón y merced de las vidas, la cual se les concedió, y fueron sueltos los hijos de los dos señores de Otlatlan y Quetzaltenanco que fueron quemados, y dieron palabra de nunca más rebelarse.

Después de haber sujetado a Otlatlan y Quetzaltenanco, fuéronse con todo el ejército a Quauhtemalan en donde fueron muy bien recibidos, con mucho regocijo y regalados. Los señores se disculparon con los generales, sobre de no haber acudido a México con su obligación, echando la culpa a los españoles que andaban por sus tierras que les hacían hartas insolencias y agravios. Estaba una provincia muy grande cerca de Quauhtemalan que hacía mucha guerra a esta ciudad, y Otlatlan, y otros que eran de la parte de las tres cabeceras, la cual tenía su capital y ciudad en la orilla de una laguna grande, y era muy fuerte y de mucha gente; y así los nuestros les enviaron a requerir con la paz, y ellos no quisieron sino guerra, y así fueron sobre ellos los nuestros y muchos de Quauhtemalan, y diéronles batalla hasta ganarles un peñol, y saqueáronles las casas, y los que pudieron pasar en una isleta en canoas y otros a nado se libraron; y los nuestros salieron fuera del peñol a unos sembrados en donde asentaron real, y durmieron aquella noche; otro día entraron en la ciudad y halláronla despoblada sin gente; y como perdieron el peñol, que era su fortaleza, desampararon la ciudad. Corrían la tierra los nuestros, y prendieron ciertos hombres, de los cuales fueron enviados tres o cuatro de ellos, para que fuesen a rogar a sus señores que se diesen de paz que serían bien recibidos, y si no les destruirían sus tierras y casas. Ellos respondieron que querían paz, y así vinieron a darse. Esta provincia jamás fue sujeta de alguna nación. Alvarado y los demás se tornaron a Quauhtemalan, en donde vinieron muchos pueblos que estaban substraídos y rebelados a darse de paz, y otros de la costa del sur. Todos los de la provincia de Icquintepec, estaban muy rebeldes, y hacían mal a los que venían a ver a los cristianos, fue nuestro ejército sobre ellos, y caminaron cuatro días, dur-

miendo siempre en despoblado; al cuarto de los cuales, entraron por los términos de la ciudad sin ser vistos ni sentidos, porque estaban muy descuidados y metidos en sus casas porque llovía mucho. Tomáronles dentro de las casas, prendieron y mataron a muchos de ellos, y como no se pudiesen juntar los vecinos, huyeron la mayor parte de ellos; los demás que se hicieron fuertes, y se juntaron en unas casas grandes, pelearon y mataron muchos naturales de Tezcoco. El señor, viendo su perdición, vino y pidió merced de la vida, y trató de que se les dieran todos los pueblos sujetos a esta provincia, ofreciendo su amistad, y se le recibió. De aquí fueron sobre otras provincias, que nunca habían sido sujetas a estas tres cabeceras de diferentes lenguajes, y la primera parte donde llegaron fue a Cala, en donde tuvieron ciertas batallas con los naturales de estas provincias, y murió cierta cantidad de los nuestros, y les salieron y quitaron casi todo el despojo que llevaban, y nunca los pudieron atraer a su amistad. Luego pasaron a Pánuco pues se les ofrecían a los nuestros por amigos, aunque con cautela, para descuidarlos y matarlos; mas los nuestros hallaron ciertas señales en que conocieron la traición que les tenían urdida los de Pánuco, y así embistieron con el lugar, y los enemigos les salieron al encuentro, y pelearon con ellos hasta hacerles volver las espaldas y echarlos del pueblo, matando muchísima gente. De aquí fueron a Mopilcalanco, pelearon, y hicieron lo que en las demás partes; y luego fueron a un lugar fuerte en donde bate la mar del sur, que se dice Acayncatl, donde hallaron grandísimo número de enemigos armados en un campo a la entrada de este lugar. Visto por los nuestros que era mucha la ventaja de los enemigos, y que no había más que hasta siete mil mexicanos y tezcocanos, porque los demás, unos eran nuestros y otros quedaban en Quauhtemalan indispuestos de los trabajos pasados, y Alvarado no llevaba más de doscientos cincuenta españoles de a pie, y cien de a caballo, y otros pocos mil más de Quauhtemalan; pasaron por un lado del ejército de los enemigos; y como los vieron a la otra parte, embistieron con ellos. Pelearon ani-

mosamente los nuestros, de tal manera, que a penas quedó hombre vivo de los enemigos, porque no podían huir como los demás, por causa de que traían unas armas muy pesadas que les cubrían todo el cuerpo como sacos, y traían unas lanzas muy largas, más de treinta palmos. Todos estos y los demás referidos desde la provincia de Caltipan, son de nación Tulteca. Este día quedaron muchos de los nuestros heridos y otros muertos, y muchos de los españoles quedaron asimismo heridos, y entre ellos Alvarado cojo de un flechazo que le dieron en la pierna. Acabada esta batalla, se les ofreció luego a los nuestros otra peor, porque venían los enemigos de un grandísimo ejército muy apercibidos, y con las lanzas enarboladas, y además larguísimas. Tuvieron mucho trabajo los nuestros, y corrieron mucho riesgo en esta contienda; mas luego dándoles prisa a los enemigos los vencieron y sujetaron. De aqui fueron sobre la provincia de Uahuatlan y la sujetaron , y de aquí a Athleleahuacan, en donde vinieron a sujetarse los de Cuitlachan, y los nuestros fueron allá. Entraron por la ciudad con mucho recato, porque tuvieron aviso que los querían matar a traición, y trataron los generales con ellos de paz. Ellos se ausentaron y desampararon la ciudad, dejando a los nuestros solos, y cada día les hacían guerra de veinte que estuvieron en este lugar, al cabo de los cuales, viendo que los de esta provincia no se querían dar de paz, ni los podían sujetar por ninguna vía; los más se tornaron a Quauhtemalan después de haber hecho todo lo referido, y otras muchas cosas que se dejan en silencio, en donde padecieron hartos trabajos, hambre y calamidades los nuestros, y los españoles. Poco oro y riquezas hallaron en este viaje, aunque se ganaron y sujetaron otras provincias. Anduvieron, según dicen, más de cuatrocientas leguas, y desde Quauhtemalan se vinieron al ejército de los aculhuas y mexicanos, y dejaron allá a Alvarado con los demás españoles, los cuales llegaron a México. Dieron razón de todo su viaje a Ixtlilxuchitl, y al rey Quauhtemoc, y ciertas cartas a Cortés; el cual y los demás se holgaron mucho con tan buenas nuevas, y envió luego a Al-

varado doscientos españoles para poblar a Quauhtemalan.

Dos días después que salió Alvarado para Quauhtemalan, despacharon Cortés e Ixtilxuchitl, Quauhtemoc, y los demás señores a Chamolán (que era a 8 de diciembre del año de mil quinientos veinte y tres) a Diego de Godoy, con cien españoles de a pie, y treinta de a caballo, y dos generales deudos de Ixtlilxuchitl y Quauhtemoc; uno de los aculhuas, y otro de los mexicanos y tecpanecas; cada general con diez mil hombres de guerra. Fueron derechos a la villa del Espíritu Santo, y allí juntáronse más españoles. Hicieron ciertas entradas, entre las cuales fue la de Chamolán (o Chamolla) provincia muy grande y la ciudad muy fuerte, puesta sobre un cerro que tenía muy peligrosa la subida, y cercada de una muralla de más de tres estados, la mitad de pared, y la otra de unos tablones gruesos. Combatieron dos días con harto trabajo de los naturales del ejército de los aculhuas, y mexicanos; mas los vecinos faltándoles el sustento, como estaban cercados, alzaron su ropa, e hicieron como mejor pudieron, y las mas entraron por la ciudad y mataron los que pudieron, y saqueáronla y se abastecieron de mucho botín que hallaron, aunque poco bastimento. Después de sujeto este lugar, fueron a Chiapa y Huehueytlan, mas fueron recibidos de paz.

A 5 de febrero del año de 1524, tornaron a enviar otra armada sobre los de Mixtecapan y Tzapotecapan, que se habían tornado a rebelar, y hacían mucho mal a sus circunvecinos porque eran amigos de españoles; y así envió Cortés a Rodrigo Rangel que es el mismo que fue la primera vez con ciento cincuenta españoles, y Ixtlilxuchitl veinte mil hombres de guerra en su compañía, y un hermano suyo por general; y de camino se juntaron con los de Tlaxcalan, que enviaron otros cinco o seis mil hombres en su favor. Llegados a estas provincias, les requirieron con la paz una y muchas veces, y viendo que no se querían dar, les hicieron guerra y mataron y prendieron a muchos de ellos, los cuales fueron vendidos por esclavos como a los demás, y después de sujetos se tornaron a México cargados

de despojos, y los españoles con mucho oro, como que era tierra rica, y con esto quedó todo el imperio de las tres cabeceras Tezcoco, México y Tlacopan sujeto, que corría lo más de ellos cuatrocientas leguas a la redonda de esta laguna grande de Tezcoco, hasta las costas de la mar del sur y norte, como se ha visto. Otras muchas entradas hicieron los nuestros fuera de las referidas, que por no haber habido en ellas cosas señaladas no se ponen aquí, y por evitar proligidad; ayudando Ixtlilxuchitl, sus hermanos, deudos y vasallos en todas ellas, en donde le costó hartos trabajos y grandísimos gastos, en sustentar y pagar a los españoles, que se puede decir esto con mucha verdad; pues es notorio, que además de que ayudó con su persona y vasallos a los cristianos en servicio de Dios y del emperador nuestro señor, los sustentó y dió a todos ellos cuanto oro, plata y joyas había en los palacios de su padre y abuelo, y aun el que tenían sus hermanos y deudos; fuera de los rescates referidos atrás de sus dos hermanos, el rey Cacamatzin y Cohuanacoxtzin. Así mismo gastó grandísima suma de hacienda en proveer las armadas que se hicieron por diversas partes y guerra de México, en bastimentos, premios y pagas a sus soldados, a los cuales les costó la vida a grandísima suma de ellos, y muchos capitanes, señores y caballeros deudos suyos.

En el año de 1524, que los naturales llaman chicuacen tecpatl, (pedernal número 6). Casi a la mitad del año llegaron a esta tierra Fr. Martín de Valencia, vicario del papa, con doce compañeros religiosos del orden de S. Francisco, que fueron los primeros que convirtieron y bautizaron los naturales según la ley evangélica. Envió Ixtlilxuchitl, Quauhtemoc, y los demás señores asi como tuvieron noticia que habían llegado al puerto, sus mensajeros para recibirlos, y proveerlos de todo lo necesario para el camino. Llegados los enviados les dieron la bien venida de la parte de sus señores, y por todo el camino les vinieron sirviendo; y en donde quiera que llegaban los recibían con mucha fiesta y regocijo los naturales. Tres leguas antes de llegar a Tezcoco, les salieron a recibir Cortés y Ixtlilxuchitl, y los

demás señores y españoles, y entre ellos el P. Fr. Pedro de Gante con mucho regocijo y danzas. Llegaron a la ciudad de Tezcoco en donde fueron obsequiados y regalados con mucha alegría de los naturales. El P. Fr. Pedro de Gante pidió a Ixtlilxuchitl ornamentos y tapicería para aderezar un aposento de los cuartos donde estaban los religiosos, que eran de los palacios del rey Nezahualcoyotzin; y así mandó a los mayordomos que guardaban los tributos o tesoro de Netzahualcoyotzin, diesen todo recado. Dicho P. Fr. Pedro puso un altar, en donde colocó una imagen de nuestra Señora, y un Crucifijo pequeño; y este día que era víspera de S. Antonio de Padua se celebraron sus vísperas con mucha solemnidad, que fueron las primeras que sucedieron en esta tierra, y el día siguiente la misa cantada con mucha pompa que fue la primera que dijeron allí estos religiosos en la Nueva España, hallándose en ella Cortés y todos los españoles, e Ixtlilxuchitl con todos los señores sus hermanos y deudos, que oyeron con mucha atención la misa, y se enternecieron tanto, que de contentos lloraron en ver lo que mucho ellos deseaban especialmente que ellos sabían muy bien los misterios de la misa, porque el P. Fr. Pedro de Gante como mejor pudo, y con la gracia de Dios (que era lo más cierto), les enseñó la doctrina cristiana, y los misterios de la pasión, y vida de nuestro Señor Jesucristo, y la ley evangélica, desde que vino a esta tierra; y así cuando oyeron esta primera misa bien sabían lo que era, de lo cual Ixtlilxuchitl se derretía en lágrimas que ponía devoción y espanto a los religiosos y españoles que presentes estaban. El P. Fr. Martín de Valencia sabiendo por el P. Gante que Ixtlilxuchitl y los demás señores sus deudos y vasallos sabían la doctrina, y pedían el bautismo, dió principio con eso a bautizar a los de la ciudad de Tezcoco que fué la primera parte donde se plantó la ley evangélica. El primero que se bautizó fué Ixtlilxuchitl, y se llamó D. Fernando por el rey católico; recibió el bautismo de mano del P. Fr. Martín de Valencia y fué su padrino Cortés, y luego tras él su hermano Cohuanacoxtzin que se llamó D. Pedro: fué su padrino, según

dicen sus hermanos los legítimos D. Pedro Tetlahuehuezquititzin, D. Juan Quauchtloitactin y D. George Yoyontzin, y luego los demás sus hermanos, hijos naturales de su padre que fueron D. Carlos Ahuaxpitzatzin, D. Antonio Tlahuilolzin, D. Francisco Mochiuhquecholtzomatzin, D. Lorenzo de Luna, y los demás, sus tíos, primos y deudos.

La Reina Tlacoxhuatzin su madre, como era mexicana y algo endurecida en su idolatría, no se quería bautizar, y se había ido a un templo de la ciudad con algunos señores. Ixtlilxuchitl fue allá y le rogó que se bautizase: ella le riñó y trató mal de palabras diciéndole que no se quería bautizar, y que era un loco, pues tan presto negaba a sus dioses y ley de sus pasados. Ixtlilxuchitl viendo la determinación de su madre, se enojó mucho, y la amenazó que la quemaría vivia si no se quería bautizar, diciéndole muchas razones buenas, hasta que la convenció, y trajo a la iglesia con los demás señores para que se bautizasen, y quemó el templo en donde ella estaba, y echóle por el suelo. Esta reina, que fué la primera que se bautizó, se llamó Doña María. Fué su padrino Cortés, y tras ella Papantzin, mujer que fué del Gobernador de Tlatelolco, y que la tenía Ixtlilxuchitl por mujer legítima: llamóse Doña Beatriz: todo lo hizo a contemplación de Cortés que fué su padrino, por ser mujer de su íntimo y leal amigo D. Fernando Ixtlilxuchitl, y luego tras estos todos los demás, y luego la gente común de la ciudad. Estuvieron en esto ocupados los religiosos algunos días; y Ixtlilxuchitl enseñando a sus hermanos, deudos y parientes la doctrina cristiana con más policía, y las ceremónias y términos al modo castellano que era muy diferente los de esta tierra, en donde les decía largas arengas y sermones, trayéndoles a la memoria grandes cosas; de tal manera, que los enternecía con las palabras tan buenas, y tan santas que les decía como si fuera un apóstol, si se puede decir; y con todo eso muchos de ellos, como estaban hechos a sus antiguas costumbres, no podían aprender el modo castellano en reverencia y acatar, y otros modos de términos, como se echó de ver a

una señora hermana suya que fué a visitar al Padre Fr. Martín de Valencia, y queriéndole hacer la reverencia al modo castellano, como se lo tenía mandado su hermano, la hizo como si fuera varón hincando una rodilla, que fué muy reído de los religiosos; la cual les dijo con mucha discreción, y al fin como cortesana y señora, que la perdonasen si había hecho en aquello algún desacato, que oyó mal la platica que le había hecho su hermano; y como vió hacer la reverencia de aquella manera a algunos caballeros, (que era la misma que hacía Cortés y los suyos), entendió que era de una misma manera el acatamiento de las mujeres que el de los hombres como se usaba en esta tierra que todos para saludarse bajaban la cabeza. Otros muchos descuidos hubo en los primeros tiempos, así de los naturales, como de los españoles, que fueron muy reídos de la una y otra parte; pero al fin, aunque cosas nunca vistas, oídas, ni usadas, fácilmente dentro de poco tiempo se aprendieron con mucha facilidad.

Ya en este tiempo todas las casas de México estaban acabadas, si no eran algunas de los españoles que todavía se andaban edificando. Ixtlilxuchitl, andaba apercibiendo sus soldados para la jornada que se ofrecía a Ibueras, y todo lo necesario para el camino; Cortés a esta ocasión despachó a España al emperador, con cantidad de oro, plumas, mantas y otras joyas, un tiro de plata; y lo mismo hizo Ixtlilxuchitl y los demás señores, rogando a Cortés escribiese en nombre de ellos, ofreciéndoles sus servicios, reinos y vasallos para lo que les quisiese mandar. Cortés dijo que así lo haría, y que su magestad estaba de todo ello muy enterado y agradecido del bien que de ellos en su nombre había; y mucho más, porque se bautizaron y recibieron la ley evangélica, que era lo que más su magestad deseaba. Si Cortés escribió en nombre de ellos, (especialmente de Ixtlilxuchitl, mediante quien después de Dios, se plantó la ley evangélica, como se ha visto y es notorio) o no el lo supuso; más Ixtlilxuchitl no recibió ninguna respuesta; y si su magestad le envió algunos recados, no fueron por vía de Cor-

tés, sino por los religiosos de S. Francisco, y a tiempo que era ya muerto, y sus herederos muy niños; especialmente Doña Ana, y Doña Luisa, que eran sus hijas legítimas, pequeñitas, y que no tenían a nadie de su parte; se quedó sepultado y sus descendientes pobres, y arrinconados, que apenas tienen casas en que vivan, y esas cada día se las quitan.

Asimismo, se hizo en la ciudad de Tezcoco este mismo año antes de partirse para Ibueras un sínodo (o asamblea eclesiástica) que fué la primera que hubo en esta Nueva España, para tratar del matrimonio y otros casos. Halláronse en él treinta personas doctas, cinco clérigos y diez y nueve frailes, y seis letrados legos, y entre ellos Cortés, presidiendo Fr. Martín de Valencia, como vicario del Papa; y por no entender bien los ritos, y los matrimonios de los naturales, quedó definido, que por entonces se casasen con la que quisiesen, y después del sínodo, se repartieron los religiosos y clérigos por toda la tierra, especialmente por las ciudades grandes, como eran México, Tlacopan, Xochimilco, Tlaxcalan y las demás; y en Tezcoco se comenzó a edificar la iglesia que fué la primera que hubo en esta Nueva España; la cual por haberse dicho la primera misa día del Sr. S. Antonio de Padua, se llamó y llama así, que es la advocación de la ciudad, y está edificada en los palacios del rey Nezahualcoyotzin, aunque ya están desechos y divididos por calles. En todo han sido la ciudad de Tezcoco y casas de Nezahualcoyotzin muy dichosas, especialmente en las cosas divinas, ya que el dueño no tuvo la ventura de alcanzar tanto bien, que harto lo deseó, y especuló; pero no era llegada la hora de Dios, y así estas casas se volvían a estimar en mucho, pues fueron la primera parte en donde se asentó la ley evangélica, y se obraron las memorias de la vida, pasión y muerte de nuestro Sr. Jesucristo para la redención del género humano; especialmente las casas de estos bárbaros, son el primer lugar en donde se consagró la hostia sacratísima; y los herederos como pobres y despojados de sus señoríos y patrimonios, no las han podido sustentar, y se las tienen quitadas y tiranizadas algunos españoles;

y la primera parte donde allí se dijo misa, por aquellos bienaventurados primeros religiosos, ahora sirve de obrage a los españoles.

Llegado el tiempo que se habían de partir para Ibueras, que era por el mes de octubre, hizo alarde Ixtlilxuchitl por ver la cantidad de soldados que tenía su ejército en la plaza de Otumpan donde el residía; y entre toda su gente escogió veinte mil hombres de guerra, los más valerosos que los conocía muy bien en las guerras pasadas, y todos los capitanes sus amigos y criados que siempre le habían seguido, y dejó por su gobernador a Alonso Izquinquani, criado suyo, de todo el reino de Tezcoco, aunque la mitad de el era de su hermano; más con todo esto, él comandaba todo, que solo el tributo y reconocimiento le daban a Cohuanacoxtzin; pero en todo lo que era gobierno, especialmente en cosas de guerra, no se entrometía, porque así estaba concertado por Cortés, y se temía de él no se rebelase. No quiso dejar el gobierno a ninguno de sus hermanos y deudos por muchas cosas principales: era la una, ser muy mancebos y de poca edad, y no estar sujetos ni a servir españoles que no les estaba bien para la calidad de sus personas; y la otra porque no les levantasen algunos testimonios, y dijesen que se querían alzar contra ellos, como hicieron con Cohuanacoxtzin en tiempo del rey Cacama; y este Izquinquani, su criado era hombre de entendimiento, y liberal para cualquiera cosa, y lo mismo dejó otros dos gobernadores llamados Zontecon y Cohuatecatl para las dos cabeceras de México y Tlacopan, como tal al Izquinquani; y así poniendo todas las cosas a punto, y sus gobernadores así para el reino de los aculhuas, como para los mexicanos y tepanecas, que todo esto quedó debajo de su mano, como se ha visto, porque los reyes Quauhtemoc y Tetlepanquetzatzin, demás de que estaban presos, no se entretenían en las cosas del gobierno de sus reinos; salió de Otumpan, y fuese para Chalco en donde aguardó a Cortés, el cual después de haber dejado sus tenientes en la ciudad de México, se fué con toda la gente española que pudo juntar muy bien apercibida de ar-

mas, y todo lo necesario, y por más asegurarse llevó consigo al rey Quauhtemoc, y a Cohuanacoxtzin, Tetlapanquezatzin, y Zihuacohuatzin, gobernador y capitán general de los mexicanos, y Tlatecatzin y Mexitzincontzin, señores muy poderosos, y los mayores de toda la tierra. Llegados a Chalco se juntó con Ixtlilxuchitl y caminaron los dos con todo el ejército a gran prisa, porque iba Cortés con mucha pena de los avisos que tuvo de que Cristóbal de Olid, se había alzado, y antes que sucediesen otras cosas quería ir a poner remedio, y sujetar de camino ciertas provincias que estaban rebeladas por causa de los españoles que les robaban sus haciendas, y les hacían mil molestias.

Salido que fué de México Cortés, de allí a pocos días los gobernadores españoles que dejó en su lugar llamados Alonso de Estrada y Rodrigò de Albornoz, tuvieron ciertas pesadumbres y revueltas sobre el gobierno, de tal manera que todos los españoles estaban encontrados los unos con los otros, y los naturales les hacían mil molestias, de tal manera que se alzaron, y mataron a cuantos españoles había dentro de la ciudad, y si no fuera por amor de los religiosos que los andaban apaciguando, y rogaban por ellos a los españoles que no les maltratasen tanto porque no se alzasen, porque lo podían hacer fácilmente, habrían hecho mayores estragos. Demás de que todos estaban muy tristes y quejosos al ver que sus reyes y señores los llevaba Cortés a tan lejas tierras, y casi presos; imaginando ellos que los llevaba para matarlos a traición, como les sucedió sobre esto. Los españoles estaban muy mal con los religiosos, porque volvían por los indios, de tal manera, que no faltó sino echarlos de México; y aun vez hubo, que un cierto religioso estando predicando y reprendiendo sus maldades, se amotinaron de tal suerte contra este sacerdote, que no faltó sino echarlo del púlpito abajo; pero con la sagacidad y prudencia del santo Fr. Martín de Valencia, los toleraban y sabrellevaban todo en amor de Dios pues lo que los bárbaros habían de hacer hacían los cristianos españoles; de todo lo cual era avisado Ixtlixuchitl, y de-

más reyes y señores, de los mensageros que cada día iban y venían a dar razón de todo lo que pasaba; e Ixtlilxuchitl envió a decir a Izquinquani su gobernador, que si los religiosos recibían pesadumbre por los españoles, que se fuesen a la ciudad de Tezcoco, y que allí les diese todo lo que habían menester sin que se entrometiesen con ellos los españoles, y que pusiese mucha gente de guardia de noche y de día para la seguridad de sus personas; lo cual oído por Alonso Izquinquani, hizo lo que su señor le mandó con toda puntualidad; y los religiosos que no pudieron sufrir ni tolerar las maldades de los españoles, se fueron a Tezcoco, en donde con los que estaban primero, estuvieron con ellos servidos, y bien tratados de los naturales, según dicen, que por todos eran hasta cuatro; y estuvieron en Tezcoco hasta que vino Cortés e Ixtlilxuchitl. Cortés envió desde la villa del Espíritu Santo, por sus gobernadores, al factor Gonzalo de Salazar, y al veedor Peralmindes Chirinos de Ubeda, con poder para que gobernasen, y suspendiesen a Alonso de Estrada y Rodrigo de Albornoz, y los castigasen si tenían culpa; los cuales, llegados a México, en lugar de apaciguar y componer los españoles, resultó gran odio y revueltas entre los oficiales del rey, y nació una gran guerra civil, en la cual murieron hartos españoles, y estuvo México para perderse, porque si de antes hacían mal a los naturales, ahora fue peor con estas revueltas, pues que les inferían mil agravios y se tragaban sus haciendas.

Los naturales de Huaxacac, Zihuatlan y otras partes, recibían hartas pesadumbres de los españoles que en sus tierras había, especialmente de ciertos mineros que salían a robar indios para sus minas, y estaban rebelados; y fué a ellos Peralmindes con cien españoles de a caballo y doscientos de a pie, y no se cuantos miles de naturales aculhuas y mexicanos que en su favor, dió el gobernador de Ixtlilxuchitl; y llegados les dieron guerra. Ellos se hicieron fuertes en ciertos peñoles; y aunque veía Peralmindes que era mucha la fuerza de los enemigos, y que no los podían sujetar, porfió con todo esto, porque supo que tenían mucho oro, y riquezas, y una sierpe muy grande

de oro: los tuvo cercados cuarenta días, al cabo de los cuales, una noche se escaparon sin que fueran sentidos con todo su tesoro, dejando engañados a los españoles. Estos procuraron de cogerlos en Zihuatlan, y nunca los pudieron sujetar; y después de esto se volvieron para México, en donde sucedieron grandes cosas, que por no ser de mi historia, no las pongo aquí; quien las quisiere saber por extenso, lea la crónica de las Indias, que allí hallará muy entera relación de lo que toca a los españoles, que mi intención no es sino hacer historia de los señores de esta tierra, especialmente de D. Fernando Ixtlilxuchitl, y de sus hermanos, y deudos, porque están muy sepultados sus heroicos hechos, y no hay quien se acuerde de ellos, y de la ayuda que dieron a los españoles como se ha visto, y se vera en lo que sigue; pero al fin, con la gobernación de Alonso de Estrada, y castigos que hizo, quedó la ciudad de México quieta, y los españoles pacíficos. Claramente parece, como es notorio, que Quauhtemoc y los demás señores murieron sin culpa, y que les levantaron falso testimonio; pues jamás sus vasallos se alzaron, ni tomaron armas contra los españoles; y aunque se enviaron a quejar a sus señores de los agravios que les hacían aquellos, siempre les respondían que los llevasen en amor de Dios, y que mirasen a sus reyes y señores el trabajo y largo camino que llevaban con tantas penas, muertos de hambre, sol y frío; y pues ellos los llevaban con tanta paciencia que hiciesen lo mismo; y así cierto, que si no fuera por amor de sus señores como tengo dicho, los naturales desesperadamente, viéndose perseguidos, no dejaran español con vida, y lo podían hacer con mucha facilidad, porque no tenían a Tezcoco, Tlaxcalan, ni otras tierras y provincias en su favor como tuvo antes Cortés, y estaban encontrados los unos con los otros; pero los que escriben o que dijeron que Quauhtemoc y los demás fueron muertos, porque querían matar a los españoles, les levantan este testimonio; cuanto más, que como es notorio, lo dicen por encubrir sus maldades y traiciones, sin que alguna historia o algún natural hay que dijera ser esto verdad; pero no hay historia ni romance que

tal diga, y todos los naturales de la Nueva España, historiadores y romances dicen todos a una boca, que fué testimonio y tiranía muy grande. Digo esto, por lo que han escrito los historiadores españoles, y no me espanto, que ellos han asentado lo que Cortés y los demás que hicieron esta crueldad les dieron en memoriales, y los que después sacaron escrito se han seguido de ellos sin más aclarar ni averiguar la verdad.

Cortés y los demás que iban a Ibueras, llegados a la villa del Espíritu Santo, enviaron Ixtlilxuchitl y Quauhtemoc, a avisar a los señores de Tabasco y Xicalanco, como eran llegados, y que iban con Cortés para Ibueras, y que se les enviase una pintura en que viniese pintado todo el camino, pueblos y lugares donde habían de llegar, y los rios que habían de pasar, y algunos mercaderes prácticos en la sierra y costa para que los guiasen. Los señores de Tabasco y Xicalanco, viendo lo que los reyes decían, luego mandaron pintar todo el camino y lugares por donde habían de ir; y acabada la pintura se la enviaron con hasta diez caballeros muy prácticos para que dieran razón del dibujo y pintura; los cuales llegados a dar su embajada de parte de sus señores, se les mandó que hiciesen en donde estaba pintado, todo el camino que hay desde Xicalanco hasta Nacoynito, y aun hasta Nicaragua. Visto esto por Ixtlilxuchitl y los demás señores, se lo mostraron a Cortés, el cual se holgó mucho, y agradeció a los de Tabasco y Xicalanco; y también le avisaron como en los demás de los lugares donde habían de pasar estaban despoblados, porque los españoles los habían robado y quemado; y así los naturales andaban huídos, y por los desiertos, y con tanto, se partieron de la villa del Espíritu Santo, después de haber despachado ciertos navíos que llevaban el bastimento por el rio de Tabasco; y después que habían andado o vadeado ocho o nueve leguas, pasaron un rio muy grande en unas barcas, y llegaron a Tonalán, y tornaron a caminar otras tantas leguas hasta otro río que se dice Quiyahuilco. De allí a pocos trechos, pasaron otro muy grande que fué necesario hacer un puente de madera que tu-

vo casi mil varas de ancho que estaba muy cerca de la mar. Trabajaron aquí muy bien los naturales que fueron los que hicieron este puente, y luego caminó el ejército otras treinta o cuarenta leguas, y pasó por cincuenta ríos, en donde se ocuparon los naturales en hacer otros tantos puentes hasta llegar a la provincia de Copilco, y de un pueblo llamado Anaxaxucan, postrero de esta provincia; y caminaron por unas muy ásperas montañas, y pasaron un rio muy grande llamado Quetzapalan, en donde se proveyeron de comida de los carabelones (o barcos de trasporte) por entrar éste en el de Tabasco en unas canoas que trageron muchos naturales, y pasaron en ellas el ejército, y estuvieron en Zihuatlan veinte días; y de aquí a Chilapan que también pasaron otro río y hicieron otro puente. Estaba Chilapan quemado y destruído, como las demás partes, de los españoles, y así estaba despoblado y sin gente, si no fuera hasta dos hombres que les guardaban, porque tuvieron aviso de las guías como habían de venir por allí los españoles y sus reyes con todo el ejército. Esta provincia estaba sujeta a la ciudad de Tezcoco. Pasaron un gran rio llamado Chilapan, y fueron a Otamoztepec, donde los llevaron estos hombres, y duraron dos días en cuatro o cinco leguas que pasaron; y no pudo ser menos por el trabajoso camino, y de mucha agua, en donde trabajaron los nuestro muchísimo. Estuvieron aquí seis días descansando, y se abastecieron de comida que hallaron harto maíz y frutas, y de aquí fueron en dos días hasta Iztapan con el mismo trabajo que en las demás partes. Los de Iztapan viendo españoles echaron a huir con sus mugeres e hijos, llevando cada uno lo que podía de su ropa, porque no ignoraban lo que habían hecho a los demás pueblos sus circunvecinos, como se los habían avisado de Zihuatlan, y por pasar un rio se ahogaron muchos de ellos. Ixtlilxuchitl les envió a llamar diciéndoles que se volviesen, que no les iban a hacer ningún mal; los cuales como tuvieron noticia y se informaron de la verdad, y de como sus reyes venían allí, ellos con su señor se volvieron y los regalaron, y dieron todo lo necesario que fué menester en ocho días

que estuvo allí el ejército. De aquí despachó Cortés ciertas canoas con tres españoles a Tabasco por el rio abajo, mandando a los carabelones fueran a esperarle en la bahía de la Ascensión, para que desde allí llevasen de los navíos bastimentos a Acalan por un estero, y otras canoas con cantidad de gentes, y algunos españoles que se despacharon por el rio arriba para apaciguar ciertos pueblos que estaban rebelados.

Hecho todo lo referido, salieron de estos puntos para este pueblo, y no hallaron más que veinte sacerdotes que estaban en un templo en la ribera de un río, y los vecinos la tenían despoblada; luego pasaron adelante a una ciénaga con harto trabajo, y a un estero, rodeando, en donde hicieron un puente; y luego otra ciénaga de más de una legua, hasta una montaña áspera de unos árboles altísimos que apenas veían el cielo. Anduvieron perdidos por esta montaña dos días, y al tercero fueron a dar a Ahuetecpan, en donde mataron la hambre que llevaban, y se refrescaron con frutas. Estaba despoblado asímismo este lugar, y así Cortés y Ixtlilxuchitl enviaron ciertas canoas a surcar por el rio arriba, para ver si hallaban alguna, y para tomar razón si pasarían adelante los españoles, y la demás gente que iba por el rio arriba; los cuales, después de haber buscado paso por las labranzas, fueron a dar con una laguna grande, en donde vieron en ciertas isletas y canoas muchas gentes del pueblo, las cuales, viendo a los nuestros vinieron ácia ellos, aunque con harta risa que les provocó en ver a los españoles barbados, y los trajes que traían que nunca los habían visto. Los de Ixtlilxuchitl les dieron entera relación de todo, y visto por ellos que no les iban a hacer mal cargaron la comida, miel, y otros regalos en ciertas canoas, y fueron a ver a los reyes y a Cortés y se disculparon diciendo, que habían dejado a su pueblo, porque en Zihuatecan habían tenido noticia, de que ciertos españoles habían robado, y quemado muchos pueblos; y asímismo les dieron aviso de los que fueron por el rio arriba, y que estaban en su pueblo, y había ido con ellos un hermano de su señor, y alguna gente de guerra en su guarda, porque no

les hiciesen mal los naturales. Enviáronles a llamar, y ellos vinieron cargados de mucha miel, cacao y comida, y algún oro; y todos los naturales se tornaron a sus casas, y todos los demás pueblos y lugares sus circunvecinos vinieron a ver a los reyes y a Cortés, ofreciendo su amistad, dando cada uno de ellos el oro que tenían aunque poco a Cortés, que así se lo mandaron Quauhtemoc y los demás señores. Salieron de este pueblo de Ahuatecpan después de haber quemado los ídolos y templos, y puestos cruces, dándoles a entender dos religiosos la ley evangélica, por lengua de los intérpretes que llevaban. Ixtlilxuchitl y los demás señores les amonestaban lo mismo, trayéndoles grandes cosas a la memoria. Tomaron el camino por una senda que vá derecha a la provincia de Acalan; pasaron el rio grande por unas barcas, y anduvieron tres días por unas montañas muy ásperas, en donde padecieron hartos trabajos, Ixtlilxuchitl Quauhtemoc y los demás señores y sus vasallos, muy fatigados de hambre y sed, que si no eran yerbas, no comían otra cosa; porque aunque llevaban algún maíz los españoles, más lo querían para los caballos que no para el ejército. Al cabo de los tres días, dieron sobre un estero de más de quinientos pasos de ancho, y de hondo algunas seis brazas; y como no tenían canoas para pasar a la otra banda, tuvieron grandísimo trabajo en hacer un puente muy grande con mucho riesgo de los naturales, por ser tan hondo el estero, y duró la fábrica seis días cabalmente, en donde padecieron los naturales grandísima miseria y hambre, y aun sus reyes y señores, que si no eran yerbas y frutillas silvestres, no comían otra cosa. Esto era tan malo de hallar, que apenas les cabía a bocado. A los señores por grandísimo regalo, les daban sus vasallos ciertos granos de maíz que quitaban a los caballos de los españoles, que era que estimaban más las bestias, que no a los reyes y grandes señores, aunque ellos los llevaban por grandeza, por mostrar a los naturales de aquellas tierras, que nunca los habían visto y los deseaban ver, por la fama que de ellos había corrido por toda la tierra; aunque no era necesario en ésta para pelear por ser más áspera, y lo

llano hecho ciénagas y lagunas; y casi por maravilla subían en ellas, porque el camino trabajoso los hacía ir forzados a los más de ellos a pie. Sería necesario escribir un libro entero para solo exponer, y hacer relación de los trabajos que padecieron Ixtlilxuchitl, Quauhtemoc, Cohuanacoxtzin, y los demás señores y sus vasallos, en solo el tiempo que se ocuparon en hacer esta puente sin las demás referidas atrás, y en lo que se sigue. En esto se puede conocer lo que les levantaron a Quauhtemoc y los demás señores; pues estando ellos tan cargados de trabajos, padeciendo hambres y miserias, aunque veían ellos por sus ojos que los españoles no querían que comiesen, sino que ellos tuviesen poder de matarlos sin que quedase uno solo, lo hacían de muy entera voluntad. Jamás se quejaron ni mostraron flaqueza, sino que hacían lo que se les mandaba con mucho gusto; de modo que si quisieran matar a los españoles en esta ocasión, lo pudieron hacer muy fácilmente, sin que corrieran ningún riesgo; y cuando no, una noche dejarlos allí perdidos, y dar la vuelta para México; pues les era más fácil a ellos, que no a los españoles, pues llevaban sus guías, y donde quiera que llegasen habían de ser mejor recibidos que no los castellanos, pues los naturales del tránsito eran sus vasallos, y hacer como dicen, ir apellidando sus reinos y vasallos contra españoles; más aunque bárbaros, bien conocían que éstos les traían la verdadera luz, y ley evangélica, y la salud de sus almas que tanto deseaban; y así los amaban y querían mucho, y más aína querían padecer el hambre y trabajos que no los sufriesen ellos ni sus bestias de servicio, pues para sustentarlas se quitaban el alimento de la boca. Fué este puente la cosa más estraña del mundo, y los españoles se quedaron espantados al ver la destreza y maña con que lo hicieron los naturales, y acabado, pasaron por él, y de allí a poco trecho, toparon con una ciénaga muy temerosa, aunque no muy ancha. Los caballos no podían pasar, y a esta causa abrieron por en medio una zanja por donde acanaló el agua, y los caballos salieron a nado: pasados a la otra banda, toparon con más de cien naturales de

Acalan que venían a recibirlos, y traían mucha comida y refresco, y con ellos cuatro españoles y ciertos soldados que habían ido con ellos a dar aviso al rey de la provincia de Acalan llamado Apochpelan, el cual estaba muy contento como supo que sus reyes y grandes señores iban con los españoles a verle a su tierra, y quedaba con todo su reino esperándoles; y envió con esta gente ciertos presentes para Cortés, Ixtlilxuchitl, Cohuanacoxtzin, y los demás señores, dándoles a cada uno su parte y la bienvenida, enviándoles a decir, que había hartos días que los esperaba, porque de los de Xicalanco era avisado de como habían de venir a sus tierras, y otras muchas razones, y lo mismo a Cortés; todos se holgaron mucho del cuidado y buena voluntad que les tenía, y con tanto se volvieron los mensageros.

Otro día salieron de aquí; fueron a Tizapetlan donde fueron recibidos muy bien, con mucho regocijo de los vecinos, y también servidos y regalados de comida y todo lo necesario, y estuvieron descansando aquí cuatro o cinco días, al cabo de los cuales salieron de este punto para Teotilac, dos jornadas más allá de la provincia de Acalan. Llegaron temprano a la ribera de un río grande, que es el mismo que va a salir a Cohuatzacoalco; y situados en este lugar, hicieron una choza o aposento de paja para que allí se albergáran Cortés y los suyos, y a los reyes se las hicieron de por sí a las espaldas de un cu grande; y como era en tiempo de carnestolendas cuando los españoles se holgaban, como los naturales lo habían visto en los años pasados hacer a los castellanos; demás de que ellos solían hacer ciertas fiestas por este tiempo según su antigua costumbre; hicieron grandes alegrías en este día y durante la noche; más aquí fué mucho más por las causasa referidas, y porque iban ya dando fin a esta larga jornada, porque Cortés les había dicho que desde Acalan se habían de volver sin pasar más adelante. Por tanto así estaban todos contentos, y los reyes estaban en buena conversación, burlándose (o solazándose) unos de otros Cohuanacoxtzin dijo al rey Quauhtemoc, entre otras burlas y

chocarrerías: "Señor: la provincia que vamos a conquistar será para mí; pues como sabe V. A., la ciudad de Tezcoco y mis reinos, son siempre preferidos en todo, según las leyes de mi abuelo Nezahualcoyotzin, sobre las capitulaciones que hizo con su tío Ixcohuatzin, antepasado de V. A." Respondió riéndose el rey Quauhtemoc: "En estos tiempos, Señor, solos nuestros ejércitos iban, y eran bien que fuesen primero para V. A., pues la ciudad de Tezcoco es nuestra antigua patria, y de donde procede nuestra estirpe y linage; más ahora que nos ayudan los hijos del sol, por lo mucho que a mi me quieren, será para mi corona real". Saltó Tetlepanquetzatzin, y dijo: "No señor; ya que va todo al revés, sea para mí, pues Tlacopan y el reino de los tecpanecas que era el postrero en las reparticiones, será ahora el primero". Temilotzin, general del reino de México, y uno de los grandes, y el más principal que se intitulaba Tlacatecatl, respondió suspirando, y dijo "¡Ah! señores como se burlan VV. AA., sobre la gallina que lleva el codicioso lobo, y que no hay cazador que se la quite, o como el pequeño pollo que se lo arrebata el engañoso alcón cuando no está allí su pastor por más que lo defienda la madre, como lo ha hecho mi señor el rey Quauhtemoc, que como buen padre, defendió su patria; pero el imperio chichimeca careció de la paz y concordia, que es buen pastor en los reinos, y nuestra soberbia y discordia nos entregaron a manos de estos estrangeros, para padecer los largos y ásperos caminos, las hambres y fríos, y otras mil calamidades que padecémos, desposeídos de nuestros reinos y señoríos, y olvidados de nuestra regalada pátria como si fuera nuestra enemiga; pero todo lo podemos dar por bien empleado, pues éstos nuestros amigos los hijos del sol, nos trageron la luz verdadera, la salud de nuestras almas y la vida entera, que tan lejos estábamos de ella, gozando la gloria del mundo con las horribles tinieblas; haciendo lo que nuestros falsos dioses nos mandaban, sacrificando nuestros próximos, entendiendo que acertábamos en estas nuestras antiguas costumbres, e íbamos a los abismos del infierno. ¡Oh sapientísimos reyes Nezahualco-

yotl y Nezahualpilli! cómo fuera para vosotros este tiempo dichoso tan alabado y ensalzado, pues tanto lo deseaisteis ver, y nos contradigisteis nuestros errores! Muchas veces, más bienaventurados nosotros que los gozámos, y nuestros trabajos bien empleados que han de tener dos premios, el uno de esta vida aunque sea de la honra, y fama sin interés de riquezas que son perecederas; y el otro en la vida eterna donde está el Teotloquenahuaque, que llaman los castellanos Jesucristo, y así señores consuélense VV. AA., y lleven con paciencia estos trabajos, y tomen ejemplo de estos hijos del sol, que pasan tan grandes mares, y tan ásperos caminos y trabajos por la salud de nuestras almas, y hagámos lo que hace Ixtlilxuchitl que no verán VV. AA., señal de tristeza en su rostro, y es el primero en los trabajos; que por esta buena ley tiene olvidada su patria, deudos y amigos, y oigan atentamente a los sacerdotes cristianos, y verán como aquesto que digo es todo verdad cuando nos predican por lengua de los frailes". Otras muchas razones dijo este señor, de lo cual se enternecieron todos, y le dieron las gracias por sus buenos consejos. Otros señores estaban en esta plática, que por todos serían hasta nueve, dieron también sus razones, y se holgaron y cantaron romances para este propósito, y que profetizaban todas las cosas que ellos veían y padecían, compuestas por los filósofos antiguos. Visto por Cortés a los señores muy contentos, y que paraban entre ellos muchos razonamientos y burlerías, imaginó mal, y como dice el proverbio, piensa el ladrón que todos son de su condición, díjoles por lengua de intérpretes, que parecía muy mal entre los señores y grandes príncipes, burlarse los unos con los otros; que les rogaba que no lo hicieran otra vez. Ellos le respondieron que aquello no lo hacían para darle pesadumbre, sino por holgarse y desechar sus trabajos; y que los príncipes en estas ocasiones es bien que se muestren muy contentos para que sus vasallos tengan ánimo de padecer los trabajos, viendo a los señores en los mismos puntos muy contentos como en sus córtes y palacios, y en las demás partes fuera de los trabajos, persecu-

ciones y guerras; está muy bien que hagan lo que les mandan, porque en tales ocasiones, bien conocen ellos que es grandísima falta; y pues el no gustaba de ello, por darle contento, no se burlarían más los unos con los otros. Llamó después Cortés secretamente a un indio llamado Coxtemexi, que después se llamó Cristóbal, natural de Ixtapalapan, o según algunos de Mexicaltzinco; y como se fiaba de el mucho, y le traía siempre los mensages de todo lo que se hacía y decía en todo el ejército, (que nunca faltan revoltosos en el mundo, y malas lenguas que cortan más que agudas navajas); él preguntó de que eran las largas arengas que los señores hacían, según él lo confesó, como es común opinión, cuando le dió tormento Ixtlilxuchitl en Tezcoco para que confesase lo que el dijo a Cortés para que murieran tantos reyes y señores por su mal decir, sin culpa ninguna, y contestó; Que le dijo a Cortés lo que había pasado, como atrás queda referido, y que Cortés le mandó pintase cuantos eran en la plática, y que así pintó a nueve personas; más que el no dijo lo que Cortés decía, que se querían alzar contra el, y matarle a él y a todos los españoles; y así claro parece en las historias, pinturas y demás relaciones, y confesión de este indio, a quien Cortés pone por testigo, que murieron estos señores sin culpa; mas a la verdad, fingiendo Cortés todas estas cosas por quitarse de embarazo, y que no quedase señor natural en la tierra. El día siguiente, que era el martes de carnestolendas, año de 1525, tres horas antes del día fué llamando los reyes y señores por su órden, sin que uno supiese del otro, ni nadie, porque no se alborotasen y corriese riesgo Cortés y los suyos, y los fué ahorcando de uno en uno; primero, al rey Quauhtemoc, y luego a Tletlepanquezatzin y a los demás, y el postrero fué Cohuanacoxtzin; más Ixtlilxuchitl que a esta ocasión fué avisado que los reyes estaban ahorcados, y que a su hermano lo estaban ahorcando, salió de presto del aposento, y empezó a dar voces, y apellidar su ejército contra Cortés y los suyos; lo cual visto por Cortés en el aprieto en que estaba él y los suyos, y no hallando otro remedio, llegó de

presto, y cortó el cordel con que estaba colgado Cohuanacoxtzin, que ya estaba boqueando, y empezó a rogar a Ixtlilxuchitl que lo oyese, que le quería dar la razón porque había hecho aquello; y que si no le pareciese que fue muy justo, que entonces hiciese lo que quisiese; e Ixtlilxuchitl mandó al ejército que se estuviese quedo, que ya todos estaban aparejados para hacer pedazos a los españoles si pudiesen. Oyó atentamente Ixtlilxuchitl a Cortés, el cual le mostró la pintura que pintó Coxtemexi, y le dijo: que Quauhtemoc, y Cohuanacoxtzin, y los demás señores los querían matar a el, y demás españoles, con otras muchas razones; y que el que más culpa tenía era su hermano Cohuanacoxtzin, y que de industria no le había querido ahorcar antes, por si se recordaba (o despertaba) para que él propio sentenciase; y como vió que dormía tanto, por no darle pesadumbre, y porque no se alborotase la gente, que era ya tarde, lo había mandado ahorcar el último, con otras muchas razones, las cuales oídas por Ixtlilxuchitl, aunque con harta pena, se apaciguó, acordándose de muchas cosas, y la fe que tenía recibida; y que haciendo el otra cosa se perdería todo, y la ley evangélica no pasaría adelante, y sería causa de muchas guerras, echándolo todo a buena parte, y disimulando cuanto pudo esta traición; y así que ya era de día, y hechas las paces entre Cortés y Ixtlilxuchitl, tomaron la vuelta para Izancanac, y mandó Ixtlilxuchitl llevar a su hermano en unas andas que iba enfermo de la garganta del cordel con que le habían querido ahorcar, el cual de allí a pocos días murió de unas cámaras de sangre que le sobrevinieron de pesadumbre y tristeza. Una jornada antes que llegasen a Izancanac les salió al encuentro un mancebo hijo del señor de dicho pueblo llamado Apochpalan, como está referido, y dió el pésame a Ixtlilxuchitl de la muerte de los reyes y señores, que ya en todos los pueblos de Acalan se sabía; y dijo que su padre era muerto, porque así se lo mandó, porque no quería ver a los españoles por las cosas que habían hecho. Ixtlilxuchitl le consoló, y mandó hablase a Cortés, el cual se holgó de verle, y le dió ciertas cosas de Es-

paña, aunque el decir que era muerto su padre no lo quiso creer, por haber tan pocos días que había enviado sus mensageros, como atrás queda referido.

Llegaron a un pueblo llamado Teotlycacac, en donde fueron muy bien recibidos y regalados. Cortés trabó grande amistad con el señor de aquí, y le rogó secretamente le dijese, si era verdad que era muerto Apochpalan. El respondió rogándole que guardase secreto, que no era muerto, y que todo aquello lo hacía porque no le entrase en sus tierras, pues le había parecido mal a toda la tierra lo que había hecho en matar a los reyes; Cortés le dijo la causa porque lo había hecho, y otras muchas razones que no son de mi historia, y luego llamó secretamente al hijo de Apochpalan, y le dijo como sabía de cierto, que era vivo su padre. El mancebo viendo esto, y que no podía negar la verdad, le aseguró que era vivo, y las causas porque se mandaba negar; Cortés le rogó que fuese a llamarlo, y lo mismo hizo a Ixtlilxuchitl. Envió ciertos soldados criados suyos con el hijo de Apochpalan, rogándole se viniese luego a verse con el y con Cortés; y de allí a dos días vino, y fué primero a la casa en donde posaba Ixtlilxuchitl, que eran unos templos muy grandes, que los había muchos en este pueblo, y le dió el pésame a Ixtlilxuchitl, y lloró con el y se excusó y dijo, que por la crueldad que los españoles habían hecho se había mandado negar, previniéndole a su hijo dijese ser muerto, y pidió a Ixtlilxuchitl le perdonase. Ixtlilxuchitl agradeció mucho sus buenas razones, y fue con él al aposento de Cortés que así se lo rogó, y le dijo a éste las causas porque se había mandado negar, ofrecióle su amistad, y rogó juntamente a Ixtlilxuchitl se fuese con él a Izancanac, ciudad cabecera de su provincia, que allí serían bien recibidos, servidos y regalados, y luego otro día salieron para Izancanac y llegados los recibieron con muchas fiestas y regocijos, y se aposentaron en las casas de Apochpalan. Antes de entrar en la ciudad, Ixtlilxuchitl previno a Apochpalan mandáse a sus arquitectos le retratasen en una peña muy alta que está junto del camino de Izancanac el cual mandó a sus

arquitectos lo que Ixtlilxuchitl quería, y así lo retrataron al natural con las mismas armas que llevaba puestas en aquella ocasión, esculpiendo su retrato en la peña, que hoy en día, según opinión común y en los cantos parece; lo cual Ixtlilxuchitl mandó para que sus descendientes viesen su retrato y hubiese eterna memoria de él. Los arquitectos lo hicieron tan al natural como tengo dicho que no le faltó cosa; Ixtlilxuchitl lo fue a ver con Apochpalan, y allí se enterneció y lloró, según los cantos, y con él Apochpalan, y los demás señores que le consolaron. Estuvieron en Izancanac algunos días muy servidos y regalados: y Cortés y Ixtlilxuchitl recibieron muchos presentes de Apochpalan muy curiosos de jícaras y tecomates de diversas labores, y otras muchas cosas que en esta provincia hay que son todos mercaderes los naturales de ella, que los estimó mucho Ixtlilxuchitl. y lo mismo hicieron a Cortés, aunque no le cuadró tanto por haber poco oro, y eso mezclado con cobre. Era esta provincia muy grande, y tenía muchas ferias, entre las cuales era la mayor la de Nito barrio de por sí de la ciudad.

Algunos autores escriben que la muerte de Quauhtemoc fue en Izancanac; pero los naturales, y las pinturas, cantos e historias de esta tierra, a quien yo sigo, lo dicen según está referido atrás; y sea como fuere, ellos murieron en tierra de la provincia de Acalan, y Cortés los mató sin culpa, sólo porque la tierra quedase sin señores naturales; el cual, si conocía tanto bien como Dios le había hecho, los había de tener sobre sus ojos, y estimarlos como piedras preciosas, que era el triunfo de sus hechos; pero él siempre procuró de matar a los señores, y aun a sus nietos, y obscurecer sus glorias, y dárselas a sí solo, porque si se mira bien, si él únicamente y sus compañeros sujetaran toda la tierra, fuera imposible; y cuando eso fuera no merecieran tanta honra, cuanto más que él tuvo muchos más amigos que enemigos, y aun no se pueden decir enemigos a los que tienen este nombre, porque los mismos españoles dieron la ocasión, y aun no tan solamente obscurecen la ayuda que tuvieron los de Texcoco, Tlaxcalan y otras partes, sino que apocan tanto a

los vencidos que es verguenza, y fuera de toda verdad y razón, y no han hecho, como lo dicen, que quien quiere engrandecer la honra y fama de la victoria, no huye de encarecer las fuerzas del vencido, para gloria, honor y eterno triunfo del vencedor; lo cual si ellos hicieran esto, tuvieran mucha más fama de la que tienen. Gran cosa por cierto había hecho Cortés y los demás conquistadores en plantar la luz evangélica en este nuevo mundo, si no hubieran hecho las crueldades y las cosas referidas en esta historia, y en las demás que están escritas, y en lo que sigue; y así Dios ha permitido que haya muy poca memoria de ellos, y los más de estos han acabado en mal, y entiendo que Quauhtemoc, y los demás que murieron con él, pues ya eran cristianos y conocían a Dios, ya que perdieron sus reinos y señoríos que son perecederos, les daría Dios el del cielo que es eterno, y que a nosotros importa más que cuantas honras y riquezas y las demás cosas que tiene el mundo, y plegue a Dios que muchas sillas de las que debían ser de los primeros españoles que vinieron a estas partes, no las posean en la vida eterna los desventurados naturales y aun algunos de los que hoy viven; porque es tanta su miseria que he leído a muchos autores que tratan de tiranías y crueldades de otras naciones, que ninguna de ellas y todas juntas tienen que ver con los trabajos y esclavonia de los naturales, los cuales como ellos lo dicen, más querrían ser esclavos errados, y no de la manera que hoy viven, porque de esta manera los españoles que los tratan mal todavía tuvieran alguna lástima de ellos por no perder sus dineros; y es tanta su desventura, que si uno tropieza y cae y se lastima, es tanto el gusto que de ello reciben que no se puede encarecer, y no obstante esto cuantas maldiciones les vienen a la imaginación les echan, y si se mueren, dicen que ya el diablo se los debía de haber llevado a todos; digo esto, porque a cada instante sucede, y lo oigo decir, y pues Dios lo consiente, su majestad sabe por qué, y démosle gracias por ello.

Salieron los castellanos de Izancanac, después de todo lo referido atrás, y fueron a Mazatlan, y por el camino tardaron tres

días, en donde pasaron ciertas ciénagas y un estero, y a ciertos soldados de Ixtlilxuchitl que se adelantaron, que llevaban a cierto espía de Mazatlan preso, les salió otra cantidad de enemigos, y les quitaron el preso, los cuales corridos de esto pelearon valerosamente hasta cobrar lo que les habían quitado, y al capitán le dió uno de ellos una cuchillada en un brazo, y lo prendieron y trajeron ante Ixtlilxuchitl al cual lo llevaron por guía; y llegados al lugar, no hallaron a nadie, porque todos huyeron, como tuvieron aviso de la venida de los españoles, y lo bien que pelearon los aculhuas. Ixtlilxuchitl envió a llamar al señor gobernador de Mazatlan que era niño con un mercader de Acalan, el cual vino y los llevó a Tiacac, que está una jornada de Mazatlan, y allí fueron muy bien recibidos y regalados; aunque los vecinos por ninguna vía quisieron volver a sus casas, que todos se habían ido a un cerro, cerca de allí. Fueron otro día a dormir a Xuncahuitl, lugar muy fuerte, poblado de gente, y con mucho mantenimiento, en donde se proveyeron de comida para cinco días que anduvieron hasta Tiacac. La causa de que estos lugares estaban despoblados, es según la historia, que corrió la fama por toda la tierra de la cruel muerte que Cortés dió a los reyes y señores, y así estaban todos espantados, especialmente con saber que Ixtlilxuchitl y los aculhuas sus vasallos, favorecían y andaban con Cortés y sus compañeros; y así visto esto por los de aquellas tierras, hicieron como habían hecho los de la provincia de Quatzacoalco y las demás partes referidas, porque con las tiranías de los españoles que por sus tierras andaban, no quedaba hombre ni mujer, que teniendo nuevas de que ya venían a sus países, que salieran desamparando sus casas, espantados y escandalizados de las crueldades y tiranía de los españoles, especialmente viendo ellos que lo hacían con personas de más poder y grandeza en todo, que ellos. Anduvieron pues cuatro días caminando por despoblado, y al quinto, después de haber pasado un cerro llamado Teteyztacan llegaron a una gran laguna, dentro de la cual estaba la ciudad cabecera de la provincia de Tiacac; llegaron a un lugar donde estaban muchas la-

branzas y algunos labradores, los cuales luego que vieron españoles se metieron por la laguna adentro en ciertas canoas que allí tenían; y para llegar a este lugar, padeció el ejército harto trabajo, porque iban metidos por el agua hasta las rodillas, y llovía mucho, como siempre habían padecido en las demás partes de esta jornada. Llevaban cierto hombre que prendieron las guías poco había por el camino, al cual mandaron fuese a dar aviso a Canec, señor que a la sazón era de esta provincia, y que dijese de parte de Ixtlilxuchitl como venían a verle, y traían consigo los hijos del sol, que venían con el mismo intento, y eran embajadores del mejor señor del mundo. Fue este hombre, y Ixtlilxuchitl asentó su real, y lo fortificó, que lo mismo hizo Cortés en la parte más acomodada que allí hallaron, por ser esta provincia no conocida, ni sujeta al imperio chichimeca. El mensajero volvió a media noche con dos caballeros criados de Canec, los cuales hallaron a Ixtlilxuchitl, y le dieron la bienvenida, y por más extenso supieron de su vida, y de los hijos del sol, y a lo que venían, el cual les dió razón de todo, y envió a llamar a Canec su señor diciéndole que querían verle, y les dió a dos capitanes por rehenes, que lo mismo hizo Cortés entregándoles a un español. Otro día vino Canec con treinta personas ilustres y trajo consigo al español y a los dos capitanes, y también ciertos presentes que dió a Ixtlilxuchitl y a Cortés; el cual se holgó mucho de ver a los españoles, y Ixtlilxuchitl le declaró algo a que venían, y le trató las cosas de la fé, el cual se holgó de oír y oyó misa, y tuvieron con él ciertas demandas y respuestas los religiosos, sobre la misa y misterios de la fe; y prometió derribar sus ídolos, y pidió una cruz para poner en su ciudad, después de esto y de otras muchas razones, porque ya era hora de comer, regaló a los nuestros con pan, gallinas, miel y pescado, y se ofreció por amigo y vasallo al emperador; y luego llevó a Cortés y a Ixtlilxuchitl y ciertos españoles dentro de su ciudad, y quemó los ídolos, y en el interín comenzó a caminar; y ya que era tarde salieron Cortés y Ixtlilxuchitl con ciertas guías para ir en seguimiento de ciertos españoles y algunos naturales

que enviaron por delante, y tuvieron aviso de ellos. En esta ciudad alcanzaron al ejército que ya había bajado toda la laguna, y allí cerca, en un llano, hicieron noche. Otro día prosiguieron su camino por unos llanos, en donde mataron ciertos gamos, que hay infinidad de ellos en estas partes, y luego encontraron con ciertos cazadores que traían un león muerto, y los prendieron, los cuales lo guiaron con los otros de Tiacac hasta llegar a un estero muy grande de agua y hondo, luego a la otra banda estaba un pueblo donde iban. Los de este lugar viendo españoles comenzaron a desamparar sus casas, llevando su ropa, hijos y mujeres, y cogieron a dos naturales de allí que andaban en una canoa con una doncella; los cuales los llevaron una legua de allí por donde pudo entrar el ejército a este lugar. Llegados a él, se abastecieron de todo lo necesario y mataron la hambre, y estuvieron cuatro días esperando a Amoan, señor que era de Tlezean (que así se llama este lugar,) pero no vino ni sus vasallos; y así nuestro ejército se partió después de haber tomado bastimento para seis días de camino, de los cuales, el primero fueron a dormir a una cierta venta del señor de Tlezean seis leguas de este lugar, en donde estuvieron un día, y hicieron fiesta de nuestra señora, que era su día y pescaron en un río que allí cerca estaba, ciertos peces buenos, que allí se hallaron: al otro, caminaron y mataron ciertos venados, y pasaron después de haber caminado un llano muy trabajoso, y puerto de más de cuatro leguas de subida y bajada, en donde al pie de este lugar les cogió la noche, y durmieron aquí, y estuvieron todo el día descansando, y el otro siguiente caminaron hasta un pueblecillo de Amoan llamado Axuncapuyn, en donde estuvieron dos días, al cabo de los cuales caminaron el siguiente hasta Taxaytetl en donde durmieron, que era otro pueblo del mismo Amoan, y en él hallaron mucho refresco y comida, y hombres que les dieron razón de su venida.

El día siguiente comenzaron su camino, y andadas dos leguas, se les ofreció una sierra altísima que tenía más de ocho leguas de subida, en donde tardaron dos días con harto trabajo

de un continuo aguacero, hambre y miseria para los nuestros; y murieron sesenta y tantos caballos despeñados y arrebatados. También se despeñó un sobrino de Cortés que se quebró una pierna en tres o cuatro partes, y los naturales lo sacaron con harto trabajo de donde cayó, y pasada esta sierra áspera, dieron con un río grande y muy caudaloso. Envió Ixtlilxuchitl corredores para que viesen si había alguna parte por el río arriba en donde se estrechase; los cuales de allí a poco volvieron, y dieron aviso, como habían hallado una peña que naturaleza había creado, por encima de la cual se podía pasar, como si fuera puente, con mucha facilidad. Los españoles se holgaron mucho con tal nueva, pues que ya estaban desesperados, y era por semana santa, y estaban todos confesados aguardando la muerte; y puestos ciertos palos que faltaban para alcanzar la peña a la otra parte, pasaron y fueron a dormir a un pueblo que allí cerca estaba, llamado Teoxoic, en el cual hallaron alguna gente, aunque muy poca comida, que tenían harta necesidad de ella; especialmente los naturales que no se habían sustentado con otra cosa, sino con yerbas todos los días que habían padecido estos trabajos, desde que se les acabó la comida que traían de Taxytetl. Los de este lugar dijeron a los nuestros, que de una jornada por el río arriba estaba una provincia llamada Tahuican, en donde hallarían harto bastimento, y todo lo necesario; pero que estaba a la otra banda de él. Ixtlilxuchitl envió más de mil aculhuas sus vasallos con algunos españoles, para que de allá trajesen bastimento, los cuales fueron y proveyeron el ejército muchas veces, aunque con mucho trabajo; y estando en este lugar enviaron a otra provincia llamada Azuculin, ciertos aculhuas con ciertos españoles y una guía; y andadas algunas leguas, llegaron a una venta, en donde hallaron siete hombres y una mujer, y de ellos supieron como era el camino llano y bueno hasta Azuculin, y se tomó más entera relación de un hombre natural de Acalan, de todo. Estuvieron algunos días, aunque luego se partieron para Azuculin sin guías, porque el de Acalan y los demás, una noche se huyeron. Caminaron tres días por mal ca-

mino, al cabo de los cuales, llegaron a Azuculin, que estaba despoblado, y sin gente; y no habiendo hallado bastimento ninguno, padecieron harta necesidad y hambre. Anduvieron buscando más de ocho días guías para que los llevasen a Nito, y nunca se pudo hallar a nadie; y mirando muy bien la pintura que llevaban por donde habían de ir, hallaron que se les ofrecían ciertos lugares sujetos a la provincia de Tunia; y yendo caminando, hallaron a un mancebo, al cual lo prendieron, y los guió por unos montes hasta los pueblecillos que tardaron dos días en llegar, en donde se hallaron todo despoblado y sin gente, si no fue un viejo, el cual los guió dos jornadas hasta un pueblo, en donde prendieron cuatro hombres, que no hallaron más, porque los otros dos se habían huído y desamparado sus casas. Ixtlilxuchitl les preguntó si sabían donde era Nito, y qué tanto estaba de allí: ellos dijeron que había dos días de camino, y por más certificarse, soltó a dos de ellos, y les mandó que fuesen y trajesen alguna gente para que fuesen creídos, escarmentados de los trabajos pasados, los cuales fueron y trajeron ciertas mujeres de Nito, y dieron razón del lugar y de los españoles que había en él. Cortés no contento con esto, envió ciertos castellanos, para que por más extenso supiesen si había alguno en aquel lugar; los cuales fueron y tomaron a ciertos hombres, y volvieron a dar razón a Cortés, el cual escribió a un Juan Nieto, que era el capitán; y le envió a pedir barcas para poder pasar el río, y caminaron con el ejército, los cuales estuvieron cinco días en el camino y pasada del río y otros muchos en Tuina, en donde padecieron grandísima necesidad los aculhuas, y hambre. Llegados a Nito menos hallaron que comer, porque los españoles que había dentro estaban enfermos y muertos de hambre, Ixtlilxuchitl repartió sus soldados, unos envió a buscar yerbas para poderse sustentar, y otros por los pueblos circunvecinos por si hallaban algún bastimento; los cuales no pudieron hallar cosa ninguna, si no eran crueles guerras con los naturales, aunque en aquellas dos jornadas de Nito, fueron los de Ixtlilxuchitl por mal camino a este lugar, y trajeron algún bastimento. Visto esto por los

nuestros y la necesidad que padecían, rogó Cortés a Ixtlilxuchitl que se fuese con él en tres navíos que tenía aderezados, por agua hasta la bahía de S. Andrés, y cerca de sesenta de los aculhuas sus vasallos, los más diestros y animosos, y cuarenta españoles que escogió para este efecto, y que su ejército fuese por Naco con Gonzalo de Sandoval, y los demás españoles en donde los irían a alcanzar, que estaba tres jornadas de este lugar, para que apaciguase a los españoles, que estaban discordes y encontrados.

Partido que fue Cortés, anduvieron ciertos días hasta llegar a un golfo que baja más de treinta leguas, según los autores españoles. Saltaron en tierra Cortés y Ixtlilxuchitl, cada uno de ellos con treinta soldados, hasta un lugar despoblado y arruinado, en donde cogieron cierta cantidad de maíz y chile, y tornáronse a sus barcas, y luego prosiguieron su camino, y tuvieron tormenta, y ahogose un soldado de Ixtlilxuchitl, natural de Tezcoco que iba en una de las canoas que llevaban; y llegados a un río dejaron aquí las barcas y bergantines a ciertos españoles, y naturales, y los demás fueron con Cortés y Ixtlilxuchitl. De allí a poco rato toparon con otro pueblo despoblado, y luego subieron por unos montes con harto trabajo hasta topar con unos sembrados, donde hallaron en una chozuela un hombre y tres mujeres; y de aquí a un pueblecillo pequeño que estaba sin gente, y había muchas gallinas y otras aves, aunque no había maíz ni sal, que era lo que se buscaba. Había un rato que estaban metidos en cierta casa, cuando los moradores de ella descuidados venían a ocuparla: fueron presos, los cuales guiaron a los nuestros por un camino muy trabajoso y de muchas sierras, y muchos ríos que de ellas bajan, hasta llegar a un pueblo, que por haber mucha gente, no osaron los nuestros llegar al lugar, y durmieron aquí con harto trabajo de aguaceros, rayos y relámpagos, y muchos mosquitos. En amaneciendo, entraron dentro del pueblo, y hallaron a los vecinos durmiendo, y en las casas del señor estaba mucha gente también dormida: los españoles dieron sobre ellos, y mataron quince personas, y entre ellos al señor; prendieron otros

quince hombres, y veinte y tantas mujeres. Con estas hostilidades y otras tales, ¿cómo no habían de estar los pueblos despoblados? Los presos los enviaron a otro pueblo mayor, y dijeron haber maíz, y todo lo necesario que aquí no se halló. Por el camino prendieron ocho hombres cazadores, y a ciertos leñadores, hasta llegar a un campo llano en el que durmieron, después de haber pasado un río con harto trabajo a media noche. Los vecinos del pueblo, así como sintieron a los españoles, comenzaron a llamar gente de guerra, habiendo encendido luminarias, y tocando ciertos instrumentos. Ixtlilxuchitl dijo a Cortés que antes que sucediese otra cosa, entrasen dentro del pueblo, y lo sujetasen luego a la hora, o se fuesen de allí, porque corrían mucho riesgo; Cortés dijo, que sería mejor dar sobre ellos, y cogerlos descuidados, y así se hizo hasta entrar dentro, matando mucha gente del pueblo, y en la plaza se hicieron fuertes. Los vecinos huyeron, y así cuando amaneció ya no hallaron a nadie; luego anduvieron saqueando las casas, donde encontraron muchas mantas, algodón, maíz, sal, y otras cosas; asimismo mucha fruta, gallinas y otras aves, chile y cacao. Estaban las naos cuasi a tres jornadas de este lugar, y por un camino muy trabajoso, y porque pasa un río por enmedio de este pueblo, que va a dar hasta el lugar donde estaban las barcas, enviaron a llamar los del bergantin y barcas para que las trajesen por la misma parte, para cargarlas de comida y vitualla; y en el interín labraron otras cuatro balsas los naturales de Tezcoco por orden de Cortés, para que también ayudasen a llevar el maíz. Llegaron pues el bergantín y las barcas muy abajo del río, que no podían subir más por la mucha corriente, y así con las balsas se llevó el bastimento con harto trabajo y peligro, porque los naturales a una banda y otra, tiraban muchos flechazos y pedradas; pero no murió nadie, aunque Ixtlilxuchitl, Cortés, y los demás fueron heridos, y la demás gente que fue por tierra no corrió ningún riesgo. Asimismo abastecieron sus barcas y bergantín de otros pueblos y lugares que hallaron en la ribera, y en un día y una noche llegaron al golfo; y embarcados todos, dieron la vuel-

ta para Nito. Tardaron en este viaje, según dicen las historias, treinta y cinco días, y llegados a Nito, juntó a los españoles que habían quedado suyos, y los de González, y se partió para la bahía de S. Andrés, que ya estaba allá el ejército de Ixtlilxuchitl y españoles. Estuvieron veinte días en este puerto, al cabo de los cuales, después de haberlo poblado y dejado alguna gente, se fueron al puerto de Honduras. Estuvieron cuatro días navegando, y al cabo de estos, llegaron y se desembarcaron. De allí a dos días, envió Ixtlilxuchitl dos soldados suyos con un español que también enviaba Cortés a dos pueblos que estaban una jornada de este lugar llamado Chiapaxina y Papayca, cabeceras de provincia, dándoles aviso de como era venido allí con el capitán Cortés, y que viniesen a verse con él para tratar de ciertas cosas. Los señores de esta provincia se holgaron mucho de tales nuevas, y luego enviaron sus mensajeros con los que envió Ixtlilxuchitl, para darle la bien venida, los cuales, oída la razón de Ixtlilxuchitl, y el intento de Cortés, fueron a llamar a sus señores, y de allí a cinco días enviaron con dos personas principales mucho maíz, gallinas, y comida de parte de sus caciques, a ver lo que quería Ixtlilxuchitl, y a que venía Cortés, y para que los llamaban. Decíanles que les perdonase que no osaban venir porque los españoles les habían hecho mil insolencias, y venían a robar hombres que los llevaban forzadamente en sus navíos. Ixtlilxuchitl por lengua de Marina dijo a Cortés todo lo que habían respondido estos señores, el cual le rogó que les asegurase, y díjese a lo que venían más específicamente, y que les enviase a decir que viniesen para tratar de su quietud. Ixtlilxuchitl les envió con estos mensajeros a dar más entera razón de su venida, y les envió a rogar que se viniesen a ver con él y no tuviesen miedo que no les harían ningún daño los españoles, que eran amigos, y que le enviasen bastimento para su ejército que padecía mucha necesidad, y cierta cantidad de gastadores y leñadores para talar un monte, que decía Cortés que era necesario talar. Habiendo oído lo que Ixtlilxuchitl enviaba a decir, luego juntaron toda la gente que pudieron para este efecto, y vinieron con él, y tra-

jeron mucho bastimento, y talaron el monte. En estas demandas y respuestas, y otras muchas cosas que sucedieron, (que sería largo de contar,) tuvo Cortés nuevas, por los oídores de Cuba, de las revueltas de México, por lo cual probó tres o cuatro veces a volverse en sus navíos, y no pudo por malos temporales. Contentose con enviar a Martín Dorantes a Pánuco con cartas, y con él a ciertos caballeros y gente ilustre de Tezcoco, México, y Tacuba, que enviaba Ixtlilxuchitl a ruego de Cortés, mandando a sus gobernadores no consintiesen hubiese alguna revuelta, que fuese causa de alzarse la tierra, y hacer muchas muertes y guerras, el cual llegó aunque con trabajo; y los señores y caballeros que envió Ixtlilxuchitl después de haber despachado Cortés a Dorantes cierta cantidad de sus soldados a correr la tierra con Hernando de Saavedra que llevaba sesenta españoles, y por capitán a su amigo Chichinquatzin; los cuales fueron y corrieron mucha tierra, pueblos y lugares muy fértiles en un valle. Chichinquatzin se dió tan buena maña, que sin pesadumbre ni trabajo de su amigo atrajo muchos pueblos a la amistad de los nuestros, y vinieron a ver a Ixtlilxuchitl veinte señores, los cuales ofrecieron su amistad, personas y vasallos a Cortés y demás españoles, y dieron todo lo necesario para el sustento del ejército de Ixtlilxuchitl y castellanos.

Los señores de las provincias de Papayca y Chiapaxina, se fueron substrayendo, y aunque acudieron a Ixtlilxuchitl, no era con tanto amor como de antes; pues estaban agraviados de ciertas cosas que los españoles habían hecho contra ellos. Envió Ixtlilxuchitl a requerirlos que se diesen de paz, y como ellos no quisiesen escuchar sus mensajeros, envió luego ciertos soldados suyos, y por cierta traza que usaron los prendieron, los cuales eran tres; el primero se llamaba Chicueytl, el segundo Pochotl, y el tercero Mendexeto, y traídos ante él los entregó a Cortés, el cual, (según dicen,) los mandó echar unos grillos, y les dijo que no los había de soltar hasta que no se diesen de paz y poblasen sus pueblos; entonces enviaron a decir a sus vasallos que tornasen a sus casas, y se diesen de paz, si querían verlos libres y con

sus vidas: visto esto por los de Chiapaxina en el trabajo en que estaban sus señores se dieron luego de paz, y poblaron sus pueblos, y con tanto fueron sueltos sus señores, dando palabra a Ixtlilxuchitl de nunca más rebelarse, y ser siempre amigos de Cortés y de los españoles. Los de Papayca no queriendo sujetarse, envió Ixtlilxuchitl alguna cantidad de sus vasallos con ciertos castellanos que para este efecto envió Cortés, y una noche los cogieron dentro de la ciudad, y prendió a tres gobernadores o tutores del señor de aquí que era niño, y teníanle usurpado el señorío: el más principal que se decía Pizacura; los cuales presos con los demás del despojo, los trajeron a Truxillo, que así nombró Cortés al lugar en donde estaba. Pizacura se disculpó diciendo que no era parte en esta rebelión: que Matzal que era el más principal era el que la había causado, y que lo soltasen que él lo entregaría en manos de los cristianos. Efectivamente lo soltaron, y no cumplió lo que prometió, y así dió orden Ixtlixuchitl de mandar prender a Matzal, el cual se lo trajeron y lo entregó a Cortés, y porque no quiso darse de paz, aunque dicen que él harto quiso, y que los vasallos eran los que no querían, lo mandó ahorcar Cortés, y luego fueron sobre Papayca y lo sujetaron a fuego y sangre, y prendieron segunda vez a Pizacura con el mancebo que era verdadero señor como tengo dicho, y con esto quedó pacífica y sujeta. Cortés dió orden para despacharse hacia la provincia de Hueytlato y Nicaragua el cual estando aparejándose para irse llegó a esta ocasión, según dicen los historiadores, Fr. Diego Altamirano primo de Cortés, y le dió aviso de todo lo que había sucedido en México, y que estaba en mucho aprieto de perderse, según eran las revueltas que traían los españoles unos con otros; y así rogó a Ixtlilxuchitl envíase parte de sus vasallos por delante por Quauhtemalan para aderezar el camino por donde entendía ir, lo cual Ixtlilxuchitl luego puso por obra, y envió cierta cantidad de aculhuas y algunos naturales de estas partes de Honduras para el efecto, aunque no fueron por aquí los que envió Ixtlilxuchitl, porque con cierto correo, fueron avisados por Cortés de que iba por mar en navíos. Pasa-

ron su camino adelante, sin aguardar más por la misma vía que pocos días había ido lo más del ejército con Gonzalo de Sandoval que estaba en Naco, según se lo tenía mandado Cortés e Ixtlilxuchitl. Algunos autores dicen que con estos que venían a aderezar el camino, se vino Ixtlilxuchitl; pero la común opinión es, que siempre anduvo con Cortés, y así no vino por tierra. Asimismo previno Ixtilxuchitl a todas las ciudades, pueblos y lugares, que tuviesen aderezados los caminos con todo lo necesario, lo cual se hizo con mucho regocijo de los naturales, que ya no veían la hora de ver a su señor, porque de todos los reyes, príncipes y grandes señores, que fueron con Cortés nadie regresó con vida si no era Ixtlilxuchitl, y así después de haber puesto en orden los pueblos que fundó Cortés el uno llamado Truxillo y el otro Natividad, aderezados los navíos y bien abastecidos, se embarcaron Cortés con veinte españoles, y Ixtlilxuchitl con hasta doscientos de sus soldados, y muchos señores de aquellas partes. Partieron del puerto de Truxillo en el año de ocho toxtli a 16 días del mes de tozoztzintli, y conforme a nuestra cuenta fue en el de mil quinientos veinte y seis a veinte y cinco de abril, y por malos temporales fueron a dar a Cuba, donde estuvieron, según dicen, diez días, al cabo de los cuales partió y llegó de allí a siete días a Chalchichuecan, en donde se desembarcaron, y estuvieron en ella ocho días. Ixtlilxuchitl avisó a Tezcoco, México y Tacuba, y las demás partes, de su llegada con relación de sus trabajos y largos caminos: todos holgaron mucho de su venida, que les fue de gran consuelo, aunque quedaron muy tristes con la cierta nueva de la muerte de sus reyes y señores; y entretanto se partieron para México, y por todo el camino les hicieron solemnes recibimientos, y los señores les salieron a recibir, no los que eran cercanos, sino muchos de ellos de sesenta y ochenta leguas de distancia, cargados de ricos presentes para Ixtlilxuchitl, pues que no les había quedado otro a quien volver los ojos, que lo mismo hacían a Cortés los demás sus compañeros. Donde quiera que llegaba Ixtlilxuchitl, los señores lo consolaban y lloraban con él sus trabajos y muertes de los sus reyes y seño-

res, que era cosa lastimosa de ver los unos con los otros, según refieren los cantos, como si fueran hijos, que hubiesen perdido sus padres, que tanto o más lo sentían el haber perdido sus señores. De allí a catorce días llegaron a la ciudad de Tezcoco su amada patria, con mucho regocijo de sus deudos y vasallos, y Cortés con los demás españoles; al otro día se partió para México donde fue muy bien recibido. Este fin tuvo la larga jornada que hizo Ixtlilxuchitl a Ibueras, el cual anduvo más de quinientas leguas, según dicen los autores españoles, especialmente Gómara, que se conforma en lo que es de tiempo y lugares que anduvieron con mi historia, en la cual aquí no he tratado de conquistadores ni de conquistas, por no ser de mi historia; además de que hartos historiadores han tenido los españoles que se han acordado de ellos, pero no lo han hecho de Ixtlilxuchitl y sus vasallos; y porque también las pinturas a quien yo sigo no hacen relación de ellos, sino es en las partes que yo los señalo. Fue uno de los mayores trabajos que ha padecido príncipe en este mundo el que padeció Ixtlilxuchitl, y así parece que fue en suma, mayor que ninguno de los que padecieron sus antepasados, fuera de Topiltzin, último rey y monarca de los tultecas, que casi fue igual el trabajo, y casi por el mismo camino, según las historias. Xolotl peregrinó mucho es verdad; pero no padeció lo que este príncipe. Su abuelo Nezahualcoyotzin (como se ha visto) también padeció mucho, y peregrinó hartos años; pero con todo esto fue dentro de su patria y reino, y así me parece que casi en todo fue otro segundo Topiltzin en lo que es peregrinación, trabajos, y última destrucción de su imperio porque en él se acabó la monarquía tulteca que duró quinientos sesenta y dos años, y lo mismo ha sucedido en Ixtlilxuchitl que se acabó en su muerte el imperio chichimeca meridional, que duró otro tanto tiempo.

Fuera de todo lo referido hubo otras salidas a diferentes partes, que por evitar proligidad no se ponen aquí, como a Colima, a Hueymolan, a Tlapalan, y a otras partes, que también es una provincia que cae hacia la parte de Ibueras según los cantos

y pinturas, y que Ixtlilxuchitl anduvo personalmente en esta jornada y en las demás referidas, y envió en favor de los cristianos, que siempre iba, grandísima suma de ellos, según parece en las historias y muchas relaciones que tengo en mi poder de D. Alonso Axayaca, y otros autores, y yo he oído platicar a algunos viejos, que todavía hay algunos vivos que lo alcanzaron a ver, y me he informado de algunos de ellos de la verdad, demás de lo que tengo en las relaciones. Dicen que el mejor ejército que se sacó de Tezcoco para las partes referidas era de más de cinco mil soldados, los cuales Ixtlilxuchitl siempre proveía de todo lo necesario, así de sustento como de vestuario, de armas y de otras muchas cosas necesarias, y muy buenos premios, según la antigua costumbre, en lo que gastó grandísima suma de hacienda y tesoro de él y de sus hermanos y deudos, y todos los tributos y rentas reales que había en las casas de tributo de su padre; y abuelo, y lo que cada día le traían sus vasallos, y los demás reinos y provincias sujetas a las tres cabeceras de este imperio. Asimismo gastó cuanto oro y piedras preciosas tenía, así suyas, como de otros señores, deudos y amigos suyos en dar a Cortés y los demás cristianos, que tenían harto cuidado en pedirlo, según era la hambrienta codicia y avaricia que ellos tenían, que eso tienen los codiciosos ojos, que mientras más miran y les dan, más quieren, y nunca están hartos, como claro parece en las historias escritas de diversos autores; y aun los desventurados indios de sus premios, no sólo partían con los cristianos, sino que se los daban todos por tenerlos contentos; aunque los primeros cristianos que vinieron a esta tierra se dan a ellos solos el triunfo de la victoria, los naturales soldados eran siempre los primeros en todos los trabajos, como es notorio, y parece en las historias como gente de pan y naranja, o por mejor decir, carne de vaca. En resolución, fue grandísimo y excesivo el gasto que tuvo Ixtlilxuchitl en estas conquistas, o conversión de esta tierra, como se ha visto, que no fue pequeño servicio a Dios, y a S. M. El rey de Tezcoco quedó sin capa, y sin premio, y el día de hoy se ven sus descendientes sin ningún abrigo, sólo el de Dios, y la

clemencia de Felipe III nuestro señor. Ixtlilxuchitl de todo lo que había sucedido, desde que se fue a Ibueras hasta que volvió, y de las casas que sus tres gobernadores o virreyes Izquinquani de Tezcoco, Mexicaltecuhtli de México, y Contectl de Tlacopan, con los demás gobernadores de las provincias sujetas, recibió grandísima pena, de lo mal que se habían comportado, y como por causa de ellos, y según algunos autores, dicen por industria de los españoles habían muerto a muchos importantes caballeros y gente ilustre, así de Tezcoco, como de México, Tlacopan y las demás partes, hermanos y deudos de Ixtlilxuchitl, y algunos de ellos les servían como si fueran sus esclavos, y los otros andaban escondidos y ausentes de sus casas y patrias en tierras extrañas, todos de miedo por no verse muertos, escarmentados de los otros, que por pocas causas habían sido muertos, y otros de vergüenza de no bajarse a servir a estos villanos que habían sido sus vasallos. En efecto ellos habían obrado tan mal, y hecho tantas tiranías, que aun no contentos con esto habían robado lo poco que había en los pueblos de Ixtlilxuchitl, y de los demás sus deudos, y gastado todos los tributos de todo el tiempo que se ocupó en las Ibueras causando mil vejaciones a los naturales, haciendo casas a los españoles dentro de la ciudad de México, dándoles solares de los que eran de pertenencia de Ixtlilxuchitl. Otros señores hubo, que por una gorra y aun por unos zapatos y otras cosas de menos precio habían dado todo esto, y si era algún vestido de español de paño mucho más. De tal manera anduvo la cosa, que Ixtlilxuchitl cuando lo supo se quedó espantado y muy indignado contra estos tiranos gobernadores suyos, y así no quiso hacer cosa ninguna, ni envió a darles aviso de como era venido, aunque ellos muy bien lo sabían, hasta ver en que paraban estas cosas. Los caballeros y gente ilustre todos los días venían a él con mil quejas, diciéndole que les hacían tributar, y los enviaban a servir a los españoles, especialmente Izquinquani que era el más principal de los tres gobernadores, el cual les decía que eran Piltzintli, que quiere decir muchachos, y otras palabras injuriosas, que ya se había acabado su domina-

punto se tornó a la ciudad de Tezcoco, dejando, a la demás gente ilustre para con más facilidad enviarles los materiales y proveerlos de todo lo necesario: quedose en México algunos días trabajando, y aunque gran capitán y señor de toda la tierra se le vió hecho albañil. En todo el tiempo que estuvo en México, los gobernadores no se comidieron a verle ni darle ninguna ayuda, sino que permanecieron muy contumaces en su desatino, todo por complacer a los españoles, de todo lo cual se holgaba Ixtlilxuchitl por darles aguardando mejor ocasión la pena, según sus culpas. Llegado después a Tezcoco enviaba siempre todo lo necesario, y sustentaba a los religiosos, los que le consolaban y estaban muy contentos con su buena compañía porque ellos habían padecido hartos trabajos y persecuciones de los españoles, todo por favorecer la causa de los naturales, compadeciéndose de ellos y de sus calamidades; y aun dicen los naturales, que hoy en día hay algúno vivo, que vino a tanto que guardaba a los religiosos de noche y de día, mucha gente que Ixtlilxuchitl tenía señalada para que no recibiesen algún daño los españoles. Si esto fue así, es cosa que admira; pero es cosa notoria, y por eso la pongo aquí, que como de esas cosas hicieron los primeros españoles que vinieron a estas partes, que sería largo de contar; y porque no digan algunos que como parte me alargo más de lo justo. A esto respondo, que no digo nada para lo mucho que aquí se podía poner, y si los cronistas de España no lo han escrito, será porque los que les dieron las relaciones eran los hechores, y por su honra lo habían de callar; y si alguno lo dijera, no se le daría crédito, y también si los religiosos primeros fundadores de la ley evangélica, no dejaron memoria de estas insolencias, sería porque como siervos de Dios, y bienaventurados, (que lo fueron todos, según sus santas y loables vidas,) lo recibieron en amor de Dios, y no harían caso de estas cosas; cuanto y más, que esto que yo digo lo sabrán muy bien los demás religiosos que hay en el día de hoy en S. Francisco, que lo hallarán escrito aun algunos de ellos, y los que no lo alcanzaron se lo habrán oído tratar que no ha muchos años que esto sucedió; pero finalmente, sea

por los españoles o por otros respetos, es cosa muy notoria y parece en las pinturas, y se halla escrito, que a este tiempo velaban y guardaban muchos naturales en los lugares donde los religiosos venían, como eran en Tezcoco, México, Tlacopan, Xochimilco, Tlaxcalan, haciendo de noche sus centinelas, como si estuviesen en tierra de enemigos. En esto se echará de ver la falsa disculpa de los españoles en decir, que los señores Quauhtemoc, Cohuanacoxtzin, Tetlepanquetzatzin, se querían alzar en las tierras de Ibueras, o Acalan contra ellos, lo que fué siniestra relación; pues los que gobernaban la tierra no eran ninguno de estos señores, sino todos villanos muy prontos a su devoción, que cumplían sus mandamientos con mucha puntualidad, y menospreciaban a sus señores naturales, por cuya causa sucedieron muchas tiranías.

MANUEL OROZCO Y BERRA

Los Conquistadores de México

I.

Cuando Cristóbal Colón presentó en la Península Ibérica las producciones del recién descubierto Nuevo Mundo, y con su entusiasmada y poética imaginación describió los ricos y encantadores países encontrados al medio del Océano, las imaginaciones no menos vivas y pintorescas de los españoles se exaltaron, y el ardor nacional tomó el rumbo de las acciones arriesgadas y de las empresas de todo género. Multitud prodigiosa de hombres dejó su patria, para ir allá muy lejos, en busca de nuevas comarcas, de reinos poderosos, de tesoros inmensos, y allí enriquecer pronto, ganar fama, y destruyendo a los idólatras, hacer triunfar el culto de la Santa Cruz.

Nobles y pecheros siguieron el impulso general, si bien aquellos fueron respectivamente en corto número. La turba de aventureros abandonaba su país confiada y satisfecha, contando sólo con su corazón y con su espada. Terminaban en España las porfiadas y sangrientas guerras contra los moros; estaban frescas aún las memorias de las hazañas prodigiosas rematadas en la Vega de Granada por los cumplidos caballeros cristianos; se admiraban todavía las proezas de los zegríes y de los abencerrajes; se enardecía el pueblo con la relación de los sitios y de los combates, abultados y revestidos de formas fantásticas en las tradiciones populares; y el orgullo de la victoria, largo tiempo disputada y por heroicos esfuerzos conseguida, infundía seguridad en los ánimos y les daba suficiencia. Común y continuada la lectura de los caprichosos libros de

caballería, nadie ignoraba, y muchos creían en los encantamientos, en el pacto con los espíritus superiores, en los portentos de la magia, obra de la ciencia, y en los horrores de los sortilegios nacidos del poder comunicado por el mismo Satanás. Mezcla de ideas paganas y católicas, abrigadas por fantasías meridionales, que daban por resultado la creencia de que nada había imposible para el hombre, supuesto que no era difícil encontrar una protección sobrenatural para vencer todo linaje de obstáculos y de contradicciones. Y si esto podía lograrse por medio de la magia, más fácil era aún alcanzarlo, si puesto fervorosamente el corazón en Dios, con fé sincera y con la santa idea de hacer triunfar la verdadera religión, tenía que combatirse contra los paganos y contra los infieles, gente descreída, abandonada por la Divinidad a los cristianos.

Si a estos elementos, tomados de entre los principales de aquella época, reunimos los constitutivos del carácter español, resultarán, sin entrar en un prolijo examen, las buenas y las malas cualidades que adornaban y desfavorecían a los aventureros castellanos del siglo XVI. Leales a su rey, valientes y esforzados; tenaces, religiosos hasta la superstición; confiados y arrogantes; crueles con los vencidos porque eran de una raza despreciada; implacables porque perseguían idólatras; rapaces para hacer fortuna; pródigos para desperdiciarla en el juego o en los placeres, una vez conseguida; predicadores fervientes y soldados corrompidos; campeones nunca puestos en olvido por la fama, manchando sus laureles con los tormentos aplicados a las víctimas con fría impasibilidad; hombres de bronce, sufriendo sin quejarse toda clase de penalidades, rematando como por pasatiempo sus prodigiosas conquistas, para entregarse luego al reposo y a las delicias; removedizos en la tierra sojuzgada, sin apego a los trabajos materiales de la labranza y del comercio; turbulentos, reacios para sujetarse a la disciplina que no era impuesta por sus jefes militares; apegados nimiamente a las fórmulas forenses y buscando en ellas el remedio y el apoyo de sus faltas; amos intratables; padres

de familia descuidados con los hombres y vigilantes con las mujeres. Reunión de fases contradictorias, ante la cual se vacila entre saludar al héroe o despreciar al merodeador, porque lo eran todo junto.

Luego que se descubría alguna nueva provincia, se fundaban en ella las más lisonjeras esperanzas, se la pintaban unos a otros como la región más afortunada y feliz, llena de oro y de belleza, de prodigios y de fábulas; los aventureros acudían a bandadas para alistarse en la expedición que iba a la conquista de aquel paraíso, y enprendían la marcha entretenidos con agradables sueños, platicando alegremente de su futura fortuna y del regalo que les aguardaba. Llegados al lugar apetecido, por rico y hermoso que fuera les parecía triste y pobre, según ellos se lo habían figurado, y comenzaba el desengaño; seguían duras enfermedades, privaciones sin cuento, fatigas y molestias propias para abatir al más robusto, y sobrevenía la saña de los indios que, acosados, pagaban la crueldad de los blancos con refinamiento de barbarie: el mayor número perecía, los demás se disgustaban y se retiraban desalentados a contar su malaventura, y muy pocos, hábiles o afortunados, recogían, caramente comprada, alguna pequeña riqueza. Pero tan pronto como había otro descubrimiento, volvían a presentarse las locas esperanzas, se ponían en olvido las lecciones de la experiencia, se presumía que no iba a acontecer entonces lo que sucedió antes, y los aventureros tornaban a alistarse para ir a caer en los propios males: recogían siempre desengaño y no les faltaba una ilusión que perseguir.

Las empresas se hacían de común por cuenta de armadores que contaban con posibles o con valimiento en la corte. Puesta la mira en alguna provincia, el empresario *capitulaba* con el rey, es decir, formaba un convenio para hacer a su costa la conquista, mediante una recompensa convenida, que consistía en títulos, o tierras, o rentas sacadas del país sometido, quedando el resto de lo domeñado a beneficio de la corona. Declarado el jefe de la expedición, alzaba sus pendones y reco-

gía los soldados que se le presentaban, hasta el número que podía o juzgaba suficiente. El transporte era en buques proporcionados por él; prevenía víveres para el pasaje, armas para repartir a los enganchados, quienes pagaban el importe y las municiones necesarias para las ballestas y los arcabuces: la artillería de común era exclusivamente suya. Los aventureros no gozaban sueldo alguno: los despojos ganados en la guerra se ponían en un fondo común, y terminada se hacía la partición sacando el quinto para el rey, del resto la parte estipulada para el jefe, y lo demás se subdividía en porciones, mayores las de los ginetes a las de los infantes. En campaña, se vivía sobre el país; sojuzgada la provincia, se repartía o encomendaba la tierra, con lo que cada soldado se convertía en colono y en propietario: en estos repartimientos los jefes obraban a discreción y generalmente con parcialidad.

II.

Repitiendo lo que ya otra vez he dicho, la conquista de México es un acontecimiento tan maravilloso, que parece un cuento de hadas. Si la historia no lo atestiguara con irrefragables documentos, esa relación pasaría por una fábula, por el invento de una imaginación descarriada.

Un puñado de aventureros llegó confiado a un país ignoto. Las noticias que adquirió le enseñaron que existía un reino poderoso, un señor fuerte y temido. Sin consultar mas de a su arrojo, resolvió apoderarse del reino y del señor. ¿Con qué medios?—Con su espada. ¿De cuál manera lo pondría en práctica?—No lo sabía.

El jefe de la banda era tenaz cuanto mañero. Apenas comenzó a penetrar al interior, supo aprovechar diestramente las circunstancias, sacar partido de los menores incidentes. Combatiendo donde quiera que le hacían resistencia, peleando con suma valentía sin contar el número de los enemigos asombró a las tribus que poblaban la tierra, haciéndose aliados de los con-

trarios que vencía, súbditos sumisos los habitantes de los pueblos por donde pasaba. Llegado a la capital del grande imperio, con temeridad coronada por el éxito, se apoderó del señor. Perdidas las ventajas adquiridas por un acto de rapacidad, destrozados los merodeadores en una jornada infausta, el jefe se mostró siempre grande; derrotó en una batalla memorable los innumerables batallones que le salieron al encuentro después de ya vencido, y casi por milagro pudo salvarse de su total pérdida.

Pocos meses después, con los pequeños refuerzos que le llegaron, entró de nuevo en campaña. Las tribus indias, cegadas por la venganza, por la envidia, por bastardas pasiones, habían desertado de la causa de su patria para ayudar al jefe astuto; de manera que, cuando retornó contra la gran ciudad que codiciaba, quedaban a ésta pocos y dudosos amigos, que al cabo fueron también domeñados y engrosaron las filas de los conquistadores.

Durante el asedio de la capital, el puñado de aventureros, sin tener un fuerte lazo de unión con sus aliados; perdidos entre la multitud de los guerreros que les ayudaban; empeñados en lances de los cuales parece maravilla pudieran salir ilesos, se hicieron obedecer, se hicieron servir, se hicieron adorar. Hombres de hierro, pelearon más de tres meses de día y de noche, vestidas de continuo las armas, con escaso alimento, expuestos a la intemperie, y sin desmayar por los obstáculos, sin que llegaran ni a sospechar que acometían una empresa descabellada, sin que se hubieran puesto a pensar en su insuficiencia para tamaña labor.

El sitio y la toma de México es el acontecimiento más grande de nuestra historia; honra a los sitiados y a los sitiadores. Sin que pueda achacarse a espíritu de nacionalidad, la defensa de su población hecha por los mexicanos se puede poner en paralelo con las celebradas de Sagunto, de Numancia y de Zaragoza. Los guerreros desnudos, con armas flacas, combatían contra hombres cubiertos de hierro, prevenidos de cañones y de

mosquetes; y derrotados siempre, volvían a la pelea sin que les flaquease el ánimo, convencidos de que les aguardaba la muerte, preferida a perder su libertad. Acabados los mantenimientos, comieron las sabandijas del lago, los insectos del suelo, las yerbas, las ramas y las cortezas de los árboles; escarbaron la tierra para sacar las raíces: el acero enemigo colmó de cadáveres las cortaduras de las calzadas, los fosos, las casas; la corrupción de los muertos envenenó el aire y la pavorosa peste se asentó entre los defensores: arrasados los edificios hasta los cimientos, luchaban aún sobre los escombros, y se refugiaban después en lo que quedaba en pie; vendidos por sus amigos, abandonados por sus aliados, puestos sus traidores súbditos en abierta insurrección, hicieron frente a todos y además a los extranjeros; combatieron y combatieron, nadie habló de rendirse, y la ciudad cayó en poder de los contrarios, cuando no había mas de ruinas, cuando los hombres hambrientos, débiles, cansados, no podían blandir las armas, cuando el contagio hacía inútil todo esfuerzo, cuando los desampararon hasta sus mentidos y cobardes dioses, pródigos en ofrecimientos, avaros a la hora de cumplirlos. Murieron muchos de hambre, sin tocar a las carnes de los cuerpos de los suyos, que tan negra costumbre sólo se entendía con el enemigo detestado.

Vencidos y vencedores fueron grandes.

Si echamos una mirada sobre los personajes principales de esta terrífica y encantadora Iliada, encontraremos que Mocteuzoma II o Xocoyotzin se mostró supersticioso e irresoluto; despreciado por sus súbditos, herido por ellos, acabó al acero de sus pérfidos huéspedes. No murió como rey, no; terminó como un pechero y sin dar lustre a su alta dignidad.

Cuitlahuac fue una estrella errante que dejó iluminado el pequeño espacio por donde atravesó.

La figura del último emperador azteca se alza limpia y sin tacha, demandando el respeto y la admiración. Cuauhtemoc fue un gran príncipe y un cumplido caballero. Elevado al trono en los tiempos más difíciles del imperio, aceptó el cargo con toda

abnegación; se entregó con ardor a salvar su nacionalidad moribunda, y combatió sin tregua ni descanso; la muerte respetó su vida en las batallas, que no quiso librar dándose a partido, ni aceptando las ofertas de sus enemigos; cuando ya no tuvo elementos para lidiar quiso dejar los escombros de su capital, no sólo sino llevando a su familia y a sus parciales. Alcanzado por el bergantín de García Holguín y mirando que encaraban para su canoa las ballestas y los arcabuces,—"No me tiren, dijo, que "yo soy el rey de México y desta tierra, y lo que te ruego es, "que no me llegues a mi mujer ni a mis hijos, ni a nin- "guna cosa de lo que aquí tengo, sino que me tomes a "mí y me lleves a Malinche".—Este es el lenguaje que le presta Bernal Díaz, que si no es culto, encierra copia de sentimientos generosos. Su entereza no fue desmentida cuando estuvo en la presencia de su vencedor.—"Señor Malin- "che, exclamó, ya yo he hecho lo que estaba obligado en defensa "de mi ciudad y vasallos, y no puedo más; y pues vengo por "fuerza y preso ante tu persona, toma luego ese puñal que traes "en la cinta y mátame luego con él".—En aquel momento podía decir con mayor verdad que el rey francés, que todo lo había perdido menos la honra. Llevado al tormento para que descubriera sus tesoros, desplegó la estoica indiferencia de que los salvajes saben hacer alarde contra la saña de sus verdugos, y dejó a la posteridad las palabras que le arrancó el valor y no la tortura. Fue a morir muy lejos, en una tierra extraña, de una manera inmerecida e ignominiosa, en un rato en que el miedo hizo flaquear al conquistador. La nacionalidad azteca quedó sepultada en aquella ignorada tumba.

D. Hernando Cortés ha sido juzgado generalmente de una manera apasionada. Sus panegiristas han loado de una manera enfática sus prendas, mientras sus detractores no han encontrado palabras para abultar sus defectos. Aquellos y estos se han engañado, en mi concepto; el retrato del hombre tiene fuertes toques de luz y de sombra, y de haberlo visto sólo bajo una faz han procedido tan encontradas opiniones. Si se quiere obrar

con imparcialidad, dígase lo bueno y lo malo; D. Hernando rebajará un poco entonces, mas no por eso dejará de aparecer grande. Sáquesele a plaza su ingratitud con Diego Velazquez, su trato doble y falaz con las tribus, la perfidia cometida con Mocteuzoma; póngase a su cuenta la matanza inútil de Cholula, el asesinato del monarca azteca, su sed insaciable de oro y de placeres; no se olvide que ahogó a su primera esposa doña Catalina Juárez, que cometió una villanía al poner en el tormento a Cuauhtemoc, que perdió a su émulo Garay, que por conservar el mando se hizo sospechoso de la muerte de Luis Ponce y de Márcos de Aguilar; acúsesele aún de lo demás que comprobado conste en la historia; pero entonces hágasele descargo de que fue político sagaz y capitán valiente y entendido; que dió cima a uno de los hechos más asombrosos de los tiempos modernos; que acabada la guerra se dedicó a establecer una buena administración, e introdujo en la colonia semillas y plantas útiles, la cría de animales, y planteó algunos ramos desconocidos en México; que fueron de suma importancia sus empresas agrícolas y mineras; que contribuyó mucho al conocimiento de la geografía de América con sus viajes así por tierra como por mar, y que merece bien de la ciencia por las naos que armadas de su cuenta recorrieron las costas de nuestros mares. Si expropió una raza, si la desheredó y la redujo a la servidumbre, dió principio con mejores elementos a otra nueva raza, que al llegar a independerse se encontró dotada con lo que nunca había poseído la generación maltratada. Desapareció la nacionalidad azteca; pero nació la nacionalidad mexicana, del consorcio de aquella y de la nacionalidad española. Si borró del mundo una civilización, la sustituyó con otra más adelantada y perfecta. Sólo elogios puede merecer por haber contribuído a derrocar una religión tenebrosa y sangrienta, para poner en su lugar las santas doctrinas del Evangelio.

De en medio de tan encontrados elementos veremos que la figura sombría y noble de D. Hernando se alza muchos codos sobre la estatura comun de la humanidad.

III.

A fin de comprender la superioridad que los invasores tenían sobre los indígenas en materia de armas ofensivas y defensivas, vamos a ocuparnos en nombrar algunas de las que a nuestro país trajeron.

Panoplia, voz compuesta de las griegas *pan,* todo, y *oplia,* armas, o como si dijéramos, conjunto de armas, significa hoy la armadura completa. Servía para las justas y los combates, se usaba únicamente por los ginetes, y el caballero que la vestía estaba de punta en blanco.

La armadura cubría completamente el cuerpo de cabeza a pies, y cada parte o pieza llevaba un nombre diverso.

El yelmo defendía la cabeza, el rostro y el cuello; era de acero, y constaba de diferentes partes, unidas por muelles y goznes. La parte superior que tomaba la forma redondeada de la cabeza, era el casco o morrión; sobre él se alzaba la cimera, que tenía diversas formas y figuras, y que sustentaba de común algún adorno. Este se decía airon, garzota o penacho, y se componía de grandes plumas de aves, puestas en la parte posterior del morrión, y fijas en la pieza dicha cogotera, razón por la cual se llamaba cogote al adorno. Algunas veces se cubría el casco con una pieza de tela que descendía en girones por detrás, a la cual se llamaba lambrequin.

El baberol cubría las quijadas, la boca y la barba; babera era la parte del baberol que defendía la boca, aunque en ocasiones se tomaba por el mismo baberol. El barbote era una especie de baberol trunco, supuesto que sólo ocultaba la barba, dejando al descubierto la boca. Al conjunto de las piezas que cubrían la parte inferior de la cara, se le nombraba guardapapo.

Servía para defensa del rostro, de los ojos a la nariz, la visera, pieza movediza que a voluntad podía subirse a la frente o bajarse a su lugar; para que en esta segunda posición dejara libre la vista, la visera estaba provista de varias ranuras o aberturas, que por la figura que presentaban tomaban el nom-

bre de rejilla o grilleta. Además de servir para la vista, la grilleta proporcionaba al caballero una libre respiración. Visal es lo mismo que visera. Si la visera tenía aberturas para los ojos, señalada la nariz y con agujeros por donde respirar, tomaba el nombre particular de máscara: la visera se conocía también por la máscara del yelmo.

El gorjal rodeaba el cuello a manera de un corbatín; esta pieza, que se asentaba sobre el peto y el espaldar, y aun a veces estaba fija en ellos, servía para completar el yelmo y para sostener este sobre la cota, a fin de que el peso no abrumara la cabeza: también se llamaba gola. Gorguera era la caída o parte inferior de la gola que caía sobre el cuello del peto, y la gorjerina, especie de gorjal, hecha comunmente de mallas.

La cota y la coraza defendían el tronco del cuerpo; se usaron primero de correas anudadas unas con otras, después de cuero o baqueta fuerte, de mallas de hierro o alambre grueso, y por último, de acero: era común la costumbre de forrarlas por de fuera de brocado y otras telas exquisitas. La coraza entera se componía de dos piezas; el peto, que defendía el pecho, y el espaldar, que cubría la espalda: el peto o el espaldar solos se decían una media cota o coraza. El peto y el espaldar eran de una sola pieza cada uno, y ambos se ajustaban sobre el cuerpo, uniéndose en los costados y sobre los hombros y dejando en la parte correspondiente una salida para los brazos. A fin de que estos pudieran moverse y jugar, tenía un recorte con el nombre de escotadura.

Braceral o guardabrazo es la armadura completa del brazo, compuesta de brafonera, codal y brazal: se llamaba también bracil. La brafonera o brahonera cubría la parte superior del brazo, desde el hombro hasta el codo; el brazal, brazalete o avambrazo bajaba desde el codo a la muñeca de la mano; ambas estaban unidas por un gozne sobre la sangradera, y como dejaban descubierto el codo al doblarse el brazo, para llenar aquel vacío se usaba el codal, pieza cóncava y movediza a fin de

que cumpliera bien su oficio. La parte inferior de la brafonera, donde se fijaba el codal, se llamaba codalera.

Las hombreras defendían los hombros en la parte donde se unían la cota y el braceral, y las sobaqueras cubrían la unión de las hombreras para defender el sobaco; eran de ante o de paño fuerte.

La defensa de la mano eran, el guante, de la misma forma de aquella, y de ante o de paño muy gordo; el guantelete, guante de ante fuerte, guarnecido de escamas de hierro por la parte exterior; la manopla, especie de guante guarnecido de escamas o planchas de hierro, y con remates de lo mismo hacia la entrada o parte superior.

Jubón en el traje mujeril significa corpiño; en el de los soldados era una vestidura que cubría desde los hombros hasta la cintura, y se llevaba ajustado al cuerpo: el jubón ojeteado era de malla de acero muy menuda, puesta sobre ante o paño grosero. El farseto, de la palabra latina *farcio,* era una ropa interior que se ponía debajo de la coraza, a fin de que las piezas de hierro no hiciesen daño al cuerpo: era una especie de jubón colchado o relleno de algodón, que cubría el cuerpo y los brazos. El coleto tenía el mismo destino que el farseto, defender las carnes contra la armadura, y se ponía debajo de ella; pero de común era de ante, y además de resguardar los brazos y el tronco, caía por debajo de la coraza hasta cerca de las rodillas: la parte a manera de faldas que quedaba por fuera, o al descubierto, se llamaba faldar o brial. También se nombraba brial el faldón de tela que los hombres de armas se ponían de la cintura hasta las rodillas. Si el jubón sobre el cual descansaba la armadura era de paño fuerte, se nombraba velmez. Gambaje, y en algunas crónicas antiguas españolas gambaj, era, como el farseto, un jubón colchado de lana o de algodón, para debajo de las armas.

La pieza de la armadura que defendía el vientre se conocía por ventrera o pancera. El mismo oficio tenía la escarcela, que caía de la cintura a los muslos; unas veces era de hierro

fuerte en figura de campana, y otras se componía de abundantes tiras de cuero, bien solas, bien revestidas de escamas de fierro. De la misma especie era el tonelete, suerte de brial que se amarraba a la cintura y bajaba hasta las rodillas. El guardarren defendía los vacíos e iba unido de común a la pancera.

En las piernas, los quijotes cubrían los muslos y hasta cerca de las rodillas; las grebas o grebones de las rodillas a la garganta del pie, diciéndose esquinela a la parte delantera porque comunmente formaba ángulo o esquina; la rodillera cubría la rodilla como el codal el codo, y finalmente, el evampié cubría el resto de los pies.

Guardarremo se decía en general a cualquiera de las piezas de la armadura de los brazos y de las piernas.

La armadura o el arnés de los caballos, llamado barda, era de vaqueta o de fierro, o de ambas cosas, y le cubría la cabeza, el cuello, las ancas, el pecho y aun parte de las piernas. No entraremos a nombrar las piezas de que se componía, porque en América no fue su uso muy común, sino sólo el de algunas, de que tal vez nos ocuparemos en adelante. El caballo cubierto con la barda se decía bardado o encubertado.

La silla del caballo y la manera de cabalgar sobre él recibían diversos nombres. La silla gineta, semejante a la que hoy se usa entre nosotros, se diferenciaba de ella en tener los arzones más altos y menos distantes, con los estribos cortos; los frenos eran recogidos. Montaba a la gineta la caballería ligera, y el caballero iba encogido, no pasando las piernas de la barriga del caballo, a la usanza morisca: esto se conocía por montar a la gineta. La silla brida tenía menos altos los borrenes, los estribos largos, y anchas las camas del freno; montaba a la brida la caballería pesada, y el ginete parecía quedar de pie: el caballo ensillado y enfrenado a la brida se llamaba bridon. La silla media entre la gineta y la brida, y al modo de andar en ella, se decía a la bastarda. La silla estradiota tenía borrenes en que encajaban los muslos, los estribos largos, y anchas las camas de los frenos; el ginete cabalgaba con las piernas

extendidas: el soldado que montaba a la estradiota se llamaba estradiote.

Conocida parte de las armas defensivas, pasaremos a las ofensivas. El caballero iba comunmente armado de espada, puñal y lanza, no haciendo memoria de que entre nosotros se usaran el hacha y la maza de armas, el mangual o azote de guerra, y otras semejantes. Todos saben lo relativo a la espada y a la daga, por lo que sólo diremos algunas palabras acerca de la lanza. La lanza gineta era corta, con el hierro dorado algunas veces, y una borla por guarnición; la lanza estradiota se distinguía en que era muy larga. El cañón que forma la extremidad inferior del hierro de la lanza y sirve para fijarlo en el asta, se llama cubo; solía tener dos tiras de hierro hacia abajo, que eran las orejas, y cada uno de los clavos con que el mismo fierro se aseguraba en el asta, se nombraba abismal. La lanza llevaba a veces la arandela, pieza fuerte de metal en forma de embudo, que se ponía cerca de donde empuñaba el asta el caballero, para resguardo de su mano. El ristre era una piececilla de fierro que el hombre de armas se colocaba sobre el peto, en la parte derecha, para asegurar la lanza al ir a acometer con ella; enristrar la lanza era ponerla en el ristre.

Tendremos completamente armado y montado a un caballero, si embrazado en el brazo izquierdo le ponemos el escudo, destinado a los hombres de armas o pesadamente armados; era de figura redonda, de hierro, o guarnecido de hierro, con asas interiores para sujetarlo con brazo y mano; el pico saliente de hierro, que tenía en el centro por la parte exterior, era el pezón o umbon. La caballería ligera usaba de la adarga, de forma oval, de cuero muy duro, y con dos asas por el interior para embrazarla; la adarga forrada de cuero de vaca, se decía bacarí.

"En las actas del capítulo que celebró la Orden de Calatrava en Madrid el año de 1552, se acordó que la Orden mantuviese trescientas lanzas, y que las armas fuesen *celada borgoñona, gola, coraza con su ristre y escarcelas largas, brazales, guardabrazos y guanteletes, y lanza de armas con hierro de punta de*

diamante". (Clemencin en sus comentarios al Quijote, tom. I, pág. 15). Esto nos indica las piezas de la armadura que vestían aun los soldados en aquella época, y de ellas no hemos nombrado aún la celada. El mismo Clemencin asegura que:—"*Almete* es diminutivo de yelmo, y uno y otro venían a ser lo mismo que *celada,* la cual si era de *encaje* o completa, entraba en la *babera* o parte inferior, que cubría la boca y la barba, y descansaba en los hombros".—La celada iba comunmente con visera; si dejaba la cara descubierta, por no tener la visera, se le decía *celada borgoñona.* Se usaba también llamarla borgoñota.

Los soldados de a pie no estaban tan pesadamente armados: la armadura común para ellos se nombraba coselete, compuesto de peto, espaldar, gola, escarcela, brazaletes y celada. Llevaba igualmente el nombre de coselete el soldado que servía en las compañías de arcabuceros y tenía por arma ofensiva una alabarda.

Para defensa de la cabeza existía todavía otra porción de objetos, de los cuales nombraremos el almofar, pieza de hierro sobre la cual se ponía el capillo de hierro; el capacete, que sólo defendía la parte superior de la cabeza; el barrete, con el mismo oficio del anterior; el capillo, especie de capacete; la capellina, el casco, el gocete, etc.

Para cubrir el cuerpo había la jaca, especie de cota de malla, llamada también camisa de malla; la jacerina, cota de malla muy fina; la coracina, o coraza chica; el perpunte, especie de jubón colchado con algodón o lana y pespuntado, semejante a los jubones ojeteados; el camisote, especie de camisa de ante acolchado o de malla de hierro, cuyas mangas llegaban hasta la muñeca de la mano; el plaquin—"especie de cota de armas, de malla o de ante, compuesta de cuerpo y de mangas anchas y redondas, y parecida a nuestras dalmáticas. Diferenciábase de la cota de armas común en ser más larga, y de la tinicla en ser más estrecha por la cintura".—La loriga, hecha de láminas pequeñas de acero, que caen unas sobre otras a modo de escamas, etc.

Las rodelas y los broqueles pertenecían a la infantería. Las primeras eran circulares, y ambas se fabricaban de hierro o de maderas fuertes, guarnecidas de hierro, teniendo por el lado posterior una sola asa. El broquel, además, tenía una cubierta de ante, encerado o baldés, y una cazoleta de hierro hueca a fin de que la mano pudiera empuñar el asa o manija. El pavés, de figura oblonga, cubría casi todo el cuerpo de quien lo llevaba.

Réstanos decir algunas palabras acerca de dos de las principales armas ofensivas de aquella época, la ballesta y el arcabuz.

Había varias especies de ballestas. La ballesta común, que servía generalmente a los soldados de a pie dichos ballesteros; la ballestilla o ballestín, muy ligera y portátil; el ballestón o ballesta mural o de muralla, que sólo se podía manejar apoyándola sobre el muro; la ballesta de bodoques, etc. La ballesta era —"arma para disparar flechas o saetas. Usase también para "disparar bodoques. Es un palo de cuatro a cinco palmos de "largo, y en el remate un arco flexible de acero, en el que atra-"viesa de punta a punta una cuerda, fuerte, que traída violen-"tamente a un disparador que está en medio del palo, despide "con gran fuerza, al dispararse, la flecha o el bodoque".

Ahora bien: el palo sobre que estaba armada la ballesta de mano se llamaba también tablero, cureña, fuste, y tenía una guarnición de hierro nombrada quijeras; llevaba dos piezas de hierro, nombrada cada una fiel, de las cuales la una estaba embutida en el tablero y quijeras, y la otra fuera de ellas, lo bastante para que rodaran sobre ellas las navajas de la gafa cuando se armaba la ballesta. El disparador o nuez en que se armaba la cuerda era un hueso labrado de la parte del nacimiento de los cuernos del venado, que por fuerte y duro era preferido para ello. La parte del tablero de la nuez abajo era la rabera; en la cabeza del mismo tablero iba una sortija o argolla de hierro con el nombre de estribo. El instrumento con que se tiraba de la cuerda para armarla en la nuez era el armatoste o la gafa; y las navajas de la gafa, los hierros de ésta que hacían fuer-

za sobre los fieles del tablero: así, engafar era tirar de la cuerda; con la gafa para montarla en la nuez. Empulgueras eran los agujeros de los extremos del arco donde se fijaba la cuerda; desempulgar, quitar la cuerda de las empulgueras.

La ballesta de bodoques o trabuquete servía para disparar bodoques. Estos eran unas pelotas de barro, hechas en un molde y endurecidas al aire. El molde se llamaba bodoquera, y turquesa porque la inventaron los turcos. Decíase también bodoquera a—"una especie de escalerita de cuerda de vihuela que "se forma en medio de la cuerda de la ballesta; la cual cuando "se arma abraza el bodoque, que se pone encima como en una "caja, y le tiene sujeto para que no se caiga ni tuerza".

La saeta o virote que se disparaba con la ballesta, así como todas las de su especie, se componía de una vara o astil; uno de los extremos estaba armado con el hierro o casquillo, y el extremo opuesto tenía amarradas o fijas de otra manera unas tiras pequeñas de cartón o de pergamino o de plumas, que se conocían con los nombres de aleta oreja o voladera.

La aljaba era una caja ancha por arriba y angosta por abajo, que servía para llevar las flechas; el interior estaba formado de nichos o huecos, cada uno de los cuales se llamaba cachucho, y contenía una flecha. El carcax se diferenciaba de la aljaba en que el interior no tenía divisiones y las flechas iban sueltas. El carcax o aljaba en que se llevaban las saetas, se decía goldre. Linjavera se hace sinónimo de carcax y de aljaba.

El arcabuz era arma de fuego semejante a nuestros fusiles actuales; se diferenciaba en que el cañón era más largo, de mayor calibre, sin bayoneta, y se disparaba por medio de una cuerda encendida que estaba fija en el serpentín. La cazoleta no estaba cubierta con el rastrillo, sino con una pieza que se movía horizontalmente y servía para impedir que se derramara la pólvora puesta allí; el serpentín, semejante al martillo de nuestras actuales armas de percusión, estaba colocado después de la cazoleta, de modo que la curvatura quedaba vuelta a la cara del tirador: en el extremo superior del serpentín se colocaba

la mecha o cuerda encendida, y tirando del gatillo, la punta inflamada de la cuerda se acercaba a la ceba y le daba fuego. Tenía el arcabuz el defecto de ser muy pesado y por lo mismo poco manuable; para atender a este defecto, el arcabucero llevaba el forcon u horqueta, palo delgado y cilíndrico armado de un regatón en un extremo, por el cual se hincaba en la tierra, y un hierro en figura de media luna por el otro extremo, destinado a sostener el arcabuz en el acto de apuntar o encarar el arma.

IV.

El ejército que vino a la conquista de México se reclutó entre los vecinos de la isla de Cuba, de orden de Diego Velazquez, gobernador de aquella colonia. No entraremos en la enojosa tarea de confrontar las diversas cifras que los autores asignan a este ejército; siguiendo la autoridad de Bernal Díaz del Castillo, asentaremos que al pasar revista en Cozumel, isla en la mar de la costa oriental de Yucatán, aquél se componía de quinientos ocho soldados—"sin maestres y pilotos e marineros, que se-"rían ciento y nueve, y diez y seis caballos e yeguas, las yeguas "eran todas de juego y de carrera e once navíos grandes y peque-"ños, con uno que era como bergantín, que traía a cargo un "Ginés Nortes, y eran treinta y dos ballesteros y trece escopete-"ros, que así se llamaban en aquel tiempo, e tiros de bronce "(*diez, según se saca de otros lugares*), e cuatro falconetes, e "mucha pólvora e pelotas, y esto desta cuenta de los ballesteros "no se me acuerda bien, no hace al caso de la relación, etc.".

El número total de los invasores ascendía, pues, a unos 633 hombres, supuesto que los marineros fueron armados como soldados después de que se dió con las naves al través. Deben rebajarse, sin embargo, los hombres que partieron a España en el único buque que fue librado de la destrucción. El puñado restante vemos que tenía una organización semejante a la de nuestros ejércitos actuales, dividiéndose en caballería, artillería e infantería.

La caballería, aunque en tan pequeño número, fue la arma de mayor provecho en los primeros tiempos de la conquista y por muchos años después. Los ginetes, en lo general, estaban pesadamente armados; en las marchas servían de exploradores y formaban la descubierta, adelantados un gran trecho del cuerpo de los infantes; durante la batalla no acometían en un sólo pelotón, sino que la táctica adoptada en nuestro país prevenía que acometieran por pequeños grupos de dos o tres hombres, que tomaban la lanza por el tercio de la asta, la enristraban poniéndola a la altura del rostro de los enemigos, y en esta posición, poniendo el caballo al trote, se entraban por lo más apretado de los contrarios, sin dar botes ni lanzadas, pues el objeto principal no era herir, sino atropellar y desordenar. A fin de poner mayor pavor en los indígenas, y para reconocerse de noche, los caballos llevaban los pretales adornados con gruesos cascabeles de cobre.

Bernal Díaz conservó los nombres de los caballeros, y aun los colores de los caballos, en la forma siguiente:

"El capitán Cortés, un caballo castaño zaino, que luego se le murió en San Juan de Ulúa."

"Pedro de Albarado y Hernando López de Avila, una yegua castaña muy buena, de juego y de carrera; y de que llegamos a la Nueva España el Pedro de Albarado le compró la mitad de la yegua, e se la tomó por fuerza."

"Alonso Hernandez Puertocarrero, una yegua rucia de buena carrera, que le compró Cortés por las lazadas de oro."

"Juan Velazquez de León, otra yegua rucia muy poderosa, que llamábamos la Rabona, muy revuelta y de buena carrera."

"Cristóbal de Oli, un caballo castaño oscuro, harto bueno."

"Francisco de Montejo y Alonso de Avila, un caballo alazán tostado: no fue para cosa de guerra."

"Francisco de Morla, un caballo castaño oscuro, gran corredor y revuelto."

"Juan de Escalante, un caballo castaño claro, tresalbo; no fue bueno."

"Diego de Ordás, una yegua rucia, machorra, pasadera aunque corría poco."

"Gonzalo Domínguez, un muy extremado ginete, un caballo castaño oscuro muy bueno y grande corredor".

"Pedro González de Trujillo, un buen caballo castaño, perfecto castaño, que corría muy bien".

"Moron, vecino del Vaimo, un caballo overo, labrado de las manos y era bien revuelto."

"Vaena, vecino de la Trinidad, un caballo overo algo sobre morcillo: no salió bueno."

"Lares, el muy buen ginete, un caballo muy bueno, de color castaño algo claro y buen corredor."

"Ortiz el músico, y un Bartolomé García, que solía tener minas de oro, un muy buen caballo oscuro que decían el Arriero: este fue uno de los buenos caballos que pasamos en la armada."

"Juan Sedeño, vecino de la Habana, una yegua castaña, y esta yegua parió en el navío. Este Juan Sedeño pasó el más rico soldado que hubo en toda la armada, porque trujo un navío suyo, y la yegua y un negro, e cazabe e tocinos; porque en aquella sazón no se podía hallar caballos ni negros sino era a peso de oro, y a esta causa no pasaron mas caballos, porque no los había."

Hemos visto que consistía la artillería en diez bombardas o piezas de algún calibre, y cuatro falconetes, especie de culebrinas de dos y media libras de calibre. Las pelotas o balas eran de piedra, tomadas generalmente de las rodadas en los ríos y compuestas al intento. Los conquistadores no tenían otro modo de transportar la artillería, que tirada por los mismos soldados: tan luego como se concertaron con los totonacas, y después que penetraron al interior del país, se sirvieron de los indios para llevar los cañones, costumbre que prevaleció por mucho tiempo. El capitán de la artillería era Francisco de Orozco, soldado que había sido en Italia, y encuentro nombrados como artilleros a Arbenga, Bartolomé de Usagre, Mesa, Juán Catalán, etc.

La infantería estaba dividida en once compañías. Formaba

una separada la de los ballesteros, otra la de los arcabuceros o escopeteros, y las restantes eran de los soldados de espada y rodela. Cada individuo venía vestido con las armas defensivas que se había podido proporcionar, aunque en lo general, como las piezas de hierro eran muy escasas y caras, usaban de sayos acolchados de algodón, que les bajaban hasta cerca de las rodillas y se llamaban *escaupiles,* corrupción de la palabra mexicana *ichcahuepilli.* Cada compañía tenía su capitán y un alférez conducía la bandera. Bernal Díaz nos relata, que Cortés "mandó "hacer estandartes y banderas labradas de oro con las armas "reales y una cruz de cada parte, juntamente con las armas de "nuestro rey y señor, con un letrero en latín, que decía: Herma- "nos, sigamos la señal de la Santa Cruz con fé verdadera, que "con ella venceremos".

El ejército reconocía como general a D. Hernando Cortés, y Cristóbal de Olid fue nombrado maestre de campo, empleo que corresponde a lo que hoy llamamos coronel. La tropa en marcha llevaba de común una descubierta compuesta de caballería y de los peones más sueltos o ligeros: seguía luego el cuerpo principal, compuesto de la manguardia, en que iba regularmente la artillería; del centro, en que se colocaban los bagajes y la rezaga: el orden cambiaba según el rumbo por donde era esperado el peligro. Prescott dice que pasaron con el ejército unos doscientos indios de Cuba; Bernal Díaz expresa terminantemente que no pasaron más de cinco o seis, que servían para cargar la mochila de su amo; los demás soldados tuvieron que llevar a cuestas aquella bolsa de tela o de cuero en que conducían sus vestidos y su botin, hasta que ocuparon a los indígenas en cargarlas, poniendo a los tamemes siempre en el centro para que no fueran dañados, ni pudieran huir con la carga.

En la batalla, los rodeleros apoyaban a los ballesteros y a los arcabuceros; se mantenían unidos en las líneas sin dejarse separar por el empuje de los contrarios, y recibían el asalto a manteniente o a pie firme, hasta que convenía avanzar. Los que usaban las escopetas y las ballestas tenían orden de no des-

perdiciar las municiones, tirando a terrero, es decir, a un blanco determinado y no al conjunto de los enemigos. La manera de colocarse para el encuentro era la que el general disponía, según la táctica de la época; en América sabían los soldados ejecutar el caracol, evolución que consistía en dar frente a todos lados como en el cuadro moderno. La señal de acometer la daba el jefe prorrumpiendo en las palabras "Santiago, y a ellos"; o bien, "Santiago, cierra España"; a esto llaman en las crónicas dar el Santiago.

V.

Este pequeño ejército recibió algunos refuerzos, considerables los unos, insignificantes los otros por el número, aunque no por la oportunidad, de los cuales vamos a dar una ligera noticia.

I. Estando aún los castellanos en la recién fundada Veracruz, llegó de Cuba un navío, y por su capitán Francisco de Saucedo, por sobrenombre el Pulido, trayendo en su compañía a Luis Marín, que después fue capitán, y diez soldados: Saucedo traía un caballo y Marín una yegua. (Bernal Díaz, capítulo LIII.)

II. Pocos días después apareció sobre la costa un buque de los de Francisco de Garay, y era enviado por Alonso Alvarez de Pineda o Pinedo, capitán avecindado en Pánuco, con el fin de tomar posesión de la tierra: cuatro hombres desembarcaron al intento, que fueron el escribano Guillén de la Loa, y los testigos Andrés Núñez, carpintero de ribera, maestre Pedro el de la Arpa, y otro soldado. De los cuatro se apoderó Cortés, y además, de dos marineros que pudo sorprender, incorporando a los seis en el ejército. (Bernal Díaz, capítulo LX.)

III. Diego Velazquez, gobernador de Cuba, reunió nuevo ejército, que puso a las órdenes de Pánfilo de Narvaez, con el fin de apoderarse de Cortés. La armada se compuso de diez y nueve navíos, con unas veinte piezas de artillería y mil cuatro-

cientos soldados, contándose ochenta de a caballo, noventa ballesteros y sesenta escopeteros. (Bernal Díaz, capítulo CIX.) De todo ello se apoderó Cortés en Cempoallan, retornó a México con este mayor poder, y en gran parte lo perdió en la sangrienta derrota que los castellanos sufrieron la noche infausta a que apellidaron la Noche Triste.

IV. Careciendo de noticias de Narvaez, Diego Velazquez para adquirirlas envió un pequeño buque al mando de Pedro Barba, del cual se apoderó Pedro o Juan Caballero, puesto en la Veracruz por Cortés. Vinieron en la nave y tomaron partido por D. Hernando, el Pedro Barba, un Francisco López, que después fue vecino y regidor de Guatemala, y trece soldados: trajeron un caballo y una yegua. (Bernal Díaz, capítulo CXXXI.)

V. De la misma procedencia que el anterior y ocho días después, corrió la misma suerte otro navío llegado a la Veracruz, mandado por Rodrigo Morejón de Lobera, quien traía ocho soldados, seis ballestas, mucho hilo para cuerdas y una yegua. (Bernal Díaz, loco cit.)

VI. Estando en la guerra de Tepeyacac aportó a Veracruz un buque de los de la armada de Francisco de Garay, al mando de Camargo, con unos sesenta hombres flacos, amarillos y dolientes, que se internaron hasta reunirse al ejército de Cortés. Muchos murieron de sus enfermedades, y los soldados les dieron a todos el sobrenombre de *los panzaverdetes.* (Bernal Díaz, capítulo CXXXIII.)

VII. Destrozada en Pánuco la armada de Garay, los infelices restos que escaparon y los refuerzos que se les enviaban, vinieron unos en pos de otros a buscar refugio a la Veracruz y a engrosar las fuerzas de Cortés; así que, poco después que el anterior, llegó otro navío al mando de Miguel Díaz de Auz, con más de cincuenta soldados, con siete caballos, que también vinieron a ponerse a las órdenes del afortunado D. Hernando. Los soldados venían sanos, gordos y lucios, y a esta causa los aventureros de Cortés les pusieron *los de los lomos recios.* (Bernal Díaz, loco cit.)

VIII. A pocos días llegó la nave en que venía por capitán Ramírez el Viejo, "y traía sobre cuarenta soldados y diez ca-"ballos, y ballesteros y otras armas". "Y los que traía el viejo "Ramírez traían unas armas de algodón de tanto gordor, que "no las pasara ninguna flecha, y pesaban mucho, y pusímosles "por nombre los de las albardillas." (Bernal Díaz, ibid.)

IX. Acordado que el ejército se estacionaría en Tetzcoco, mientras se fabricaban los bergantines, "viene nueva y cartas, "que trujeron tres soldados, de cómo había venido a la Villa-"Rica un navío de Castilla y de las Islas de Canaria, de buen "porte, cargado de muchas ballestas y tres caballos, e muchas "mercaderías, escopetas, pólvora e hilo de ballestas, y otras ar-"mas: y venía por señor de la mercadería y navío un Juan de "Burgos y por maestre un Francisco Médel, y venían trece sol-"dados; y con aquella nueva nos alegramos en gran manera, y "si de antes que supiésemos del navío nos dábamos priesa en la "partida para Tezcuco, mucho más nos dimos entonces, porque "luego le envió Cortés a comprar todas las armas y pólvora y to-"do lo más que traía, y aun el mismo Juan de Búrgos, y el Me-"del, y todos los pasajeros que traía se vinieron luego para donde "estábamos; con los cuales recibimos contento, viendo tan buen "socorro y en tal tiempo." (Bernal Díaz, capítulo CXXXVI.)

X. Estando en la guerra de México, "digamos cómo en "aquella sazón vino un navío de Castilla, en el cual vino por "tesorero de su majestad un Julian de Alderete, vecino de Tor-"desillas, y vino un Orduña el viejo, vecino que fue de la Pue-"bla, que después de ganado México trajo cuatro o cinco hijas, "que casó muy honradamente; era natural de Tordesillas; y vi-"no un fraile de San Francisco que se decía fray Pedro Mel-"garejo de Urrea, natural de Sevilla, que trajo unas bulas de "señor San Pedro, y con ellas nos componían, si algo éramos "en cargo en las guerras en que andábamos; por manera que en "pocos meses el fraile fue rico y compuesto a Castilla; trajo "entonces por comisario y quien tenía cargo de las bulas a Ge-"rónimo López, que después fue secretario en México; vinieron

"un Antonio Carvajal, que ahora vive en México, ya muy viejo, "capitán que fue de un bergantín; y vino Gerónimo Ruiz de la "Mota, yerno que fue, después de ganado México, del Orduña, "que asimismo fue capitán de un bergantín, natural de Búrgos; "y vino un Briones, natural de Salamanca; a este Briones ahor- "caron en esta provincia de Guatemala por amotinador de "ejércitos, desde a cuatro años que se vino huyendo de lo de "Honduras; y vinieron otros muchos que ya no me acuerdo, y "también vino un Alonso Díaz de la Reguera, vecino que fue de "Guatemala, que ahora vive en Valladolid, y trajeron en este "navío muchas armas y pólvora, etc." (Bernal Díaz, capítulo CXLIII.)

Otras partidas llegaron de menor cuantía, acerca de las cuales no encuentro muy puntuales noticias y que dejo de mencionar. Así, la fortuna y los mismos enemigos de Cortés tuvieron cuidado de proporcionarle recursos, de reparar y aumentar su poder, ya que el atrevido general apenas tenía tiempo para combatir a sus contrarios.

VI.

Tiempo hace me propuse formar una lista general de los nombres de los conquistadores castellanos de México. Esta labor parecerá a muchos inútil y aun mentirosa. Acerca de lo primero no entro en disputa, y dejo a cada quien que opine a su gusto; por lo que respecta al segundo punto, diré cuáles son los materiales de que me he servido, y de su relato se podrá inferir si se pueden o no saber con toda certidumbre los nombres y apellidos de muchos de los aventureros españoles.

Nació en mí la primera idea al leer el capítulo CCV de la—*Verdadera historia de los sucesos de la conquista de la Nueva España, por el capitán Bernal Díaz del Castillo, uno de sus conquistadores,* —intitulado:— *"De los valerosos capitanes y fuertes soldados que pasamos dende la isla de Cuba con el venturoso y muy animoso capitán don Hernando Cortés, que des-*

pués de ganado Méjico fué marqués del Valle y tuvo otros ditados.”

El material que de aquí saqué, aumentado con el que la lectura del libro me proporcionó, lo puse por orden alfabético de apellidos, ya porque así era más fácil registrar la lista cuando se quisiera encontrar una persona determinada, ya porque muchas veces se encuentra citado únicamente el apellido sin el nombre de bautismo. En adelante tuve cuidado de apuntar cuanto relativo a este asunto hallaba en los libros que merecieran la misma fe que el de Bernal Díaz, y de esta manera leí a Herrera, Torquemada, Gomara, Oviedo, las residencias tomadas a D. Hernando Cortés y a D. Pedro de Alvarado, los primeros libros del cabildo de esta capital, algunos documentos del Archivo general, etc., etc.

Debo confesar mi ignorancia: no sabía que se hubiera emprendido antes un trabajo análogo. Salí de mi error, y no mortificó poco mi vanidad, al encontrar que el señor don José Fernando Ramírez poseía una copia de la nómina manuscrita de los conquistadores, que existe en el Museo Nacional y perteneció al señor Panes. No lleva el nombre del autor, y yo sospecho que es la escrita por Bartolomé de Góngora en 1632, bajo el título de *Octava maravilla*: noticia es ésta de que también me enteré muy tarde.

Después supe igualmente que el señor don Joaquín García Icazbalceta tenía un fragmento de otra lista, copiado del que le franqueó el licenciado don Agustín Díaz, escrito en caracteres del siglo pasado, y trunco, supuesto que no contiene más de hasta el primer nombre de la D. Este fragmento lleva el título: “Nombres de los capitanes, soldados y esforzados varones que “concurrieron a la conquista y población de este imperio de Nue-“va España, sacados de las historias de Gomara, Herrera, Tor-“quemada, diversos escritores coetáneos y de varias memo-“rias, reales, cédulas y probanzas de algunos para la solicitud de “privilegios, por Bartolomé de Góngora, que escribió en 1632 la “suya titulada:—*Octava maravilla.”*—Del contexto de este pá-

rrafo, confuso en el final a mi entender, se puede creer que el trabajo es copia del fragmento de Góngora, o bien que es otro diverso en el que se aprovechó el susodicho de 1632.

Sea como fuere, las dos listas mencionadas no son iguales, distinguiéndose en la calificación y en las noticias relativas a algunas personas, en el número que contienen de conquistadores, y aun en los nombres aplicados a algunos individuos: ambas están formadas por orden alfabético de nombres. El hallazgo de estos papeles me fue de sumo provecho; tomando de ellos lo no poco que me faltaba, comparando y rectificando lo que tenía acopiado, dándole al conjunto la misma forma, logré al cabo formar una lista mucho más correcta, y más copiosa sin disputa, que las dos que la habían precedido, quedando convencido además de que habían bebido en buenas fuentes y debía darse entero crédito a los autores de aquellas noticias. El resultado obtenido en este nuevo estudio, vió la luz pública en el Diccionario Universal de Historia y de Geografía, tomo 2°., bajo el título de *Conquistadores de la Nueva España,* incluyendo también varios nombres de los conquistadores de Yucatán.

Esto pasaba el año 1853; en 1858 publicó el señor don Joaquín García Icazbalceta el segundo volumen de sus muy interesantes "Documentos para la Historia de México", y en él se registra de la página 427 a la 436, la—*Carta del ejército de Cortés al emperador.*—Acerca de la autenticidad de este documento, puede consultarse el libro que acabo de mencionar; lo que me importa indicar ahora es que la carta, escrita en 1520 cuando se hacía la guerra llamada de Tepeaca, antes de venir a poner cerco a la Ciudad de México, está firmada por quinientas treinta y siete personas, o más bien por quinientas veintitrés, si se suprimen catorce a que les falta el apellido. Este número era entonces el de la mayoría del ejército de Cortés, y hace la misma fé que si fuera lista de revista de una de nuestras tropas regladas.

Los conquistadores de Yucatán los tomé de la obra de Co-

golludo, quien a su vez los sacó de los libros de cabildo de Mérida y de Valladolid.

Además de todo lo nuevo que me encontré en la carta de 1520, añado ahora los conquistadores de Chiapas y de Guatemala mencionados en la crónica de Remesal, quien igualmente los copió de los libros capitulares de aquellas provincias.

Todo ello reunido forma ahora mi lista de conquistadores. Los documentos en que se apoya son auténticos, y la crítica más descontentadiza no podrá menos de admitir estos nombres y apellidos, como los que en realidad llevaron cuando vivos los aventureros a quienes respectivamente corresponden.

He dividido la nómina en siete fracciones. Puse en la primera a los soldados que vinieron a las órdenes de Cortés en 1519. Sube su número a seiscientos siete, y si se les unen los que firmaron la carta, procedentes de la misma época, el conjunto es superior a la totalidad del primer ejército invasor. Esto dimana de que los soldados querían tener la honra de ser los primeros conquistadores; siendo notorio que habían asistido a la conquista, siempre que podían contar con que no se les haría oposición, la mayor parte de los aventureros que vinieron con Narvaez, y de los que llegaron en los refuerzos sucesivos, prefirieron llamarse del ejército primitivo de Cortés, negando a sus verdaderos capitanes. De aquí que aparezcan tantos hombres de D. Hernando, y tan pocos respectivamente de Narvaez y de las demás partidas.

Forman la segunda fracción los soldados de Narvaez, con un total de 387 nombres: hay que unir los que firmaron la carta de 1520; más todos reunidos apenas dan una pequeña parte de este segundo ejército.

En la sección *refuerzos,* tercera del orden por mi adoptado, se registran 147 nombres, entre los cuales van colocados siete nombres que he olvidado o no he podido poner en lugar determinado.

He dicho antes que la tan repetida carta de Tepeaca la fir-

maron 523 soldados; estos forman la cuarta sección, y puse al lado de cada uno la inicial que indica el nombre del capitán con quien respectivamente vinieron.

Las tres restantes secciones están dedicadas a los conquistadores de Yucatán, de Chiapas y de Guatemala. Evidentemente que nos pertenecen las dos primeras provincias, y por esa razón tienen cabida en lo que atañe a México: mas como no militan los mismos fundamentos en favor de Guatemala, se extrañará que la coloque en este lugar: la pongo, porque la expedición que sometió a aquel país salió de México, formada de los aventureros que sojuzgaron nuestra tierra y al mando de uno de los capitanes de más nombradía, don Pedro de Alvarado; además esas mismas tropas sometieron la parte austral del imperio mexicano, llevando sus armas victoriosas hasta más allá de las fronteras. Apunto para Yucatán 167 nombres, 134 de Chiapas, y 364 de Guatemala.

La lista enumera, pues, dos mil trescientos veintinueve nombres. La doy por lo que valga, y sólo quiero hacer notar que he pasado como si fuera sobre ascuas sobre todos los puntos anteriores, de miedo de salir con un prólogo desemejado para una tan pequeña labor.

I.

Conquistadores que vinieron con Cortés.

Abrego Gonzalo.

Acevedo Francisco.

Acevedo Luis.

Aguilar, Alonso de, dueño de la venta de Aguilar entre Veracruz y Puebla; se hizo rico, y en seguida profesó religioso domínico.

Alamilla, vecino de Pánuco.

Alaminos, Anton de, piloto, descubridor de las costas occidentales de Yucatán.

Alaminos, Anton de, piloto e hijo del anterior.
Alaminos Gonzalo, paje de Cortés.
Alamos Gerónimo.
Albaida, Anton de.
Alberza; le mataron los indios.
Alburquerque Domingo.
Alcántara Pedro. *¿Juan?*
Aldama Juan, de Carmona.
Almonte Pedro.
Almodovar Alvaro.
Almodovar Alonso, hijo de Juan el Viejo.
Almodovar, hermano de Alvaro, y ambos sobrinos de Juan el Viejo; uno de ellos murió a manos de los indios.
Alonso Alvaro, de Jeréz.
Alonso Luis o Juan Luis, tenía por sobrenombre el Niño, por ser muy alto de cuerpo; le mataron los indios.
Alonso Martín, de Sevilla.
Alonso Martín, de Jeréz de la Frontera.
Alonso Luis, maestre ginete y diestro en la espada.
Alpedrino Martín de, portugués, ya anciano.
Altamirano Diego, murió religioso franciscano.
Altamirano Francisco, deudo de Cortés.
Alvarado Juan, hermano bastardo de los cuatro de su apellido, Pedro, Gómez, Gonzalo y Jorge; murió en la mar yendo a comprar caballos a Cuba.
Avarado Pablo.
Alvarado Hernando.
Alvarez Chico, Juan; le mataron los indios en Colima.
Alvarez Melchor, de Teruel.
Alvarez Chico, Francisco, hermano del anterior, procurador mayor de la Villa Rica; murió en la isla de Santo Domingo.
Alvarez Rubazo Juan, portugués.
Alvarez Vivano, Juan.
Alvaro, marinero: en obra de tres años tuvo treinta hijos en

las indias; le mataron en Hibueras.
Amaya, vecino de Oaxaca.
Amaya Pedro.
Angulo; murió a manos de los indios.
Anton Martin, de Huelva.
Aparicio Martin, ballestero.
Aragon Juan, vecino de Guatemala.
Arbenga, levantisco, artillero.
Arbolanche, buen soldado; murió a manos de los indios.
Arévalo Luis.
Arguello; le cogieron vivo los indios que desbarataron a Escalante en 1519. *Vecino de Veracruz.*
Argueta Hernando de. *Vecino y Corregidor de Puebla.*
Arnega, artillero. *¿Arvega o Arbenga?*
Arroyuelo, ballestero; murió a manos de los indios.
Astorga, anciano, vecino de Oaxaca.
Asturiano Francisco.
Avila Alonso, capitán, el primer contador puesto por Cortés en la Nueva España; fue por procurador a la Española.
Avila Sancho; murió a manos de los indios.
Avila Luis, paje de Cortés; pobló en Michoacán.
Baldivia; le mataron los indios en 1519.
Baldovinos Cristóbal; le mataron los indios.
Balnor; murió a manos de los indios.
Barrientos Alonso, buen soldado.
Barrientos Hernando, el de las granjerías.
Barrios, Andrés de, buen ginete, señor de la mitad de Metztitlán.
Barro Juan, primer marido de doña Leonor de Soliz, ballestero.
Bartolomé Martin, de Palos.
Bautista, criado de Jorge de Alvarado.
Bautista de la Purificación.
Benavidez Nicolás.

Benítez Juan, maestro de aderezar ballestas.
Berganciano Juan.
Berrio Pedro.
Benito, escopetero.
Blasco Pedro, de quien fue la casa de Juan Velazquez de León, donde se edificó el convento de Santo Domingo, y es la antigua Inquisición y hoy la Escuela de Medicina.
Bonal Francisco. *Vecino de Veracruz y luego de Puebla*
Botello Blas, el Nigromántico; murió en la Noche Triste.
Brica Juan, sastre.
Briones Gonzalo, buen ginete.
Bueno Tomás.
Burgos Rodrigo.
Burguillos Gaspar, paje de Cortés, rico; se metió a novicio y dejó el convento; volvió después y murió religioso franciscano.
Cáceres Delgado, Juan, señor de Maravatío.
Cáceres Manuel, pobló en Colima.
Caicedo Antonio, fue hombre rico.
Camacho, de Triana, piloto.
Camargo Toribio.
Cancino Pedro.
Canillas, atambor en Italia y en México; murió en poder de indios.
Cano Alonso.
Canto, Andrés del.
Carabaza, maestre de una nao.
Carmona Juan, de Casalta, hermano del soldado del mismo nombre.
Carrasco Gonzalo, compadre de Cortés. *Vecino de Puebla (con Narváez).*
Carrillo Juan.
Carrion, Rodrigo de.
Cartajena, Juan de.

Carvajal Turrencaos, Antonio, murió en la toma del templo de Tlatelolco.

Casas, Francisco de las, primo de Cortés. *Vino después de la conquista.*

Castellar, Pedro del.

Castellanos Pedro, vivió en Veracruz.

Castillo, Antonio del.

Castro Pedro.

Catalan Alonso, buen soldado; murió a manos de los indios.

Catalan Juan, artillero.

Cazanori Gutierre.

Cermeño Juan, piloto, hermano del soldado del mismo nombre; Cortés le mandó ahorcar en la Villa Rica el año 1519 porque se quería volver a Cuba. En algunas partes se le llama Diego.

Celos Bartolomé; se le encuentra también con el apellido de *Celi.*

Cervantes, el Loco, chocarrero y truhan de Diego Velázquez; murió a manos de los indios.

Cevallos, Alonso de.

Clemente, aserrador.

Cieza, tirador de barra; lo mataron los indios.

Cifuentes Francisco.

Cordero Anton.

Colmenero, Juan Esteban.

Coronado; murió a manos de los indios en Tepeaca, año 1520.

Correa Diego, marinero.

Correa Juan.

Coria, Bernardino de; descubrió a los que se querían volver a Cuba.

Coria, Diego de, vecino de México.

Cortés, D. Hernando, general del ejército, gobernador y capitán general de la Nueva España, marqués del Valle; murió en España.

Cortés de Zúñiga, Alonso.
Cortés Juan, esclavo negro de D. Hernando.
Cortés Juan, cocinero de D. Hernando; pudiera ser el mismo esclavo negro, aunque aparece como diverso.
Cortés Francisco, pariente de D. Hernando.
Cristóbal Gil.
Cubillas Juan.
Cuellar Bartolomé, el de la Huerta. *Véase B. Díaz, índice.*
Cuellar Francisco, vecino de México. *Véase B. Díaz, índice.*
Cuenca, Simón de, mayordomo de Cortés, regidor de la Vera-Cruz y en cuya casa estuvo preso Narvaez; matáronle los indios en Xicalanco con otros diez soldados.
Cuesta, Alonso de la.
Cuevas Juan, señor de Xiquilpan.
Cuvieta, Sebastián de.
Chacón Gonzalo, paje de Cortés y señor de Oxitlan.
Chávez, hombre de gran fuerza.
Chiclana, Anton de.
Dazco Francisco.
Delgado Alonso, buen escopetero.
Díaz Bartolomé.
Díaz de la Reguera, Alonso. *Con Alderete.*
Díaz Gaspar; fue rico, abandonó sus indios y se metió a ermitaño en los pinares de Huexotzinco, atrayendo a otros que allí se pusieron a pasar la misma vida.
Díaz Miguel, el Viejo.
Díaz Domingo.
Díaz de Sotomayor, Pedro, bachiller.
Díaz del Castillo, Bernal, el Galan, buen soldado y el historiador más sincero de la conquista.
Durán Alonso, algo viejo; ayudaba de sacristán y se metió a religioso mercenario.
Ecijoles Tomás, italiano, intérprete, y marido de Beatriz Hernández. *Véase Rijoles en B. Díaz.*

Ecija, Andrés de.
Enamorado Juan.
Enrique; murió sofocado por el calor de las armas.
Escalante Juan, capitán, primer alguacil mayor de la Villa Rica; murió a manos de los indios en la batalla de Almería, con otros siete soldados.
Escalante Pedro, rico y galanteador; fue buen religioso franciscano.
Escalona Juan, capitán; murió en el cerco de México.
Escacena Antonio, el Colérico.
Escobar, Alonso de, paje de Diego Velázquez; le mataron los indios.
Escobar, el Bachiller, médico, cirujano y boticario; murió loco.
Escobar Juan, buen soldado, murió ahorcado por haber hecho fuerza a una casada.
Escudero Pedro, fue ahorcado en la Villa Rica, de orden de Cortés, el año 1519, porque se quería volver a Cuba; también le llaman Diego.
Escudero Juan.
Espíndola, Juan de.
Espinosa, vizcaíno; murió en poder de los indios.
Espinosa, el de la Bendición.
Espinosa, natural de Espinosa de los Monteros, murió a manos de los indios.
Esquivel Alonso.
Estéban Martin, de Huelva.
Estéban Miguel.
Estrada Alonso, capitán.
Farfán Luis, le mataron los indios.
Fernández Juan, alférez de Francisco Verdugo.
Fernández Juan, descubridor de Michoacán.
Fernández Juan, el Fraile.
Florines.

Florines, hermanos; les mataron los indios.
Francisco, indio mexicano, intérprete.
Franco Pedro.
Fuenterrabia, Juanes de.
Galdin, piloto.
Galeote Antonio. *Vecino de Puebla.*
Galindo Juan, buen ginete, señor de Nextlalpan.
Galvez Melchor, vecino de Oaxaca.
Gallardo Antonio.
Gallego Pedro, le sacrificaron los indios.
Gallego Bartolomé.
Gallego Gonzalo, galafate.
Gallego Alvaro, vecino de México.
Gamez Alonso.
García Bartolomé, minero en Cuba; este y su compañero Ortiz pasaron el mejor caballo, que después compró Cortés.
García Holguín, D. Juan, capitán de uno de los bergantines; prendió al rey Cuauhtemoc.
García Estéban, marinero.
García Ginés.
García Juan, vivió en Veracruz.
García Juan, de Lepe.
García Julián.
García Luis.
García Casavi, Pedro.
Garnica Gaspar.
Garrido Pedro.
Ginovés Lorenzo, piloto, vecino de Oaxaca *y de Puebla.*
Godoi Diego, escribano.
Gómez Andrés, ballestero.
Gómez Alonso, de Trigueros.
Gómez Francisco, marinero.
Gómez de Herrera Juan.
Gómez de Guevara Juan.

González de Nájera, Francisco, padre de Pero o Pedro; murió en Guatemala.

González Diego, sacristán.

González Dávila, Gil, capitán, que mató a Cristóbal de Olid en Hibueras. *No vino con Cortés.*

González Hernando, fundador en Oaxaca.

González de León, Juan, marido de Francisca de Ordaz.

González Reales, Juan. *¿Villaseñor?*

González Juan, casado.

González Nuño.

González Pedro, de Trujillo.

Grado, Alonso de, tesorero del ejército y visitador general de indios, "y era hombre más para entender en negocios que guerra, y este, con importunaciones que tuvo con Cortés, le casó con doña Isabel, hija de Montezuma."

Granado, Alonso Martin.

Granado Francisco.

Griego Juan. *Vecino de Puebla.*

Grijalva Alonso.

Grijalva Francisco.

Guia Hernando.

Guia Juan, de Palencia.

Guillen Juan.

Guisado Alonso.

Gutiérrez Antonio, marinero.

Gutiérrez Francisco, murió a manos de los indios.

Gutiérrez Antonio, de Almodovar, señor de Mizquihuala.

Gutiérrez Diego, señor de Coscatlan.

Gutiérrez Diego, encomendero de Huatulco.

Gutiérrez Durán Juan.

Guzmán, Juan o Estéban, camarero de Cortés.

Guzmán Pedro, el ballestero, maestre de aderezar ballestas.

Guzmán Gabriel.

Heredia, el viejo, vizcaino.

Hermosilla Juan.
Hernández Santos, el Buen Viejo, ginete batidor, natural de Soria.
Hernández Puertocarrero Alonso, de la casa del conde de Palma, natural de Ecija, capitán, primer alcalde ordinario de la Villa Rica; fue a España como procurador de Cortés.
Hernández de Palo, Alonso, viejo.
Hernández Alonso, sobrino del anterior, ballestero; murió a manos de los indios.
Hernández, hermano del anterior.
Hernández Diego, aserrador, trabajó en la construcción de los bergantines.
Hernández Maya, Alonso.
Hernández Bartolomé, de la guardia de Cortés. *¿Vecino de Puebla?*
Hernández Pérez, Francisco.
Hernández Francisco, de la guardia de Cortés.
Hernández Francisco, escribano real, ante quien renunció Cortés el cargo de general que traía de Diego Velazquez.
Hernández de Herrera Garú, el Filósofo.
Hernández de Mozquera, Gonzalo.
Hernández Bejarano, Gonzalo; lo sacrificaron los indios en Tetzcoco.
Hernández de Alaniz, Gonzalo, soldado valiente.
Hernández Gonzalo, de Palos, señor de la mitad del pueblo Morisco; vivió en Puebla.
Hernández Montemayor, Gonzalo.
Hernández Tavira, Juan.
Hernández Pedro, de Estremadura; no tenía la barba.
Hernández Pedro, el Mozo.
Hernández de Córdoba, Rodrigo.
Hernández Santos, herrero.
Hernández de Córdoba, Cristóbal.

Hernan Martín, herrero, casado con Catalina Márquez, dicha la Bermuda. *Véase Martín Hernan.*

Hernando Martín, de Palos.

Hernando Alonso, herrero: según las noticias de Panes, "fue natural del condado de Niebla; quemáronle en México por judaizante en 1528; está su sambenito en esta catedral; fue marido de Beatriz Ordaz."

Herrera Alonso, capitán en los zapotecas; murió en el Marañón.

Herrera Pedro.

Hoyos, Gómez de, vecino de Colima.

Hoyos, Gonzalo de.

Huemes Miguel.

Hurones Gonzalo.

Hurtado Hernando.

Illan Diego, encomendero de Oulotepec.

Illan Luis.

Inhiesta, Juan de, ballestero.

Ircio Martin; vivió en Tepeaca.

Izquierdo; se avecindó en Guatemala.

Jaca, Alonso Martín.

Jaen, Cristóbal de.

Jaen Gonzalo.

Jaramillo Cristóbal, tío de Juan.

Jerez Cristóbal.

Jiménez Gonzalo; pobló en Oaxaca.

Jiménez Hernando, de Sevilla.

Juan Martín, de Villanueva.

Juan Martín; le mataron a pedradas los indios de Tlatelolco.

Juan, genovés.

Juan Aparicio.

Juárez Juan, cuñado de Cortés. *No vino con él.*

Julián Francisco.

Juliano Juan.

Láres, buen ginete, murió en la Noche Triste.

Láres, ballestero; murió en la Noche Triste.

Lariz Luis, de quien fue el famoso caballo de Cortés llamado el *Molinero.*

Lazo Pedro.

Lázaro, herrero.

Ledesma Francisco.

Lencero, sobrenombre de un soldado que fue dueño de la venta de *Lencero* (hoy el Encero) entre Veracruz y Puebla; se metió religioso mercenario.

León Alvaro, cetrero de Cortés.

Lerma, parece ser diverso del capitán Hernando; aburrido de Cortés se metió entre los indios y no se volvió a saber de él.

Lepuzcano Rodrigo, vecino de Colima.

Lezama Hernando, capitán.

Limpias Carvajal, Juan de, capitán de uno de los bergantines; ensordeció en la guerra de México.

López de Jimena, Gonzalo, murió a manos de los indios.

López de Jimena, Juan, alcalde mayor de la Vera-Cruz.

López Roman; perdió un ojo y murió en Oaxaca.

López de Avila, Hernan, tenedor de los bienes de difuntos; se fue rico a España.

López Alvaro, carpintero, vecino de Puebla.

López Gerónimo, vivió en Tetzcoco.

López Diego, ballestero. *Vecino de Puebla.*

López Morales, Francisco, de Sevilla.

López Sánchez.

López Alcántara, Pedro. *Vecino de Puebla.*

López Pedro, ballestero, diverso de otro del mismo nombre y ejercicio; murió en la Española.

López Bartolomé, vecino de la Villa Rica, *y de Puebla.*

López Cano, Rodrigo.

López Roman, alférez de Andrés de Tapia; pobló en Oaxaca. *Véase arriba.*

López Cristóbal.

López Iñigo.
Luco Alonso, de Peñaranda y Señor de Chiautla.
Lugo, Luis del, el Chismoso.
Luis Martín.
Llerena, García de.
Madrid, el Corcovado, buen soldado; murió en Colima o Zacatula.
Magallanes Juan, portugués, buen soldado y bien suelto peón; murió en el cerco de México.
Maldonado Alvaro, el Fiero.
Maldonado Manuel, el Bravo, señor de Jicotepec.
Maldonado Pedro, vivió en Veracruz. *B. Díaz, capítulo* 205.
Mallorquin Anton.
Mallorquín Gabriel.
Manusco Rodrigo, maestresala de Cortés.
Manzanilla Pedro, indio de Cuba y hermano de Juan; murió a manos de los indios.
Márquez Juan, capitán de los indios que iban contra Narvaez.
Márquez Juan, gallego.
Martín Juan, por sobrenombre Narices; murió a manos de los indios.
Martín el bachiller, que dijo en México la primera misa.
Martínez Hernando y
Martínez, su hermano, murieron a manos de los indios en la costa del Sur.
Martínez Villeras, Juan, fue a la conquista de los zapotecas.
Maya Antonio. *Véase Amaya en B. Díaz.*
Mazariegos, Diego de, conquistador de Chiapas. *No vino con Cortés.*
Medel Francisco.
Medina Francisco, capitán en una entrada, natural de Aracena; le mataron los indios en Xicalanco con otros quince soldados.
Medina Juan, repostero de Cortés.

Mejía Diego.
Mejía Gonzalo, tesorero.
Mejía Francisco, artillero mayor, señor de Iguala.
Melchorejo, indio de Yucatán que servía de intérprete y se huyó en Tabasco.
Montes de Alcántara, Juan.
Meneses Pedro, paje de Cortés. *Vecino de Puebla.*
Mérida, Antonio de.
Mesa, artillero; murió ahogado en un río.
Mesta, Alonso de la; murió en poder de indios.
Mezquita, Diego de la; vivió en Oaxaca.
Mezquita, Martín de la.
Miguel Estéban, camarero de Cortés.
Milla, Francisco.
Millán Juan.
Miranda Francisco.
Monjaraz Gregorio, hermano del capitán Andrés, ensordeció en la guerra de México; buen soldado.
Monjaráz Martín, tío del anterior.
Monjaráz Pedro, paje de Cortés.
Monroy Alonso, se mudó el apellido en Salamanca; le mataron los indios.
Montañés Pedro.
Monte, Hernando de.
Montejo, D. Francisco de, adelantado y conquistador de Yucatán; murió en Castilla.
Montero Francisco.
Monterroso Blas.
Montesinos Juan.
Montes, Pedro de.
Mora; murió en los peñoles de Guatemala.
Morales; anciano, cojo, alcalde ordinario de la Villa Rica.
Morales Cristóbal, de la compañía de Tapia. *Vecino de Puebla.*
Morante Cristóbal. *Vino con Narváez.*

Moreno Medrano, Pedro, vecino y alcalde ordinario de la Vera-Cruz; se pasó a vivir a Puebla.
Moreno Isidro.
Morillas; le mataron los indios.
Morla Francisco de, capitán, buen ginete; murió en la Noche Triste.
Morcillo Alvaro, vivió en Guatemala.
Morcillo Francisco, señor de Indaparapeo.
Moron Alonso, músico.
Moron Pedro. *¿Uno con el de arriba?*
Mosco Sebastián.
Motrico, Alonso de.
Motrico Diego, marinero.
Nájara Juan (diverso), el Sordo.
Nájara, el Corcovado, muy valiente; murió en Colima o en Zacatula.
Nao, Rodrigo de la.
Napolitano Luis, vivió en Tetzcoco.
Narváez Gonzalo.
Navarrete, vecino de Pánuco.
Niebla Hernando.
Niño Domingo.
Nortes Ginés, murió a manos de los indios de Yucatán.
Núñez de Mercado, Juan; cegó y se avecindó en Puebla: hay otros conquistadores del mismo nombre y apellido con quienes puede confundirse.
Núñez Mercado, Juan, paje de Cortés; fundó en Oaxaca.
Núñez Andrés, capitán de uno de los bergantines.
Núñez Sedeño, Juan, pobló en Oaxaca.
Ocampo Diego. *Vecino de Puebla.*
Ocaña Alonso.
Ocaña Francisco.
Ochoa, paje mozo de D. Hernando.
Olea Hernando, criado de Cortés.

Olea Cristóbal, esforzado; salvó la vida de Cortés en Xochimilco, saliendo mal herido; al salvarle por segunda vez en las calzadas de México, pereció en la demanda.

Olid, Cristóbal. Véase Cabildo Méx. I-138, 144; II-18, 205.

Oliver Antonio.

Olvera Diego.

Oña, Pedro de.

Orduña, Pedro de.

Orteguilla, anciano y padre de

Orteguilla, "paje que fue del gran Montezuma;" le mataron los indios.

Ortega Juan, paje de Cortés.

Ortíz, tocador de vihuela, y enseñaba a danzar.

Osorio, de Castilla la Vieja, buen soldado; murió en la Vera-Cruz.

Ovando Diego.

Paez, Francisco Bernal.

Palomares, Nicolás de.

Paníagua, Gómez de.

Paredes Bernardino.

Paz Pedro, primo de Cortés. *No vino con él.*

Paz, Rodrigo de, primo y mayordomo de Cortés. *No vino con él.*

Pedro Martín, de Coria.

Pedro Francisco.

Peinado Antonio.

Peña Pablo, por sobrenombre Peñita el pulido, encomendero de Tetela.

Peñaflor Alonso.

Peñalosa Diego.

Peñalosa Francisco, ballestero, señor de la mitad de Malinalco.

Peñate Alonso, Marinero.

Peñate, marinero, hermano del anterior.

Pérez Juan, capitán; quedó por Cortés en Tlaxcala. *¿Palencia?*

Pérez Maite, Alonso; le mataron los indios.

Pérez Pareja, Alonso.
Pérez Hernan.
Pérez de Arteaga, Juan, intérprete; los indios le decían Malinche. *Vecino de Puebla.*
Pérez Alonso, de Béjar.
Pérez Cardo, Francisco.
Pérez García.
Pérez de la Higuera, Juan. *¿Palencia?*
Pérez Martín, de Badajoz.
Peton de Toledo, Pedro.
Pinedo Cristóbal, criado de Diego Velázquez y buen soldado; huia de México para pasarse al campo de Narvaez, y los indios le mataron de orden de Cortés.
Pizarro Diego, pariente de Cortés, "capitán que fue en entradas;" murió a manos de los indios.
Pizarro Pablo, murió en la Noche Triste.
Plazuela, sobrenombre.
Polanco, natural de Avila y vecino de Guatemala.
Ponce Diego, le mataron los indios.
Porras Holguín, Diego de.
Portillo Juan, capitán de uno de los bergantines.
Portillo Carlos, soldado de la guardia de Cortés; murió religioso franciscano.
Portillo Francisco. *Vecino de Puebla.*
Prado Alonso.
Prado, Juan de.
Proaño, Diego Hernández de. *No vino con Cortés.*
Quemado Bartolomé.
Quesada Bernardino.
Quesada Rodrigo.
Quesada Cristóbal.
Quevedo Francisco.
Quintana Francisco.

Quintero Juan; se hizo rico con sus encomiendas de indios, y después se metió a religioso franciscano.
Rabanal, montañés; murió en poder de los indios.
Ramírez, el Viejo. *¿Vecino de Puebla?* (*carpintero*).
Ramírez Gregorio.
Ramos Martín.
Ramos de Lares, Martín.
Ramos López, Juan.
Rangino; matáronle los indios.
Rapalo Batista, vecino de Colima.
Redondela, Francisco de la.
Reguera, Alonso de la.
Reina; pobló en Colima.
Remo Juan, escopetero.
Retamales Pablo, murió a manos de los indios en Tabasco.
Reyes Diego.
Ribadeo, a quien decían por sobrenombre Beberreo, por ser borracho; le mataron los indios. *Cabildo Méx.* IV-296.
Rico Valiente, Juan.
Rico de Alanís, Juan (diverso).
Río Antonio.
Río, Juan del; se volvió a Castilla.
Río, Pedro del.
Rivas, Gregorio de.
Rivera, Juan Martín de.
Rodriguez Magarino, Francisco, capitán de uno de los bergantines.
Rodríguez Gonzalo, portugués, vecino de Puebla.
Rodríguez Alonso, minero en Cuba; le mataron en los Peñoles.
Rodríguez Alonso, casado.
Rodríguez Alonso, archero de Cortés.
Rodríguez Bejarano, Juan.
Rodríguez Hernando, de Palos.
Rodríguez Donaire, Juan.

Rojas Antonio. *Vecino de Puebla, véase B. Díaz.*
Rojas Andrés. *Vecino de Puebla, véase B. Díaz.*
Román Rodrigo.
Romano Pedro.
Romero Bartolomé.
Rosas Andrés, buen ginete del campo de Alvarado.
Ruano Juan, soldado valiente; murió en la Noche Triste.
Ruíz Alonso, de Badajoz.
Ruíz Marcos, de Sevilla.
Ruíz de Monjaraz, Pedro.
Ruíz Requena, Pedro; vivió en Zacatula.
Ruíz Cristóbal, ballestero.
Saavedra Pedro.
Saavedra Ceron, Andrés, primo de Cortés. (*era Alvaro*: *vino más tarde*).
Sagredo.
Saldaña; murió en Tabasco sin llegar a México.
Salazar Juan, paje de Cortés; murió en la Noche Triste.
Salcedo Francisco, el Pulido. *Véase Saucedo* (*repetido*).
Salinas García.
Salvatierra Francisco.
Salvatierra Pedro.
Sánchez Benito, ballestero.
Sánchez Estéban.
Sánchez García, de Fregenal.
Sánchez Gaspar.
Sánchez Colmenares, Gil.
Sánchez Gonzalo.
Sánchez Juan, de Güelva. *¿Vecino de Puebla?*
Sánchez Luis; pobló en Tetzcoco. *¿vecino de Puebla?*
Sánchez Farfán, Pedro, capitán.
Sandoval, Gonzalo de, valiente capitán y amigo de Cortés.
Santa Clara, vecino de la Habana; murió a manos de los indios.
Santiestéban Pedro, ballestero.

San Juan, el Entonado, por ser muy presuntuoso; murió en poder de indios.

San Juan, de Vichilla, gallego.

Santa Cruz, Burgales.

San Pedro, Diego.

Santa Cruz, Diego; gobernó el estado de Cortés en ausencia de éste.

San Lúcas, Gaspar de.

Santiago, Gregorio de, criado de Rangel.

San Sebastián, Juan de.

Saucedo Francisco, "natural de Medina de Rioseco, y porque era muy pulido le llamábamos el Galán;" murió en la Noche Triste.

Sedeño Juan.

Sedeño Juan; eran tres en el ejército.

Segura Rodrigo; vivió en Puebla, donde murió de 120 años.

Serna, Alonso de la; tenía una cuchillada en la cara.

Serrano de Cardona, Antonio, regidor de México.

Serrano Pedro, ballestero; le mataron los indios.

Sindos de Portillo, natural de Portillo; tuvo buenos indios en encomienda y en seguida se metió a religioso; en Durango dejó buena memoria bajo el nombre de Fr. Cintos. Se le dice Candos o Cindos.

Solís Diego, paje de Antonio de Quiñones; vivió en Guadalajara.

Solís Barraza, Pedro, señor de Oculma.

Sopuerta, Diego Sánchez de.

Sotelo Antonio, capitán de uno de los bergantines. (*¿El del trabuco?*)

Soto, Pedro de.

Suárez, Diego.

Suárez Lorenzo, portugués, por sobrenombre el Viejo: mató a su mujer y murió fraile.

Suegra, Juan de.

Taborda, Diego de. *¿Tobarda?*
Talavera, Alonso de; murió en poder de indios.
Tapia Andrés de, capitán de cuenta.
Tapia Pedro; murió tullido.
Tarifa Francisco. Tres Tarifas vinieron con Cortés, según Bernal Díaz; uno consta adelante y estos dos: de ellos uno fue vecino de Oaxaca; al otro llamaban *el de los Servicios,* y al último *el de las manos blancas,* porque no fue para la guerra.
Tarifa Hernando.
Tavira Bartolomé.
Téllez Francisco, el Tuerto, padre de la Pachuca.
Terrazas Francisco, mayordomo y capitán de la guardia de Cortés.
Tirado Juan, marido de Andrea Ramírez.
Tirado Juan; a su costa hizo edificar la ermita de los mártires, entre San Hipólito y San Diego.
Tirado, de la Puebla.
Tobar Martín.
Torre, Alonso de la.
Torre Juan.
Torres Diego, de la probanza de Garnica.
Torres de Córdoba, Juan, viejo y cojo; se quedó en Zempoala cuidando la imagen que allí pusieron los españoles.
Torres Juan, soldado viejo de Italia.
Torres Juan, de Almodovar.
Torrecicas, criado de Cortés; le mataron en la Noche Triste y perdió una yegua cargada de oro.
Tostado Miguel.
Tostado, hermano del anterior.
Toro, Juan de.
Trejo, Rafael de.
Trejo, Alonso Martín de, vecino de Colima.
Tuvilla Andrés, cojo, murió en la Noche Triste.
Umbría Gonzalo, piloto y buen soldado; Cortés le mandó cor-

tar los dedos de los pies en 1519, porque se quería volver a Cuba.
Utrera, Pedro de
Urbeta, Pedro de.
Usagre Bartolomé, artillero.
Valdovinos Cristóbal.
Vallejo, Pero de.
Vallecillo, capitán.
Valenciano Pedro; de cuero de tambor hizo naipes para el juego de los soldados, durante la primera entrada a México.
Vandada.
Vandada, hermanos y ya viejos; murieron en poder de indios.
Varela, buen soldado.
Varela Valladolid, Juan.
Vargas Hernando, paje de D. Luis de Velasco el primero.
Varillas, Fr. Juan de, religioso mercenario. *No vino con Cortés.*
Vázquez Alonso.
Vázquez Martín.
Vázquez Martín, repostero del tesorero Estrada. *¿El mismo?*
Veintemilla, Mateo de, vecino de Colima.
Velasco Melchor.
Velazquez de León, Juan, capitán; murió en la Noche Triste.
Velazquez, Alonso Martín, albañil.
Vello Juan, botiller de Cortés.
Vélez Juan.
Vendabal, Francisco Martín de; vivo le llevaron los indios a sacrificar.
Vera Miguel.
Vera Vasco.
Veraza Miguel.
Verdugo Francisco, capitán de uno de los bergantines. *No vino con Cortés.*
Villalobos Gregorio. *Vecino de Veracruz y Puebla; no pasó con Cortés, sino en* 1521.

Villacorta, Melchor.
Villadiego.
Villarreal, Antonio de, marido de Isabel de Ojeda; se mudó el nombre en Antonio Serrano de Cardona; fue regidor de México.
Villandrando.
Villanueva Bernardino.
Villanueva, Alonso Hernando; le mancó de una lanzada Alonso de Avila. *Vecino de Puebla.*
Villafuerte, casado con una parienta de la primera esposa de Cortés.
Villasinda Rodrigo; se metió religioso franciscano. *Véase Sindos.*
Xiuja Pedro.
Yañez Alonso, albañil.
Yañez Alonso, carpintero.
Zafra, Cristóbal Martín de. *¿Villaseñor?*
Zamora Alonso.
Zamorano Nicolás, señor de Ocuila.
Zavallos Francisco.
Zaragoza, anciano.
Zuazo, Alonso de. *No vino con Cortés.*

Mujeres.

Doña Marina, intérprete, llamada la Malintzin o Malinche.
Hernández Beatríz.
Vera, María de.
Hernández Elvira.
Hernández Beatriz, hija de la anterior.
Rodrigo Isabel.
Márquez Catarina.
Ordaz Beatriz.
Ordaz Francisca.

II.

Conquistadores que vinieron con Narvaez.

Abarca, Pedro de.
Acedo Bartolomé.
Agandes Diego.
Aguado, Juan Martín.
Aguilar de Campo, Juan.
Alanis Gonzalo, escribano.
Alfaro Elías, o Martín Soldado.
Alvarez Santaren, Juan.
Alva Lorenzo.
Anton Martín, el Tuerto.
Aparicio Martín, ballestero.
Aponte, Estéban de.
Arévalo Alonso.
Arévalo Melchor.
Arévalo Pedro.
Arriaga, Antonio de.
Armenta Pedro, aserrador.
Avalos Melchor.
Avilés, camarero de Narvaez.
Avilica.
Aznar Antonio. *Vecino de Puebla.*
Aztorga Bartolomé.
Ballesteros Rodrigo.
Bandoy Juan.
Barba Pedro, capitán de uno de los bergantines.
Bautista, genovés.
Becerril Santiago.
Benavidez Alonso.
Benítez Alonso.
Berlanga, Diego García de.

Berrio Francisco.
Berrio Pedro.
Bermudez Baltasar, casado con doña Iseo Velázquez de Cuéllar, sobrina de Diego Velázquez.
Bermúdez Agustín, alguacil mayor de Narváez.
Bernal Juan; pobló en Oaxaca. *Vecino de Puebla.*
Bonilla, Alonso de.
Borgoña, Estéban de.
Borja, Antonio de.
Briones Pedro, capitán de uno de los bergantines.
Briones Francisco.
Bustamante Luis.
Calero Diego; pobló en Michoacán.
Cano Juan, marido de doña Isabel Moctezuma, y progenitor de la casa de Cano-Moctezuma.
Cantillana Francisco.
Cantillana Hernando, por quien se dijo el refrán: *el diablo está en Cantillana.*
Cañamero Juan.
Cansono Diego; le mataron los indios en Oaxaca.
Cardonel Alonso.
Carrascosa Juan.
Carrillo Jorge; pobló en Tetzcoco.
Carrión, Hipólito de.
Castaño Juan.
Castillo Diego del.
Castillo Pedro. De estos Castillos a uno le decían por mote *el de los pensamientos,* y al otro *el de lo pensado.*
Cerezo Gonzalo, paje de Cortés.
Cisneros Juan, (a) Bigotes.
Cimancas Pedro, vecino de Colima.
Corbera Asencio.
Cordero Gregorio.
Collazos, Pedro de.

Coronel Juan.
Corral Juan.
Cuadros, Pedro de.
Cuadros Francisco.
Cuéllar Vélez, Juan.
Chavarrín Bartolomé, vecino de Colima.
Chavelas Francisco.
Chávez Hernando.
Dávila Rodrigo.
Díaz de Medina, Bernardino.
Díaz Peón, Diego.
Díaz de Alcalá, Diego.
Díaz Galafate, Francisco.
Díaz de Azpeitia, Juan.
Díaz de Peñalosa, Ruí.
Domingo, genovés.
Domínguez Arias, Francisco.
Duero, Andrés de.
Ebora, Sebastián de, mulato.
Escalona Francisco, el Mozo.
Escalona Pedro.
Escobar Pedro, marido de Beatríz Palacios.
Espinosa, Rodrigo de.
Estéban, genovés.
Evia, Rodrigo de, vecino de Colima.
Fernández Juan, vecino de Colima.
Fernández de Ocampo, Juan.
Flandes, Juan de.
Flores Francisco, señor de Iguala.
Fuente Hernando.
Fuentes, alférez de Narváez; murió en el combate de Cempoallan.
Fuentes Diego; pobló en Pánuco.
Galán Juan.
Galeote Gonzalo.

Gallego Alvaro, sastre.
Gallego Andrés.
Gallegos de Andrada Juan, casó con doña Isabel Moctezuma, y del matrimonio provienen los Andrada-Moctezuma.
Gallo Gómez.
Gamarra.
García Alonso, albañil.
García Diego.
García Domingo.
García Anton, pregonero.
García de Alburquerque, Domingo.
García de Beaz, Juan.
Garrido Diego, vecino de Colima.
Garrido Juan, negro, el primero que en México sembró y cogió trigo.
Garro Pedro, capitán.
Garzón Francisco.
Gerónimo Martín.
Ginés Martín.
Godoy Gabriel.
Goleste Antonio.
Goleste Alonso.
Gollorín Francisco.
Gómez Alonso; vivió en Teopantlan.
Gómez Pero, vecino de Colima.
Gómez de Jérez, Hernan, buen ginete.
Gómez de Almazán, Juan.
Gómez Juan, barbero.
Gómez Rodrigo.
González de Portugal, Alonso.
González Bartolomé, herrero.
González Ruí, regidor de México.
González de Heredia, Juan.
González de Trujillo, Pedro.
González Diego, poblador de Tasco.

González de Nájara, Hernando.
González Juan, de Cádiz.
Grande Francisco.
Guia Juan, de Piedrahita.
Guia Juan, negro de Narváez, que introdujo las viruelas en México.
Guerra Martín.
Guidela, negro truhan de Narváez.
Gutiérrez Alvaro, de Almodovar.
Gutiérrez de Salamanca, Hernan.
Gutiérrez Diego, señor de la mitad de Tequixquiac.
Gutiérrez Pedro, de Segovia.
Gutiérrez Francisco, herrero.
Gutiérrez Pedro, de Valdelomar.
Guzman Luis.
Hernández de Alanis, Gonzalo.
Hernández Pero.
Hernández Carretero, Alonso.
Hernández Blas.
Hernández Niño, Diego.
Hernández Balsa, Francisco.
Hernández Gonzalo, de Zamora.
Hernández Rendón, Gonzalo.
Hernández Gonzalo, de Fregenal.
Hernández Hermoso, Gonzalo.
Hernández Juan.
Hernández Martín, de Benalcazar.
Hernández Roldan, Pedro.
Hernández Pedro, sastre.
Hernández Cristóbal, alguacil.
Hernández Cristóbal, portugués.
Herrera Bartolomé.
Hurtado Alonso, espía de Narváez.
Irejo, Alonso Martín.
Jara Cristóbal, señor de la mitad de Axuluapa.

Jerez, Pedro de.
Jiménez Alonso, de Sevilla.
Jiménez de Herrera, Alonso.
Jiménez Francisco, escopetero. *Vecino de Puebla.*
Jiménez Juan; murió en la Noche Triste.
Jiménez Juan, de Trujillo.
Juan, vizcaino.
Juan, molinero.
Juan, paje.
Lara Juan.
Lázaro Martín.
Ledesma Juan.
León Juan, clérigo.
León, Andrés de.
León Diego.
León Gonzalo.
Lerma Lope.
Lezcano.
Limpias Carbajal, Juan.
Limón Juan.
Lobo de Sotomayor, Ruí, señor de Acanapécora en Michoacán.
López Alonso, poblador en Jalisco.
López Alonso, de Vaena.
López Andrés, de Sevilla.
López Anton, vecino de Colima.
López Francisco, de Luguerra.
López Garcí, clérigo.
López de Avila, Hernando, señor de Cuicatlan.
López Francisco; vivió en Guatemala.
López Juan, de Ronda.
López Pedro, de Palma.
Lorenzo, genovés. *Vecino de Puebla.*
Lozano Pedro.
Lozano Francisco.
Lozano Juan. *Vecino de Puebla.*

Loza, Pedro de.
Lozana, Pedro de.
Lugo, Alonso del.
Lugon, Pablo de, vecino de Colima.
Luis, genovés.
Madrid Francisco.
Maestre Juan, Br., ginete.
Maldonado, Francisco Pedro.
Marmolejo Antonio.
Márquez Juan, ballestero.
Marta, Pedro de.
Martín, sastre.
Martínez Valenciano.
Martínez Gallego, Juan.
Martínez Zebrian.
Mata, Alonso de, ballestero de Cortés y regidor de Puebla.
Mata Alonso, escribano de Narváez, quien notificó la venida de éste a Cortés, y por ello fue puesto preso.
Mayorga, Baltasar de.
Mazas Cristóbal.
Medel Hernando.
Medina Francisco.
Medina, Juan Tello de.
Mejía Aparicio.
Melgarejo Marcos, clérigo.
Méndez de Sotomayor, Hernando.
Méndez de Sotomayor, Juan, buen ballestero.
Miguel de Santiago.
Miguel, Francisco de, el Chismoso.
Mino Rodrigo, artillero.
Monge Martín, vecino de Colima.
Montalvo Alonso; vivió en Puebla.
Montero, Diego de.
Morcillo Andrés.
Morico Pedro.

Mora Jiménez, Juan.
Morales Cristóbal. *¿Vecino de Puebla?*
Morales Estéban.
Morales Juan.
Morales Miguel.
Najára Leiva, Juan.
Najára Moreno, Pedro, zapatero.
Navarro Felipe.
Nieto Gómez.
Niño de Escobar, Alonso, señor de Otumba un día, y al siguiente le ahorcó el factor Salazar.
Nortes Ginés.
Noburias Francisco.
Núñez Juan, vecino de Colima.
Núñez Trejo, Diego, de Sevilla.
Núñez de Guzmán, Diego.
Núñez de S. Miguel, Diego, vecino de Tepeaca.
Núñez Juan, de Sevilla.
Núñez de Cuesta, Juan.
Oblanco Gonzalo.
Ocampo Andrés.
Ocampo, Alvaro.
Ochoa de Verazu.
Ojeda Cristóbal.
Olmos Francisco, marido de Beatríz Bermudez de Velasco.
Ordaña Francisco.
Orozco Melgar, Juan.
Ortiz de Zúñiga, Alonso, capitán de ballesteros.
Ortiz Estéban.
Osorio Juan.
Ovalle Juan.
Ozma Hernando.
Padilla Hernando.
Palma, Miguel de la.
Pantoja Juan, capitán de ballesteros y señor de Ixtlahuaca.

Pardo Bartolomé.
Pardo Rodrigo.
Payo Lorenzo.
Papelero Anton.
Pedraza, Maese Diego.
Pedro Martín. *¿Vecino de Puebla?*
Pedro Pablo.
Peña Vallejo, Juan de la, señor de Teticpac y factor por 1529.
Peña, Francisco de la, aserrador.
Peñaranda Alonso. *Vecino de Puebla.*
Pérez Hernán.
Pérez Francisco, el Sordo.
Pérez Francisco, de Sevilla, sastre.
Pérez Hernando, piloto.
Pérez de Gama, Juan, señor de la mitad de Tacuba. *Vecino de Puebla?*
Pérez Juan, sastre.
Pérez Juan, intérprete.
Peral Pedro.
Pineda Diego .
Pinto Nuño.
Pinzón Juan.
Polanco Gaspar.
Porras Francisco.
Porras, Pedro Martín.
Portillo Salado, Juan.
Portillo, Pedro Alonso de.
Portillo, Vasco de.
Portocarrero Pedro.
Prieto Sebastián.
Quijada Diego. *Vecino de Puebla.*
Quintero Alonso, vecino de Colima.
Romero Francisco.
Ramírez Pedro, marinero.
Rascon Alonso.

Retes Gonzalo.
Robles Juan.
Robles Pedro.
Rodas, Nicolás de.
Rodeta, Francisco Santos de la.
Rodríguez Alonso, de Jamaica.
Rodríguez Cano, Gonzalo, alguacil mayor del campo de Narvaez, encomendero de Xochimilco y caballerizo mayor de Cortés.
Rodríguez de la Magdalena, Gonzalo; vivió en Puebla.
Rojas Diego, alférez de Narváez; murió de capitán en Guatemala.
Romero, padre del primer Dean de Puebla.
Romo Juan.
Ronda, Anton de, vecino de Colima.
Rosas Juan, el cazador.
Ruiz de Guevara, Juan, clérigo.
Ruiz de Alanís, Juan.
Salamanca Gaspar.
Salas Bartolomé.
Saldaña Alonso.
Saldaña, Pedro de.
Salderan, Cómez de.
Salcedo Diego.
Salcedo Juan, el Romo.
Salces Bartolomé.
Sánchez Farfán, Pedro, marido de María Estrada, con quien pobló en Toluca.
Sánchez Diego, de Sevilla.
Sánchez de Ortega, Diego.
Sánchez Francisco, tambor.
Sánchez Ortigosa, Hernán.
Sánchez Gaspar, de Cuéllar.
Sánchez Gaspar, de Salamanca.
Sánchez León, de Tregenas, marinero.

Sánchez Garzón, Miguel.
Sánchez Cristóbal, maestre de una de las naos.
Sancho, asturiano.
Sandoval Alvaro. *Vecino de Puebla.*
Santa Clara, Bernardino de, tesorero.
Santa Ana Anton, vecino de Colima.
Santaren Jorge.
Santiago, Vizcaino, marinero.
Santo Domingo, Miguel de.
Santos Francisco, vecino de Colima.
Sebastián del Campanario.
Sifontes, Francisco de, vecino de Colima.
Soto Cristóbal; vivió en Puebla.
Soto, Sebastián de.
Suárez Mendo.
Tablada Hernando.
Tapia, atabalero.
Tapia Luis.
Tavira, Andrés de.
Tejada, Alonso de.
Terrazas de Mayorga.
Terraeta Anton.
Tirado Juan, el Airado. *¿Vecino de Puebla?*
Tobar, el Comendador.
Torres de Córdoba, Juan.
Tostado Juan.
Tostado Pedro.
Tovilla, Andrés de la.
Trujillo, Rodrigo de.
Trujillo, natural de León.
Utrera, Alonso de.
Vadillo, Rodrigo de.
Valdés Luis.
Valdovinos Juan.
Valenciano Pedro.

Valiente Alonso, secretario de Cortés. *Vecino de Veracruz y de Puebla.*
Valverde Francisco.
Vanegas Cristóbal.
Vázquez de Monterey, Gonzalo.
Vázquez Juan, ballestero.
Veintemilla Sebastián.
Velázquez Diego, sobrino del gobernador de Cuba del mismo nombre.
Velázquez de Lara, Francisco. *Vecino de Puebla.*
Velazquez Mudarra.
Velázquez de Valhuerta.
Vera, Juan de. *Vecino de Puebla.*
Vergara, Alonso de.
Villandrando Rodrigo.
Villafeliz Leonardo.
Villagran, clérigo que murió luego que se ganó México.
Villafuerte, Juan de.
Villafaña Antonio; conspiró contra Cortés, y fue ahorcado en Tetzcoco.
Victoria, Alonso de. *Vecino de Puebla.*
Victoria, Cristóbal de.
Yuste Juan, capitán; le mataron los indios.
Yerraeta Antonio.
Zamora Diego.
Zamora Alvaro, intérprete.
Zamora Francisco.
Zaragoza, Miguel de. *Vecino de Veracruz.*
Zárate Bartolomé.
Zentino.

MUJERES.

Estrada, María de.
Bermudez de Velasco, Beatriz.

Palacios Beatriz, parda.
Martín Juana.

III.

Refuerzos.

(*Garay.—Salceda.—Ponce de León.—Alderete.—Dudosos.*)

Soldados de Garay.

Loa, Guillen de la, escribano.
Maestre Pedro, el de la arpa.
Núñez Andrés, carpintero de ribera.
Camargo, Diego de, comandante de una de las naos de Garay; llegó a Veracruz el año 1520 con unos sesenta hombres flacos, amarillos y dolientes, por lo cual les llamaron los *panzaverdetes.*
Díaz de Auz, Miguel, capitán de otra de las naos de Garay; fondeó en Veracruz el año 1520, poco después del anterior, con más de cincuenta hombres bien acondicionados, a quienes llamaron *los de los lomos recios.*
Ramírez, el Viejo, tercer capitán de Garay; llegó a Veracruz en 1520 con unos cuarenta soldados, a los que les pusieron *los de las albardillas.* Los soldados de estas diversas partidas que encuentro mencionados, son:
Alonso Martín, portugués.
Alvarez Alonso.
Anguiano Antonio, encomendero de Pungarabato.
Arcos, Gonzalo de, pregonero.
Arcos Hernando.
Avila Alonso, encomendero de Malacatipu.
Azamir Diego; murió en Goatzacoalcos.
Bacaraez, Pedro de.
Becerra Andrés.
Berra, Pedro de.

Bola Martín.
Bueno Alonso.
Carbajal Hernando.
Castillo Francisco, marinero.
Castro Andrés.
Chico Pedro.
Delgado Juan.
Escalona, Pedro de.
Francisco Martín, el hortelano.
García Bravo, Alonso.
Guisado Francisco.
Hernández Morallos, Francisco.
Hernández de Zahorí, Gonzalo.
Hernández Puebles, Alonso.
Herrera del Lago, Alonso.
Hidalgo Alonso.
Huelamo Alonso.
Inhiesta, Juan de.
León Diego.
López Pedro, portugués.
Macías Alonso.
Madrid, Alonso de.
Mallorquin Juan.
Martínez Rodrigo, artillero de Camargo.
Márquez Juan, el fundador.
Motrico Francisco.
Niño Juan.
Ocampo Bartolomé.
Ochoa Juan.
Olvera Martín, piloto.
Orduña Alonso.
Pérez Bartolomé.
Plaza, Juan de la, de Valencia.
Rodríguez Francisco, de Guelva, marinero.
Rodríguez Ginés, marinero.

Ruiz Juan, de Salamanca.
Sánchez Agraz, Lorenzo.
Usagre Bartolomé, y su hermano.
Usagre Diego, artillero de Camargo.
Velasco, Pedro de.
Veintemilla Antonio.
Yerraeta Antonio.

Soldados de Salceda.

Morejón de Lobera, Rodrigo, trajo ocho soldados enviados por Diego Velázquez en socorro de Pánfilo de Narvaez, y después fue capitán de uno de los bergantines. Las noticias de Panes dicen que trajo un refuerzo con Salceda, y se conservan de aquellos aventureros los nombres siguientes:

Alonso Ruí, marinero.
Angulo Juan.
Arteaga Domingo.
Bejarano Diego.
Berganciano Pedro.
Cabezón Cristóbal, vecino de Colima.
Floriano Gerónimo.
García de Rivera, Francisco.
Gallego Pedro, aserrador.
Godoy Bernardino.
Juan Lorenzo.
Orduña Francisco.
Paradinas Sebastián.
Pérez Juan, el Mozo.
Ponce Pedro.
Ramírez Gonzalo.
Rodríguez Gonzalo, de Sevilla.
Ruiz, Gil Alonso.
Salvatierra, Rodrigo de.
Sánchez Antonio, vizcaino.

Sánchez Martín, de Murcia.
Tirado Juan.
Tobar Juan, criado de Cortés.
Tomás, genovés.
Vargas Alonso.
Villanueva Pedro, vivió en Puebla.

Soldados de Ponce de Leon.

Ponce de Leon, Juan, adelantado de la Florida, trajo a la conquista socorro de armas y soldados. Así se expresan las noticias de Panes, y mencionan los nombres siguientes:
Aguilar Juan, vecino de Colima.
Alanís Alonso.
Campo, Blas de.
Conillen Francisco, calcetero.
Encina, Juan de la.
Hernández Luis, de Sevilla.
Izquierdo Martín.
Milles Juan.
Mora, Alonso de.
Núñez Anton.
Rodríguez Francisco, (a) Pablo sabio.
Rustiñan, Juan de.
Santa María, Gerónimo de.
Villacinda, Rodrigo de.
Zambrano Alonso.

Soldados de Alderete.

Alderete Julián, camarero del obispo de Burgos D. Juan de Fonseca, presidente del Consejo de Indias; vino con tres navíos y doscientos hombres, llegando al puerto el 24 de Febrero de 1521: fué el primer tesorero real. De sus soldados se conservan los nombres siguientes:

Altamirano, licenciado Juan, primo de Cortés.
Añasco, Rodrigo de.
Arias Antonio.
Bartolomé Martín.
Bejarano Sebastián.
Bonones; le ahorcaron por amotinador en Guatemala.
Cabra Juan.
Carvajal Antonio, ya viejo, capitán de uno de los bergantines.
Díaz de la Reguera, Alonso, vecino de Guatemala.
Espinosa Martín.
Franco Alonso; pobló en Zapotecas.
Gallego Diego, de Vigo.
Gallego Lope.
Gómez de Miguel, Pedro.
Gutiérrez Francisco, de Madrid, sacristán.
Lope Gerónimo, comisario de las bulas.
Lúcas, genovés, piloto.
Marmolejo Luis.
Melgarejo de Urrea, Fr. Pedro, religioso franciscano. Bernal Díaz dice que era natural de Sevilla, y "trajo unas bulas de "señor san Pedro, y con ellas nos componían si algo éramos "en cargo en las guerras en que andábamos; por manera "que en pocos meses el fraile fué rico y compuesto a Cas- "tilla". Fué, pues, el primer comisario de bulas, y como tal las trajo a Tetzcoco; Fr. Bartolomé de Olmedo le dió de cintarazos por ciertas palabras que había dicho en un sermon, como lo testificaba Mota.
Moreno Blas.
Ochoa Gonzalo, paje de Cortés.
Orduña, el Viejo, vecino de Puebla; después de la toma de México trajo tres o cuatro hijos que casó bien.
Paez Lorenzo.
Prisa, Martin de la.
Ruiz de la Mota, Gerónimo, de Burgos, capitan de uno de los bergantines.

Ruiz Márcos, de Moguer.
Sedeño Goltero, Juan.
Talavera, Juan de.
Talavera Pedro.
Ubidez, Pedro de.

Soldados de quienes no se sabe a punto fijo con quien vinieron.

Azamir, Diego; murió en Coatzacoalcos.
Caballero Pedro.
Hernandez, Diego, de la probanza de Magarino.
Hojeda, Dr. Cristóbal, curó de sus quemaduras a Cuauhtemoc.
Huerto, Juan del, vino con Calahorra.
Rivera Diego, vino con Mota.
Valdivieso Juan, tronco de la casa de San Miguel, de Aguayo; vino con Mota.

IV

Conquistadores que firmaron la carta de 1520.

(Las letras que van despues de cada nombre indican: la *c* Cortés; la *n* Narvaez; la *g* Garay; la *p* Ponce; la *ca* Camargo; la *s* Salcedo y la *a* Alderete).

Abarca, Pedro de. *c.*
Abascal, Pedro de. *n.*
Aguilar, Gerónimo de, intérprete. *c.*
Aguilar, Garcia de. *c.* *Vecino de Puebla.*
Aguilar, Hernando de. *g.*
Aguilar Francisco; murió religioso dominico. *c.*
Aguilera, Juan de. *n.*
Alanís, Pedro de *c.*
Alburquerque, Francisco de. *c.*

Alcántara, Juan de. *c.*
Alduines, Alonso de.
Aleman Gaspar. *n.*
Almodovar, Juan de, el viejo. *c.*
Alonso Andrés, de Málaga. *p. Vecino de Puebla uno de ellos?*
Alonso Andrés (*diverso*). *n. id. id.*
Alonso (*en blanco el apellido*).
Alonso (*en blanco el apellido*).
Alvarado, Pedro de, capitan en México, comendador de Santiago, conquistador de Guatemala; murió en Jalisco. *c.*
Alvarado, Gomez de. *c.*
Alvarado, Gonzalo de. *c.*
Alvarado, Jorge de, capitan en el campo de Tlacopan, y en Guatemala teniente de capitan general: los cuatro eran hermanos. *c.*
Alvarado Francisco de. *c. Vecino de Puebla.*
Alvarez Chico, Rodrigo, veedor en el ejército. *c.*
Alvarez Alonso. *n.*
Alvarez Juan, el Manquillo de Güelva. *c.*
Alvarez Pedro, marinero, de Sevilla. *c.*
Alvarez Juan. *n.*
Alvarez Galeote, Juan; comiéronle los indios. *n.*
Aparicio, Juan de. *c.*
Arcos Cervera, Gonzalo de. *n.*
Arévalo, Francisco de. *c.*
Arnés de Sopuerta, Pedro del. *c.*
Arriaga, Juan de. *n.*
Arizavalo, Antonio de. *n.*
Asturias, Pedro de las. *c.*
Avalano Juan.
Avesalla, Hernando de, escribano de S. M.
Avila, Lope de. *n.*
Avila, Juan de, señor de Chilhuautla. *n.*
Avila, Juan de (*diverso*). *n.*
Avila Rodrigo de. *n.*

Avila Gaspar, buen ginete, vivió en Tasco. *n.*
Avo, Juan de.
Axeces, Juan de.
Ayamonte, Diego de. *c.*
Badajoz, Gutierre de, capitan en el sitio de México. *n.*
Badales Diego. *n.*
Baez Pedro. *c.*
Ballesteros Juan. *c.*
Ballesteros Francisco. *n.*
Bamba, Cabeza de Vaca, Pedro. *n.*
Balderrama, Gomez de. *c.*
Barahona, Sancho de. *c.*
Barahona, Martin. *n.*
Barco, Francisco del. *c.* *Vecino de Puebla.*
Barco, Pedro del. *n.*
Bartolomé, Fray; la firma no lleva el apellido de Olmedo: era religioso mercenario. *c.*
Basurto Alonso. *n.*
Becerra Alvaro. *c.*
Bellido Juan. *n.*
Bello Alonso. *n.*
Benavente, Pedro de. *n.*
Benitez Sebastian. *c.*
Bermúdez Diego, piloto de Narvaez.
Bernal Francisco. *n.* *Vecino de Puebla.*
Bernal, Francisco de. *n.*
Bibriesca, García de. *n.*
Blanes Pedro. *n.*
Bono Juan. *c.*
Bono de Quexo, Juan. *n.*
Bravo Anton. *c.*
Bueno Juan. *n.*
Burgueño Hernando. *p.*
Cabello Alonso.
Cabra, Juan de. *c.*

Cabrero Hernando. *c.*
Cáseres, Juan de. *c.*
Calvo Pedro. *g.*
Calvo Pedro (*diverso*). *n.*
Campos Andrés. *n.*
Campos, Bartolomé de. *n.*
Cárdenas Luis, el Hablador. *c.*
Cárdenas, Juan de. *c.*
Cárdenas, Alonso de. *n.*
Carmona, Juan de. *c.* *Vecino de Puebla?*
Carmona, Estéban de, hermano del anterior. *c.*
Caro Gutierrez, Garcí, ballestero. *c.*
Casas, Martín de las. *c.*
Casanova, Francisco de. *n.*
Castañeda, Rodrigo de, intérprete, alférez real nombrado por la primera Audiencia. *c.*
Castellano Diego. *c.*
Castillo, Alonso de. *n.*
Castro, Francisco de. *n.*
Ceciliano Juan. *c.*
Centeno Pedro. *n.*
Cermeño Juan.
Cervantes, Leonel de, comendador de Santiago, estuvo en el principio de la conquista, se fué a España y regresó a México en 1524 trayendo a sus seis hijas; la mayor, D.ª Isabel de Lara, casó con el capitan D. Alonso Aguilar y Córdoba; D.ª Ana Cervantes, casó con el alférez real Alonso de Villanueva; D.ª Catalina, con el capitan Juan de Villaseñor Orozco; D.ª Beatriz Andrada, con D. Francisco de Velasco, caballero del órden de Santiago; D.ª María, con el capitan Pedro de Ircio; D.ª Luisa de Lara, con el factor Juan Cervantes Casans: de estos matrimonios vienen muchas de las principales familias de México. *c.*
Cisneros, Alberto de. *n.*
Colmenero Estéban. *c.*

Contreras, Alonso de. *c.*
Corral, Cristóbal del, primer alférez que hubo en México: murió en Castilla. *c.*
Cortés de Mérida, Gonzalo Hernando. *c.*
Cuellar, Juan de, buen ginete, casó con D.ª Ana, hija del rey de Tetzcoco. *c.*
Cuellar Juan (*diverso*), vecino de México. *n.*
Cueva, Simon de. *n.*
Chavez, Martin de. *n.*
Dava, Lorenzo.
Cristóbal Martin, el Tuerto. *c.*
Cristóbal Martin, el de Huelva. *c.*
Cristóbal Martin, de Sevilla, marinero. *n.*
Cruz, Martin de la. *n.*
Dávila, Alonso de, hermano de Gil Gonzalez, quien mató a Olid en Hibueras; fué por procurador à España, a nombre de Cortés. *c.*
Daza de Alconchel, Francisco. *c.* *Vecino de Puebla?*
Diaz Diego. *n.*
Diaz Juan, clérigo. *c.*
Diaz Cristóbal, buen ballestero. *n.*
Diaz Juan, tenia una nube en un ojo, y estaba encargado del rescate y de las vituallas de Cortés; le mataron los indios. *c.*
Diaz Francisco. *n.*
Diego (*el apellido en blanco*).
Diego Martin, ballestero de Uveda. *c.*
Diego Martin (*diverso*). *n.*
Dircio (*o de Ircio*) Martin, vivió en Tepeaca, llamada por los españoles Segura de la Frontera. *c.*
Dolanos Francisco. *n.*
Dolí (*ò de Olid*) Cristóbal, capitan y maestre de campo: se rebeló contra Cortés en Hibueras, y murió degollado en Naco. *c.*
Domingo Martin. *c.*
Dominguez Gonzalo, buen ginete: murió a manos de los indios. *c.*

Dominguez Pedro. *n.*
Dorantes Martin. *c.*
Dozma (*ó de Ozma*), Hernando. *n.*
Duero, Sebastian de. *n.*
Durán Juan. *n.*
Durán Juan. *n.*
Durán Juan (*diverso*), sacristan. *n.*
Eibar, Andrés de. *n.*
Escalona, Lúcas de. *n.*
Escobedo, Francisco de. *n.*
Espíndola, García de. *n.*
Espinar, Juan de. *n.*
Espinosa, Juan de, vizcaino. *c.*
Estéban Can (*en blanco*).
Estrada, Francisco de. *n.*
Esturiano Alonso. *n.*
Evía, Francisco de. *n.*
Farfan Andrés. *n.*
Farfan Cristóbal. *n.*
Fernandez Diego *n.*
Fernandez Rodrigo. *n.*
Fernandez Macías, Juan. *n.*
Fernandez Alonso. *n.*
Fernandez Pedro, secretario de Cortés en 1510. *c.*
Fernandez Martin. *n.*
Fernandez Pedro. *n.*
Fernandez Alonso (*diverso*). *n.*
Fernandez Alonso (*diverso*). *n. Vecino de Puebla?*
Fernandez Pablos, Alonso. *n.*
Fernandez García. *n.*
Flamenco Juan. *c.*
Flores Cristóbal, capitán de uno de los bergantines. *c.*
Flores Francisco, vecino de Oaxaca. *c.*
Francisco Martin, despensero de Cortés. *c.*
Francisco de (*el apellido en blanco*).

Francisco de (*el apellido en blanco*).
Fraile Juan. *n.*
Franco Bartolomé. *n.*
Frias, Luis de. *c.*
Frias, Hernando de. *n.*
Fonseca, Diego de. *a.*
Gabarro Anton. *c.*
Galeote García, Alonso. *c. Vecino de Puebla.*
Gallardo Pedro, marinero de Salcedo. *Vecino de Puebla uno de ellos.*
Gallardo Pedro (*diverso*). *n. id id.*
Gallego Francisco, carpintero. *ca.*
Gallego Cristóbal. *c.*
Gallego Francisco (*diverso*), maestre de una de las naos de Cortés. *c.*
Gallego Benito. vecino de Colima. *ca.*
Gamboa Cristóbal, Martin de, caballerizo de Cortés. *c.*
Gaona, Tomás de. *c.*
García Martin, archero de Cortés. *c. Vecino de Puebla.*
García Martin (*diverso*) : murió en Hibueras. *n.*
García Mendez, Juan. *n.*
García Francisco, teniente. *c.*
García Francisco, espadero. *n.*
García Andrés, de la Oliva. *c.*
García Pedro, de Jaen. *n. Vecino de Puebla?*
García Alonso, de Algarrovillas. *n.*
García Juan, herrero. *n.*
García Camacho, Juan. *n.*
García Gonzalo. *n.*
García Juan, de Bejar. *c.*
García Francisco (*diverso*). *n.*
García (*no se entiende*).
Garrido Cristóbal. *n.*
Gentil Rey, Nuño. *n.*
Giblaltar, Alonso de. *n.*

Gil, Francisco de. *n.*
Ginovés Bautisa. *n.*
Ginovés Ramón. *c.*
Ginovés Márcos. *n.*
Ginovés Domingo. *n.*
Gomez Nicolás. *c.*
Gomez Pedro, de Jerez. *n.*
Gomez Miguel. *n.*
Gomez Juan, de Lepe. *c.*
Gomez Cornejo, Diego. *n.*
Gomez Juan, de Bejar. *n.*
Gomez Domingo. *n.*
Gonzalez Alonso, de Galicia. *c.*
Gonzalez Alvaro. *n.*
Gonzalez Alvaro (*diverso*). *n.*
Gonzalez de Harinas, Alcázar, Pedro. *n.*
Gonzalez Rodrigo. *n.*
Gonzalez Lorenzo. *n.*
Gonzalez Sabote, Pedro. *c.*
Gonzalez Nájara, Pedro. *c.*
Gonzalo Martin. *n. Vecino de Puebla.*
Gordillo Gonzalo. *n.*
Grijalva, Sebastian de, alguacil. *n.*
Grijalva, Juan de. *n. Vecino de Puebla.*
Gutierrez Hernan. *n. Vecino de Puebla?*
Gutierrez Gomez. *n.*
Gutierrez Gonzalo. *c.*
Gutierrez de Valdelomar, Pedro. *n.*
Gutierrez Pedro, de Sevilla. *c.*
Gutierrez Gaspar. *n.*
Gutierrez Nájera, Alonso. *n.*
Guzman, Cristóbal de. *c.*
Guzman, Pedro de, pasó al Perú. *c.*
Hallaus Hernando.
Hernandez Blasco. *n.*

Hernandez Pedro, de Niebla. *c.*
Hernandez Cristóbal, carpintero. *c.*
Hernan Martin. *n.*
Herrera Alonso, de Jerez: murió en el Marañón. *c.*
Hidalgo Alonso. *g.*
Hoces, Andrés de. *n.*
Holguin Diego. *n. Vecino de Puebla.*
Illescas, Hernando de. *n.*
Ircio, Pedro de, capitan. *c.*
Jaen, Martin de. *n.*
Jaramillo Juan, capitan de uno de los bergantines, y marido de D.ª Marina ó la Malitzin. *c.*
Jerez Hernando. *n.*
Jerez Alonso de. *c.*
Jerez, Juan de, vivió en Veracruz. *c.*
Jibaja, Pedro de.
Jimenez Miguel, artillero de Cortés.
Jimenez Juan, hermano del anterior: uno de ellos murió a manos de los indios. *c.*
Juan Bautista, indio de Cuba. *c.*
Juan (*el apellido en blanco*).
Juan (*el apellido en blanco*).
Juan (*el apellido en blanco*).
Juan (*el apellido en blanco*).
Juarez Mendo. *n.*
Juarez Diego. *n.*
Juarez Hernando. *n.*
Lagos, Gonzalo de: murió en poder de los indios. *n.*
Larios Juan. *n.*
Ledesma, Alonso de. *n.*
Leiva, Juan de. *n.*
Leon, Juan de, vecino de la Veracruz; no estuvo en la guerra. *c.*
Lerma, Hernando de, capitan, ya anciano. *c.*
Lobato Cristóbal. *n.*

López Lúcas, Juan. *n.*
López Juan, ballestero, de Zaragoza. *c.*
López Juan (*diverso*), de Sevilla. *c.*
López Francisco, correo de a pié entre México y Veracruz. *c.*
López Pedro, ballestero.
López Francisco (*diverso*), de Marchena. *c.*
López Bartolomé, archero de Cortés. *c.*
López Gonzalo. *n.*
López Martin, el que puso fuego al aposento en que se defendía Narvaez en Cempoala; sirvió de maestro para la construcción de los bergantines. *c.*
López Gabriel, Simon. *n.*
Lorca, Sebastian de. *n.*
Lores Baena, Alonso.
Lozano Hernando. *n.*
Luis (*el apellido en blanco*).
Lugo, Francisco de, capitan. *c.*
Llanimpinto, Hernando de.
Llanos Hernan. *n.*
Llerena, Diego de. *n.*
Maldonado Francisco, el ancho. *n.*
Maestre Juan, Cirujano de Narvaez.
Maestre Pedro, el de la arpa. *c.*
Maluendo, Pedro de, mayordomo de Narvaez.
Madrigal, Juan de. *c.*
Mancilla, Juan de, regidor de México, y encomendero de Tetela. *n.*
Manzanilla, Juan de, indio de Cuba y vecino de Puebla. *c.*
Marin Luis, capitan en el sitio de México. *c.*
Márquez Francisco. *n.*
Marroqui Francisco. *n.*
Maya, Juan de. *n.*
Mayor Juan. *n.*
Medina Gonzalo de, botiller de Cortés: murió religioso franciscano. *c.*

Melgarejo Juan. *n.*
Mejía Gonzalo, por sobrenombre el Rapapelo, porque decia que era nieto de un Mejía que andaba a robar en tiempo del rey D. Juan. *c.*
Mendez Juan. *n.*
Mendía, Pedro de. *n.*
Mendoza, Alonso de. *c.*
Moguer, Rodrigo de. *ca.*
Moguer, Juan de. *n.*
Mola, Diego de. *n.*
Mola, Andrés de, levantizco. *n.*
Molina, Anton de. *n.*
Montañés Lúcas.
Montañés Juan.
Montaño Francisco, alférez de Pedro de Alvarado en el sitio de México. *n.*
Montero Diego, cocinero de Cortés.
Monjaraz, Andrés de, capitan: estaba buboso. *c.*
Morales, Alonso de. *c.*
Morales, Juan de. *ca.*
Morales, Martin de. *n.*
Morales Francisco. *n.*
Moralesnestros Francisco.
Montes Alonso. *n.*
Morcillo Alonso. *n.*
Moreno Diego. *n.*
Moreno Pedro, de Aragon: pobló en la Puebla. *n.*
Moreno Juan, de Lepe, *p.*
Moro Alonso. *n.*
Muda, Julian de la. *c.*
Muñoz Gregorio. *n.*
Muñoz Juan. *n.*
Muñoz Hernan. *n.*
Naipes Diego. *c.*
Nájara, Rodrigo de. *c.*

Nájara, Juan de, buen soldado, ballestero. *c. Vecino de Puebla.*
Napolitano Felipe. *n.*
Nasciel, Alonso de.
Navarrete Alonso, buen soldado, señor de Coyuca, paje de Cortés: murió religioso agustino.
Navarro Juan. *n. Vecino de Puebla.*
Nieto Pedro. *n.*
Nortes Alonso. *n. Vecino de Puebla.*
Núñez Andrés. *c.*
Núñez Alonso. *n.*
Ocaña, Pedro de. *n.*
Ochoa de Elexalde, Juan. *n. Vecino de Puebla.*
Ochoa de Azúa. *n.*
Ojeda, Luis de. *s.*
Ojeda, Alonso de, de Badajoz. *c.*
Olanos Sebastian. *n.*
Oliveros Francisco, cetrero de Cortés. *Vecino de Puebla.*
Ordaz, Diego de, capitan de los soldados de espada y rodela, comendador de Santiago: murió en el Marañón. *c. Vecino de Puebla.*
Orozco, Francisco de, capitan de la artillería. *c.*
Ortiz Cristóbal. *c.*
Ortiz Juan. *n.*
Ortiz Alonso. *n.*
Oredo, Martin de. *n.*
Oviedo, Bernardino de. *n.*
Pacheco Cristóbal, vecino de México. *c.*
Palacios Nicolás.
Palma, Pedro de. *c.*
Paredes, Bartolomé de. *n.*
Pardo Bartolomé: murió en poder de los indios. *c.*
Pastrana, Alonso de. *p.*
Payno Lorenzo. *n.*
Paz Martin. *n.*
Paz García. *n.*

Pedro de. (*el apellido en blanco*).
Pedro de S. (*el apellido en blanco*).
Peña, Rodrigo de. *c.*
Perez el Bachiller, Alonso. *n.*
Perez el Bachiller, Alonso. (*diverso*) *n.*
Perez Agustino. *n.*
Perez Juan. *n. Vecino de Puebla uno de ellos. Palencia?*
Perez de *Aquitiano*, Juan. *c. id. id.*
Perez Juan (*diverso*), mató á su mujer que se decía la hija de la Vaquera.
Perez Alonso. *n.*
Perez Alvaro. *n.*
Perez Cuenca Benito. *n.*
Pilar, García del, intérprete. *n.*
Pinzón Ginés. *c.*
Pinzón Juan. *c.*
Placencia, Juan de. *n.*
Ponte, Estéban de. *n.*
Porcallo Vasco. *n. Vecino de Puebla.*
Porego Hernando. *n.*
Porras, Diego de *c.*
Porras, Hernando de, cantor. *c.*
Porras, Diego de. (*otro*) *n.*
Porras, Sebastián de. *c.*
Porras, Bartolomé de *n.*
Portillo, Andrés de *n.*
Portillo, Alonso de. *n.*
Puebla, Bartolomé Alonso de la. *n.*
Puente, Alonso de la. *c. Vecino de Puebla. ¿Fuente?*
Puerto, Juan del, marinero. *c.*
Puerto, Martín del. *n.*
Quemada, Anton de. c.
Quintero Alonso, trajo a Cortés en su buque a Santo Domingo, y después vino con él a la conquista.
Quintero Francisco. *c. Vecino de Puebla.*

Quiñones de Herrera, Alonso. *n.*
Quiñones Antonio, capitán de la guardia de Cortés. *c.*
Ramírez Rodrigo. *n.*
Ramos de Torres, Juan. *n.*
Resiño, Juan Anton. *n.*
Rellero Gonzalo. *n.*
Rengel Rodrigo, capitán y señor de Cholula; fue para nada y murió de bubas. *c.*
Rico de Alanis, Juan; buen soldado: lo mataron los indios. *c.*
Rico Juan. *n.*
Rieros Alonso. *a.*
Río, Alonso del, de Sevilla. *n.*
Rixoles, Tomás de. *c.* *¿Ecijoles? Nahuatlato.*
Rivera, Juan de. *c.*
Rivera, Hernando de. *n.*
Robles, Hernando de. *s.*
Robles, Gonzalo de. *n.*
Rodas, Pedro de. *n.*
Rodas, Anton de. *n.*
Rodríguez de Villafuerte Juan, capitán de uno de los bergantines: según las noticias de Panes, "fue desbaratado en el pueblo de las Troxes, que es en los Motines; fundó el Santuario de Nuestra Señora de los Remedios, por mandato de Cortés." *c.*
Rodríguez de Escobar, Pedro, señor de Ixmiquilpan. *c.*
Rodríguez Juan, de Sevilla. *a.*
Rodríguez Cristóbal, trompeta. *c.*
Rodríguez Carmona, Pedro.
Rodríguez Juan (*otro*), ballestero de Narvaez.
Rodríguez Francisco. *n.* *¿Vecino de Puebla?*
Rodríguez Nicolás. *n.*
Rodríguez Francisco (*otro*), carpintero. *c.*
Rodríguez Pedro. *n.*
Rodríguez Juan. (*otro*) *n.*
Rodríguez de Prado, Hernando. *n.*

Rodríguez Sebastián, señor de la mitad de Malinalco, ballestero. *c. Vecino de Puebla.*
Rojas, Hernando de. *n.*
Rojo Tomás. *n.*
Roman Bartolomé. p.
Romero Alonso, vecino de la Vera Cruz. *c.*
Romero Pedro. *c.*
Romero Pedro. (*otro*) *n.*
Romero Pedro. (*otro*) *n.*
Rubio Juan. *n.*
Rubio Diego. *n.*
Ruiz Pedro, de Guadalcázar. *c.*
Ruiz de Viana, Juan. *n.*
Ruiz de *Yesares,* Diego.
Sabiote Pedro. *c.*
Salamanca, Juan de: se portó briosamente en la batalla de Otumba. *n.*
Salamanca, Alonso de. *g.*
Salamanca, Diego de. *n.*
Salamanca, Francisco Miguel. *n.*
Salamanca, Alonso de. (*otro*) *n.*
Salazar, Rodrigo de. *c.*
Salazar, Francisco de. *n.*
Salcedo, Sancho de. *n.*
Saldaña, Antonio de. *n.*
Salgado Juan. *n.*
Salinas Gerónimo. *n.*
Salvatierra, Alonso de. *a.*
Samos, Gutierre de *n.*
Sanabria Diego. *n.*
Sánchez Pero. *¿Vecino de Puebla?*
Sánchez Gonzalo, portugués, valiente soldado. *c.*
Sánchez Bartolomé, encomendero de Coyotepec, en Oaxaca. *c.*
Sánchez de Montejo, Alonso. *n.*
Sandoval, Gonzalo de, capitán, alguacil mayor, y aun goberna-

dor de la Nueva España: murió en Palos al ir a España. *c.*
San Martín, Francisco de. *n.*
San Miguel, Melchor de, repostero de Cortés.
Santana, Juan de. *n.*
Santa Cruz, Francisco de *n.*
San Ramón, Juan Carlos de. *p.*
Santiago, Diego de. *n.*
Santiago, Bernardino de. *g.*
Santiesteban Andrés, viejo, ballestero, vecino de Chiapa. *c.*
Sedeño Juan, natural de Arévalo; trajo un navío suyo, una yegua, un negro y muchas vituallas. *c.*
Sedeño Gregorio. *n.*
Segura, Martín de. *n.*
Sepúlveda, Pedro de. *n. Vecino de Puebla.*
Silva, Antonio de. *n.*
Sobrino Gonzalo. *s.*
Solís, Francisco de, capitán de artillería, alcaide de las Atarazanas, y señor de Tamazulapa. *c.*
Solís, Gonzalo de. *c.*
Solís, Pedro de, por sobrenombre Tras-de-la-puerta. Ignoro si serán los mismos; pero Bernal Díaz menciona además a Solís el de la huerta o sayo de seda, Solís el anciano, Solís casquete. *c.*
Solís Francisco, repostero de plata de Cortés.
Solórzano, Juan de. *n.*
Soldado Martín. *n.*
Soto el de Toro, Diego de, mayordomo de Cortés. *¿Vecino de Puebla?*
Tamayo Bartolomé. *n.*
Tápia, Andrés de, capitán. *c.*
Tápia, Hernando de. *n.*
Tápia, Juan de. *n.*
Tarifa, Gaspar de. *c.*
Tebiano Gerónimo. *n.*
Terron Juanes. *n.*

Tillalo Guillen.
Tomboria Juan.
Toledo, Alonso de. *s.*
Toral, Hernando. *n.*
Torres, Hernando de. *c.*
Torres, Alonso de. *n.*
Trevejo, Juan de. *c.*
Trujillo, Alonso de. *a.*
Trujillo, Hernan de. *n.*
Trujillo, Andrés de. *s.*
Trujillo, Pedro de. *s.*
Uriola, Gonzalo de. *n.*
Utrera Núñez, Francisco de. *n.*
Valdenebro, Diego de, encomendero de Capula. *c.*
Valencia Pedro. *n.*
Valiente Andrés. *c.*
Valladolid, Rodrigo de, el gordo, murió a manos de los indios. *c.*
Valladolid, Juan de, murió a manos de los indios. *c.*
Valladolid, Juan de. (*otro*) *n.*
Valte, Gonzalo de.
Valle, Juan del, soldado valiente, por lo que el emperador le concedió armas. *c.*
Vargas, Francisco de. *c.*
Vázquez de Tapia, Bernardino, capitán. *c.*
Vázquez Francisco. *c.*
Vázquez Francisco. (*otro*) *n.*
Vega, Francisco de, boticario. *c.*
Veintemilla, Anton de. *c.*
Vejer, Benito de, atambor en Italia y en México. *c.*
Velázquez Francisco, el Corcobado. *c.*
Velázquez Luis, murió en Hibueras. *c.*
Velázquez Francisco. (*otro*) *n.*
Vélez Martín. *n.*
Vélez de Avella Juan. *n.*
Vergara, Juan de. *p.*

Vergara, Martín de. *n.*
Villafranca, Antonio de. *n.*
Villacorta, Juan de. *g.*
Villalobos, Pedro de, se fue rico a España. *c.*
Villanueva, Bartolomé de. *c. Vecino de Puebla.*
Villanueva, Alonso de, secretario de Cortés, y progenitor de la casa de los Villanueva Cervantes. *c. Vecino de Puebla.*
Villanueva Alonso. *n.*
Villar, Pedro de. *n.*
Villarroel, Anton de, ayo de Don Hernando. *c.*
Villarreal, Diego de. *n.*
Villasanta, Miguel de. *n.*
Villaverde, Pedro de. *n.*
Villoría, Pedro de. *n.*
Vizcaino Pedro. *c.*
Vizcaino Juan *n.*
El Vizcaino.
Volante Juan. *n.*
Xanuto Bartolomé. *c.*
Xorista, Pedro de. *n.*
Yajestas, Juan de.
Yerena, Alonso de. *n.*
Zamorano Pedro. *a.*
Zamudio Juan, señor de Piaxtla. *c.*
Zamudio Juan (*otro*), señor de Michmaloyan. *n.*

V.

Conquistadores de Yucatan.

(Historia de Yucatan compuesta por el M. R. P. Fr. Diego López Cogollvdo, Lector jubilado, y padre perpetvo de dicha Provincia etc. En Madrid: por Juan García Infanzon, Año 1688. Capítulos XIV y XVI).

Vecinos de Mérida. *Véase Cabildo Méx. II*-82.

D. Francisco de Montejo.
Alonso de Reynoso.
Alonso de Arévalo.
Alonso de Molina.
Alonso Pacheco.
Alonso López Zarco.
Alonso de Ojeda.
Alonso Rosado.
Alonso de Medina.
Alonso Bohorques.
Alonso Gallardo.
Alonso Correa.
Andrés Pacheco.
Andrés Yelves.
Bartolomé Rojo.
Beltran de Zetina.
Baltazar Gonzalez, portero de cabildo.
Baltazar Gonzalez.
Diego Briseño.
Diego de Medina.
Diego de Villarreal.
Diego de Valdivieso.
Diego Sanchez.
Estéban Serrano.
Estéban Martin.
Estéban Iñiguez de Castañeda.
Francisco de Bracamonte.
Francisco de Zieza.
Francisco de Lubones.
Francisco de Aiceo.
Francisco Tamayo.
Francisco Sanchez.
Francisco Manriquez.
Francisco López.
Francisco Quiroz.
Fernando de Bracamonte.
Gaspar Pacheco.
Gaspar Gonzalez.
Gonzalo Mendez.
García de Aguilar.
García de Vargas.
Gomez de Castillo.
Gerónimo de Campo.
Hernando de Aguilar.
Hernando Muñoz Baquiano.
Hernando Muñoz Zapata.
Hernando de Castro.

Hernando Sanchez de Castilla.
Juan de Urrutia.
Juan de Aguilar.
Juan López de Mena.
Juan de Porras.
Juan de Oliveros.
Juan de Sosa.
Juan Bote.
Juan Doncel.
Juan de Salinas.
Juan Cano.
Juan de Contreras.
Juan de Magaña.
Juan Vizcaino.
Juan de Barajas.
Juan Ortiz.
Juan Vela.
Juan Gomez de Sotomayor.
Juan Ortiz de Guzman.
Juan de Escalona.
Juan de Rey.
Juan de Portillo.
Juan Farfan.
Juan López.
Juan Priego.
Juan Caballero.
Jorge Hernandez.
Jácome Gallego.
Luis Diaz.
Lúcas Paredes.
Lope Ortiz.
Lic. Maldonado.
Maese Juan.
Martin de Iñiguez.
Martin de Iriza.
Melchor Pacheco.
Melchor Pacheco, el Viejo.
Miguel Hernandez.
Miguel Rubio.
Nicolás de Gibraltar.
Pedro Diaz.
Pedro Castillo.
Pedro Galiano.
Pedro Alvarez.
Pedro de Chavarría.
Pedro Diaz Poveda.
Pedro Muñoz.
Pedro de Valencia.
Pedro Franco.
Pedro Fernandez.
Pedro García.
Pedro Alvarez de Castañeda.
Pedro Hernandez.
Pablo de Arriola.
Rodrigo Alvarez.
Rodrigo Nieto.
Rodrigo Alonso.
Rodrigo Camiña.
Sebastian de Burgos.

VECINOS DE VALLADOLID.

Francisco de Montejo, capitan, justicia mayor.
Alonso de Arévalo, regidor.
Alonso de Villanueva, regidor.

Alonso Baes.
Alonso Gonzalez.
Alonso Parrado.
Andrés Gonzalez de Benavides.
Anton Ruiz.
Alvaro Osorio.
Baltazar de Gallegos, mayordomo.
Blas Gonzalez, regidor.
Blas Gonzalez (*otro*).
Bélez de Mendoza.
Bernardino de Villagomez, alcalde.
Diego de Ayala.
Damian Dovalle.
Estéban Ginovés.
Francisco de Zieza, alcalde.
Francisco Lugones, regidor.
Francisco Hernandez Calvillo.
Francisco de Palma.
Francisco Hurtado.
Francisco Ronquillo.
Gonzalo Guerrero, regidor.
Gaspar Gonzalez.
Giraldo Diaz.
Juan de la Torre, regidor.
Juan de Cuenca, escribano.
Juan de Azamar.
Juan López de Mena.
Juan Núñez.
Juan Enamorado.
Juan Gutierrez Picon.
Juan de Cárdenas.
Juan de Contreras.
Juan López de Recalde.
Juan Bote.
Juan de la Cruz.
Juan Morales.
Juan Palacios.
Juan Rodriguez.
Luis Diaz, regidor.
Márcos de Salazar.
Márcos de Ayala.
Martin Ruiz Darce.
Martin Garrucho.
Martin Recio.
Martin de Velasco.
Mícer Estéban.
Miguel de Tablada.
Pedro Diaz de Monxibar, regidor.
Pedro de Molina, procurador.
Pedro Zurujano.
Pedro de Lugones.
Pedro Costilla.
Pedro Durán.
Pedro de Valencia.
Pablos de Arreola.
Rodrigo Cisneros.
Santiestéban.
Toribio Sánchez.

VI.

Conquistadores de Chiapas.

(Historia de la Provincia de S. Vicente de Chiapa y Guatemala, de la Orden de nuestro Glorioso Padre Santo Domingo... por el presentado Fray Antonio Remesal... En Madrid, año de M.DC.XIX.—Libro V, capítulos XIII y XIV.)

Vecinos de Villarreal.

Aguilar, Alonso de, bachiller, regidor.
Alcántara Juan.
Alvarez Fernán.
Arenas, Alonso de.
Baeza, Luis de.
Beltran Juan.
Borrega Alvaro.
Cabrera, Luis de.
Cáceres Gerónimo, escribano.
Calvache, Diego de.
Calvache, Diego de (*otro*).
Casanova, Francisco de.
Cea, Gonzalo de.
Cea. Gonzalo de (*otro*).
Centeno Antonio.
Comontes, Francisco de.
Coria, Bernardino de, regidor.
Chavez Francisco, regidor.
Escobar Juan.
Escovedo, Andrés de.
Espinosa, Lope de.
Estrada Pedro, regidor, encomendero de Cinacantlan y hermano de Luis Mazariegos.
Francallo Pedro.
García Diego.
Gentil Pedro.
Gil Francisco, regidor, capitan.
Gonzalez Pedro, clérigo y cura.
Gonzalez Ambrosio.
Gonzalez de Paradinas, Sebastian.
Granado, Alonso Martin.
Granado, Andrés Martin.
Gutierrez Alvaro.
Gutierrez Francisco.
Hernandez Diego.
Hernandez Francisco.
Hernandez Luis.
Hidalgo Alonso.
Hilera Francisco.
Holguin Diego.
Holguin Diego (*otro*).
Home Juan.
Horozco, Pedro de, alcalde.
Juan Bautista.

Juan Ginovés.
Juan Martin.
Lintorne Francisco, regidor.
López Rui.
López Martin.
Lozano Fernando.
Luna Luis, alcalde, capitán.
Luna Juan.
Marin Juan.
Marroquin Francisco.
Mazariego, Luis Alonso, hijo del conquistador Diego.
Mellado Cosme.
Mezana, Andrés de.
Morales Cristóbal, mayordomo.
Moreno Francisco.
Moreno Pedro.
Orduña Juan.
Ortega, Diego de.
Ortés Francisco.
Perez Anton.
Perez de Vocanegra, Hernan.
Porras, Juan de, procurador.
Puerta, Diego de la.
Quintero Miguel.
Regidor Pedro.
Rengifo Francisco.
Rodas, Nicolás de.
Rodas, Victoria de.
San Pedro, vizcaino.
Sanchez Montesinos, Pedro.
San Estéban, Pedro.
Solís Gonzalo.
Solís Francisco.
Solórzano, Pedro de.
Talabera, Juan de.
Tobilla, Andrés de la.
Torre, Antonio de la, alguacil mayor.
Villarreal Diego de.
Villacastin, Blas.
Vizcaino Pedro.

Otros conquistadores.

Albacete, Benito de.
Arandia Juan.
Baeza, Diego de.
Castellanos, Pedro de, clérigo.
Comontes, Cristóbal de.
Dominguez Francisco.
Enriquez de Guzman. Don Juan, capitan.
García Alonso.
Guecho Martin.
Guerba, Baltasar, capitan.
Gomez de Sotomayor, Juan.
Griego Negrete, Martin.
Gutierrez Pedro.
Hernandez Calvo, Diego.
Larios Alonso.
Lorda Caranda, Martin de.
Maese Gerónimo, cirujano del ejército.
Maese Juan, barbero.

Marin Luis, capitan.
Marroquin Bartolomé.
Marticote Francisco.
Mazariego Diego, capitan y gefe del ejército.
Mendez de Sotomayor, Juan.
Muñoz de Talabera, Juan.
Olmedo, Juan de.
Orozco Acevedo, Pedro.
Ortés de Velasco, Francisco, alférez.
Ortés de Velasco, Hernando.
Paradinas, Cristóbal de.
Portillo, Juan de, sacristan.
Ramirez Pedro.
Rengifo Luis.
Rivera, Alonso de.
Saenz Marroquin, Francisco.
Salamanca Rodrigo.
San Pedro de Pando.
San Martin Francisco.
Santiestéban, Pedro de.
Santacruz Gaspar.
Sanchez Rodrigo.
Sanchez Anton.
Sanchez Juan.
Sobrino Gonzalo.
Solís Estéban.
Suarez Diego.
Valderrama, Bernardino de.
Vargas, Juan de.
Vera, Juan de.
Villarreal Diego (*otro*)
Villaviciosa, Hernando de.
Zarza, Diego Martin de la.
Zúñiga Hernando, maestre de campo.

VII.

Conquistadores de Guatemala.

(Son los mismos conquistadores de México, mandados por D. Hernando Cortés, a las órdenes de D. Pedro de Alvarado.—Remesal. Libro I, capítulos III, IV y XVI).

Vecinos de la Ciudad de Santiago.

Diego de Rojas, alcalde.
Baltasar de Mendoza, alcalde.
Don Pedro Portocarrero, regidor.
Domingo de Zabarrieta, regidor.
Juan Perez Dardon, regidor.
Hernan Carrillo, regidor.
Reguera.
Pero Gomez.

Juan Perez.
Bartolomé Gonzalez.
Juan Gonzalez de Huelva.
Gaspar Polanco.
Alonso Cano.
Juan de Alcántara.
Alonso Martin Asturiano.
Alonso Gomez de Pastrana.
Reinosa, sacristan.
Juan Martin Granado.
Alonso Gallego.
Bartolomé Gomez.
Diego Diaz.
Diego Diaz (*otro*).
Juan Vazquez.
Gaspar Luis.
Holguin.
Julian.
Juan Gonzalez.
Cristóbal Rodriguez Pino.
Cristóbal Ruiz.
Hernando Pizarro.
Hernando de Alvarado.
Monroy.
García de Aguilar.
Gaspar Arias.
Alonso de Ojeda.
Diego Gonzalez.
Alonso Soltero.
Alonso Gonzalez Nájera.
Juan Gallego.
Juan Ginovés.
Joanes de San Sebastian.
Juan Griego.
Bartolomé Gonzalez ballestero.
Cristóbal de Mafra.
Pedro Franco.
Cristóbal Martin.
Pedro Sirgado.
Pedro de San Estéban.
Juan del Valle.
Diego Quijada.
Hernando de Andrada.
Veintemilla.
Francisco López de Marchena.
Francisco de Orduña.
Pedro Gonzalez Montesinos.
Martin de la Mezquita.
Juan de Valdivieso.
Miguel Quinteros.
Alvaro Alonzo Nortés.
Gonzalo de Solís.
Francisco de Chavez.
Bernardo de Oviedo.
Pedro de Aragón.
Pedro Abarca.
Diego Gonzalez Herrero.
Ignacio de Bobadilla.
Diego Franco.
Francisco Dominguez.
Pedro Moreno.
Alonso Hernandez de Zafra.
Pedro Gutierrez.
Diego de Usagre.
Juan Moreno.
García Dávalos.
Mármol.
Pedro Alonso de Portillo.

Pedro de Olmos.
Diego Ponce.
Alonso Gutierrez de Badajoz.
Pedro de Lequeita.
Juan de Verástegui.
Joanes de Fuenterrabia.
Juan de Escobar.
Lozano.
Isidro de Mayorga.
Juan de Nevás.
Diego López de Toledo.
Diego de Aguilar.
Martin Rodriguez.
Juan de Ortega.
Francisco Rodriguez.
Diego de Salvatierra.
Juan de Carmona.
Cristóbal de Salvatierra.
Estéban Daponte.
Salinas.
Alonso de Salvatierra.
Paladinas.
Venancio.
Pedro de Alvarado, adelantado.
Francisco de Arévalo, regidor.
Hernando de Alvarado, regidor.
Gonzalo de Alvarado, alguacil mayor.
Reguera.
Jimenez.
Juan Vazquez.
Juan Rodriguez.
Diego de Rojas.
Don Pedro.
Dardon.
Cueto.
Ulloa.
Becerra.
Carrillo.
Cepeda.
Bizcarreta.
Monroy.
Franco.
Juan Martin.
Gaspar Arias.
Cristóbal de Salvatierra.
Juan Moreno.
Diego Diaz.
Rodrigo Diaz.
Francisco López.
Andrés Lazo.
Alonso de Medina.
Pedro Moreno.
Andrés de Ulloa.
Pereda.
Cristóbal Rodriguez.
Cristóbal de Robledo.
Diego Gonzalez Hierro.
Pedro de Mendoza.
Diego de Santa Clara.
Salinas.
Juan Medel.
Juan Alvarez Portugués.
Anton Martin.
Calveche.

Sebastian del Mármol.
Blas López.
Bartolomé Medina.
Andrés Núñez.
García López.
Juan Martin.
Pedro Gomez.
Hernan Perez.
Berlanga.
Diego de Alvarado.
Juan de Lunar.
Francisco de Morales.
Gonzalo de Salinas.
Alejo Rodriguez.
Diego de Santa Clara.
Francisco Calderon.
Juan Resino.
Francisco de Arévalo.
Barahona.
Pedro de Valdivieso.
Reguera.
Francisco Dávila.
Cristóbal de Salvatierra.
Francisco Jimenez.
Gutierre de Robles.
Alvaro Gonzalez.
Andrés de Ulloa.
Juan Alvarez de Trujillo.
Eugenio de Moscoso.
Gaspar Arias.
Diego de Llanos.
Castillo.
Juan de Pereda.
Juan Márquez.
Juan de Liaño.
Gaspar Luis.

A 20 de Marzo de 1528.

Juan de Alcocer.
Maestre Francisco.
Gomez de Ulloa.
Bartolomé Becerra.
Alonso Cabezas.
Bernardino Venancio.
Melchor de Alvarado.
Pedro de Paredes.
Cristóbal Robledo.
Hernando de la Barrera.
Velasco.
Gonzalo Perez de Liebana.
Alonso de Santa Clara.
Diego Guillen.
Francisco de Cebreros.
Francisco López.
Juan de Aragon.
Veintimilla.
Alonso Larios.
Alonso de Herrera.
Rodrigo Lombardo.
Alonso de Montalvan.
Pedro de Garro.
Juan Vazquez de Osuna.
Domingo Portugués.
Francisco Jimenez.
Diego de Santa Clara.
Juan Martin.

Alonso García de Triana.
Juan de Alva.
Melchor de Velasco.
Gonzalo de Alvarado.
Francisco Gordillo.
Maese Pedro.
Juan Ramírez.
Juan de Villalon.
Diego de Salamanca.
Pedro Hernandez.
Lic. Rodrigo de Sandoval.
Blas de Cisneros.
Alvaro de Paz.
Pedro Vazquez.
García de Salinas.
Rodrigo de Salvatierra.
Andrés García.
Jorge Endrino.
Juan de Leon.
Diego de Meneses.
Blas Hernandez, clérigo.
Pedro Hernandez Picon.
Zarzoso.
Rodrigo Matamoros.
Juan Bautista.
Lorenzo de Villegas.
Gerónimo de Toledo.
Pedro de Cuellar.
Diego de Carraza.
Josepe.
Diego de Valhermoso.
Juan de Ortega.
Bartolomé Gallego.
Rodrigo de Almonte.
Antonio Núñez.
Alonso.
Juan Luis.
Pedro de Vide.
Cristóbal Gaboa.
Alonso de Velasco.
Pedro Jimenez.
Anton Jimenez.
Diego Jimenez, mercader.
Gomez Diaz.
Andrés de Herrera.
Lúcas de Robles.
Juan Fernandez.
Diego Hernandez, escribano.
García de Aguilar.
Pedro de Marchena.
Alonso Hernandez.
Doctor Cota.
Maese Pedro.

INDICE

INDICE DE MATERIAS DEL TOMO IV.